

REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA
ANEJO II

MARCOS A. MORÍNIGO

AMÉRICA
*EN EL TEATRO
DE LOPE DE VEGA*



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
INSTITUTO DE FILOLOGÍA
1946

1946
-4700 m/ary

5-5-23



AMÉRICA
EN EL TEATRO DE
LOPE DE VEGA

REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

Director: AMADO ALONSO

ANEJO II

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
INSTITUTO DE FILOLOGÍA

MARCOS A. MORÍNIGO

AMÉRICA
EN EL TEATRO DE
LOPE DE VEGA

PREMIO "CARLOS OCTAVIO BUNGE"
OTORGADO POR LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
A LA MEJOR TESIS DE LETRAS (TRIENIO 1943-1945)



Imprenta López - Perú 666 - Buenos Aires - República Argentina

BUENOS AIRES
1946



PREFACIO

Expongo aquí los resultados de un trabajo iniciado en el año 1935 con motivo de conmemorarse el tercer centenario de la muerte de Lope de Vega, al cual quise asociarme con un estudio sobre algún aspecto poco explorado de su obra. Juzgué entonces que el tema de la presencia de América en su teatro convenía a mi propósito y a mis propias inclinaciones, y sin mucho vacilar, y sobre todo sin medir las dificultades, puse manos a la obra.

No poco contribuyó a fortalecer mi decisión la casi seguridad de que el teatro de Lope, del cual no conocía entonces más que las obras de prestigio tradicional, no podía discrepar fundamentalmente del resto de la literatura española del gran siglo, en su costumbre de desentenderse de la vida y de los acontecimientos históricos americanos. Corroboraban esta convicción el hecho de que aun autores indianos como Alarcón, que había nacido en América, o como Tirso, que había vivido en ella durante años, apenas la mencionaban en sus obras, así como el no recordar entre las obras de Lope por mi entonces conocidas ninguna que tuviera por escenario una ciudad hispano-americana, México, Lima o La Habana por ejemplo, cuando muchas se desarrollan en Roma, Viena, Nápoles o París. Tampoco sabía de ninguna que tuviese por protagonista ningún indiano típico, estudiado como tal.

Así pues, al principio creí que con releer Arauco Domado, El Brasil restituído y El Nuevo Mundo descubierta por Colón, y ampliar lo que de ellas escribieron Menéndez Pelayo y José Toribio Medina, ya que aquellos maestros no las estudiaron sino ocasional y fragmentariamente, contribuiría con cierto decoro en la conmemoración.

Puesto ya en la tarea, y empujado por el deseo de ampliar las perspectivas que aquellas obras me ofrecían, releí con el interés que mi propósito requería las obras ya conocidas, y otras que creí

necesarias o que simplemente estaban a mi alcance. Fui descubriendo en ellas, en la medida que iba creciendo el número de mis apuntes:

1º Que la presencia de América en el teatro de Lope era más importante de lo que en mi apresurada generalización había supuesto, y que por lo tanto el estudio del tema no se agotaba en sus comedias americanas.

2º Que la imagen de América estaba constantemente presente en el mundo de la fantasía y de los sentimientos de nuestro autor, inextricablemente confundida con los elementos que determinaban su especial visión del mundo, lo cual se denuncia por la frecuencia y espontaneidad de las alusiones.

3º Que esa imagen era complejísima, rica de resonancias afectivas y valorativas y por ello mismo inasible, en todos sus elementos componentes, en una pesquisa superficial. Que por lo tanto poco tenía que ver con ella la imagen convencional, simple y esquemática que aparece en las comedias de tema americano.

Estos descubrimientos ampliaron mi propósito inicial y encauzaron mis investigaciones hacia un intento de reconstrucción de la imagen total, popular e ingenua que de la naturaleza y de la vida americanas tuvieron Lope de Vega y sus contemporáneos peninsulares en la época en que América —por la fuerza de circunstancias imprevisibles— empieza a decidir en los destinos históricos de España. Y eso es lo que en estas páginas pretendo ofrecer.

Para ello he puesto a contribución en primer término todas las obras dramáticas de Lope que me fueron asequibles¹. Dadas las características de popularidad, espontaneidad y difusión de la mayoría de estas obras, la imagen que se puede reconstruir con los elementos de ellas extraídos no puede discrepar de la que debió tener la masa de sus espectadores.

¹ Hacemos constar que aceptamos sin discusión como de Lope las comedias incluidas en las colecciones que se mencionan en la Bibliografía, al final de este volumen, puesto que para los fines de nuestro trabajo las cuestiones referentes a la autenticidad de algunas comedias tienen importancia secundaria. Por otra parte, muchos de los versos transcritos de las comedias de Lope adolecen de defectos métricos imputables en unos casos a lo defectuoso de las copias editadas y en otros al escaso cuidado de los editores. Como no podemos ahora intentar rectificarlos, hemos optado por transcribirlos en la forma en que nos los dan los editores.

En segundo lugar he recurrido a la literatura de imaginación contemporánea de ese teatro. Casi siempre me ha servido ella para corroborar lo que ya está en Lope. Pocas veces para ampliar y menos para añadir notas o matices que no aparezcan en él. Esto nos asegura, una vez más, que la América reflejada por nuestro autor es absolutamente fiel e idéntica a la forjada por la fantasía de las multitudes que constituían su constante auditorio.

Por fidelidad al propósito de lograr la imagen popular y espontánea de los españoles peninsulares he prescindido de las obras de escritores que vivieron en América como Ercilla, Alarcón, Valbuena o Tirso. Tampoco he puesto a contribución los poemas de Lope que tratan de América como *La Dragontea* o los fragmentos conocidos del *Laurel de Apolo*. El esfuerzo por exhibir una erudición en materia americana es en ellos demasiado perceptible y en nada enriquecen su visión de lo americano. La crítica dirá si en ello estoy equivocado.

Por último creí conveniente hacer preceder mi trabajo, a título de introducción, de unas notas sumarias sobre las fluctuaciones del interés que despertaron en el ánimo del pueblo español los asuntos americanos en el primer siglo de vida colonial, y de un estudio, que debe ampliarse, de las referencias a América en la literatura de imaginación peninsular del siglo XVI.

Con ello el trabajo se coloca, a nuestro juicio, en la luz y perspectivas adecuadas, ya que nos demuestran con claridad que las referencias y alusiones a cosas americanas en el teatro de Lope no son frutos del capricho ni forzados recursos para lograr efectos cómicos y exóticos, sino que aparecen en él espontánea y naturalmente, porque América, al cabo del primer siglo del descubrimiento, formaba parte de la atmósfera vital de España, esa atmósfera que hoy aún podemos respirar al ponernos en el ámbito de su singular obra dramática.

Quiero finalmente dejar constancia de mi gratitud para con los miembros del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires doctores Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, Raimundo Lida y Ángel Rosenblat y profesores María Rosa Lida, Raúl Moglia y Julio Caillet-Bois, quienes con sus consejos y generosa colaboración me ayudaron en este trabajo.

INTRODUCCIÓN

I

AMÉRICA EN ESPAÑA EN EL SIGLO XVI

El tema americano
en la historiografía

El tema americano no gozó, contra lo que suele creerse, ni en la historiografía ni en el pensamiento español peninsular del primer siglo de la conquista y colonización de América (1492-1592), de una fortuna proporcionada a la magnitud de tales sucesos. Los historiadores más prestigiosos de los sucesos de España, así como los cronistas oficiales, si no habían estado en las Indias o tuvieron especialmente la misión de tratar de ella, apenas lo mencionan. La historiografía americana es sin embargo abundantísima y hoy conocemos minuciosamente hasta los hechos menos importantes de la epopeya. Pero los conocemos gracias a los mismos soldados de la conquista que historiaron sus propias hazañas, o a sus deudos y allegados que escribieron la historia de sus parientes o protectores.

Esta preocupación historiográfica no se debió a una clara conciencia de que el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo y sus consecuencias inmediatas en la economía y en la ciencia estaban produciendo una profunda y total perturbación en la vida, en las ideas y en los destinos políticos de la Europa Occidental.

Sin negar que algunos espíritus excepcionalmente clarividentes percibieron la trascendencia de los hechos que estaban presenciando, como es el caso de López de Gómara, quien por 1550 escribió en su *Hispania Victrix* que el descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón era "la mayor cosa ocurrida después de la creación del

mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó", las razones de la abundancia y riqueza de la literatura histórica y descriptiva de América deben buscarse primeramente en el deseo de informar a los monarcas de los felices resultados de las expediciones conquistadoras, más consentidas que alentadas, despertar su interés y su curiosidad, absorbida en las guerras por la hegemonía europea, y deslumbrarlos con promesas de fabulosas riquezas, para obligarlos a prestar a la empresa de la conquista el favor de su augusto patrocinio y convertirla en una empresa nacional.

Interés marginal
por lo americano

En este orden de ideas ningún indicio denuncia tanto la insatisfacción de los conquistadores por el interés marginal que acordaba la corona a los asuntos americanos en el primer cuarto del siglo XVI, como el hecho de que Gonzalo Fernández de Oviedo escribiera *motu proprio* y apresuradamente, en 1525, el *Sumario de la natural y general historia de las Indias* para informar sumariamente al emperador Carlos V sobre la extensión y riqueza de sus dominios americanos e inducirle a la atención y protección de los negocios de las Indias.

Es muy probable, como dice Merriman, que Carlos V a su advenimiento al trono considerase al continente americano, si es que había llegado a formarse alguna idea de él, "como una barrera molesta que impedía su acceso a las islas de las Especies situadas más allá". Pero el constante aumento de las rentas reales de procedencia americana, que suben de 3.000.000 de maravedís recaudados en 1503, año en que se funda la Casa de Contratación, a 46.000.000 en 1518, al año del gobierno del emperador, y la facilidad con que pudo obtener de los indios en 1523 la entonces enorme suma de 300.000 ducados¹, justamente en el momento en que el oro le era indispensable para el éxito de sus guerras en Italia, fuerzan al monarca a considerar los asuntos americanos en un plano distinto del en que hasta entonces eran mirados. Esta nueva actitud del rey se manifiesta en una decisiva preocupación por organizar en

¹ Cf. CLARENCE H. HARRING, *Comercio y navegación entre España y las Indias*, México, 1939. Apéndice IV.

sistema el gobierno y la administración de sus dominios. El primer paso dado en este sentido es la creación del Consejo de las Indias, en 1524, de jerarquía apenas inferior a la del poderoso Consejo de Castilla. Inmediatamente después se crean las Reales Audiencias de Santo Domingo y México —1526 y 1527 respectivamente— que asegurarían la correcta administración de la justicia. El ritmo impetuoso de la conquista y la importancia de las riquezas que fluyen del Nuevo Mundo mueven a la corona a tomar en 1529 dos resoluciones que indican hasta qué punto lo americano iba logrando un lugar destacado en el plano de los intereses nacionales. Ellas son la promoción del gobierno de México a la categoría de virreinato y la venta a Portugal de las Molucas, sobre cuyas riquezas se habían alimentado tantas ilusiones¹. En el proceso de la integración de América en la vida nacional española este último hecho se nos aparece como fundamental porque prueba que en el ánimo del rey y de sus consejeros se había abierto paso el convencimiento de que los recursos de América eran suficientes para atender con holgura a las necesidades económicas y financieras nacidas de las guerras del continente.

Necesidad
de poblar

Con la conquista del Perú se acrecienta aún más la literatura histórica, pero los propósitos de los historiadores son ahora distintos. El principal objetivo a que se apunta en esta nueva etapa es el de hacer de la conquista una empresa popular, con la participación por igual de todas las clases en que estaba jerarquizada la nación. La seguridad de la conquista exigía con urgencia la presencia de una población numerosa y arraigada. Así, pues, había que promover la inmigración, y ningún cebo más adecuado a este propósito que tratar de despertar la curiosidad del pueblo y su codicia con muestras de oro y plata y con descripciones de janas y eldorados.

Sabido es que los españoles, después del fracaso de la segunda expedición colombina en los primeros años de la conquista, no se mostraron muy entusiasmados para intentar el paso a la aventura de las Indias. Colón encontró serios obstáculos para enrolar com-

¹ *Id.*, pág. 213.

pañeros para su tercer viaje, y los jueces del reino, por decreto real, entregaron al almirante hombres y mujeres condenados a la deportación o a la muerte para llevarlos a poblar la Española. Veinte años después la despoblación de las tierras conquistadas era aún mayor porque no aumentaba la inmigración en proporción con la conquista. Para remediar este grave peligro, por real cédula del 1º de septiembre de 1518 se autorizó al P. Bartolomé de las Casas "que recorriese las ciudades y aldeas de Castilla con el objeto de exhortar a los labradores a emigrar y de explicarles las ventajas de las tierras recién descubiertas"¹.

El rescate de Atahualpa

No se modifica sustancialmente tal estado de cosas con la cruzada del P. de las Casas, ni influyen mucho sobre el ánimo de los castellanos los relatos deslumbradores de las riquezas adquiridas por los soldados de Cortés. La penuria de hombres dilata por años la empresa de la conquista del Perú. Llevada por fin a feliz término, un raudal de oro sorprende jubilosamente a todos. La parte del rey en el rescate de Atahualpa, llevada por Hernando Pizarro del Perú en febrero de 1534, ascendía a 49.897 maravedís en oro más 5.378.221 maravedís en plata, según los libros de tesorería de la Casa de Contratación². De ese mismo rescate tocó a cada peón una suma equivalente a 27.000 dólares, a cada soldado de caballería 54.000 dólares. Muchos de los soldados de la conquista acompañaron en su vuelta a Hernando Pizarro. Ésta fué la más eficaz medida para promover el paso a las Indias. Don Pedro de Mendoza no tiene graves dificultades para encontrar 1.200 compañeros para la conquista del Río de la Plata en 1535 y don Pedro Fernández de Lugo, en el mismo año consigue embarcar para Colombia una numerosa expedición, y ricamente equipada de mancebos de Canarias que soñaban con llegar a las tierras de nuevos Atahualpas.

El deseo de pasar a las Indias ilusiona a mucha gente en ese momento y se suceden las expediciones al Perú, a Nueva Granada, a Nueva España, al Río de la Plata, a las Antillas. Sin embargo,

¹ HARRIS, l. c., pág. 134.

² *Id.*, l. c., Apéndice IV.

todo ello dura poco, y con las excepciones de México y el Perú, que atraían una débil corriente inmigratoria, el resto de América no puede ver acrecentada su población. Ni contribuían a mantener el entusiasmo inmigratorio las constantes remesas de metálico. En 1538 la remesa es de 371.000.000 de maravedís, en 1543 la de México y Perú sumaba 573.000 ducados en oro y plata y unos 9.000 ducados en perlas. La flota de don Pedro de la Gasca llevó al rey, desde el Perú, la fuerte suma de 1.500.000 ducados. "Durante el reinado de Felipe II aumentaron constantemente el volumen del oro y la plata remitidos en las flotas indianas, desde seiscientos a ochocientos mil ducados al principio, hasta dos o tres millones hacia el final, lo cual se debía en parte a la explotación de los yacimientos de oro en Nueva Granada y de las ricas minas argentíferas de México y Potosí, y en parte a haberse concentrado después de 1560 en las flotas anuales de Veracruz y Nombre de Dios casi todo el comercio de las Indias y todo el tráfico de metales preciosos"¹.

Menos debieron influir para aumentar la corriente de pasajeros a las Indias los relatos de la conquista destinados al gran público, fabulosos unos, como aquél de Malo de Briones que trata "de los hombres monstruosos de las Indias" (Valencia, 1540), más verídicos otros aunque siempre exagerados, como los de Francisco de Jérez, Agustín de Zárate y Nicolás de Albenino. Estas exageraciones, así como las que, sin duda partiendo de los labios de los compañeros de Pizarro, circularon y se transmitieron por vía oral, fueron ridiculizadas muy temprano con la leyenda de la tierra de Jauja que aparece ya en el teatro de Lope de Rueda y luego en el famoso y conocido romance de Jauja.

Pero fabulosos o exagerados, esos relatos, junto a aquellas noticias, contribuían a forjar una imagen fascinadora de la vida y de la realidad americanas.

¿Qué era, pues, lo que impedía a los hombres arrojarse a la aventura, para la que estaban, sin duda, suficientemente abonados, puesto que nutrían constantemente su fantasía en los milagros, en el romancero, en los relatos de las victoriosas gestas de su emperador y en las páginas de *Amadís*? Quizá la razón principal resida en la escasa población de España, que no podía ofrecer hombres para la conquista de América puesto que debía proveer de los nece-

¹ HARRIS, l. c., pág. 209.

sarios para las numerosas empresas europeas del Emperador. Además, el brillo de estas guerras y el prestigio milenarista de las tierras y ciudades en que se desarrollaban, aparte de la brevedad de la distancia, haría inclinar a su favor el ánimo de la mayoría.

Conducta de los caudillos

Otra de las razones que explican a nuestro juicio la riqueza de la historiografía americana es la necesidad de justificación de la conducta de algunos de los caudillos de la gran empresa, que no siempre se ajustaban a las leyes vigentes, a las capitulaciones reales, a las disposiciones del monarca o a la de los superiores. Las transgresiones tan frecuentes a las leyes o a las ordenanzas no siempre beneficiaban al interés público. Las ambiciones personales de lucro o de independencia con frecuencia crecían en razón directa de la distancia a que se encontraban del legítimo representante de la autoridad real, y eran moneda corriente los alzamientos, las rebeliones y también los castigos irreparables, no siempre justificados y a veces contraproducentes. Estos hechos originaban largos memoriales, abultados procesos, discusiones apasionadas, inculpaciones y defensas, preciosos documentos que nos permiten hoy radiografiar muchos aspectos de la dramática tensión en que vivieron los héroes de la conquista.

También contribuyen a enriquecer la literatura histórica americana del siglo XVI los intereses humanitarios y espirituales de las órdenes religiosas, la noble emulación en la ingente empresa de evangelizar a los rebeldes o idólatras indígenas, la exaltación del virtuoso heroísmo de sus apóstoles y mártires, o los intereses encontrados y las viejas rivalidades de las congregaciones¹.

¹ Se vincula a intereses de tipo científico la curiosidad de los humanistas por conocer la extensión de los mares y tierras descubiertas, la naturaleza y calidad de las mismas, la navegación hasta ellas y la vida y costumbres de sus habitantes. Esa curiosidad da origen a las *Decades de Orbe Novo*, de Pedro Mártir, a las páginas que sobre México y la conquista de Cortés incluye Marino Sículo en su *De rebus hispaniae memorabilibus*, a la *Suma de la Geografía que trata de las provincias y partidas del Mundo, en especial de las Indias*, del geógrafo y frustrado colonizador Martín Fernández de Enciso. Sevilla, 1590, a las *Repúblicas de Indias*, de Fr. Jerónimo Román y otras obras similares.

En completa y notable coincidencia con lo que ocurre en la literatura histórica, tampoco la literatura de imaginación peninsular contemporánea de la conquista y colonización, salvo rarísimas excepciones, hace referencia a los sucesos americanos. Y así como fueron los soldados de la conquista los historiadores de sus hazañas, son los soldados mismos o sus inmediatos descendientes los cantores de sus propias heroicidades.

Los conquistadores poetizan sus propias hazañas

En efecto, indianos fueron Luis de Miranda¹, Alonso Henríquez de Guzmán², Ercilla, Juan de Castellanos, Martín del Barco Centenera, el autor anónimo de la *Conquista de Nueva Castilla*³, el del *Breve romance de los hechos de Lope de Aguirre*, y el de los romances de Francisco Hernández Girón⁴, y criollos Pedro de Oña, Antonio de Saavedra Guzmán⁵, y Francisco de Terrazas⁶. Solamente dos escritores peninsulares que, al parecer, no tuvieron la experiencia de América cantaron, ya a fines del siglo XVI, las guerras de la conquista: Diego de Santisteban y Osorio, continuador de la *Araucana*, de Ercilla, y Gabriel Lobo Lasso de la Vega, panegirista tardío de Cortés⁷.

Desde luego no pretendemos ver aparecer el tema americano en la novela de caballerías, ni que se hagan referencias a la conquista

¹ Autor de un romance elegíaco, los versos más antiguos conocidos sobre los episodios de la conquista del Río de la Plata (V. TORRE REVELLO, *La población y despoblación de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1937, y RICARDO ROJAS, *Literatura argentina, Los coloniales*, Buenos Aires, 1924.)

² Autor probable de una *Nueva obra y breve en prosa y en metro sobre la muerte del ilustre señor el adelantado D. Diego de Almagro*. Se le discute la paternidad de todo lo que va en metro. Cfr. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de la poesía hispano-americana*, Madrid, 1913, t. II, pág. 137, y A. R. RODRÍGUEZ MOYNO, *Sobre Alonso Henríquez de Guzmán*, en *Tierra Firme*, de Madrid, 1936, II.

³ Véase MENÉNDEZ Y PELAYO, *op. cit.*, t. II, pág. 139.

⁴ *Id.*, pág. 137.

⁵ *El peregrino indiano*. Véase MENÉNDEZ PELAYO, *op. cit.*, t. II, pág. 139.

⁶ *Nuevo Mundo y conquista*. Véase *Memorias de la Academia Mexicana*, 1880, II, págs. 357-425.

⁷ D. Luis Zapata de Chávez, en su poema *Carlo famoso*, también se refiere a Cortés y la conquista de México como un episodio de las guerras del Emperador.

en la novela pastoril, alimentadas ambas de sus propios temas tradicionales, ni en la poesía lírica, en parte entrañable, en parte sujeta a la tradición greco-latina; éstos son géneros esencialmente ajenos a toda referencia a la vida nacional, reacios a todo realismo. Tampoco nos sorprende el silencio de la poesía heroico-popular, agotada ya hasta el punto que fué incapaz de inspirarse en las ingentes hazañas de los soldados de Italia, Alemania o Flandes, hecho sobre el cual Menéndez Pidal ha llamado justamente la atención en *L'épopée castillane* (págs. 181-182). Pero no puede menos de extrañar el silencio de la poesía culta que así como cantó en el metro del romancero las hazañas de los soldados del Emperador o de Felipe II en Italia, Flandes, o África, según puede verse en el *Romancero* de Durán, también pudo recordar a Colón, Balboa, los Pizarros, Alvarado, Valdivia, o Soto. No faltan en este romancero recuerdos de Cortés y de la conquista de México¹, ni de las luchas del Arauco², pero ellos son insignificantes en número y de manifiesto carácter libresco, y por ello mismo indicio poco seguro de que tales empresas gozaran de prestigio popular.

¿No se podría aducir para explicar el silencio de los poetas, consecuencia de la escasa popularidad de la empresa, el argumento del insuficiente prestigio heroico de la conquista, de su opaco brillo militar? ¿Qué resonancias podría tener, en efecto, en el alma de la nación española de la época del Emperador, la conquista

¹ Tomados del *Elogio en loor de los tres famosos varones, D. Jaime de Aragón, D. Fernando Cortés, Marqués del Valle y D. Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz*, Zaragoza, 1601, de Gabriel Lobo Lasso de la Vega. De los cuatro romances que ilustran este elogio dos son anónimos. De los otros dos, uno es del mismo Lasso de la Vega y otro del Licenciado Jerónimo Ramírez, erudito romancero del siglo XVI y autor también del prólogo al poema *Mexicana*, otro canto panegírico de Cortés, del mismo Lobo Lasso de la Vega. La primera edición es de Madrid, 1588, con el título de *Cortés valeroso*. Esta edición es la precedida del prólogo de Ramírez, de quien lleva también un epílogo titulado *Apología de los indios de Nueva España*. Cfr. JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Biblioteca hispano-americana*, t. II, pág. 12.

² En el *Ramillete de flores*, romancero compilado por el librero de Lisboa Pedro Flores, en 1593, se encuentran nueve romances inspirados directamente en los últimos cantos de la *Araucana* de Ercilla. La misma fuente tienen otros seis romances anónimos del *Romancero general* de Madrid de 1604. Cfr. MEDINA, *La Araucana*, edic. del Centenario, Santiago de Chile, 1918, t. V, págs. 352 y siguientes. DURÁN, *Romancero general*, II, pág. 68 (*Bib. Aut. Esp.*, XVI), cree que el mismo Flores pudo ser el colector del *Romancero general* de 1604.

de unas tierras remotas y desiertas, o las victoriosas escaramuzas con unos indios pobres, desnudos y selvícolas, en el mismo instante en que era sacudida por el eco estruendoso de las glorias marciales alcanzadas por los ejércitos europeos de su monarca con la destrucción del poder militar de Francia, con la prisión de Francisco I, con la conquista y sometimiento de las viejas y prestigiosas ciudades de Italia, cunas de la sabiduría, y con la de Roma, cuna del poder espiritual y temporal? Y esta explicación parece también válida para el hecho antes mencionado de la indiferencia que hacia los sucesos y los hombres americanos demostraron los historiadores europeos y los cronistas oficiales del Emperador¹.

Quizá haya que sumar, en la explicación del silencio, al argumento del insuficiente prestigio militar de la conquista, el del insuficiente prestigio del linaje de la mayoría de sus grandes caudillos. Las mismas excepciones arriba mencionadas abonarían este punto de vista, ya que de todos ellos sólo Cortés alcanzó de sus contemporáneos la consideración que se otorgaba a los personajes de la alta nobleza, tanto por las especiales muestras de favor que alcanzó del monarca —entre las que se encontraba el título de Marqués del Valle— como por haber entroncado con la ilustre casa de Béjar.

En cuanto al recuerdo de las guerras del Arauco, se explica por la enorme difusión de la *Araucana* de Ercilla.

Los soldados de la conquista se resintieron vivamente de la poca estimación en que se tenían sus hazañas y del desamparo oficial en que se debatían; por todo ello el turbio poso de amargura que a todos afligía se refleja muy bien en las palabras de Bernal Díaz del Castillo cuando dice: "Nosotros, sin saber cosa ninguna, le ganamos esta Nueva España, sirviendo a Dios, al Rey y a toda la cristiandad."

¹ Quizá con la única excepción de Alonso de Santa Cruz en su *Crónica de Carlos V*. Pero Santa Cruz estuvo estrechamente vinculado y por largos años, a la Casa de Contratación (1536-1563), y sabemos que realizó por lo menos un viaje a las Indias, en 1526, como tesorero real en la expedición de Sebastián Caboto. Hubo, sin embargo, cierto interés en algunos sectores de la nación por las conquistas de México y del Perú. Ello se debió a la ilusión de que Moctezuma y Atahualpa, así como eran poderosos por su riqueza en metálico, debían serlo también militarmente, de modo que la victoria alcanzada sobre ellos acrecía la gloria guerrera y satisfacía el orgullo nacional de los españoles.

Historiografía oficial

Si de las precedentes y sumarias observaciones sobre su literatura tanto histórica como imaginativa podemos deducir que la nación española a lo largo de la mayor parte del siglo XVI veía la empresa de la conquista y colonización de América en un plano inferior al de las grandes empresas nacionales, el panorama literario desde fines del siglo XVI y principios del XVII nos fuerza a reconocer un cambio sensible del espíritu nacional frente a los asuntos americanos.

El cambio se manifiesta en primer lugar en una constante y decidida preocupación oficial por la historia americana, tanto que se confía la tarea de escribirla a los más reputados historiadores peninsulares.

Se abre, en efecto, el siglo XVII con la publicación de la *Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, de Antonio de Herrera¹, mandada componer por disposición de la corona en mayo de 1596². La preocupación real por poseer una historia americana verídica e imparcial databa ya de veinticinco años antes, octubre de 1571, en que fué nombrado en el cargo de cronista y cosmógrafo de las Indias Juan López de Velasco; pero ni éste ni sus inmediatos sucesores Arias de Loyola ni Ambrosio de Ondérix pusieron manos a la obra.

A la muerte de Herrera, ocurrida a fines de marzo de 1624, el Consejo de Indias nombró Cronista Mayor de las Indias al anciano y reputado humanista Luis Tribaldos de Toledo, a quien sucede en el cargo el erudito Tomás Tamayo de Vargas, muerto en 1641 antes de realizar trabajo alguno. Entonces se confía la tarea al maestro Gil González Dávila, historiador eclesiástico de nombradía, quien compone y publica en su extrema senectud el *Teatro eclesiástico de la primitiva Iglesia de las Indias Occidentales*. Aparte de la preocupación oficial, la ansiedad de toda la nación por los sucesos americanos se denuncia por la difusión de otros tipos de relatos históricos. Entre éstos ocupan el primer lugar tanto por su intrínseca importancia historiográfica como por su abundancia

¹ Madrid, Imprenta Real, 1601.

² Ver, para todas estas cuestiones, RÓMULO D. CARRIA, *La Crónica oficial de las Indias Occidentales*, Buenos Aires, 1940.

las historias de las órdenes religiosas en América. Un buen ejemplo del interés por esta clase de libros nos lo da la *Historia de la fundación y discursos de la provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores*, del mexicano Fr. Agustín Dávila Padilla, de la cual hay ediciones de Madrid, 1596, de Bruselas, 1625, y de Valladolid, 1634.

Pareja atención se concede a los relatos geográficos del tipo de la *Milicia y descripción de las Indias*, de Bernardo de Vargas Machuca, editada en Madrid en 1599, a las descripciones de la vida y costumbres de los aborígenes y a los libros de historia natural. Buen espécimen de éstos es la *Historia natural y moral de las Indias* del P. José de Acosta, que logra tres ediciones en tres años, Salamanca, 1589, Sevilla, 1590, y Barcelona, 1591. La faz más popular de esta curiosidad atiende al uso medicinal de ciertas plantas americanas, la cual es servida también por numerosos trabajos sobre materia médica americana de varia calidad, entre los cuales tienen preeminencia los estudios del famoso médico sevillano Nicolás Monardes publicados desde 1557.

Estas señales ciertas de la atención colectiva hacia los sucesos del Nuevo Mundo se corroboran con la publicación de numerosos relatos de sucesos particulares, de memoriales de todo orden, de nuevas historias del descubrimiento y conquista. Desde fines del siglo XVI hay como una conciencia de que las Indias están redescubriéndose, y este sentir se documenta curiosamente en el título de una anónima *Relación del descubrimiento de Nuevo México y de otras muchas provincias y ciudades halladas de nuevo*, editada en Roma en 1602.

Documentos de tipo periodístico

Por último, la historiografía desde principios del siglo XVII ve crecer un género de documentos hasta entonces desconocido: el relato de las luchas en el mar con los corsarios y las noticias del feliz arribo de las flotas de las Indias. Estos relatos, verdaderas gacetas de interés periodístico, pronto conquistan el favor popular, y no sólo se imprimen en los puertos de Sevilla y Cádiz: toda España los imprime, porque toda España está en tensa expectativa. *América hallada de nuevo* es también, aunque remota, provincia

del reino, y de ella viene, eludiendo los mil peligros del mar, el oro que vigoriza el comercio, y reaviva, como gotas de aceite una hoguera, con agónicos resplandores, la consumida pavesa del antiguo y vacilante poderío.

Pero en esos relatos no solamente se prolonga el sueño ilusorio de la hegemonía europea. También se satisface en ellos la apetencia de heroísmos del pueblo español, inextinguida aún en el siglo XVII después de siglos de militares estruendos.

Así, de 1605 es una anónima relación de los *Sucesos de la armada de Indias, 1605* (s. l. d. e.). De Sevilla, 1619, las *Victorias felicísimas que contra el Gran Turco se han tenido al presente; y otra victoria que se alcanzó en Indias contra Olandeses*, de Fr. Hernando Moraga.

Desde esta fecha los relatos son cada vez más numerosos, rara vez de autores conocidos:

—*Viaje y suceso de los caravelones y galeoncetes de las Indias y la grandiosa victoria que han tenido contra los corsarios piratas en aquel mar este año de 1621*. Madrid, 1621.

—*Relación de las victorias que D. Diego de Arroyo y Daca... tuvo en la gran salina de Amaya, a 30 de noviembre del año pasado de 1622 y a trece de enero de este año contra ciento y cuatro navíos de Olandeses*. Madrid, 1623. Hay dos ediciones de este mismo año.

—*Relación cierta y verdadera de la Victoria que en la India oriental (sic) dicha del Brasil han conseguido los portugueses contra armadas de Olanda... este año de 1624*¹. Madrid, 1624 y Barcelona, 1625.

—*Insigne victoria que el señor Marqués de Guadalcázar Virrey en el reino del Perú ha alcanzado en los puertos de Lima y el Callao contra una poderosa armada de Olanda*. Sevilla, 1625 y Lisboa, 1625.

Este hecho debió halagar el orgullo nacional porque hay otro relato de este mismo suceso, que también obtuvo dos ediciones, titulado *Casos notables sucedidos en las cortes de la ciudad de Lima en las Indias, y Cómo la armada olandesa procuraba coger*

¹ En la comedia *Amar, servir y esperar*, hay intercalado un largo relato del asalto y derrota de los holandeses.

la armadilla nuestra que baja con la plata de ordinario a Cartagena, y se pasó dejándolos burlados. Sevilla, 1625, y Madrid, 1625.

El año 1625 es singularmente prolífico en relatos sobre la conquista de la Bahía de Todos los Santos por los holandeses y su restitución a España por la flota combinada portuguesa y española. Sevilla, Madrid, Cádiz, Barcelona, Montilla, Granada, Valladolid, Córdoba, hacen trabajar sus prensas para satisfacer la ansiedad popular. Lope de Vega no permanece ajeno a la satisfacción que con el recobro embarga a la nación y describe el hecho en su comedia *El Brasil restituido*¹.

Tan grandes debieron ser la expectativa y el júbilo de la nación con el triunfo, que, con ocasión del arribo de la flota de galeones de ese año, la corona hace publicar una *Relación de los viajes de los galeones a España, año 1625, con un decreto del Rey para que se hiciesen fiestas públicas*. Madrid, 1625.

Los nombres de los héroes de las jornadas marítimas, D. Fadrique de Toledo, D. Antonio de Oquendo, D. Benito Arias Montano, corren de boca en boca. Son los héroes máximos de España. Todavía en 1628, tres años después, el eco jubiloso de la victoria no se había extinguido y un humanista como D. Tomás Tamayo de Vargas renueva su emoción relatando la *Restauración de la ciudad del Salvador y Bahía de Todos los Santos en la Provincia del Brasil*².

La costumbre de festejar la llegada de galeones con regocijos públicos y luminarias se perpetúa. La literatura documenta esta costumbre.

En años posteriores sigue creciendo el número de relatos de las acciones victoriosas, y con ello crece también la extensión. El público sigue complaciéndose con su lectura. Ya no bastan las escuetas noticias. Los títulos tienen que ser atractivos y uno de ellos dice: *Ésta es la verdadera relación de la Victoria que ha tenido D. Fradique de Toledo de cuarenta naos olandesas, las seis que encontró en la altura de las Islas de las Canarias y las*

¹ Véase J. T. MEDINA, *Biblioteca hispano-americana*, t. II y GIMO DE SOLENNI, *Lope de Vega's El Brasil restituido*, Introduction, IX, y Appendix. New York, Instituto de las Españas, 1929.

² ANTONIO DE LEÓN PINELLO, *Epítome de la Biblioteca oriental y occidental, náutica y geográfica*, Madrid, 1629, pág. 94. Edic. facsimilar *Bibliófilos Argentinos*. Buenos Aires.

treinta y cuatro que estaban en la isla de S. Lorenzo en las Indias dando carena y aprestándose para salir a aguardar la flota. Dáse cuenta de cómo los cogió a todas y cómo le ganó una fortaleza que tenían hecha en tierra y despojos que le tomó y degollación que nuestra gente hizo en la suya. Granada, 1630. Hay también ediciones de Sevilla. Otros relatos de este mismo suceso llevan a ochenta el número de naves enemigas destruidas.

La fantasía épica iba forjando leyendas heroicas sobre las victorias marítimas.

Si ésta es la actitud de la historiografía peninsular en el siglo XVII frente a los sucesos americanos, ¿cuál es la de la literatura de imaginación?

Hemos recordado en párrafos anteriores algunos poemas épicos con tema americano escritos a fines del siglo XVI¹, así como algunos romances inspirados en la *Araucana* de Ercilla y en los hechos de Cortés, impresos por el mismo tiempo². No nos cabe duda de que estos poemas y romances reflejan ya la nueva actitud nacional de creciente preocupación por los hechos americanos en consonancia con la que asume la historiografía. A esta corriente pertenece también el poema épico de Lope de Vega, *La Dragontea*, escrito poco después de la muerte de Drake (5 de enero de 1596) y publicado en 1598³. Se percibe claramente en este poema el cambio del sentir nacional tanto en la angustia por la posibilidad de la pérdida del rico patrimonio colonial—angustia que no puede ocultar el poeta con el ropaje verbal exaltado de su canto al valor incontrastable de sus compatriotas— como en las afirmaciones de fidelidad de las Indias a la corona, de su identificación con España, y del reconocimiento por parte del poeta de la humanidad de los indígenas, de su capacidad para albergar los sentimientos de valor, honor y virtud.

El teatro

Pero no son los poemas épicos de tipo erudito como *La Dragontea* los mejores documentos de estudio en una pesquisa para

¹ *Cortés valeroso*, Madrid, 1588, de Gabriel Lobo Lasso de la Vega, y la *Cuarta y Quinta parte de la Araucana*, de Diego Santisteban y Osorio, Barcelona, 1598.

² Ver pág. 18.

³ *Obras sueltas*, VI, págs. 167-373.

conocer los rumbos de las ideas y de las aspiraciones y preocupaciones de un pueblo.

Para ello hay que recurrir a los géneros literarios más genuinamente nacionales y populares, a los recibidos con paralelo aplauso en todos los planos de la sociedad. Y el único género literario que llena cumplidamente estos requisitos en la España de principios del siglo XVII es el teatro. El teatro, que desde fines del siglo anterior había sustituido en el gusto popular a todo otro género de literatura de imaginación. En sus crecientes aguas se anegó la *novela* de imitación italiana, y en su seno fecundo encontraron jugos nutricios, que las hicieron retoñar, las viejas y fatigadas raíces de la epopeya nacional. Y por si todo esto no fuera bastante, a sus formas se acogen la hagiografía y el misterio, la mitología y el angustioso problema teológico de la predestinación.

Desde antes de ese fin de siglo estaban muertas la novela de caballerías y la novela pastoril. Los campesinos que en la juventud de Cervantes, en los días de fiesta de los tiempos de siega, se recogían en las ventas para oír la lectura de los libros de caballerías, acuden ahora a las aldeas y a los pueblos para ver representar comedias. Los carros de Tespis aparecen en todos los caminos, de todas partes son solicitados. A veces los actores no disponen de tiempo para hacer descansar sus disfraces entre una y otra representación y deben marchar por las carreteras vestidos de ángeles o de demonios¹.

Al comenzar el siglo XVII el teatro es para el pueblo español el espejo de su historia cotidiana, la caja de resonancias de sus creencias y preocupaciones, de sus angustias e ideales nacionales.

En el teatro, pues, debemos buscar el reflejo de la nueva actitud de la nación frente a los problemas americanos que ya hemos podido observar en la historiografía.

Y en el teatro de Lope de Vega en particular, porque abraza y resume el de todos sus contemporáneos superándolos en riqueza y variedad de temas, en amplitud de perspectivas, en abundancia de procedimientos y recursos dramáticos, en frescura de imaginación y en espontáneo y hondo lirismo. Nada hay en el teatro de los contemporáneos de Lope que no haya en el suyo, de alguna

¹ *Quijote*, II, cap. XI.

manera, prefigurado, ensayado en múltiples escorzos. Todos le imitaron y muchos vivieron de sus despojos.

Además de esto, Lope de Vega fué —por haber participado constante y candorosamente de las ideas, creencias y aspiraciones, de los prejuicios, complacencias y alegrías, de la apetencia de heroísmos y falta de crítica de su pueblo— el mejor intérprete de las oscuras voces que partían de las entrañas de la vida colectiva¹, y en su obra se refleja mejor y más cumplidamente que en otra alguna la visión del mundo de la multitud, constituida por todas las clases sociales, que asistía rumorosa a las comedias en todo el ámbito de España.

II

AMÉRICA EN LA LITERATURA DE IMAGINACIÓN DEL SIGLO XVI

La primera alusión

La primera referencia a América en la literatura española parece ser la de los siguientes versos de Fr. Ambrosio Montesino, el poeta preferido de la Reina Católica:

Los hombres que navegando
hallan tierras muy remotas
cuando vuelven, que es ya cuando
los estamos esperando
en el puerto con sus flotas,
que nos digan les pedimos
las novedades que vieron:
y si algo nuevo oímos
más velamos que dormimos
por saber lo que supieron...

Quizá contemporáneos de los primeros viajes y descubrimientos, aunque publicados por primera vez en 1508², estos versos

¹ Véase KARL VOSSLER, *Lope de Vega y su tiempo*.

² *Cancionero de diversas obras de nuevo trovadas: todas compuestas: hechas y corregidas por el padre fray Ambrosio Montesino de la orden de los menores*. Toledo, 1508.

reflejan la ansiedad con que se esperaba la vuelta de los nuevos argonautas, la curiosidad por los detalles de la navegación a "tierras muy remotas", a distancias que podía decir la palabra pero no concebir la fantasía, y el arrobamiento que sustentaba la vigilia, para poder escuchar el relato "de las novedades que vieron".

Muchos años después, en el famoso *Retrato de la Lozana andaluza*, de Francisco Delicado —impreso por primera vez en Venecia en 1528, aunque escrito por 1524, según puede comprobarse en el mismo texto— descubrimos una nueva referencia, no ya bajo la forma de una alusión un poco vaga y con cierto misterio lírico con que la hace Fr. Ambrosio Montesino en sus versos, sino en una forma concreta y dirigida a destacar el valor económico de un producto americano.

El leño de las Indias

Las Indias Occidentales, para el desenfadado autor de *La Lozana*, no era aún la tierra a donde se dirigía la gente para enriquecerse, sino unas tierras geográficamente opuestas a las Indias Orientales, y así como de estas se traían el clavo y la canela, de aquellas se traía el *guayacán* o *guayaco*¹, o sea el ya en su tiempo famoso leño de las Indias que aliviaba el repugnante y difundido "mal francés".

LOZANA. — Dime, Divicia, ¿dónde comenzó o fué el principio del mal francés?

DIVICIA. — En Rapalo, una villa de Génova, y es puerto de mar, porque allí mataron los pobres de San Lázaro, y dieron saco los soldados del Rey Carlo cristianísimo de Francia aquellas tierras y las casas de San Lázaro, y uno que vendió un colchón por un ducado, como se lo pusieron en la mano, le salió una buba así redonda, después aquél lo pegó a cuantos tocó con aquella mano, y luego incontinenti se sentían los dolores acerbísimos y lunáticos; que yo me hallé allí y lo vi, que por eso se dice: el Señor te guarde de su ira, que es esta plaga que el sexto ángel derramó sobre casi la mitad de la tierra.

LOZANA. — ¿Y las plagas?

¹ OVIZO en el *Sumario de la natural y general Historia de las Indias*, publicado en Toledo, 1526, aunque escrito en 1524, y PIZAO MARTÍN en la séptima *Década De Orbe Novo*, escrita también en 1524, mencionan el *guayacán*.

DIVICIA. — En Nápoles comenzaron, porque también me hallé allí cuando dicen que había enfecionado los vinos y las aguas; los que las bebían luego se aplagaban, porque habían echado la sangre de los perros y de los leprosos en las cisternas y en las cubas, y fueron tan comunes y tan invisibles que nadie pudo pensar de dónde procedían. Muchos murieron y como allí se declaró y se pegó, la gente que después vino de España llamábalo Mal de Nápoles, y este fué un principio, y este año de veinte y cuatro son treinta y seis que comenzó. Ya comienza a aplacarse con el *legño* de las Indias occidentales, cuando sean sesenta años que comenzó, al hora cesará ¹.

Unas páginas adelante pregunta Coridón:

—¿Qué podría decir como ignorante?

—Dí que sanarás el mal francés, y te judicarán por loco del todo, que ésta es la mejor locura que uno puede decir, salvo que el *legno* es salutarífico ².

Esta representación de América ¿se debía a que el mismo Delicado había experimentado las virtudes del *leño*? Menéndez Pelayo lo afirma y dice además que el *leño* o *palo santo* se introdujo en España en 1508 y en Italia en 1517 ³.

El autor de *La Lozana* estaba tan persuadido de las extraordinarias virtudes salutaríferas del *palo santo*, que en 1529 publicó, también en Venecia, un tratado sobre *El modo de adoperare el legño de India Occidentale salutarifero remedio a ogni piaga et mal incurabili, et si guarisca il mal francesco* ⁴.

La evocación de América como la tierra del salutarífico *guayaco* debió de estar por entonces bastante generalizada.

Otro recuerdo queda en la literatura de esta asociación en la graciosa composición que en *Loor del palo de las Indias estando en la cura de él* escribió el famoso adversario de los poetas italia-

¹ *La Lozana andaluza*, pág. 200-201, edic. Michaud, París.

² *Id.*, pág. 205.

³ *Orígenes de la novela*, III, pág. CXII.

⁴ El origen y la cura del mal francés constituía una preocupación europea a principios del siglo XVI. Por la época en que Delicado componía su *Lozana*, veía la luz en Nápoles (1524) un tratado de Miguel Juan Pascual titulado *De morbo quodam composito qui vulgo apud nos Gallicus appellatur*, en el que ya se recomienda la cura con el *legño* de las Indias.

nizantes, Cristóbal de Castillejo, por el tiempo mismo en que aparecía el *Retrato de la Lozana andaluza*. Dice así el loor:

Guayaco, si tú me sanas
y sacas destas pendencias
contaré tus excellencias
y virtudes soberanas
dulcemente...

Si halló Marco Catón
causa de alabar la berça,
más la terné yo por fuerça,
de celebrar con razón
la virtud,
de un árbol que da salud
do se tiene por perdida
y a las veces vuelve en vida
al mal de la juventud.

Aunque no diera más parte
de gloria en nuestra nación
la conquista de Colón
que ser causa de hallarte,
es tamaña,
tan divina, tan extraña
ésta, que por ella sola
puede muy bien la Española
competir con toda España.

Abaxen los orientales
la presunción y la vela,
con sus clavos y canela,
y otros mil árboles tales
que hay entre ellos,
odoríferos y bellos,
en aquel vergel de Apolo;
que nuestro *guayaco* solo
vale más que todos ellos.

Todas las plantas preciosas
de saludables secretos
comunican sus efectos,
ayudadas de otras cosas;
de manera
que la que más, más se esmera,
muy poquitas veces sana
la dolencia más liviana
si no le dan compañera,

mas vos, *guayaco gentil*,
descubierto nuevamente
 por bien común de la gente
 y remedio de cien mil,
 sin escudo
 y a solas contra el más crudo
 mal que en el mundo se halla,
 do la medicina calla,
 entráis en campo desnudo...

No me burlo yo contigo
 como el otro del nogal,
 pues te espero liberal
 en tan gran trance conmigo,
 porque alcanças
 tantas prendas y fianças
 por doquiera ya de amigos,
 que tienes muchos testigos,
 sin mí, de tus alabanças...

Pero ruégote y suplico
 que alargues en mí tu mano,
 por que pueda verme sano,
 pues no puedo verme rico.
 ¡Oh *Guayaco!*
 enemigo del dios Baco
 y de Venus y Cupido,
 tu esperança me ha traído
 a estar contento, de flaco...¹

A través de los versos de Castillejo se ve que, aun cuando fuera reciente la introducción del *palo santo* en España, su fama había logrado ya una extensa difusión, y que eran en gran número los que habían gozado, o esperaban gozar, del beneficio de sus virtudes.

Pero si esta idea de América como el país de origen de la medicina casi milagrosa es la primera que en el orden cronológico nos ofrece la literatura, no va a tardar mucho en aparecer otra que va a ampliar hacia otros rumbos la idea primitiva. La ampliación va a ser tan decisiva y alucinadora que en cortísimo tiempo pasará a ocupar el primer plano de la imaginación popular, no solamente española, sino europea, donde resiste, incólume hasta nuestros días,

¹ *Obras*, II, pág. 315 y sigs., edic. *La Lectura*.

el desgaste del tiempo¹. La representación primitiva no va a olvidarse, sino que sigue latente en la conciencia de todos, pero en especial en la de los médicos, cuyo arte se beneficia singularmente con los despojos de la empírica medicina indígena².

La idea que viene a sumarse y a desplazar a la imagen antigua es, claro está, la de que las Indias es un país donde los hombres se hacen ricos.

Indias, país
 de riquezas

Y es el mismo Castillejo el testimonio, y la víctima, de las perturbaciones que sufren las costumbres con la afluencia de las riquezas de las Indias. Con ánimo contrito y nostálgico acento, recuerda los buenos tiempos pasados, pero próximos aún, en que los hombres podían confiar en la lealtad y desinterés de sus amigos, comparándolos con la actualidad metalizada en que el afecto de las mujeres se vende como cualquier mercadería. Y son principalmente los indios con la fama y el poder de sus riquezas los que han venido a corromper las antiguas costumbres:

Ya murieron las leales [amigas]
 que en España antiguamente
 dix que había.
 Tal uso paso solía
 que las Indias y mineras
 y otras gentes forasteras
 lo han hecho mercadería³.

¹ "Mais dans la croyance populaire [europea] les pays de l'Amérique latine ont le prestige d'une richesse fabuleuse passée à l'état de proverbe. On dit encore dans certains pays de langue française, qu'on ne donnerait pas telle chose pour le Pérou, comme on dirait: pour tout l'or du monde." (Louis PIÉRARD, *Entretiens: Europe-Amérique Latine*, Buenos Aires, 1936, pág. 221, edic. Société des Nations, Institut de Coopération Intellectuelle, Paris, 1937).

² Aparte de trabajos de divulgación de la materia médica americana emprendidos por el médico sevillano Monardes desde 1557, en 1567 el médico de Valladolid Pedrarias de Benavides recuerda a sus colegas la eficacia del guayaco en su libro *Secretos de Chirugia, especial de las enfermedades morbo gallico, lamparones y mirarchia y así mismo la manera como se curan los indios de llagas y heridas y otras pasiones en las Indias*. En 1605 el médico Andrés de León, también de Valladolid, insiste sobre lo mismo en su libro *Práctica de morbo gallico, en el cual se contiene el origen y conocimiento de esta enfermedad*.

³ CASTILLEJO, *Obras*, II, pág. 213, edic. cit.

¿De qué fecha es esta queja de Castillejo? La mal conocida cronología de sus obras no nos permite saber la fecha en que las riquezas de los indios empiezan a obrar como torcedores de las conciencias¹. ¿Es ello una consecuencia inmediata de la conquista del Perú? ¿O lo es del crecer lento y continuado, desde los primeros años del siglo, de las rentas que producían los negocios en el Nuevo Mundo, inesperadamente multiplicadas con las conquistas de México y Tierra Firme? Si se tiene en cuenta que la idea más arraigada y constante, y por ello quizá la más antigua que se tiene del Perú, es la de ser tierra de oro y plata, y que en estos versos se alude a la riqueza de las minas², nos parece lícito contestar afirmativamente a la primera pregunta. Queda la duda de si un cambio tan profundo pudo percibirse en el breve espacio de dieciséis años que corren desde la primera remesa de oro peruano hasta la muerte de Castillejo, ocurrida en 1550.

La lengua española

Una tercera manera de imaginarse las Indias aparece en Castillejo, vinculada a su condición de humanista y de la que no podían participar ni el pueblo, ni los gobernantes ni los mercaderes: la de verla como una extensa tierra por donde va a difundirse la lengua española. Desde Nebrija, los humanistas no podían disociar el destino de la lengua castellana o española del destino imperial de la nación, y cedían con frecuencia a la tentación de establecer paralelos entre el latín en el pasado, difundido por las armas del imperio romano, y el castellano en el presente³.

Así, pues, Castillejo, como traductor de Cicerón, dice, rebotante de justificado orgullo nacional:

¹ La idea de que la riqueza destruye el temple moral es de tradición humanística.

² Cabría también pensar que Castillejo se refería a las minas de Erzebirge y del Harz de las que según dice Dilthey se extraían "tales riquezas de metales preciosos que provocó, en grado mayor que la afluencia de las minas de oro y plata de América, la revolución de los precios en la segunda década del siglo XVI". (*Hombre y mundo en los siglos XVI y XVII*, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1944, pág. 49.)

³ Ver AMADO ALONSO, *Castellano, español, idioma nacional*, Buenos Aires, 1938, págs. 21 y siga.

...pero ya que España reina y tiene conversación en tantas partes, no solamente del mundo sabido antes, pero fuera de él, que es en las Indias, y tan anchamente se platica y enseña ya la lengua española según antes la latina, a propósito es entendedella y adornalla por todas vías como se hace de algunos años acá, y como hicieron romanos a la suya, después que comenzaron a comunicar a Grecia y las otras tierras extrañas fuera de Italia¹.

¿Qué mejor prueba del privilegiado destino del español que el de ir incorporando a su dominio lingüístico las tierras de un mundo nuevo y extensísimo?

Los fragmentos transcritos son un índice de que paso a paso América iba intrincándose en la trama de la vida material y espiritual de España.

La fauna exótica.

Si los productos de su flora medicinal alcanzan prestigio popular desde temprano, también lo alcanzan los exóticos y vistosos animales de su fauna, conocida por algunas de sus especies desde los primeros viajes.

El exotismo y la rareza contribuyeron para atribuir virtudes mágicas a los despojos de algunos de esos animales, lo cual no es sorprendente en una época de gran credulidad y singular auge de la hechicería. Y así entre los ingredientes que para sus ritos mágicos usaba Elicia, la celestina de la *Tragicomedia de Lisandro y Roselía*, que se editó por primera vez en 1542, junto a las

...hieles de perro negro macho..., tripas de alacrán..., pelos priápicos del cabrón..., pestañas de lobo, tuétanos de garza...².

encontramos las *rasuras del ara*, el gigantesco papagayo americano que tanta admiración y curiosidad produjo en el pueblo y en la corte en los días de Colón³.

No trasunta lo hasta ahora transcrito la existencia de una imagen de las Indias capaz de volcar hacia ella la atención y el entusiasmo de la nación y de anular el deslumbramiento en que vivía

¹ T. IV, pág. 208, edic. cit.

² SANCHE MUÑOZ (?), *Tragicomedia de Lisandro y Roselía*. Edic. Bergua, Madrid, 1933, pág. 305.

³ OVIEDO, *Sumario de la natural historia de las Indias*, en *Bib. Aut. Esp.*, XXII, pág. 402. Se trata del arara Macao.

con los acontecimientos de Italia y Alemania. Quizá lo inaudito de las distancias, aún más fabulosas que las recorridas por los héroes de las novelas de caballerías, sumiera a todo lo americano en una atmósfera brumosa e irreal que hiciera opacos sus más nítidos colores; quizá los elementos que entraban en la composición de la imagen fueran demasiado heterogéneos y no lograran fundirse en una configuración plástica, simple en la apariencia y por tanto eficaz para atraer la atención de la multitud.

Para arrancar a España de la extática contemplación de sus casi increíbles éxitos europeos, América necesita recurrir a sortilegios alucinantes y pronunciar las mágicas palabras del encanto amplificando su voz con la bocina metálica del oro. El rescate de Atahualpa (1534), el botín del Cuzco (1535) y el descubrimiento de las minas de Potosí (1545) cumplen el necesario milagro, y España fascinada ve ahora una imagen de las Indias envuelta en áurea luz. América es desde entonces, y ya lo será para siempre, sobre todo para el vulgo, el continente del oro y de la plata, de la abundancia y de la facilidad.

Hay en ello como un conato de transformarse la conquista, de empresa de mercaderes, en empresa nacional.

Por algún tiempo no va a ser difícil la leva de voluntarios para las Indias. En toda España aparecen, y en todas las clases sociales. Hasta las mujeres se contagian del deseo de pasar el temido océano.

De Canarias parte Fernández de Lugo. Casi dos mil personas. Nunca hasta entonces se vió salir de España tanta gente de una sola vez, y ahora salían de una isla. Nunca hasta entonces se vió desembarcar en las Indias gente tan elegantemente equipada. ¡Qué escarnio en medio de la gloriosa miseria de los viejos colonos!

De Vizcaya, de Castilla, de Andalucía, de Flandes y Alemania, don Pedro de Mendoza trae al Río de la Plata más de mil doscientos hombres, flor de caballeros valerosos, de hidalgos de méritos, en catorce naves. Pero el emperador necesita también de sus hombres para llevarlos a Italia, Francia, Flandes, Creta y Túnez. Las guerras son cosechas de honra, y la adquirida en Europa tiene preeminencia sobre la ganada en América. Aparte de que el indiano no puede neutralizar a su vuelta el tufo de mercader que lleva en la ropa, lo cual siempre menoscaba el prestigio de las hazañas más señaladas. Y el entusiasmo popular decae y languidece. La conquista de América seguirá siendo empresa de mercaderes.

Resonancias de las riquezas del Perú y México.

La literatura acusa el deslumbramiento que produce la llegada de la primera remesa del Perú en una *Relación de lo que se trajo del Perú con dos maneras de coplas*, de cierto Juan de León, impresa en 1534 en Medina del Campo¹. ¿Tienen estas coplas otros méritos además del de la antigüedad?

Desde entonces las alusiones a los tesoros que se traen de las Indias, a las riquezas de los indianos —y en especial de los peruleros y mexicanos—, a la facilidad y abundancia de la vida americana, son cada vez más frecuentes. Lope de Rueda en el paso quinto de *El Deleitoso*, llamado también *Paso de la tierra de Jauja*, fechado por Moratín en 1547², refleja y ridiculiza el fácil deslumbramiento de los ingenuos que aceptaban sin crítica los relatos fabulosos de los primeros conquistadores. Se trata de aquel paso en que dos ladrones hambrientos engatusan al simple Mendrugo para arrebatarle "una cazuela de ciertas viandas" que lleva a su mujer, a quien tiene entre rejas. Para ello los aprovechados deslumbran la simpleza del protagonista "con aquellos contecillos de la tierra de Xauja".

—¿Cómo? ¿Qué tierra es ésa? —demanda el infeliz.

A esta pregunta de Mendrugo los embaidores le contestan que es una tierra maravillosa en donde se azota a los hombres que trabajan, donde hay un río de miel y otro de leche, fuentes de mantequilla, árboles cuyos troncos son de tocino y que tienen buñuelos por fruto. En ella las calles están empedradas de yemas, y entré yema y yema brotan lonjas de tocino. Hay en ella asadores de trescientos pasos de largo, con muchas gallinas y capones, perdices, conejos y francolines. Las casas son de confituras y mazapanes. Limetas de vino se encuentran sembradas por todas partes, así como cazuelas de arroz, huevos y quesos.

Mientras el estulto Mendrugo se arroba representándose en la imaginación tierra tan maravillosa, los ladrones le arrebatan la cazuelilla codiciada y él se queda dándose a todos los diablos³.

¹ JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Biblioteca hispano-americana*, t. II.

² LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN, *Orígenes del teatro español*. No sabemos qué fundamentos tenía Moratín para atribuirle esa fecha.

³ LOPE DE RUEDA, *Teatro*, edic. *La Lectura*, pág. 239 y sigs.

¿Escepticismo? No había motivos, pero sí amable burla de los que creían que pasarse a las Indias y enriquecer sin trabajo era todo uno.

El mismo motivo aparece en el *Romance de la Isla de Jauja* recogido en el *Romancero* de Durán de un pliego suelto del siglo XVIII¹. El texto es del siglo anterior², y ya estaba impreso en 1616, pero sin duda es reelaboración sobre un texto aún más antiguo. La identidad del motivo con el del *paso* nos induce a sospechar que la primitiva redacción debió de ser contemporánea de él. ¿Nació éste del romance o el romance del paso? La cuestión no tiene para nosotros mucha importancia; si la tiene el hecho de la difusión del tema como índice de la actitud crítica.

La fama de ricos de los indios resuena en la literatura desde mediados del siglo. La comedia *Selvagia*, de Alonso de Villegas Selvago, imitada de la *Celestina*, y publicada en 1544, tiene para nosotros extraordinario interés, puesto que en ella se introduce en la literatura la primera figura del indiano en la persona del galán Flerinardo, "de generoso y abundante patrimonio" y venido de la Nueva España.

Otros ecos hay en *El Crotalón*, el famoso diálogo erasmista atribuido a Cristóbal de Villalón, y en el *Viaje de Turquía* atribuido al doctor Andrés Laguna, médico del Papa Julio III y traductor de Dioscórides³.

En el *Crotalón*, compuesto por los años 1552-1553, según la aceptable hipótesis de Bataillon⁴, dice el protagonista dando cuenta de sus transmigraciones a su dueño el zapatero Micilo:

GALLO. — Después te hago saber que vine a nacer en la ciudad de México, de una india, natural de la tierra; en la cual me engendró un soldado de la compañía de Cortés, marqués del Valle. Y luego en naciendo me sucedió morir.

MICILO. — Desdichado fuiste en luego padecer la muerte y también por no gozar de los tesoros y riquezas que viene de allá⁵.

¹ N.º 1347, en *Bib. Aut. Esp. XVI*.

² Ha sido puesto en claro por GALLARDO, *Ensayos*, I, n.º 800.

³ Por mucho tiempo se atribuyó el *Viaje de Turquía* al mismo Villalón pero Marcel Bataillon ha sostenido recientemente en su denso libro *Erasmus et l'Espagne* la paternidad del doctor Laguna.

⁴ MARCEL BATAILLON, *Erasmus et l'Espagne*, pág. 706.

⁵ Edic. *Espasa-Calpe Argentina*, Buenos Aires, 1942, pág. 157.

Y en otra parte:

Estas malditas [la riqueza y la mentira] bastaron un tiempo a juntar gran parte de las gentes que, por industria de una dueña parienta suya, que se llama la Codicia, los persuadieron ir a descubrir aquellas tierras de las Indias donde vosotros decís que ibades caminando, de donde tanto tesoro salió. Estas se las enseñaron y guiaron; dándoles después industria, ayuda y favor como pudiesen en estas tierras traer grandes riquezas y cargas de oro y plata y joyas preciosas, que de los de aquellas tierras estaban menospreciadas y holladas, reconociendo su poco valor...¹

En *El Viaje de Turquía*, escrito quizá entre 1554 y 1557², se comprueba que la fama de las riquezas peruanas estaba ya firmemente establecida al comienzo de la segunda mitad del siglo XVI:

MATA. — Otro mejor fruto se saca

PERRO. — ¿Cuál?

MATA. — El aforro de la bolsa... pero a fe de hombre de bien que lo he dicho yo hartas veces, entre las cuales fué una que nos vimos con tres mil ducados de fábrica para los hospitales y restitución de unos indios peruleros³.

En otras partes del mismo libro se dice:

Todo el tocino, pan y vino que se vende en Florencia dicen que es del Gran Duque, lo cual le renta un Perú⁴.

... Sidero Capsa es una ciudad pequeña, donde se funde todo el oro y plata que se saca de las minas que hay en aquella isla de Schiatho, donde yo estaba, y en la Caballa, las cuales son tan caudalosas, que dudo si son más las del Perú⁵.

El deseo de aventura

Pero no es el codicioso afán de allegar mentirosas riquezas el único aliciente que decide a los hombres a pasar a América. También el puro deseo de aventuras, de participar en la empresa de

¹ *Id.*, pág. 252.

² M. BATAILLON, *op. cit.*, pág. 724.

³ Edic. Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1942, pág. 38.

⁴ Pág. 195, edic. cit.

⁵ *Id.*, pág. 137.

ensanchar los límites del mundo, y el apetito de ver con los propios ojos esas lejanas tierras, exóticas y deslumbradoras, aun en los relatos menos sospechosos de exageración de los viajeros de retorno, encendían la imaginación de los jóvenes y los empujaban a la aventura:

Tú sabrás que en un tiempo, siendo mancebo y codicioso de ver, vino nueva en Castilla que se había ganado en las partes occidentales aquellas grandes tierras de las Indias: México, Nueva España y Perú, que nuevamente ganó aquel animoso marqués del Valle Cortés. Y por satisfacer de alguna manera el insaciable ánimo de mi deseo que tenía de ver tierras y cosas nuevas, determinéme de embarcar y aventurarme a esta navegación. Y así en este mismo deseo me fui para la ciudad e isla de Cádiz, donde se hacía el flete más conveniente y natural. Donde llegando hallé diez compañeros que con el mismo efecto y voluntad eran venidos allí. Y como en aquella ciudad eran venidos muchos de aquellas nuevas tierras, y nos decían cosas de admiración, crecíamos más el apetito de caminar. Decíanos el natural de las gentes, las costumbres, atavío y disposición, la diversidad de los animales, aves, frutas y mantenimientos y tierra. Era tan admirable lo que nos decían juntamente con lo que nos mostraban los que de allá venían, que no nos podíamos sufrir. Y así juntándonos los veinte compañeros, todos mancebos y de una edad, hecho pato entre nosotros inviolable de nunca nos faltar, y celebradas las ceremonias de nuestra amistad con juramento solene, fletamos un navío vizcaíno, velero y ligero, todos de bolsa común. Y con próspero tiempo partimos un día del puerto, encomendados a Dios¹.

El párrafo transcrito tiene además interés porque ilumina el estado de los conocimientos populares acerca de la geografía de América, y especialmente porque nos revela que en la imaginación española de mediados del siglo XVI la conquista de América se identificaba con el nombre de un solo héroe: Cortés.

El indiano embustero

Si las fábulas de los indianos prendían lozanas en el propicio terreno de la fantasía juvenil, no lograban el mismo crédito en el ánimo menos impresionable de los hombres experimentados.

¹ *El Crotalón*, edic. cit., pág. 246.

Y porque nos temimos no acertar en la casa de la verdad, acordamos probar a salir de aquella prisión y cárcel, pensando que si saliéramos con ello sería una cosa admirable, y que teníamos más que contar que de las Indias si allá fuésemos, ni de los siete milagros del Mundo².

A veces los fabuladores recibían duras calificaciones:

Si lo que dice es verdad, él dará razón dello, como ha hecho siempre; si no, no queremos oír mentiras, que harta nos cuentan todos esos malos soldados que vienen del campo de su Magestad y los indianos³.

Por todo lo que antecede nos sentiríamos inclinados a afirmar que América, al promediar el siglo XVI, ocupaba ya en la imaginación de los españoles un plano tan destacado que olvidarla en una mención de las partes del mundo o en una orgullosa ostentación de los dominios del rey de España parecería inconcebible. Los documentos literarios, sin embargo, nos prueban lo contrario. En *El Crotalón* no aparece el nombre de América entre los de las partes principales del mundo:

Miréla a la tierra, desde la luna muy en particular y holgué mucho de ver sus tres partes principales: Europa, Asia y África⁴.

Tampoco se menciona el nombre de ningún río de América en una enumeración de los principales del mundo en el mismo libro (pág. 210).

Y Pedro de Urdemalas en *El Viaje de Turquía*, al referirse ante el gran Turco, rival de su emperador, al inmenso poderío de su señor, y al mencionar las tierras que tiene éste bajo su dominación, omite el recuerdo de las Indias:

Pues hago saber a Vuestra Alteza que es mayor señor el emperador que el rey de Francia y gran Turco juntos, porque lo menos que él tiene es España, Alemania, Italia, Flandes; y si lo quiere ver al ojo, mande traer un mapa mundi de aquellos que el embajador de Francia le presentó que yo le mostraré...⁴.

¹ *El Crotalón*, edic. cit., pág. 257.

² *Viaje de Turquía*, edic. cit., pág. 204.

³ Pág. 174.

⁴ Edic. cit., pág. 86.

Si los elementos positivos aquí mencionados son los principales en la composición de la imagen de América por cuanto son los que golpean con mayor eficacia la imaginación popular, otros hay olvidados de la literatura que contribuyen, si no a completar dicha imagen, sí a enriquecerla en misterio y poesía, a colorearla de bruma y exotismo excitando la fantasía. Uno de estos elementos es el de la lejanía, ya vagamente aludida en los versos antes citados de Fr. Ambrosio Montesino, la cual convoca indisolublemente el recuerdo de los peligros que encierran las largas jornadas por mar. Pero América va a sumar aún, a los peligros propios de las largas navegaciones, la horrorosa antropofagia de los temibles caribes, de la que se hacían lenguas desde los días de Colón cronistas y viajeros:

GALLO. — Son tan acobardados por eso los labradores que nunca se atreven a hacer muestra de la tierra donde nacen, porque una legua de sus labores les parece que son las Indias e imaginan que hay allí gentes que comen los hombres vivos...¹

Otro es el de la inmensa, increíble extensión de las tierras descubiertas. En este mismo citado libro, su protagonista, que había sido arrebatado y llevado por los aires, sentado sobre la luna mira hacia la tierra y ve:

La ciudad de Milán que no es tan grande como una lenteja... pues ¿qué diré de Túnez y de Argel? Pues ¿qué de toda la Turquía? Pues toda la India, la Nueva España y Perú, y lo que nuevamente hasta salir al mar del Sur se navega, no parece ser de dos dedos².

En *El Viaje de Turquía*, se dice:

En esto vino el mapa, y hícele medir con un compás lo que el Turco manda, y no es tanto como las Indias, con gran parte, de lo que quedó maravillado...³

No poca parte debió tener finalmente en la formación de la imagen de las Indias la difusión lograda en la Península por algunas especies exóticas de la fauna y flora americana.

Un testimonio de ello lo encontramos en Lope de Rueda. En

¹ *El Crotalón*, edic. cit., pág. 59.

² *Id.*, pág. 176.

³ Edic. cit., pág. 87.

el *Coloquio de Tymbria*, fechado por Moratín en 1552, hay una referencia al famoso *ratón de Indias* y a sus costumbres. Del fragmento que transcribimos se puede inferir que "la pecorilla", dada a conocer por los conquistadores desde sus primeros viajes y descrita por Oviedo en 1525¹, deja de ser objeto de curiosidad para hacerse familiar a los españoles europeos después de la conquista del Perú, donde abundaba:

TROYCO. — ¿Qué remedio?

LEÑO. — Colarme en la pajiza y soterrarme muy bien en la paja, y en llegando allí, cualquiera que me vea, hacelle creyente que soy *ratón de las Indias*.

TROYCO. — Bien has dicho; anda, véte².

La controversia Las Casas - Sepúlveda

Si podemos decir, en general, que el testimonio literario no trasunta una viva y sostenida curiosidad de la nación por los sucesos americanos, no hay duda de que algunos problemas interesaban también a los círculos no oficiales y si no conmovían el espíritu público, tampoco permanecía éste indiferente. Tal debió de acontecer con la famosa controversia de Valladolid, que, acerca de la justicia que asistía a los españoles en hacer la guerra a los aborígenes de América y el trato que daban a los indios, sostuvieron durante los años 1550 y 1551 el P. Fr. Bartolomé de Las Casas y el docto humanista Juan Ginés de Sepúlveda. Ella divulga de pronto un aspecto de la vida americana que hasta entonces había interesado a los conquistadores y encomenderos por un lado y a los misioneros y a la corona por otro, y es en realidad la crisis de la larga disputa que desde principios del siglo sostenían los encomenderos, inclinados a someter a los indígenas a la esclavitud, y los misioneros, especialmente dominicos, que propugnaban el trato humanitario y la conquista pacífica³.

La controversia de Valladolid es sin disputa el acontecimiento

¹ *Sumario de la natural historia de las Indias*, Bib. Aut. Esp. XXII, pág. 447.

² LOPE DE RUEDA, *Obras*, edic. de la Acad. Española, t. II, pág. 119. Madrid, 1908.

³ Véase, LEWIS HANKE, *La controversia entre Las Casas y Sepúlveda*, en *Universidad Católica Boliviana de Medellín*, Colombia, VIII, 1942, págs. 65-97.

más importante en la historia del pensamiento español en sus relaciones con América. Pero es obvio que una cuestión de tal naturaleza, no obstante sus enormes y entonces insospechables proyecciones, puesto que involucra nada menos que la doctrina de la igualdad natural y la hermandad entre los hombres, base de todo el pensamiento político moderno¹, no puede transformarse, salvo especialísimas condiciones, en un asunto de dominio público.

Esas condiciones estaban dadas en los hechos siguientes: primeramente la alta posición oficial y fama de sabios y eruditos de los antagonistas, pues Sepúlveda era Cronista oficial de Carlos V y tutor del príncipe don Felipe, y Fr. Bartolomé había sido obispo de Chiapas y ejercía una extraordinaria influencia en los altos consejos del Estado; en segundo lugar, la controversia iba a ser sostenida ante un tribunal constituido por catorce miembros, entre los cuales se contaban los eminentes teólogos Bartolomé de Miranda, Domingo de Soto, Melchor Cano y Bernardino de Arévalo y que debía decidir de qué lado estaba la justicia y la razón; además, la conquista había sido suspendida por Real Orden hasta el pronunciamiento del tribunal; por último, los aspectos jurídicos y teológicos de la cuestión habían dividido en dos partidos a los letrados, que disputaban con vehemencia².

No era imposible, pues, que la expectativa de los círculos oficiales e intelectuales se reflejara en gran parte del pueblo. El tribunal, sin embargo, no decidió la cuestión, y aparentemente Las Casas fué el triunfador. En el mismo año de 1552 el famoso dominico publicaba en Sevilla la *Brevísima relación de la destrucción de Las Indias*.

El Auto de las Cortes de la Muerte y el P. Las Casas

Que el público no permaneció indiferente a la grave cuestión y favoreció a Las Casas con su simpatía se comprueba en el *Auto de las Cortes de la Muerte*, impreso en Toledo en 1557 y frecuentemente representado durante el siglo XVI. Compuesto entre 1552 y 1557 por Micael de Carvajal y Luis Hurtado de

¹ No creemos que pueda incluirse en él el brote racista de nuestros días.

² Las *Relecciones Theologicæ* del P. Francisco de Vitoria (1532) constituyen el primer indicio de que los aspectos jurídicos y teológicos de la conquista habían interesado a círculos extensos.

Toledo, el auto nace bajo la sugestión directa de la *Destrucción* del P. Las Casas y repite muchos de sus argumentos.

En efecto, en la escena XIX aparecen en las Cortes de la Muerte unos indios americanos, con su cacique a la cabeza, quien dice:

CACIQUE. — Los indios occidentales
y estos caciques venimos
a tus cortes triunfales
a quejarnos de los males
y agravios que recibimos.

Las palabras de esta introducción ya revelan lo que los indios van a decir. Y no se presentan arrastrados ante la Muerte contra su voluntad como los demás personajes, ni menos amedrentados ante la justicia divina. Llegan hasta allí para lamentar el terrible infortunio de su esclavitud, pero al mismo tiempo están seguros de que la justicia está de su parte. Confiesan, claro está, su agradecimiento a Dios por su conversión al cristianismo, pero al mismo tiempo se quejan por estar, desde la llegada de los españoles, sujetos a crudas guerras, víctimas de muertes y robos, padecimientos desconocidos antes, cuando estaban bajo la protección de sus dioses bestiales y falsos. Sobre todo, se quejan de estar al parecer obligados a enriquecer a todo el género humano, según se les trata. Que la pestilencial hambre del maldito oro hace que todos olviden que también ellos pertenecen al género humano. Que los conquistadores no sólo no se satisfacen con el oro que los indios dan de buena gana sino que cometen crímenes inauditos por sacarles unas piececillas de oro que llevan como adornos:

Por sacarles los anillos
¿qué dedos no se cortaron?
¿Qué orejas para zarcillos
no rompieron con cuchillos?
¿Qué brazo no destrozaron?
¿Qué vientre no traspasaron
las espadas con gran lloro?
Destos males, ¿qué pensaron?
¿Que en sus cuerpos sepultaron
nuestros indios sus tesoros?

¿Qué ley divina ni humana permite que los indios sean tratados como bestias? ¿Creen los cristianos que se han de ir al cielo

con el oro a cuestas? Sin embargo a nosotros nos predicán otra cosa. ¿Se vió jamás mayor contradicción entre el dicho y el hecho? ¡Si las imágenes de Cristo y sus santos fueran de oro o plata! ¡Entonces sí que veríamos profanaciones sin nombre! Desde que estamos en poder de cristianos hemos perdido sosiego y libertad, sufrimos guerras crueles y terribles injusticias, y todo por causa del oro maldito que nuestra antigua tradición, si bien lo estimaba en algo, no hacía de él objeto y fin de la vida. ¿Es éste el precio que nos cobran por mostrarnos el camino de la salvación?

La Muerte reconoce que los indios tienen razón sobrada en sus quejas, pero, puesto que Dios al hacerlos partícipes de su reino los libró de los demonios mayores, también los librará de los "lobos robadores".

Aparecen luego San Agustín, Santo Domingo y San Francisco, quienes les piden paciencia y confianza. Termina la escena con la siguiente descripción de lo que el descubrimiento de las Indias y sus riquezas produjo en España:

SAN FRANCISCO. — ¡Oh Indias, pluguiera a Dios
que vuestra tierra cocida
y oro no diérades vos;
pues por ella hay entre nos
tanta multitud perdida!
Porque cuanto allá se afana
con trabajos, con pendencias
no hay médico que lo sana,
que al fin fin cuanto se gana
va con muy malas conciencias...

SANTO DOMINGO. — ¡Dí, India: ¿por qué mostraste
a Europa esos tus metales
falsos con que la llevaste
y después nos la enviaste
cargada de tantos males?
¿No le bastaban las minas
de pecados que tenía
tan profundas y continas
sino cargarla de espinas
con que mata cada día?
¡Oh Indias, que diste puertas
a los míseros mortales
para males y reyertas!

¡India que tienes abiertas
las gargantas infernales!
¡India, abismo de pecados!
¡India, rica de maldades!
¡India de desventurados!
¡India, que con tus ducados
entraron las torpedades!

El Demonio, la Carne y el Mundo alientan en cambio a los hombres a pasarse a las Indias, pues con ello acrecientan sus cosechas para el infierno:

SATANÁS. — ¡Cómo! Y piensan de estorbar
que las gentes no pasasen
a las Indias a robar...
¿No saben que es el caudal
y la mejor granjería
de la región infernal?
Mas, en fin, el oro es tal
que es piedra imán que atraía.

CARNE. — Hermano, ¿no ves las galas
del mundo fuera de ley;
cuántos palacios y salas,
y a cada ruin nacen alas
de vestirse como el rey?
¿Pues cómo puede sufrirse
si no van allá a buscar
para el comer y vestirse
y si no dejan morirse
que acá no hay dó lo ganar?
Las mujeres bastan solas
a echar allá sus maridos,
que como unas amapolas
andan ya con largas colas
en sus trajes y vestidos;
sustentaldas por ahí
si la India no provee,
que no hay un maravedí
si no van por ello allí
y allá los quiere: (me cree).

MUNDO. — ¡Gran cosa es la libertad
y estar libre de mujeres
y de hijos, en verdad!
La India gran calidad
tiene para los placeres.

CARNE. — El vivir allá es vivir
que acá no puede valerse;
lo que yo te sé decir
que pocos verás venir
que no mueran por volverse¹.

Dejando de lado el patetismo y la exageración propios del calor de la polémica y el ideal de ascetismo y desdén de los bienes mundanales que anuncia la Contrarreforma, el auto es un documento valioso para nuestro propósito de reconstruir la imagen popular de América y de las consecuencias de su descubrimiento sobre la vida española. En primer término se explica en él el origen de muchas de las grandes fortunas que se hicieron en las Indias. Las Indias son la tierra del oro, pero ese oro no se consigue sin el olvido de la conducta cristiana, sin acallar las reconvenciones de la conciencia y acallada ésta y olvidada aquélla, ¿qué podía ser la vida americana sino el anticipo del infierno? Pero no es el temor a caer en el pecado lo que ha de detener a los hombres en su carrera en pos del oro. Con el oro adquirido en las Indias el ruin adquiere poder y consideraciones sociales, puede construir palacios y ser tenido por príncipe entre aquellos mismos que ayer temían desdorararse con su trato.

El Ruin: dice mucho la palabra de la consideración en que eran tenidos los indios. Pero si estos ruines ambiciosos no hallaran el camino de América, ¿dónde hallar en otra parte dineros para comer con hartura, vestir con lujo y vivir como caballeros? Y no se ha de inculpar solamente a los hombres; también las mujeres tienen su parte en esta perturbación de las costumbres antiguas. Ellas, por amor al lujo, desconocido de la antigua severidad española, empujaban a sus maridos a pasar el mar. Y poco les importa la vuelta si desde allá no faltan remesas de maravedí. Los hombres, pues, incitados, fatigados del trato y sujeción matrimonial y del cuidado de los hijos, y alucinados por un hartazgo de placeres, cosa fácil porque el oro todo lo facilitaría, no habían de poner muchos inconvenientes a la aventura. Los pocos que vuelven a España ya no se encuentran a gusto en medio de normas sociales que restringen la posibilidad de satisfacer gustos o caprichos, y no piensan sino en su regreso.

¹ *Romancero y Cancionero sagrados, Bib. Aut. Esp.*, XXXV, págs. 31-33.

Aunque la pintura no sea un retrato, y por la perceptible exageración de algunos rasgos desfavorables pueda tomarse como una caricatura, es indudable que, como tal, el público a que estaba destinada reconocía en ella los rasgos del original. Y hasta es posible que muchos se sintieran con vocación para poner a prueba su propia virtud de la fortaleza contra el pecado.

Para los moralistas religiosos las Indias no son solamente la tierra de los pecados. Es también tierra de ignorancia religiosa, principal causa de los pecados. Ignorantes en tal materia era natural que fueran los aborígenes, pero lo grave es que también lo son los españoles de España: "La experiencia nos ha mostrado dentro de España haber Indias en el reino de Castilla, montañas en este caso de ignorancia"¹.

Es curiosa esta identificación: Indias = tierra de ignorancia, y no podemos saber si detrás de estas palabras hay también un juicio sobre la capacidad intelectual de los indios.

En el *Auto de la oveja perdida*, impreso por primera vez en 1575, aunque compuesto mucho antes², encontramos la siguiente referencia a América:

... [el] *cobdicioso prado*,
que está de espinas sembrado
venidas del gran Perú³.

La conexión de este pasaje con las ideas expuestas en el *Auto de las Cortes de la Muerte* es evidente, lo cual nos mueve a pensar que ya desde mediados del siglo XVI estaba bastante difundido, por lo menos en ciertos círculos, el pensamiento de que el oro de las Indias contribuía a relajar la moral.

Actitud de los cortesanos
ante la conquista

La preocupación moralizadora de los religiosos y teólogos no debieron de compartirla los militares y los cortesanos, que no podían ver peligros en la extensión de los dominios del monarca. Así, en el *Carlo Famoso* de D. Luis Zapata de Chaves, primer poe-

¹ FR. FELIPE DE MENESES, *Luz del alma cristiana*, citado por Américo Castro en *RFE*, 1931, pág. 351.

² MORATÍN, *Orígenes*, le atribuye la fecha 1566.

³ *Autos sacramentales, Bib. Aut. Esp.*, t. LVIII, pág. 81.

ma, escrito por un español que no viajó a las Indias, en que se trata del descubrimiento del Nuevo Mundo y de la conquista de México, se afirma enérgicamente que tal conquista fué también ocasión de glorias militares que ilustraban no solamente a su caudillo, sino a toda la nación. Incluye el poema, terminado en 1564 y publicado en Valencia en 1566, entre los grandes hechos militares llevados a feliz término durante el reinado del gran Emperador, la conquista de México. Tres cantos (XI, XII y XIII) destina el poeta a este asunto, que empieza con la llegada a la presencia del monarca de los embajadores de Hernán Cortés, quienes traen las buenas nuevas de la sumisión de Moctezuma. La narración del embajador (Francisco de Montejo) comienza con el descubrimiento de América por Colón, mejor dicho con la leyenda del marino que en las ansias de la muerte revela al almirante la existencia de unas tierras remotas en los confines del mar tenebroso, a las cuales había llegado él. El poema sigue paso a paso la *Historia de las Indias* de López de Gómara, impresa desde 1552. Después de la historia de Colón y sus descubrimientos, relata la biografía de Cortés y la conquista de Nueva España, también según la historia de la conquista de López de Gómara, aunque no le arredra el entremezclar en la tela de su laboriosa narración algunos episodios que tienden a hacer de Cortés un héroe de novela de caballerías, como aquel en que le hace combatir con un águila colosal que tenía atemorizados a los indios, a quienes degollaba a picotazos, o aquel otro en que combate con

un tiburón mayor que una ballena

y tan temible como el endriago con quien combatió Amadís. Pero Cortés con esforzado ánimo le hace frente y puede vencerle con las armas de su astucia y sobrehumano valor y con la ayuda de Dios.

Estas dos victorias revelan a los indios que los españoles, y sobre todo su jefe, están protegidos por divinidades harto más poderosas que las suyas y que son además hombres invencibles, y así deciden secundarlos en la empresa guerrera contra Moctezuma. Sigue luego una larga descripción del imperio azteca, de las costumbres de los mexicanos, de las peripecias de la conquista, según el texto ya conocido, para terminar con una relación de los objetos de oro y plata que Cortés envía al Emperador.

Más interesante para nuestro propósito que el *Carlo Famoso* es la *Miscelánea* del mismo don Luis Zapata, obra escrita seguramente por fines del siglo, cuando su autor ya había entrado en la vejez. Interesante porque en este curioso libro se nos revela que la imagen de América estaba ya por este tiempo incorporada, y con naturalidad, a la vida española. La naturalidad no excluía lo maravilloso, sino todo lo contrario, lo suponía, porque lo maravilloso era para la imaginación peninsular el estado natural de la realidad americana. Así, en el capítulo que habla *De las joyas de gran precio*, no vacila en creer que "Al Conde de Niebla, que fué por Virrey del Perú, al desembarcar en tierra de la mar a su casa, que habría más de dos mil pasos, le enladrillaron con ladrillos de plata el camino y las calles, de más de veinte pies de ancho"; y en otra parte del mismo capítulo dice que él vió en Sevilla, traído de las Indias, "un grano de oro toscó... tan grande como un membrillo... que pesaba más de seis mil ducados", y que "también no se pueden contar las riquezas que los caballeros Piçarros hallaron al rey del Perú Atabálipa, en cuya casa, lo que acá se usa de hierro y de palo y barro, todo era de oro y plata, mesas, camas, sillas, rejas, puertas, ventanas y otros usos comunes de ollas y cántaros, de cerraduras y aldabas"¹.

En este libro puede apreciarse bien el contraste entre el juicio de los teólogos y el de los cortesanos sobre el descubrimiento y conquista de América:

¡Qué invención tan útil fué a toda la redonda de la tierra el descubrimiento de las Indias que hizo D. Cristóbal Colón!
 ¡Cuántas riquezas, cuántas cosas salutíferas se han traído de allá! Y del camino del infierno. ¡cuántas almas de indios ha vuelto esta invención para el cielo, que a causa de haberles predicado la fe han sido salvas!

América se asocia
 a la vida española

Este párrafo nos demuestra además lo indispensablemente ligado que estaba a la idea de América la de las cosas salutíferas. A propósito de éstas mismas dice más adelante:

¹ *Miscelánea*, Selección, semblanza y notas de A. R. Rodríguez Moñino, Madrid, s. a., C. I. A. P., pág. 21.

De ahora es el remedio del mal contagioso con el *pelo santo* y la *zarzaparrilla*, que antes este mal solía ser incurable... Este mal vino primero de las Indias; diéronse por él en trueque las viruelas, tan crueles como las bubas... De allá se han traído ahora las experiencias de la piedra bezoar y del mechucán¹, y el uso de la pimienta colorada y chocolate, y las pavas de Indias, la mejor de todas las carnes, como de Persia se trajeron a Roma los priscos, y Luclullo trujo primero las cecezas de Asia².

Los recuerdos de Colón, de Magallanes, de Cortés, de los animales de las Indias, se asocian fácilmente con la vida española:

Tuvo el Conde de Orgaz un neblí que se llamó "el barón", que mataba cuanto había en el campo, si no era milano, que en su almoneda le compró al duque de Medinaceli por quinientos ducados, que era indio, de tierra de México, y vino tan roto y desharrapado que se andaba por casa como gallina y mudó así el primer año³.

Se trata del famoso *haleta de las Indias*, más tarde ilustrado por los versos de Góngora.

En otra parte al recordar al hombre de dura cabeza de Llerena, que hacía pedazos en la cabeza los más fuertes ladrillos, le asalta el recuerdo de la competencia entre los araucanos, que seguramente leyó en Ercilla y dice:

Oh, si éste estuviera en aquella gran provincia de Arauco, de veinte leguas en largo y de siete leguas en ancho, cuya cerviz fué invencible y no domada, hasta que unos pocos de Valdivia los vencieron... y domaron y acabaron de sujetar por fuerza de armas, con grandes e increíbles hazañas de ellos mismos⁴.

La idea predominante sigue y seguirá siendo la de que América es tierra de riquezas en metales preciosos. Gaspar Gil Polo añadía

¹ Todo esto parece un eco del libro de Monardes que trata de *Cómo se ha de usar de la raíz del mechucán, purga excelentísima... y de dos medicinas maravillosas que son contra todo veneno, la piedra bezoar y la yerba escuerçonera. Con la cura de venenados*, Sevilla, 1565.

² *Id.*, pág. 124.

³ *Id.*, pág. 108.

⁴ *Id.*, pág. 49.

a esta idea principal la de la lejanía, y así dice en poética síntesis en su *Diana*¹:

No va por nuevo mundo y nuevos mares
el simple pastorecillo navegando,
ni en apartadas Indias va contando
de leguas y monedas mil millares.

Las riquezas en metales no hacían olvidar otras no menos apreciadas, como perlas, esmeraldas y otras piedras preciosas que se traían desde los días de Colón. Una alusión encontramos en la *Guerra de Granada*, de don Diego Hurtado de Mendoza, escrita por 1572, en la cual se habla de las *esmeraldas de América*². ¿Se refiere el autor a las de Muso, cuya fama se extendió por toda Europa?³

Otro aspecto de la imagen de América que había alcanzado cierta difusión, según se nos descubre en el *Examen Sacrum*, auto jesuítico anónimo, escrito probablemente en el tercer cuarto del siglo XVI, es el de la afición a la danza entre los indios americanos, de que hablaron los historiadores con relativa frecuencia, desde Colón y Pedro Mártir al P. José de Acosta. El *Examen* incluye una *Danza para el Santísimo Sacramento* en que entran primero tres indios, Brasil, Japón y Mexicano, quienes danzando dicen:

"Cuchamé, cuchamí
.....
¿quién te far venir aquí?
.....
"Cuchamé, cuchamí
¿quién te far venir aquí?⁴

Nada tiene que ver la danza con el auto, y hasta la parla medio morisca de los indios nos dice que se trata de un procedimiento primario para darle variedad, pero es un indicio de la idealización de la vida de los indios por parte de los españoles.

¹ *Libro I.*

² *Bib. Aut. Esp.*, t. XXI, pág. 88.

³ Bacon en *New Atlantis* habla de "emeralds of the Peru colour", pág. 33, ed. A. E. Gough, 1915. Cita comunicada por don Pedro Henríquez Ureña.

⁴ *Bib. Aut. Esp.*, t. XXI, pág. 133.

Una loa que encabeza este auto tiene también una alusión a la manera de tomar la cura del *palo de las Indias*. El actor se dirige al público congregado en el salón, que debió ser muy estrecho, y le dice:

Como la pieza¹ es angosta y el calor mucho no es más de venir a tomar el agua del palo².

¿Habrá de hacerse la alusión de no estar muy popularizada la medicina?

Por esa misma fecha escribía Baltasar del Alcázar el siguiente agudo epigrama a su amigo Agustín Francés:

Si os hubiera hecho Dios
mal francés, por mi regalo
vertiera el agua del palo
por nunca sanar de vos².

Por último, en este fin de siglo el recuerdo de la conquista de América lo encontramos ya asociado a los de las guerras victoriosas, en una afirmación del poder e invencibilidad de las armas de España.

Los alemanes, con aquel ánimo despreciador de la muerte, no bastaron a que no atravesasen el Albis las vencedoras insignias

¹ Pieza 'habitación', acepción corriente en América.

² En GALLARDO, *Ensayos*, I, 103. El tomar el agua de palo era un suplicio terrible y prolongado, porque duraba no menos de treinta días. El enfermo debía guardar cama envuelto en una sábana caliente y arropado con gran copia de frazadas de lana y otros abrigos. En el aposento, que debía ser el más estrecho posible y sin ventanas, se encendían braseros de leña para aumentar el calor y ayudar a los sudores.

El enfermo, que guardaba riguroso ayuno, tomaba dos raciones diarias de nueve onzas cada una de cocimiento de guayacán, una a la mañana y otra por la tarde. En los casos agudos la cura se prolongaba. A esta manera de tomar el palo se refiere ya Pedro Mártir en los libros VII y VIII, caps. II y I, respectivamente, de sus *Décadas*. Cfr. también CERVANTES, *El casamiento engañoso*. En el mismo Ensayo de Gallardo, I, 1248 se describe una *Paradoja en loor de las bubas*, escrita en 1569, en que se diserta largamente sobre el origen del mal francés. Termina la disertación afirmando el origen americano de dicha enfermedad y se añaden unos versos cuyo final copiamos por la relación que tiene con la cura del mal francés. Dice así:

Os pienso, dama, enviar
frazadas con que sudar
y un haz de zarparrilla.

de España, inmensos y no domados mares servían de muro a los del Nuevo Mundo, y conquistaron otro nuevo...¹ ¿Y habían de ser los moriscos, dentro de las fronteras de España, poderosos para impedir ser dominados?

El discurso se pone en boca de un morisco que quiere persuadir a sus hermanos de la inutilidad de la rebelión.

La conquista en la poesía lírica

Tan cargada de resonancias americanas estaba toda la vida española en el último cuarto del siglo XVI que hasta en la lírica culta, poco propicia por su índole a referirse a ellas, se encuentran inesperadamente sus ecos. Así Herrera, el más caracterizado poeta lírico de este tiempo, en paralela actitud a la del autor últimamente mencionado, equipara, en un soneto de 1582 dirigido a Felipe II, la conquista de América a las glorias guerreras del Continente:

Ya que el sujeto reino lusitano
inclina al yugo la cerviz paciente
y todo el grande esfuerzo de Occidente
tenéis, Sacro Señor, en vuestra mano...²

mientras la *Elegía XI* glorifica el denuedo y valor de los conquistadores:

Y el que en el patrio suelo estrechamente
vivía oscuro, osado s'aventura
por el remoto golfo d'Occidente;
y con valor igual a su ventura
bravas gentes sujeta y fieros pechos,
sin rendirse al temor de muerte oscura...³

En la *Canción V*, compuesta por 1559, menciona *El Darién* entre las regiones remotas alumbradas por el sol:

¹ ANTONIO FUENMAYOR, *Vida de Pío VI*, en OCHOA, *Tesoro de prosadores españoles*, pág. 483.

² *Poesías*, edic. *La Lectura*, pág. 198.

³ *Id.*, pág. 264.

Rojo sol que el dorado
 cerco de tu corona
 sacas del hondo piélago mirando
 el Ganges derramando,
 el Darién, la Sona
 y del divino Nilo el fértil vando...¹

En la *Elegía VII*, compuesta, al parecer, después de 1582, y dirigida al marqués de Tarifa, el poeta recoge la opinión popularizada sobre el clima de América:

...el Indo extremo, el lapón frío
 i aquel que el alto Febo abrasa tanto
 i quien habita el Amazonio río
 onrarán vuestro nombre generoso...²

Pero todas estas resonancias no son sino la promesa y el anuncio de lo que la literatura nos ofrecerá en el siglo siguiente en el espejo de su teatro.³

¹ *Id.*, pág. 172.

² *Id.*, pág. 216.

³ Pablo de Céspedes escribe en el *Poema a la pintura*:

De aquellos que cargó de Tierra Firme
 entre oro y perlas navegante ufano...

Hasta en las traducciones se encuentran los reflejos del interés por lo americano. De 1591 es la traducción de los *Sonetos y canciones* de Petrarca publicada por Enrique Garcés, poeta que residió en el Alto Perú bastante tiempo. Hay allí una canción no traducida, sino imitada de la *Italia mia*, *ben ch'el parlar sia indarno*, en que se alude al estado del Perú y comienza

Aunque mi hablar, Perú, venga a ser vano
 a daños tan notables
 como en tu cuerpo y tan continos sientes...

Ver MEDINA, *Bibl. Hispanoamericana*, I, pág. 507 y MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de la poesía hispano-americana*, II, págs. 150 y 270 a 272.

CAPÍTULO I

LA IDEA PREDOMINANTE

América tierra de
 oro y riquezas

La representación de América predominante en el teatro de Lope no puede diferir en sus rasgos esenciales de la más popular y generalizada en su tiempo. América es la tierra del oro y de la plata, de los trofeos de perlas, piedras preciosas y joyas, y en general de todo género de riquezas que se ofrecen a España:

...Desde aquí contemplo
 a América que le rinde
 porque le dió tantas almas
 oro, plata, perlas, palmas
 desde La Habana a Melinde...

dice la Imaginación, refiriéndose a Felipe II en la comedia *Los españoles en Flandes* (III, pág. 390, t. XIII, Acad.). Felipe hizo poblar América, y las riquezas ofrecidas por ésta son la justa recompensa de aquel esfuerzo. El consonante obliga al poeta a una geografía de novela de caballerías, pero ¿acaso Melinde no quiere decir aquí país remoto?

Así de remotos indios
 os traigan oro y trofeos
 vuestras naves y soldados,
 que oigáis mi desdicha atentos

dice un personaje de *La llave de la honra* (III, pág. 471, t. XII, Cot.) y don Fernando el Católico, al abandonar el gobierno y al hacer relación de sus servicios a Castilla, dice, no sin cierta melancolía:

Por mi causa has conocido
un Nuevo Mundo que en plata
en ti sus venas dilata...¹

Algunos ejemplos más que repiten la idea:

por donde la plata pase
que viniese de las Indias...²

En la comedia *El testigo contra sí* (I, pág. 696, t. IX, Cot.)
se dice:

Ni me trujo la plata de las Indias...

Y un poco más abajo:

¿Tenéis algunas barras de las Indias...?

Se entiende que son de plata. Este tipo de alusiones, por lo
demás, son muy abundantes:

O lo que a la noble España
ofrecen sus nuevas Indias
me ofrecieras... [riquezas]³.

De oro y plata largas venas;
las piedras que saca el indio
y perlas que el negro pesca...⁴

No era raro que el metal de las Indias llegase en forma de
cadenas de oro, joyas, prendas

y algunos verdes mayates
que rematan oro y perlas...⁵

y sobre todo en forma de doblones:

¿Qué dineros son aquestos?
¿de qué Indias has venido?
¿qué rica herencia has tenido?
¿qué doblonzos son éstos?⁶

¹ *El gran capitán*, II, pág. 242, t. II, Cot.

² *El marqués de las Navas*, II, pág. 507, t. IV, Rivad.

³ *La pérdida honorosa*, I, pág. 58, t. XII, Acad.

⁴ *El lacayo fingido*, III, pág. 102, t. VII, Cot.

⁵ *Sembrar en buena tierra*, III, pág. 434, t. IX, Cot.

⁶ *La ingratitud vengada*, II, pág. 470, t. VI, Cot.

Abundancia
de riquezas

A la idea de la riqueza de las Indias se suma pronto la de la
abundancia de la riqueza. Asociada a un breve atisbo de la agi-
tación de la vida sevillana en vísperas de la partida de las naves,
aparece en la novela *Las fortunas de Diana*:

Partió [Diana] de Valladolid a Sevilla, donde estaba la armada
y se hacía la gente que había de pasar con ella, que, a la fama
de la inmensa riqueza que aquella tierra producía, era infinita¹.

Más precio tus ojos bellos
que cuanta plata han traído
las ondas del mar soberbio
por la canal de las Indias².

De la comedia *Los ramilletes de Madrid* (I, pág. 303, t. IV,
Rivad.) es el siguiente rebuscado juego de conceptos:

¡Oh casa de una platera
tan limpia en su proceder
que sin plata puede hacer
las Indias en Talavera...!

Platera es Inesilla porque tiene por oficio fregar la platería
de la casa, pero ella misma es un tesoro tan grande, que con su
sola presencia hace de Talavera unas Indias.

Por los ejemplos transcritos vemos que a la idea principal
siempre acompaña otra u otras concomitantes que denuncian la
complejidad del fondo sobre el cual se recorta el perfil de Amé-
rica. Estas ideas asociadas son la de la distancia, la de que las
riquezas son en parte trofeos de guerra y en parte productos de
las minas en que trabajan los indios y de la pesca de perlas en
que trabajan los negros, la de que tales riquezas llegan a España
en naves que desafían los peligros de la navegación, etc. Otros
ejemplos podemos allegar en los cuales siempre sería fácil descu-
brir nuevas ideas paralelas a la principal:

¹ *Bib. Aut. Esp.*, t. XXXVIII, pág. 13.

² *Santiago el verde*, I, pág. 197, II, Rivad.

ALMIRANTE. — Sobre el antípoda opuesto
a quien las minas indianas
besen con doradas bocas...¹

Es por las Indias el Rey
envidiado de los reyes...

En esta tierra tan nueva,
cuyo Dios el oro y plata
que del mundo en cuanto trata
fueron el Adán y Eva.
Allí las piedras se ven
de tantas minas sacar,
y las perlas en el mar,
blancas y pardas también...²

¿Entraban también habitualmente estos matices en la constitución de la imagen popular de las Indias o son ellos precisamente el índice de la diferencia entre la intuición del poeta y la popular? Sin querer afirmar una simplicidad especial para la imagen forjada por el pueblo, no cabe duda de que la forjada por el poeta debió de ser más completa, más rica de colores y formas, de esperanzas, temores y recuerdos.

En su entusiasmo por las riquezas fáciles, ¿participa el pueblo, por ejemplo, de la preocupación del poeta por el alto precio en vidas humanas que paga España por ellas?

... ¡Oh plata y oro
codiciada, estimada y preferida!
Por ti conquistó España al indio, al moro,
de vida de sus hijos homicida³.

¡Cuánto mejor fuera extraer el oro de tierras de paz y no tan remotas!

... si en Tenerife hay oro,
¿cuáles Indias son como ella?⁴

Con tanta frecuencia como en Lope las líneas capitales de la imagen aparecen en sus contemporáneos. Quevedo en su popula-

¹ *Guardar y guardarse*, III, pág. 400, t. II, *Rivad.*

² *La noche de San Juan*, I, pág. 45, edic. de Homero Serís.

³ *La mal casada*, II, pág. 536, t. XII, *Cot.*

⁴ *Los Guanches de Tenerife*, III, pág. 338, t. XI, *Acad.*

risima letrilla *Poderoso caballero* dice que el oro "nace en las Indias", y en el soneto en que se *pinta el engaño de la alquimia* (*Versos*, pág. 406) le asalta el recuerdo de las vidas que cuesta el transporte del oro, y escribe dirigiéndose a un alquimista:

¿Destilarás en baños a Occidente?...
¿Abreviarán por ti los españoles
el precioso naufragio de su gente?

Góngora (*Poemas*, pág. 170) escribe:

Desatadas la América sus venas
de uno ostentó y otro metal puro...

Idea que repite en trabazón complicada con la de que los genoveses empobrecían a España:

La grande América es, oro sus venas
sus huesos plata, que dichosamente
si ligurina dió marinería
a España en uno y otro alado pino
interés ligurino
su rubia sangre hoy día
su médula chupando está luciente...¹

En la *Nenia en la muerte del rey Felipe III* dice que fué tan generoso que apenas bastaron a su generosidad las venas de América:

Desatada la América sus venas
suplió munificencia tanta apenas.

Cervantes prestó atención especial a los diamantes. De las Indias con sus diamantes

habla en el segundo romance de *La Gitanilla* y vuelve a mencionar "los diamantes de las Indias" en *Persiles y Segismunda* (pág. 194, edic. Sopena, Barcelona, s. a.). Acaso para Cervantes "diamantes" eran la cifra poética de la opulencia.

El agrio Suárez de Figueroa dice en su famoso libro *El pasajero*, refiriéndose a los poetas jóvenes, que "... a la segunda composición piensan de sí no faltarles ya más tierra que descubrir,

¹ *Poemas*, pág. 205.

por parecerles haber sido los Colones de cuantas Indias, de cuantas riquezas poéticas se pueden imaginar..."¹.

Y más adelante, refiriéndose a la abundancia estéril de libros sobre jurisprudencia: "No hay Indias cuya riqueza baste para tenerlos todos".

Agustín de Rojas en el *Viaje entretenido* al resumir la historia de la comedia escribe:

y para más honra suya [de Juan del Encina]
y de la comedia nuestra,
en los días que Colón
descubrió la gran riqueza
de Indias y Nuevo Mundo...

La identificación
Indias = riquezas

Si de las Indias proceden las grandes riquezas, sin dificultades surgirá el hábito de equiparar, primero, e identificar, después, las grandes riquezas y tesoros con las Indias.

En Lope de Vega estas identificaciones son abundantes:

Y diez meses que ha tardado
buscando aquesta mujer,
las Indias pudiera haber
en mil caminos gastado².

El vestido que lució la reina Margarita en ocasión de sus bodas con Felipe III estaba adornado

Con unas Indias de perlas...³

Las enfatizaciones, propias del estilo de España, hallan terreno propicio. En una mascarada los vestidos son tan ricos y llevan tales adornos de piedras preciosas que

Güérfanos quedan los indios
de diamantes, porque todos
con soberano artificio
han hecho mapa oriental
sus plumas, randas, vestidos⁴.

¹ Pág. 52, edic. Renacimiento, Madrid, S. A.

² *La prisión sin culpa*, III, pág. 627, t. VIII, Cot.

³ *Argel fingido y renegado de amor*, I, pág. 684, t. IX, Cot.

⁴ *Tanto hagas cuanto pagues*, I, pág. 684, t. IX, Cot.

Tesoros indianos llama a las ricas joyas que luce una infanta:

La señora infanta ha sido
madrina que sobre raso
pajizo y blanco descubre
nuevos tesoros indianos...¹

En *El cuerdo loco* hablando de las riquezas que encierra el mar pregunta uno:

—¿Tan ricos los pees son?

y le contestan:

—Mil Indias su centro encierra².

Este tipo de imágenes y comparaciones también aparece entre los contemporáneos de Lope. En la comedia *La Lena*, de Velázquez de Velasco, escrita antes de 1602, "la mejor comedia en prosa que autor español compuso a fines del siglo XVI", según parecer de Menéndez y Pelayo, se dice:

—tiene esa señora principal dos hijos y una hija que valen unas Indias³.

Y en *La Pícaro Justina* hallamos dos veces (págs. 253 y 267, edic. Sopena, Barcelona, s. a.) la frase "... sus riquezas unas Indias..."

Si la lengua popular había admitido la identificación Indias = 'riquezas', 'joyas', en la retórica amorosa de Lope son *tesoros*, y por lo tanto *Indias*, la belleza femenina, la juventud, la voluntad, la virtud, el amor, unos ojos bellos. Así llama a la corte, "Indias de la hermosura"⁴ por la riqueza de mujeres hermosas que buscan en ella colocación.

Padres en Indias y aquí
unas Indias de hermosura
de virtud, de compostura
y de obligación en mí...

¹ *La tragedia del rey don Sebastián*, III, pág. 560, t. XII, Acad.

² II, pág. 399, t. IV, Cot.

³ Edic. Prometeo, Valencia, s. a., pág. 26.

⁴ *El desprecio agradecido*, II, pág. 14, t. XII, Cot.

se dice de una esquiva dama en *El amante agradecido* (III, pág. 139, t. III, Cot.)

No es difícil ver ahora con claridad el sentido de esta frase que encomia la belleza de una dama:

¿Qué ha de ser? Indias cifradas
en escritorios [cofres] de amor...¹

En la comedia *Los peligros de la ausencia* un amante excitado ante la proximidad de la belleza cuyo amor en vano solicita exclama:

¡Qué presto habemos llegado
a las Indias, pues tan presto
nos abrasa tanto sol
y tales riquezas vemos!...²

En la urdiembre de este complicado concepto aparece entretejida la referencia al clima abrasador de las Indias, que es una idea vulgar en España hasta hoy.

Indias: instru-
mento retórico

También en estos ejemplos vemos aparecer, junto a la idea de la riqueza, la de la abundancia y plenitud. Pero *Indias* es además un instrumento retórico novedoso, que viene a sustituir con eficacia al instrumental ya viejo y de desgastada expresividad.

Dáme, Blanca, tu belleza;
no correspondas ingrata
y recibe de quien trata
servirte con tal lealtad
mil Indias de voluntad
que valen más que de plata...³

Otro ejemplo que tiene además la gracia del anacronismo:

Y aunque yo contigo, Elvira,
tengo toda la riqueza
del mundo (que en tu belleza
el sol las dos Indias mira)...⁴

¹ *El anuelo de Fenisa*, I, pág. 369, t. III, Rivad.

² I, pág. 175, t. XIII, Cot.

³ *Los peligros de la ausencia*, II, pág. 183, t. XIII, Cot.

⁴ *El mejor alcalde el Rey*, I, versos 279 y sigs.

Pero los anacronismos no arredran a Lope. En la comedia *La fuerza lastimosa*, cuya acción transcurre antes del descubrimiento de América, dice:

... esa barquilla
cargada va de tesoro.
Indias fué mi amor; que en fin
dél truje esa plata y oro...¹

Una sustitución de término en frase ponderativa hallamos en Quevedo (*Versos*, pág. 260), quien refiriéndose a cierta belleza escribe:

Con estas cosas, dotor,
y estas Indias descubiertas,
me siento de ella picado.

El mismo Quevedo dice en otra parte (*Versos*, pág. 351):

La edad cuando no la tiene,
tendrá las Indias del tiempo...

Lo que en buen romance quiere decir que tener poca edad es tener la riqueza del tiempo futuro.

Comparaciones e identificaciones de este mismo tipo son un lugar común de la retórica de Lope².

¹ II, pág. 271, t. III, Rivad.

² Véanse las comedias siguientes:

El testigo contra sí (III, pág. 717, t. IX, Cot.).

Los muertos vivos (I, pág. 647, t. VIII, Cot.).

El Hamete de Toledo (III, pág. 197, t. VI, Cot.).

Los embustes de Celauro (I, págs. 105 y 107, t. XIII, Cot.).

Querer más y sufrir menos (II, pág. 53, t. IX, Cot.).

El amigo hasta la muerte (I, II y III, págs. 326, 340 y 348, t. XI, Cot.).

Los hidalgos del aldea (II, págs. 298 y 302, t. VI, Cot.).

Sembrar en buena tierra (III, págs. 426, 428, 434, 435, t. IX, Cot.).

De cosario a cosario (I y II, págs. 638 y 653, t. XI, Cot.).

Lucinda perseguida (II, pág. 336, t. VII, Cot.).

La intención castigada (II, pág. 569, t. VI, Cot.).

La esclava de su galán (III, pág. 162, t. XII, Cot.).

La lealtad en la traición (I, pág. 197, t. VII, Cot.).

El premio del bien hablar (II, pág. 387, t. XIII, Cot.).

Los milagros del desprecio (III, pág. 27, t. XIII, Cot.).

Así desde el primer viaje de Colón fueron famosos los *papagayos indianos*, o *aras*, traídas de Puerto Rico según Lope:

¡Hubisteis en Puerto Rico?
¡Soy por dicha papagayo?...¹

Las Antillas ofrecieron además el *guacamayo* (*Psittacus Macao*) descrito por Oviedo y Las Casas, y el *girasol indiano* (*Herpetotheres cachinnans* Linn.?):

Por que parecéis al sol
un fénix, un papagayo,
un pavón, un guacamayo
y un indiano girasol...²

De México se llevaba el haleta, famoso entre los aficionados a la caza, como nos lo recordó don Luis Zapata en su *Miscelánea*, y del que Lope dice:

Que el haleta más gentil
que la India a España ha dado
se quedará atrás cansado
en nuestro vuelo sutil...³

y celebrado también por Góngora en la segunda *Soledad*:

...de las aves nacido, aleta, donde
entre las conchas hoy del Sur esconde
sus muchos años Febo,
¿debes por dicha cebo?
¿Templarte supo, di, bárbara mano
al insultar los aires? Yo lo dudo
que al preciosamente inca desnudo
y al de plumas vestido mejicano,
fraude vulgar, no industria generosa,
del águila les dió a la mariposa.⁴

y sobre todo aquella

... ave peregrina,
arrogante esplendor —ya que no bello—
del último occidente:

¹ *Pedro de Urdeñal*, II, pág. 404, t. VIII, Cot.

² *Id.*

³ *La pobreza estimada*, I, pág. 144, t. IV, Rivad.

⁴ *Poemas*, págs. 154-155.

CAPÍTULO II

LAS INDIAS COMO LUGAR DE ORIGEN DE COSAS EXÓTICAS

Valor de lo exótico

Con las riquezas de las Indias llegaban también a España, en los recovecos de las naves y en los sobrados de los galeones, otros elementos que con su exotismo despertaban la imaginación de las gentes y contribuían a completar en los peninsulares la imagen que de la tierra y de la vida americanas se habían forjado.

La literatura reflejó desde muy temprano, como hemos tenido ya ocasión de señalar, la interesada curiosidad que estos objetos inusitados despertaron, no sólo en España, sino también en la zona de su influencia europea.

Nos hemos referido a la difusión de la fama del virtuoso *palo de las Indias*, y a la de la eficacia mágica de las rasuras de *ara*, que precedieron a la de las riquezas en metálico. Los descubrimientos de nuevas tierras y la frecuencia de los viajes aumentaron el número de los objetos exóticos, los cuales al popularizarse y al hacerse familiares acercaban a los españoles a un conocimiento cada vez más circunstanciado de la realidad americana. Pero la literatura no nos ofrece, ni puede ofrecer, un repertorio exhaustivo de estos elementos extraños a la tradición española o europea. No atiende a los valores económicos, sino a los pintorescos, a los que hablan a la imaginación con voces coloreadas¹.

¹ Pocas resonancias literarias despiertan, por ejemplo, las especies alimenticias como el maíz, la batata, el tomate, o los fríjoles, que tanta importancia alcanzaron en la alimentación y en la demografía europea desde el primer siglo del descubrimiento.

penda el rugoso nácar de tu frente
sobre el crespo zafiro de tu cuello,
que Himeneo a sus mesas te destina...¹

pavo por más humilde nombre, conocido desde los días de Cortés
y pronto popularizado en los festines como lo atestiguan Cervantes,
en las bodas de Camacho, y Lope:

DEMETRIO. — ...Quedaron los capones
a que una vuelta les den.

MAESTRESALA. — ¡Los dos pavos?

DEMETRIO. — Eso creo
tienen algo que esperar...²

JUAN. — Aquí sale algún pavillo
que se crió de migajas...³

El mismo Lope en su comedia *El toledano vengado* (III, pág. 623, t. II, Cot.) habla, en una enumeración de piezas de caza, de los *cuervos de las Indias*, que no sabemos lo que serían, y en *La noche toledana*, II, pág. 216, t. I, Rivad., de ciertos pájaros indios

... que llaman Zaidas sin ser
descendientes de moriscos.

Papagayos y monos

Los papagayos y cotorras, por otro nombre catalnicas y periquitos, fueron sin embargo, con los monos o micos, los más conocidos representantes de la fauna americana. Acaso porque éstos no faltaban en el equipaje de los indios y aquellos por el milagro de su hablar.

CRIADO. — ... aunque digo
que sólo traemos esto [de las Indias]
no faltarán papagayos
de los Andes, de aquel reino,
catalnicas, periquitos,
titíes blancos y negros,
camaleones y micos
de olor...

¹ GÓNGORA, *Soledad primera*, versos 316-321.

² *El Gran Duque de Moscovia*, II, pág. 268, t. IV, Rivad.

³ *El villano en su rincón*, II, pág. 145, t. II, Rivad.

ESPERANZA. — Todo eso por cierto
pudiera trocar D. Juan
por barras de plata y tejos
de oro, que son animales
que en España conocemos.
¡Por el siglo de mi abuela,
que una mañana degüello
todas esas sabandijas!
¡Micos de olor! Al infierno...
¡Era nuestra casa jaula?
¡Soñó acaso vuestro dueño
que era el Arca de Noé?
¡Titíes!...¹

El indiano de esta comedia parece haber transgredido los límites de la prudencia en su afán por deslumbrar a su amada. Lo más frecuente parece haber sido el equipaje de papagayo y mona:

—¿Qué traes más?

—Un papagayo

y una mona harto famosa.

—¿Cómo?

—Que no habla cosa...²

El chiste está en la contraposición entre el papagayo parlero y la mona muda. Tan arraigada estaba la convicción de que los papagayos hablaban que lo contrario parece burla:

... a cierta dama un día
presentó un papagayo un caballero
diciéndole que todo lo sabía
si no era hablar...³

Esto era lo excepcional, porque precisamente por querer deslumbrar, los indios se procurarían papagayos bien enseñados:

Traigo un vino de Castilla
con que aprenderé en un hora
más que un papagayo en Indias...⁴

¹ *Amar, servir y esperar*, II, pág. 231, t. III, Cot. *Mico* es voz tomada del cumanagoto.

² *El castigo del discreto*, I, pág. 192, t. IV, Cot.

³ *Las bizarrías de Belisa*, II, pág. 452, t. XI, Cot.

⁴ *La octava maravilla*, III, pág. 284, t. VIII, Cot.

Los papagayos se llevaban en jaulas, que se colgaban luego en los balcones:

Como papagayo en jaula
siempre estaba en el balcón...¹

—¿Papagayos?

¿Nunca has visto
las jaulas sobre las cargas? [que traen los indianos]...²

El nombre americano (quichua, extendido a toda América) del papagayo pequeño (gen. *Psittacus*) no era desconocido:

—... Pienso yo
que tú has sido el papagayo...

—¿Cómo estás, lorita hermana?
¿La mona?...³

Vemos aquí cómo papagayo, cotorra y mona formaban como una unidad en la imaginación popular. De estas últimas, las de Tolú rivalizaban en fama con los papagayos de Puerto Rico:

Parezcas colgado
mona de Tolú,
los ojos opuestos
al norte y al sur,

dice Lope en *El rey D. Pedro en Madrid*⁴, y Góngora en un soneto de 1609 escribe:

¿Son de Tolú o son de Puerto Rico,
ilustre y hermosísima María...
la fiera mona y el disforme mico?

El soneto termina con la oferta de una papagayo para colgar en el balcón. En *El burlador de Sevilla* de Tirso (II, v. 194) pregunta

¹ *La noche de San Juan*, I pág. 133, t. VIII, Cot.

² *Sembrar en buena tierra*, III, pág. 431, t. IX, Cot.

³ *La llave de la honra*, II, pág. 458, t. XII, Cot.

⁴ *Bib. Aut. Esp.*, V, pág. 603. Otros ejemplos del mismo tipo en *El amante agradecido*, II. Véase también la edic. de *El burlador de Sevilla*, anotada por Américo Castro, en la colección *La Lectura*.

D. JUAN. — ¿Y viven las dos hermanas?

MOTA. — Y la mona de Tolú
de su madre Celestina¹.

Cervantes, en varios pasajes de *La entretenida*, confirma lo dicho hasta aquí:

Mas no dejes de traer
algunas piedras bezares,
y algunas sartas de perlas
y papagayos que hablen...²

Díme: ¿dónde están las perlas?
¿dónde las piedras bezares,
dónde las catalnicas
o los papagayos grandes?³

—Habiéndose engullido el mar primero
hasta una catalnica que traíamos
de habilidad tan rara y tan discreta
que, si no era el hablar, no le faltaba
otra cosa ninguna.

—Bien por cierto.
la habéis encarecido, aunque yo pienso
que catalnicas mudas valen poco...⁴

De los documentos literarios no puede inferirse que fuera mucho más extenso el conocimiento de la fauna americana. El cuadro esbozado hasta aquí debe completarse, sin embargo, con tiburones y caimanes, que llegaban hasta España en el mundo de recuerdos

¹ La costumbre introducida por los indianos se difundió fuera de la sociedad formada por ellos. En *Guzmán de Alfarache*, primera parte, lib. III, cap. VII se dice:

Digan las mismas damas cuán esencial cosa sea u lo que importa en nuestros tiempos tener perritos falderillos, monas y papagayos para pasar el tiempo que en los pasados gastaban con la rueca y con las almohadillas.

² Escena VII.

³ *Id.*, escena VIII.

⁴ *Id.*, escena XV.

del indiano, cuya imaginación seguían golpeando con el especial prestigio de la fiera:

Y antes que hablara fieros tiburones
me sepultaron en sus panzas fieras...¹

Somos aquí bacallaos,
tiburones o ballenas?...²

A sus fuerzas, a sus bríos
yacen tendidos en tierra
los jabalís de la sierra,
los caimanes de los ríos...³

¿Qué caimán o cocodrilo
pisados o heridos vuelven
con tal furia como Laura?...⁴

Llegué a quitárselo luego,
que en la pieza encarnizado
con dientes como caimán
le sacaba los pedazos...⁵

De piel de tigre indiano, tahalies....⁶

Hasta en la lírica se difunde el sangriento prestigio de estas fieras. Así, Góngora recuerda en la *Soledad segunda*

... al fiero tiburón, verdugo horrendo
del naufrago ambicioso mercadante

y Francisco de Medrano dice

¿Qué linaje temió de muerte cruda
quien con ojos enjutos
vió los escollos yertos, la Bermuda,
y los caimanes brutos?...⁷

Particular afecto tiene a la voz caimán el autor de *La Pícaro Justina*: "...si es posible, en la resurrección de la carne, te hurte el cuerpo un caimán..."⁸

¹ *Los comendadores de Córdoba*, II, pág. 282, t. XII, Acad.

² *La mayor desgracia de Carlos V*, II, pág. 180, t. XII, Acad.

³ *Los primeros mártires del Japón*, II, pág. 520, t. V, Acad.

⁴ *Los Tellos de Meneses*, 1ª comedia, I, pág. 515, t. I, Rivad.

⁵ *El paraíso de Laura*, II, pág. 874, t. VIII, Cot.

⁶ *Lo que hay que fiar del mundo*, I, pág. 260, t. VII, Cot.

⁷ *Oda X, Bib. Aut. Esp. XXXII*, pág. 348.

⁸ Edic. cit., pág. 176.

En sentido metafórico caimán es hombre feo:

... si decimos de sí, rogaremos a un caimán...¹

y también bobo:

Ciertamente no hay cosa más penosa que uno de
estos caimanes enamorados...²

Para Quevedo (*Versos*, pág. 530), tiburón parece ser "buscona":

Tiburón afeitado
anda por esas plazas
armado sobre espinas,
vestido sobre garras.

En la comedia *Sembrar en buena tierra* Lope menciona

algunos verdes mayates
que rematan oro y perlas...³

Se trata evidentemente de una joya que imitaba la forma y el color del escarabajo verde tornasolado que se llama así en México.

La flora

Tampoco podía ser extenso, por razones obvias, el conocimiento particular de la flora americana. De ella no interesaban al pueblo más que las especies medicinales de fácil aplicación, o las curiosidades exóticas, aun cuando éstas hubieran sido importadas en razón de su valor económico. Lope menciona entre las primeras, naturalmente, nuestro ya conocido y famoso *palo indiano*:

Cuál lo enrubia, si está cano,
con jengibre de dorar,
o por quererse alegrar
oro chico o palo indiano...⁴

y entre los últimos la *patata* o *batata*, famosa ya en el siglo XVI como golosina. Santa Teresa la menciona en dos cartas a la priora

¹ *Id.*, pág. 183.

² *Id.* pág. 100.

³ III, pág. 434, t. IX, Cot.

⁴ *El caballero del milagro*, I, pág. 146, t. IV, Cot.

de Sevilla (una del 26 de enero y otra del 19 de diciembre de 1577) y *Guzmán de Alfarache*, en un recuerdo de conservas azucaradas que el cardenal guardaba para su regalo, la menciona como de Málaga (*Libro III*, cap. VII de la primera parte). A la misma procedencia alude Quevedo en *Necedades y locuras de Orlando*:

Los andaluces, de valientes, feos,
cargados de patatas y ceceos...¹

También aparece mencionada por Quiñones de Benavente al final del *Entremés y baile del invierno y verano*:

Tendré el invierno en Sevilla
y el veranito en Granada
en Motril la caña dulce
y en Málaga la patata...²

Con su nombre originario americano la menciona Góngora en una décima de 1611:

Fruta que por las mañanas,
habiendo batatas bellas...³

En Lope las menciones son varias:

Que tú lo verás más tierno
que una cocida patata...⁴

Aunque preferentemente se aluda en ellas al color de la piel de las mulatas:

—¿Ésa es mano o es patata?...⁵
—Quedo, señora mulata.
—Con mil honras, seo bergante,
no venga quien lo quebrante
los huesos...

¹ *Versos*, pág. 197.

² *Nueva Bib. de Aut. Esp., Entremeses*, t. II, pág. 788.

³ *Poemas*, pág. 240.

⁴ *La esclava de su galán*, I, pág. 140, t. XII, Cot.

⁵ *Las bizarrías de Belisa*, III, pág. 471, t. XII, Cot. Espinel en *Marcos de Obregón*, Descanso XIII, compara las negras manos de una ventera con "manojos de patatas".

—...Diga, patata,

¿terá el membrillo cocido
sobrino del veinticuatro?...¹

En el léxico americano de Lope figura también el maíz:

Quítase el grano a la espiga
para que el maíz se aumente²

...que adonde el fiero Luzbel
sembraba torpe maíz...³

¡Oh figura de tapiz!
¡Mal haya el que tantos años
te dió su vino y maíz,
su perejil y su carne!...⁴

En estos dos ejemplos *maíz* tiene la acepción más genérica de 'alimentos'. En *La Dorotea* se mencionan también *plátanos* y *aguacates* (I, esc. I), no tanto como cosas conocidas sino como nombres exóticos, pues con ocasión de haber pronunciado D. Bela las rebuscadas palabras *hipérboles* y *energías*, Gerarda, que no ha comprendido, dice:

G. — ¿Cómo dijiste esas dos voces?
B. — Hipérboles y energías.
G. — Parecen frutas de las Indias como plátanos y aguacates...

Tunas, *mesquique amarga*, *cazabi* y *chiles* ofrece a su amada el galán indio de *El Nuevo Mundo descubierto por Colón* (II, esc. II).

Otros productos de las Indias, sin duda llamativos o valiosos, mencionados por Lope son:

La calabaza indiana

—Hay miel blanca como mana...
...y calabaza indiana...⁵

¹ *El Arenal de Sevilla*, I, pág. 376, t. XI, Cot. Para una exhaustiva documentación histórica y literaria véase PRADO HERNÁNDEZ UREÑA, *Para la historia de los indigenismos*. Anejo III de la *Bibl. de Dialectología Hispano-americana*, Buenos Aires, 1936.

² *Arauco Domado*, III.

³ *Romancero espiritual*, *Bib. Aut. Esp.* XXXV, pág. 124.

⁴ *Los españoles en Flandes*, II, pág. 377, t. XII, Acad.

⁵ *El niño inocente de la guarda*, II, pág. 89, t. V, Acad.

la pita

un extremo en filigrana,
un dije, un hilo de pita...¹

la flor llamada mejicana

Tornasoles y violetas,
narcisos y mejicanas...²

El tabaco

Y el tabaco que tentó a los españoles desde las primeras expediciones descubridoras:

—Tome un poco de tabaco
se le quitará el enojo...

—¡Ah, español traidor!
—... ¡Tome ésa,
pues que no quiso tabaco...³

Y por órgano narices
entonan tabaco fuelles...

se dice en un fragmento de parodia culterana de la comedia *Hay verdades que en amor...* (II, pág. 520, t. III, Cot.)

No falta tampoco el uso metafórico:

Tabaco de ingenios es,
que los hace estornudar...

Dos veces aparece la voz tabaco en la comedia *La noche de San Juan*:

TELLO. — Inés, adiós.
INÉS. — ¡Lloras?
TELLO. — No.
INÉS. — ¡Pues qué?
TELLO. — Tomaba tabaco...⁴

... oliendo a tabaco el alma
y las narices a parches...⁵

¹ *La niña de plata*, I, pág. 274, t. I, Rivad.

² *El vellocino de oro*, I, pág. 159, t. VI, Acad.

³ *La mayor desgracia de Carlos V*, II, pág. 180, t. XIII, Acad.

⁴ Pág. 59, edic. Seris.

⁵ *Id.*, pág. 99. V. además *La Villana de Vallecas*, de Tirso, acto II, esc. IX, donde se habla de "un túbano de tabaco" y otras cosas de América; igualmente acto I, esc. IV.

Las citas arguyen que el uso del tabaco no estaba aún muy difundido, y que se tomaba ya en humo, ya por las narices en rapé, con sus consecuencias, el estornudo y las lágrimas.

Sabido es que el uso del tabaco fué duramente combatido en un principio por atribuirsele virtudes diabólicas¹. Su difusión tuvo lugar al amparo de presuntas virtudes curativas, como lo recuerda Mateo Alemán:

Vengo a [tratar] las más [virtudes] que en aquel tiempo eran más que las del tabaco...²

Quevedo se ensaña contra el tabaco como nadie, lo que podríamos interpretar como indicio de que la afición iba ganando terreno:

Allí llegaron el diablo del tabaco y el diablo del chocolate... éstos dijeron que habían vengado a las Indias de España, pues habían hecho más mal en meter acá los polvos y el humo y jícaras y molinillos, que el Rey Católico a Colón, a Cortés, a Almagro y a Pizarro...³

Actitud similar aparece en Calderón quien en su comedia *El José de las mujeres* (III esc. III), hace exclamar a

CAPRICHO [estornuda]. — ¡Maldito sea el tabaco y quien le toma!

Tabacanos son para Quevedo los aficionados al tabaco:

y los tabacanos, como luteranos, si le toman en humo, haciendo el noviciado para el infierno, si en polvos, para el romadizo...⁴

¹ Todavía en 1616 su uso fué condenado por una junta de teólogos. (Nota comunicada por el Dr. Ángel Rosenblat.)

Por este tiempo la "cuestión del tabaco" estaba sobre el tapete. Que la discusión interesó a mucha gente y que las opiniones estaban muy divididas se deduce de la aparición de los siguientes trabajos: *Diálogos del uso del tabaco y los daños que causa, y del chocolate y otras bebidas*, Sevilla, 1618, por el Dr. Bartolomé Marradón; *Historia de las virtudes y propiedades del tabaco y de los modos de tomarle para las partes intrínsecas y de aplicarle a las extrínsecas*, Córdoba, 1620, por don Juan de Castro; *Discurso de la anatomía de algunos miembros del cuerpo humano, necesaria en orden a los daños que del continuo uso del tabaco suceden en los que le usan sin orden y método medicinal*, Sevilla, 1623, por el Dr. Fernando de Almirón Zayas; *Desengaño contra el mal uso del tabaco*, Córdoba, 1634, por Francisco de Leiva y Aguilar.

² *Guzmán de Alfarache*, t. II, pág. 251, edic. cit.

³ *Prosa*, pág. 263.

⁴ *Prosa*, pág. 356.

Yo conocí la Chillona
más tomada que tabaco...

Tomadme como tabaco...

Un lenzuelo de tabaco¹

Fueron sin duda la extrañeza de su uso y la fama de sus propiedades medicinales los excitantes de la curiosidad popular. La moda del tabaco, como otras modas del tiempo, dió origen al *baile del tabaco*, mencionado por Quevedo en el titulado *Cortes de los bailes*:

Al *Rastro*, por presumido
de sabrosos descoyuntos,
ya no le pueden sufrir
las castañetas y el vulgo.
La *Capona*, solitaria,
y el *Tabaco*, dado en humo,
por las malas compañías
han perdido de su punto...²

Los *tabacanos* llevaban sus polvos en pequeñas y vistosas *tabaqueras*. Quevedo compara una vez su coche, por diminuto, con una tabaquera:

Yo mandé poner mi coche
a quien mis amigos llaman
coche, que fué *tabaquera*,
dedal que de coche campa.
Entré en él con calzador...³

Otros productos valiosos

En *El Arenal de Sevilla*, Lope enumera entre las cosas valiosas que traían consigo los indios:

... el ámbar gris...
palo de Campeche y cueros...⁴

¹ QUEVEDO, *Versos*, págs. 33, 348, 373.

² *Versos*, pág. 526.

³ *Versos*, pág. 348.

⁴ I, pág. 365, t. XI, Cot.

que se depositaban en el arenal del río al desembarcarlos de las naves acabadas de llegar.

Del ámbar de la Florida se habla en *Las bizarrías de Belisa* (I, pág. 449, t. XI, Cot.)

Eran muy apreciadas, a lo que parece, las piedras bezares de las Indias. Cervantes las menciona varias veces en su comedia *La entretenida*. Una vez junto a la cochinilla:

piedras bezares, pues, dos grandes sacos;
anís y cochinilla, fué sin número...¹

Y Góngora:

... piedra digo bezar, de otro Pirú².

Virtud curativa similar se atribuía a la uña de la gran bestia o *tapir* (*Tapirus americanus* Briss.), conocida desde los días de Oviedo:

RAMÓN. — ¿Habéis visto una sortija?

que no hay cosa que me aflija tanto agora.

FULGENCIO. — ¿Es de uña?

RAMÓN. — Sí.

Es de uña de la gran bestia;

porque el mal de corazón

en la mejor ocasión

me da terrible molestia.

FULGENCIO. — ¿Que en fin es esto verdad,

y que hay gran bestia?

RAMÓN. — Pues ¿no?...³

Otra vez la recuerda Lope en *El acero de Madrid*, (I, esc. IX):

BELISA. — ¿Que hay tanta virtud en ella?

OCTAVIO. — ¿Es uña de la gran bestia,
señor doctor?...⁴

Un hecho inexplicable para nosotros es que Lope, que reflejaba en sus comedias bullente y viviente todos los aspectos de la vida española, no hable en ellas del cacao, ni del chocolate, mencionado

¹ I, pág. 46, edic. cit. SALAS BARRADILLO en *El saaz Estacio, marido examinado*, pág. 97, edic. *La lectura*, menciona el chocolate, la piedra bezar, el tabaco y las yerbas salutíferas entre las cosas que traían los indios en su equipaje.

² *Poemas*, pág. 67.

³ *El mayor imposible*, III, pág. 482, t. II, Rivad.

ya en la *Miscelánea* de D. Luis Zapata¹. Solamente en *La Dorotea*, obra terminada en su vejez, D. Bela para agasajar a Gerarda le regala

aquella tembladera de plata para que haga chocolate y una de las dos cajas [de chocolate].

La agraciada, aunque codiciosa, no aprecia el regalo del chocolate y contesta:

La tembladera tomo; la caja guárdala, que el chocolate que yo bebo por acá se hace en San Martín y en Coca.

¿Puede interpretarse la omisión en las comedias como que su uso tardó en difundirse en España, a pesar de que seguramente pocos indios lo desconocerían?

Del cacao hay mención desde Oviedo y Pedro Mártir en casi todos los historiadores y viajeros que se ocuparon de Méjico y la América Central.

Cervantes habla de él como de cosa conocida, aunque da poco valor a cada grano en particular por su tamaño reducido:

que el mosqueo de las espaldas, ni el apaleo el agua en las galeras, no lo estimamos en un cacao².

Quevedo no menciona el cacao, pero sí, como hemos visto, el chocolate y los instrumentos para prepararlo y tomarlo:

Allí llegaron el diablo del tabaco y el diablo del chocolate, quienes dijeron habían hecho más mal en meter acá los polvos y el humo y jícaras y molinillos que el Rey católico a Colón...

Se ve, por este pasaje, que el estoico y castizo Quevedo no veía con buenos ojos la difusión creciente del uso del chocolate, que él consideraba una invención diabólica.

Chocolateros llama despectivamente a los aficionados a la nueva bebida y los hace blanco de sus sátiras:

Siendo los chocolateros idólatras del sorbo...³

¹ Véase pág. 50.

² *La Gitanilla*, pág. 78, edic. *La Lectura*.

³ *Prosa*, pág. 263.

Quiñones de Benavente, que se cuenta entre los detractores, dice en el *Entremés de D. Gaijeros*:

Quiera Dios que un indiano te maltrate
haciéndote beber el chocolate...¹

Con el chocolate llega a España la calabacilla en que se tomaba, y con la cosa el nombre náhuatl, *jícara*, que recibe desde entonces carta de naturaleza española.

Jícara de chocolate
que puede sin el ayuda
de rescoldo y molinillo
hervirse y hacerse espuma.

llama el mismo Quevedo (*Versos*, pág. 361) a cierta dama, en uno de sus no muy limpios romances. Y Lope atestigua que el nombre se aplicó en seguida a las tazas pequeñas:

D. SILVESTRE. — ... a mi esposa traigo
mil cosas de la China que a venderse
llegan a Lima, como son damascos...
y en barniz de Azarcón doradas jícaras...²

Quevedo nos informa también que los sombreros de vicuña estaban ya popularizados, puesto que podíamos verlas venir a pedirnos

las vicuñas, los sombreros,
y las ovejas, los paños³

de que las virtudes de la *jalapa* eran bien conocidas:

El vejezuelo aguardaba,
muy francés de coyunturas,

¹ El uso del chocolate fué por este tiempo, como el del tabaco, materia de discusiones apasionadas. El Dr. Bartolomé Marradón, médico de Marchena, publicó en Sevilla, 1618, unos *Diálogos sobre el mal uso del tabaco y los daños que causa y del chocolate y otras bebidas, ya mencionados*; Antonio Colmenero de Ledesma, un *Trotado de la naturaleza y calidad del chocolate*, Madrid, 1631, y el capitán Castro de Torres, en Segovia, 1640, un *Panegírico del chocolate*, reproducido en GALLARDO, *Ensayo*, II, 353.

² *Servir a señor discreto*, II, pág. 76, t. I, *Revue*. Cf. L. B. KIDDLE, *The Spanish word "jícara": A word history*. New Orleans, 1944.

³ *Versos*, pág. 374.

diagridis, jalapa y sen,
trinca para toda puja...¹

así como del uso de los tomates y pimientos de Indias (*Versos*, pág. 538):

Cuando pido son tomates [mis labios]
y pimientos cuando callo.

El autor de *La pícaro Justina* (pág. 98, edic. cit.) dice de ella que: "llevaba una saya colorada, con que parecía cualquier pimienta de las Indias"; nombre que alterna con el americano *ají*: "mejilla de grana... que parezcan dos agís, bien maduros..." (*Id.*, pág. 138).

Lope, en cambio, nos revela el uso del *achiote* o *bija* (*Bixa Orellana L.*), la semilla tintórea antillana y mexicana, cuyo bello color azafranado parece haber servido para teñir los guantes de las elegantes, puesto que ponderando a una de ellas dice en *Las bazarrias de Belisa*:

Ninfa del sombrero negro
y de los guantes de achiote...²

Las enaguas

Pocas cosas más ofrecería América a la elegancia femenina europea, pero ninguna tan celebrada como las famosas *naguas* o *enaguas* descritas por Oviedo y el P. Las Casas como unas medias faldillas de algodón que usaban las mujeres de Haití y que les cubrían desde la cintura hasta medio muslo o hasta la rodilla. La prenda indígena se transformó en España en adorno, ya de encajes, ya de seda de espumillas. De *naguas de espumas* habla Lope en el soneto 99 de las rimas de Tomé de Burguillos (*Rivad.* XXXVIII, pág. 391), y en la comedia *La noche de San Juan*, describiendo el atavío con que ha de aparecer la elegante Leonor, dice que ha de llevar "capotillo, sombrero y naguas" (pág. 92, edic. H. Serís, Madrid, 1935). En esta misma comedia, pág. 135, un personaje, ponderando el lujo y modas femeninos de la época los compara a los de los tiempos pasados, no sin cierto amago moralizador:

¡No habéis visto con naguas las mujeres
sin anchos verdugados y abaninos,

¹ *Versos*, 361.

² I, esc. XI, t. II, *Rivad.*

y los chapines de bordados finos
que fueron en sus madres de badana?

En la comedia *La boba para los otros* (*Rivad.* II, pág. 523), también aparece el vituperio:

... cuando venís haciendo
la pava con anchas naguas
imitando rueda y ruedo...

Por Calderón sabemos que

Las flacas a pura nagua
sacaban para sus huesos
cuanta carne ellas querían
de en casa de los roperos...¹

y tampoco disculpa a las mujeres su afición a la moda:

Que esto de cotilla y nagua
el demonio lo inventó...²

En Quevedo la voz aparece con frecuencia:

Iban diferentes mujeres por la calle... desviéndose de ponleví y naguas...³

Bien en puros cueros
va, pues, a esta dama
que los apetece
más que las enaguas...⁴

Unas enaguas
pidiome que le trujera...⁵

En todos estos ejemplos vemos aparecer la intención, coincidente con la de Lope y Calderón, de ridiculizar la afición mujeril a la moda de las enaguas.

Fama y precio debieron también haber alcanzado las vistosas colchas indianas, tanto mejicanas como peruanas, de las cuales los historiadores se ocuparon con frecuencia para ponderar su calidad. El ejemplo que sigue nos prueba que poseerlas era un lujo:

¹ *Las armas de la hermosura*, I, esc. X.

² *La dama duende*, III.

³ *La hora de todos, en Prosa*, pág. 275.

⁴ *Versos*, pág. 249.

⁵ *Versos*, pág. 593.

BEATRIZ. — Perfuma esta cuadra toda,
echa aquella colcha indiana,
hoy es, amiga doña Ana,
nuestro desposorio y boda...¹

Por último, de un pasaje del *Quijote apócrifo* (pág. 354 edic. cit.) en que se dice de Sancho que llevaba "...unas calzas atacadas que él llamaba zaragüelles de las Indias...", parece poderse inferir que se aplicaba sin muchas averiguaciones el rótulo 'de las Indias' a los objetos de alguna rareza.

Canoas y piraguas

¿Se llevaron también a España canoas y piraguas indias? Parecen comprobarlo los pasajes siguientes:

VISEO. — En una débil canoa
me fuera yo cuando a mí...²

...como parte veloz india piragua
de la Torre del Oro a Los Remedios...³

Aunque parece más probable que estas voces americanas, tempranamente familiares y difundidas por los marineros, se aplicaran a las embarcaciones livianas o pequeñas, si no es que éstas se construyeran en España según el tipo de las canoas o piraguas.

¹ *Los comendadores de Córdoba*, III, pág. 295, t. XI, Acad.
² *El Duque de Visco*, III, pág. 435, t. IV, Rivod.
³ *El amigo hasta la muerte*, I, pág. 327, t. XI, Cot.

CAPÍTULO III

INDIAS APARTADAS

La idea de la distancia

La vinculación de la idea de la distancia a la imagen de las Indias, a la que ya hemos tenido ocasión de aludir, parece haber sido muy natural. Nos lo prueba el hecho de su aparición hasta en las novelas pastoriles. Hemos citado ya el pasaje pertinente de la *Diana* de Gil Polo, al que tenemos que sumar los siguientes:

...Las apartadas Indias a ella [a España] sujetas...¹

...por esos mundos y por esas Indias...²

Pero es Lope de Vega quien expresa de las más variadas maneras la relación:

¿De qué Indias has venido? ³

Así reines desde Argel
hasta los remotos indios...⁴

A Madrid voy; que no voy
ni a las Indias, ni a la China
en cuya mar filipina
nuevo navegante soy...⁵

¹ CERVANTES, *La Galatea*, edic. cit., pág. 317.
² *Quijote apócrifo*, edic. cit., pág. 97.
³ *El maestro de danzar*, I, pág. 483, t. XII, Cot.
⁴ *La pobreza estimada*, II, pág. 152, t. IV, Rivod.
⁵ *El Marqués de las Navas*, I, pág. 489, t. IV, Rivod.

También *América* tiene la significación de 'tierra remota', 'confín del mundo'.

Si como eres hermosa eres política
famosa en el América y el África... ¹

En el siguiente fragmento aparece la oposición en las Indias, tierra remota y tropical y la también remota, pero aterida, Noruega:

Dí que [para luchar] le espero en la China...
De cuerpo a cuerpo si quiere
o con fuertes escuadrones,
en las Indias, o en Noruega
donde hay seis meses de noche... ²

De *El Arenal de Sevilla* es el siguiente pasaje en que aparece una variante de especial interés:

Mira por ti, que es razón,
y déjate de pensar
en las Indias... ³

Las Indias: ilusiones, castillos en el aire...

Con la voz *antípoda* expresa Lope la idea de la distancia y la de la oposición geográfica de las Indias:

Sobre el antípodo opuesto,
a quien las minas indianas
besen con doradas bocas... ⁴

¡Vive el cielo que primero
veas resolverse en nada
esta máquina estrellada
hasta el antípoda fiero... ⁵

¹ *Angélica en el Catay*, I, pág. 422, t. XIII, Acad.

² *La firmeza en la desdicha*, III, pág. 650, t. V, Cot. Fragmentos similares podrían extraerse de las comedias *Si no vieran las mujeres*, II; *Sembrar en buena tierra*, III; *El testigo contra sí*, III; *La octava maravilla*, III; *La prisión sin culpa*, II.

³ I, pág. 376, t. XI, Cot.

⁴ *Guardar y guardarse*, III, pág. 400, t. II, Rivad.

⁵ *Laura perseguida*, I, pág. 116, t. VII, Cot.

La metáfora parece un poco oscura en el siguiente fragmento de la comedia *El loco por fuerza*:

Antípoda quiere hacella
de mi mundo por matarme
pues sólo para olvidarme
hace sus Indias en ella ¹.

Mar indio es también una fórmula que alude a América con la idea de la lejanía y la de confín del mundo:

¡Hubiera criado el cielo
del mar español al indio
cosa más bella y más linda?... ²

Cervantes, en el *Rufián viudo*, para encarecer la fama de los azotes, difundida por todo el mundo, dice:

Han pasado a las Indias tus palmeos,
en Roma se han sentido tus desgracias.

Las Indias a veces se localiza concretamente en Potosí:

Hoy está aquí, mañana en Francia, y otro día en Potosí (*Quijote*, VII, pág. 58).

o en Lima:

—... Hasta en Lima
en antárticas regiones,
dicen que el tiempo no alcanza
lima que pueda romper
prisiones de tal mujer,
si no la de su mudanza ³.

¡Allá se quedara en Lima
o en otra mayor distancia,
antes que hacer consonancia
con esta fingida prima! ⁴.

¹ III, pág. 282, t. II, Cot.

² *¡Si no vieran las mujeres!*, II, pág. 585, t. II, Rivad.

³ *La prueba de los amigos*, III, pág. 126, t. III, Cot.

⁴ *El Arenal de Sevilla*, II, pág. 383, t. XI, Cot.

Los peligros del mar

Arrastradas por la idea de la distancia aparecen en el horizonte de la imaginación las famosas *naves de las Indias*¹, las flotas y galeones, los navíos y armadas, aureolados tanto con el prestigio de llevar en sus bodegas caudales infinitos, como con el de ser vencedores de los mil peligros naturales del mar:

Hablaba, en fin, con ella, contándole que había soñado mil disparates de la mar, de las Indias, de los galeones y de la flota...

dice D. Fernando en *La Dorotea* (escena VI del acto I).

Y Cervantes:

Y la borrasca tal, que nos convino
alijar el navío y echar cuanto
en su anchísimo vientre recogía
al mar, que se sorbió como dos huevos
catorce mil tejuelos de oro puro...²

Aunque se trata aquí de una caricatura, el hecho de que se le ocurra a Cervantes hacerla indica ya que la credulidad popular estaba siempre dispuesta a admitir la posibilidad de tales accidentes.

Los peligros, sin embargo, eran reales y frecuentes:

volví cargado de oro, y no seguro
que por poco la vida me costara;
porque alterado el mar vi su elemento
mojar el sol y penetrar el viento...³

En su novela *Las fortunas de Diana* (Rivad. XXXVII, pág. 11) Lope escribe:

¿... qué se hizo nuestro Celio, que ha muchos tiempos que se embarcó para las Indias? A Celio sucedió tan mal en su viaje, que con una tormenta desbecha... estuvo a punto de perder la vida... Llegó Celio derrotado con su nave... a una isla en las partes de Africa...

Y muy presentes debían estar en la imaginación de los españoles todos. Góngora se refiere a ellos en la *Soledad segunda* (edic. cit., pág. 146):

¹ CERVANTES, *La española inglesa*, fol. 37, v. edic. princeps.

² CERVANTES, *La entretenida*, I, escena XV.

³ *Los peligros de la ausencia*, III, pág. 143, t. XIII, Cot.

Días ha muchos, oh mancebo —dijo
el pescador anciano—,
que en el uno cedí y el otro hermano
el duro remo, el cáñamo prolijo;
muchos ha dulces días...
descubro, ese voraz, ese profundo
campo ya de sepuleros, que, sediento,
cuanto en vasos de abeto, nuevo mundo
—tributos digo américos— se bebe
en tómulos de espuma paga breve.

Peligros que se acrecentaban por la desesperante lentitud de la navegación:

Desde Toledo a Sevilla
tarda un hombre una semana,
y de Sevilla a la Habana
no ve en tres meses la orilla¹.

y por las distancias excesivas:

Gracias a Dios que ya mi dicha anima,
con tan feliz y próspera derrota,
a Méjico primero desde Lima
y de la Habana a Cádiz con la flota.
El buen viaje con razón se estima,
y más desde provincia tan remota,
por buen auspicio de futuros bienes².

Así nos explicamos fácilmente la respuesta de este indiano cuando le preguntan:

—¿Traen muchas cosas?
—... .. Traemos
mucho cansancio del mar
muchas ansias del deseo³

Muchos viajeros se aseguraban contra los riesgos de la navegación de la única manera entonces reputada eficaz:

¹ *Los amantes sin amor*, II, pág. 160, t. III, Cot.

² *Amar, servir y esperar*, I, pág. 221, t. III, Cot.

³ *Id.*, II, pág. 231.

Ya me voy, Carlos, querido
como ves, a Nueva España...
confeséme para entrar
en la mar soberbia y brava,
que va un hombre a desafío
con su dicha y con sus aguas¹.

Escenas adelante, Corral, criado de D. Félix, pide a su coima,
Juana, en el momento de la despedida:

Ponme treinta candelillas
a la Antigua, y adiós, Juana...

Otros desistían de hacer el viaje, arredrados en vísperas de la
partida:

¿Yo mar? ¿Yo Lima? ¿Pues qué mar y Lima
mayor que el que me anega y me lastima?²

En el monte de San Lócar...
hay un gatazo, señor...
que está diciendo tornau,
tornau, sonando los ecos
en las naves, con que muchos
se desembarcan de miedo...³

sin faltar los arrepentidos en el momento de la partida, ridiculiza-
dos por el cuentecillo siguiente:

De la riqueza incitado
que en un rico indiano vió,
pasar un hombre intentó
el mar, que lo vió pintado.
Pero en mirándole airado
en las playas españolas
respetar las nubes solas,
con tal temor huye dél
que aun presume que tras él
vienen corriendo las olas⁴.

¹ *La prisión sin culpa*, I, pág. 606, t. VIII, Cot.

² *Sembrar en buena tierra*, II, pág. 419, t. IX, Cot.

³ *El desprecio agradecido*, III, pág. 26, t. XII, Cot.

⁴ *Id.*, II, pág. 17, t. XII, Cot.

El interés, sin embargo, era la única fuerza capaz de infundir
el coraje necesario para desafiar los peligros del viaje y acallar
los temores:

—¿Qué, pasarás el mar?
—Y treinta mares...
—En oro has de traer cuanto cobreres¹.

Bahamas y Bermudas

X Pero, si todos los mares entrañaban peligros sin cuento, el canal
de Bahama con sus terribles borrascas, y las Bermudas con sus
huracanes aventajaban ahora con la fama de su peligro a las Escila
y Caribdis de la antigüedad, que, según la tradición, habían susci-
tado la curiosidad de Aristóteles:

LUDOVICO. — ¿Don Silvestre en la Corte? ¡No lo creo!
El viento que a la mar suele llevarte
por la canal furiosa de Bahama
¿a Madrid te ha traído?

SILV. — Amor me llama...²

... El caballero,
que concertado de casar estaba
con Dorotea, a quien sepulcro fiero
dió el mar cuando pasaba
la canal de Bahama nuestra flota...³

Cervantes es buen testimonio de la difusión de esta fama:

Donde serví de grumete
y a las Indias fui y volví,
temí con los huracanes,
y con las calmas temí,
y espantóme la Bermuda
cuando su costa corrí...⁴

¹ *Sembrar en buena tierra*, II, pág. 419, t. IX, Cot.

² *Servir a señor discreto*, III, pág. 89, t. IV, Rivad.

³ *Amar, servir y esperar*, III, pág. 241, t. III, Cot.

⁴ *Pedro de Urdemalas*, I, esc. IX.

La idea reaparece en *La entretenida* (III, esc. XVI):

olvidaréis la tormenta
que pasastes, que a mi cuenta
debió ser en la Bermuda,
que siempre en aquel paraje
hay huracanes malignos...

En esta misma comedia, una página adelante se dice:

Y la canal de Bahama
¿pasóse sin detrimento?

La lírica nos asegura que el nombre de Bermuda había alcanzado la categoría de símbolo y mito:

¿Qué linaje temió de muerte cruda
quien con ojos enjutos
vió los escollos yertos, la Bermuda,
y los caimanes brutos?

dice Francisco de Medrano en una de sus *Odas* (*Rivad.* t. XXXII, pág. 344), y Villegas:

Yo no espero la flota, ni importuno
al cielo, al mar, al viento por su ayuda,
ni que segura pase la Bermuda
sobre el azul tridente de Neptuno...¹

A estos peligros había que añadir el de la presencia en las costas de la Florida, adonde podían recalar los infortunados naufragos, de algunas tribus antropófagas:

ni el huracán te persiga,
ni toques en la derrota
Bermuda, ni en la Florida
de mil cuerpos homicida,
adonde, contra natura,
es el cuerpo sepultura
viva del cuerpo sin vida...²

No tarda en aparecer en Lope el uso metafórico según el cual Bahama o Bermuda están tomadas en la significación de lugar

¹ Soneto LXVII, en *Poesías Líricas*, edic. *La Lectura*.

² CERVANTES, *El rufián dichoso*, II, esc. V.

peligroso. En la comedia *Al pasar del arroyo* hay un buen ejemplo de ello:

Pues la Venta de Viveros
¿es la canal de Bahama,
la Bermuda o las Sirenas,
donde hay peligros tan grandes:
o son los bancos de Flandes
de Jarama las arenas?...¹

Piratas y corsarios

Con todo, acaso los peligros naturales fueran menos terribles para la imaginación popular que las acechanzas de los piratas y corsarios que tenían como remate, o la esclavitud en tierras de moros, o el no menos aborrecible exilio en tierras de herejes. Cervantes en *La española inglesa* pone de manifiesto el doble riesgo a que estaban expuestas las víctimas. Parecería que la navegación a las Indias no debía temer sino a los piratas y corsarios franceses, ingleses y holandeses, ya que el campo propio de los berberiscos fué siempre el Mediterráneo. Pero también las galeras turquescas, comandadas por audaces capitanes, se atrevían en la derrota de las Indias, atraídas por el oro que cargaban los galeones.

Lope de Vega en *El favor agradecido* recuerda la codicia de esos piratas, y dice del protagonista, capitán de una escuadra que regresa a Cerdeña,

Que viene rico y soberbio
de robar armadas de Indias...²

y lo confirma por boca de él mismo:

Que darle yo piedras bellas
que hurté al indio y español,
no es precio que iguale a un Sol
cuyos ojos son estrellas...³

¹ II, pág. 389, t. I, *Rivad.* En la comedia *La noche de San Juan* (edición de H. Serís, pág. 85) hay también un pasaje en todo semejante.

² III, pág. 501, t. V, *Cot.*

³ *Id.*, pág. 503.

Estas hazañas de los piratas berberiscos debieron de ser, sin embargo, tan excepcionales cuanto fueron frecuentes los asaltos que desde mediados del siglo XVI llevaron los franceses, ingleses y holandeses contra la navegación española en los mares de América¹, contra las ciudades españolas de ultramar y aun contra algunos puertos de la península. La historiografía, según lo hemos notado ya, concedió singular importancia a estas luchas que conmovieron profundamente el alma española, quizá no tanto por las pérdidas materiales que las derrotas significaban cuanto porque en cada contraste se ponía más en evidencia la incapacidad para recobrar el perdido dominio de los mares, y con ella la irremediable decadencia nacional. Lo que el orgullo español sufría con las derrotas no puede medirse más que por contraste con las ruidosas alegrías provocadas por el arribo sin menoscabo, a los puertos peninsulares, de las armadas y galeones. Lope se hace eco del estado de la sensibilidad pública, en lo tocante a estos asuntos, en la comedia *La esclava de su galán*, en el cual, entre lamentaciones por la impotencia para escalear a los piratas, se recuerda la audacia de Drake, muerto hacía ya mucho años² cuando la comedia se escribe, y se la contrasta con la impericia de sus epígonos que dejan escapar la presa, lo que ya se considera como una victoria:

- ¡Que no puedan armadas ni desvelos
contra aquestos rebeldes holandeses!
- Ayudan los ingleses.....
- El Draque muerto ya, quien es vencido
basta que agora a la memoria aplique.
- Más cerca en Puerto Rico el conde Enrique
sin otras mil victorias... [laguna en el texto]
- En Cádiz y el Brasil ¿qué os han tomado?
- Diez mil pesos serían, y han quedado
gracias a Dios, cien mil...³

¹ Bartolomé de Flores, "natural de Málaga y vecino de Córdoba", publicó en Sevilla, 1571, una "Obra nuevamente compuesta... en verso castellano" en la cual se cuenta "la felice victoria que Dios... fué servido de dar al ilustre señor Pedro Meléndez, Almirante y capitán de la gobernación del Mar de las Indias... contra Juan Ribao de nación francés".

² Drake murió en enero de 1596. MORLEY y BAURTON, *The Chronology of Lope de Vega's "Comedias"*, Nueva York, 1940, dan el año 1626 como fecha probable de esta comedia.

³ I, pág. 137, t. XII, Cot.

Los asaltos de los ingleses son ya consuetudinarios, y cualquier indiano se podía fingir víctima. Por eso en el Arancel con que ha de andar un caballero indiano en la Corte, que aparece en *La Doctorea* (II, esc. IV), se le aconseja que se haga pobre contando siempre que se le hundió su plata en los galeones, o que le robaron los navios de la reina de Inglaterra.

El orgullo nacional se reconforta cuando algún bravo hombre de mar consigue tener a raya la audacia de los corsarios:

... del gran don Bernardino
de Avellaneda, por quien
tiembla el mar indio, y también
teme el inglés su camino...¹

En la comedia *Amar, servir y esperar* hay un largo relato de la victoria que sobre los holandeses obtuvo el marqués de Guadalcázar en el Callao:

el marqués de Guadalcázar
[supo] que enojados y soberbios
los de Gelanda y Holanda...
poblaron de gente y armas
una ciudad, que corriendo
portátil el Mar del Sur
pusiese a sus costas miedo.
Reparó el marqués la tierra
como capitán discreto...
A nueve de mayo, el sol
sobre las ondas del puesto
descubrió las altas naves
vestidas de acero y lienzo.
Al defenderles la tierra
un mozo holandés fué preso,
quien dijo nueve ciudades [de Holanda]
se juntaron al concierto
de esta armada, haciendo alegres
de sus haciendas empleo
para saquear a Lima...
Soldados y marineros
aportaron al Callao
quienes... finalmente huyeron

¹ *El Arenal de Sevilla*, III, esc. II.

deseperados de ver
malogrados sus intentos,
y que Lima y su virrey
victoriosos parecieron,
ella coronada de oro
y él con el árbol peneo...¹

En fin, la comedia *El Brasil restituído* es toda ella un canto al denuedo español y portugués que consigue rescatar de los corsarios holandeses el puerto y ciudad brasileña de Bahía.

La lírica no queda ajena a la preocupación nacional por estos sucesos y la esperanza de la victoria:

y expuesto vas al viento
y a las escuadras fieras
del holandés sangriento.
Él se apresta, y a duro cautiverio
reducir nuestras gentes se asegura,
y por dar se apresura
al español imperio
en el mar sepultura...

dice Francisco de Medrano en una *Oda* dirigida a su amigo Santiso, alférez real de los galeones de las Indias (en *Rivad.* t. XXXII, pág. 356); y en otra dirigida al mismo escribe:

Fabricas al flamenco e inglés pirata
cadenas, y amenaza tu estandarte
a aquella oculta parte
do sediento de plata
osó penetrar Marte...²

¹ III, pág. 232, t. III, Cot.

² *Rivad.*, t. XXX, pág. 344.

CAPÍTULO IV

LA GEOGRAFÍA DEL ORO

El Perú

Desde mediados del siglo XVI los nombres *Perú* y *Potosí* compiten con *las Indias*, y por razones obvias, en virtud evocadora de riquezas inagotables. La fama del Perú desborda los límites peninsulares e inunda el continente. Para los españoles, Perú resume la geografía del oro, las riquezas fabulosas y las ganancias sin límites en el ejercicio del comercio:

Harto más te vengas tú
en los tuyos con llorar
perlas que pueden comprar
las riquezas del Perú...¹

Si ésta ganó para ti
un millón en el Perú...²

y también la cifra de la inagotabilidad de las minas de oro y plata.

Vayan al Perú por barras

dice Góngora³.

Perú es además la residencia de los Cresos indianos, de los peruleros que, en la imaginación peninsular, vivían entregados a una vida de molición y deleites, abominable y envidiada. Una alusión a esta creencia popular aparece en el *Auto de la Isla del Sol*, que

¹ *Los embustes de Celauro*, II, pág. 111, t. XII, Cot.

² *El amigo hasta la muerte*, I, pág. 325, t. XI, Cot.

³ *Romances y letrillas*, pág. 210.

recuerda bastante la de la fabulosa tierra de Jauja. Dentro de sus límites se encierra el reino de los placeres:

MURMURACIÓN. — Llámase al reino Placencia,
y no hay Indias ni Perú
con más riqueza y deleites...¹

Lima

La mención del Perú evoca de inmediato el recuerdo de Lima, su capital, la ciudad española más importante de América y la más rica, asiento de los envidiados peruleros, los indianos más favorecidos de la fortuna en la imaginación popular. No cabe duda de que Lope piensa en Lima al imaginar la riqueza y deleites del reino de Placencia.

Si vas a las Indias
verás a Lima, el mejor
fruto de española empresa;
Lima, que al rey en la mesa
no se la ponen mejor.
Lima dulce de Filipos,
que no lima de Valencia,
que no le hacen competencia
Nápoles y Pausilipos².

Aparte del juego sobre las significaciones de lima y Lima es de notar la competencia entre Nápoles y Lima y el favor que esta última goza en la imaginación de Lope, y sin duda en la de su auditorio. Favor explicable por los alivios que desde allí llegaban para el crónico mal que aquejaba a España, la falta de dinero.

—Yo he venido a este lugar
desde Lima, ya lo sabes.
—Plega a Dios que en él te acabes
de limar y de enseñar.
—De limar dí solamente,
que limas sordas de coro
les sabrán limar el oro
de las Indias de Occidente³.

¹ Pág. 93, t. III, Acad.

² *La noche de San Juan*, I, pág. 143, t. VIII, Cot.

³ *Sembrar en buena tierra*, I, pág. 396, t. IX, Cot.

En otra parte de esta misma comedia (III, pág. 434) se dice:

No es mucho que se entretenga
en alabanzas de Lima.
—Madrid, de vidas y haciendas
es lima, y lima tan sorda
que acaban sin que la sientan.

Cervantes hace decir a uno de sus personajes en *La entretenida*¹:

Es el caso que está en Lima
un hermano de su padre.
De los bienes de fortuna
dicen que le cupo parte
tanta, que entre los más ricos
suelen por rico nombrarle.

Y para ponderar sus riquezas dice en otra parte:

... Don Silvestre
de Almendárez, y es de Lima...²

Venir de Lima era, pues, venir del centro de la riqueza:

—Diga, señor caballero,
¿viene de Lima también?³

Potosí

Si la fama del Perú y de Lima se debía a la riqueza y fastuosa vida de los peruleros, la del cerro de Potosí, que desde la Península se veía como de plata luciente, residía en la fecundidad de sus entrañas:

Si pasas a las Indias...
verás el cerro, en grandeza
ilustre, aunque dulce y agro,
el gran Potosí, el milagro
mayor de naturaleza,
cuyas entrañas y centro
son una imagen de plata,
piadosa fuera, e ingrata
a los que rezan adentro...⁴

¹ I, esc. VII.

² *Id.*, III, esc. XIV.

³ *Amar, servir y esperar*, II, pág. 231, t. III, Cot.

⁴ *La noche de San Juan*, I, pág. 143, t. VIII, Cot.

El entusiasmo del poeta no ahoga su piedad hacia los miserables indios que horadan sus entrañas.

Las referencias a Potosí son constantes:

Aunque tuviera más plata
que el cerro de Potosí
se ha de prender a quien mata¹.

Que no hay plata en Potosí
para que negocie en "sí"².

Porque no hay diamantes chinos,
oro en Tíbar, ni en el cerro
de Potosí plata, ni ámbar
en la Florida...³

Gózala un siglo, que si en perlas y oro
fuera yo el Mar del Sur, el monte indiano,
mayor riqueza a vuestros pies rindiera...⁴

...que para últimos empleos
de las damas, fondo en ángel,
no hay plata en el alto cerro
del Potosí, perlas ni oro
en los orientales reinos...⁵

Mírala por cosa extraña,
que sin ser el Potosí
[Sevilla] recibe y ostenta en sí
toda la plata de España⁶.

Por una natural asimilación semántica, Potosí es también plata y dinero:

El cerro de Potosí
ha hecho lo que ha podido⁷.

- ¹ *La prisión sin culpa*, III, pág. 632, t. VIII, Cot.
- ² *El desposorio encubierto*, I, pág. 515, t. VII, Cot.
- ³ *Las bazarías de Belisa*, I, pág. 449, t. XI, Cot.
- ⁴ *Lucinda perseguida*, II, pág. 336, t. VII, Cot.
- ⁵ *La moza de cántaro*, II, pág. 661, t. XIII, Cot.
- ⁶ *El amante agradecido*, II, pág. 117, t. III, Cot.
- ⁷ *El premio del bien hablar*, III, pág. 394, t. XIII, Cot.



En *El anzuelo de Fenisa*, comedia cuya acción se desarrolla en Palermo y cuyo enredo procede fielmente de la historia décima de la jornada octava del *Decamerón*, dice:

ALBANO. — Aunque te den un Potosí de plata...¹.

Ejemplos abundantes también se pueden espigar en los contemporáneos de Lope:

Sus flechas saca Cupido
de las venas del Perú².

Cuando yo, Muñoz, os falte,
cuando yo no os haga rico,
jamás del Perú me venga
el mi esperado tesoro³.

Discorre la gran Provincia,
llega al monstruo de los cerros,
cuyas entrañas producen
montes de metal risueño⁴.

De cuanta Potosí tributa hoy plata⁵

De *El culto sevillano*, de Juan de Robles, está tomado el siguiente pasaje, que es buena medida de la difusión de la fama de las minas de plata de Potosí:

... como si uno dijese *Fulano vino cargado del precioso metal que dan las Indias*, no es buena perífrasis, porque dan dos, oro y plata, ambos preciosos, si bien se podrá particularizar con añadir *el rubio metal*, con que se entenderá el oro, y diciendo *el metal del cerro del Potosí*, que se entenderá plata⁶.

En el romance del mismo Góngora, *Dejad los libros ahora*,

- ¹ I, pág. 363, t. III, Rivad.
- ² *Quijote apócrifo*, pág. 56, edic. cit.
- ³ CERVANTES, *La entretenida*, II, esc. VII.
- ⁴ SUÁREZ DE FIGUEROA, *El Pasajero*, pág. 145, edic. cit.
- ⁵ GÓNGORA, *Poemas*, pág. 198.
- ⁶ Págs. 130-131, edición Bibliófilos andaluces, Sevilla, 1883.

(*Romances*, pág. 76), *plata del Potosí* es término de comparación con la blancura del cutis femenino:

Con su garganta y su pecho
no tienen que competir
el nácar del Mar del Sur,
la plata del Potosí.

En otra parte ponderando las tempranas habilidades de Isabelitica dice:

Las venas de Potosí
sabrás chupar, Isabela ¹.

En la novela de aventuras semipicarescas *Alonso, mozo de muchos amos*, o *El donado hablador*, de Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera, se dice:

Ya tenía en su poder todo el oro de Arabia y plata del Potosí ².

En *La pícara Justina* (pág. 255, edic. cit.), después de un tosco juego de palabras sobre Potosí, el autor ironiza:

a las mujeres ruines que son muchas... se les ha encajado que hay en Potosí una muy grande dehesa en que nace el oro con barbas y raíces como puerro...

Las identificaciones entre Perú, 'oro', 'país del oro', 'riquezas', y Potosí, 'plata', 'oro', 'riquezas', son un lugar común de la literatura de principios del siglo XVII:

Con el Perú está casado,
Atabálipa es su suegro,
si da lugar a las flotas
y deja cavar los cerros ³.

Del mismo Quevedo (*Versos*, 329) recogemos:

Del cerro de Potosí
doras hebras tan delgadas...

¹ Id., *Romances y letrillas*, pág. 227.

² Edic. E. de OCHOA, *Tesoro de los novelistas españoles*, t. II, pág. 117. París, 1847.

³ QUEVEDO, *Versos*, 351.

que quiere decir 'tus cabellos son como el oro'. En Cervantes, la mención de Potosí es singularmente frecuente:

Y sobre un asno trae puesto
el cerro del Potosí ¹.

que es como decir 'sus maletas vienen llenas de doblones',

He perdido una mina potosisca ².

Las minas de Potosí fueron poco para pagarte ³.

Si ella llega a colmo espero
un Potosí de barras y dinero ⁴.

¿No has visto tú por ahí
mil con capas guarnecidas
volantes más que neblí,
que en dos barajas bruñidas
encierran un Potosí? ⁵

Potosí, por ser riqueza, es también dicha, como cerro es Atlante:

Oh de mis dichas Atlante,
Cerro de mi Potosí... ⁶

En el mismo Cervantes, Potosí está tomado por tierra remota:

... hoy está aquí, mañana en Francia, y otro día en Potosí ⁷.

Guzmán de Alfarache encarece las ganancias logradas con la reventa de los objetos raídos que recibían de limosna los pícaros diciendo:

Para nosotros ese negocio era una mina en el cerro de Potosí ⁸.

¹ *Pedro de Urdemalas*, III, esc. VII.

² *El rufián viado*.

³ *Quijote*, VIII, pág. 282.

⁴ *La entretenida*, I, esc. última.

⁵ *El rufián dichoso*, I, esc. III.

⁶ *Pedro de Urdemalas*, III, esc. VII.

⁷ *Quijote*, VII, pág. 58.

⁸ Tomo II, pág. 200, edic. *La Lectura*.

La misma idea aparece en la comedia *La esclava de su galán*:

Pensé que era de Triana
una mujer que trujeron
de Méjico allí sus padres...¹

Pero México, la ciudad, era además famosa por otra razón:

México y Venecia son
dos ciudades celebradas
porque sobre el mar fundadas
con notable perfección
son ciudades y son naves...²

Otro recuerdo de México, el país, hay en la comedia *Angélica en el Catay*, cuando la protagonista hace una descripción de las tierras recorridas:

México cae hacia allí,
Tangut al Septentrión;
estas las dos Indias son
y aquí en medio está Mangli.
Está la China a esta mano,
la Florida a aquella punta;
llámase el mar que las junta
Occidental Oceano...³

Después de tantas e inauditas peripecias era natural que flaquease la memoria de Angélica y uniera con el mismo *occidental oceano* la Florida y la China.

traiciones, la carne y el mundo: "El demonio, carne y mundo — son chichimecos malditos — que nos espantan con gritos, — que nos llevan al profundo — con grandísimos delitos. — Viendo los robos y muertes — que aquestos salteadores, — hizo el Señor de Señores — a su costa siete fuertes — do se acojan pecadores..." Los siete fuertes son, naturalmente, las virtudes teologales. Que los asaltos de los indios chichimecos preocuparon a las autoridades e interesaron al pueblo lo comprueban el *coloquio* y el uso de la voz por Lope, y esto último prueba también que a veces hechos insignificantes alcanzaron en España repercusión desproporcionada.

¹ III, pág. 165, t. XII, Cot.

² *El Arsenal de Sevilla*, III, esc. I.

³ III, pág. 448, t. XIII, Acad.

Quevedo en el *Discurso de todos los diablos* transcribe la letra del baile llamado *bullicuzcuz* en la que aparece mencionada la ciudad mexicana de Veracruz:

Zarabullí, ay bullí, bullí, de zarabullí.
Bullicuzcuz
de la Veracruz;
yo me bullo y me maseo...¹

Nueva España compite con Méjico en la designación del país:

Mirad que ahora he llegado,
señores, de Nueva España...²

Chile

No faltan en la geografía de Lope de Vega, sin duda bastante más extensa que la del pueblo, referencias a Chile, Mar del Sur, Río de la Plata, Brasil:

Aunque el indio le da en Chile
oro puro, y el cristal
del sur perlas y coral...³

le dijisteis que habéis dado
la muerte a un cierto D. Félix,
caballero toledano
que con el oro de Chile
venció su honor...⁴

—De los remates del mundo [vengo]...
¿No habéis oído el fiero margayates,
Brasil por otro nombre, donde vierte
sus aguas la corriente oropiana (?)
y el Río de la Plata o río Parana?
—Nunca en Madrid del indio mar se trate,
del Río de la Plata, ni el tesoro
que por la Nueva España se dilata;
acá llevan arena, y no es de oro;
sea verdad que corre aquí la plata
que es río general...⁵

¹ *Prosa*, pág. 255.

² *La prisión sin culpa*, III, pág. 632, t. VIII, Cot.

³ *Los españoles en Flandes*, II, pág. 374, t. XII, Acad.

⁴ *Los peligros de la ausencia*, III, pág. 200 t. XIII, Cot.

⁵ *El testigo contra sí*, III, pág. 713, t. IX, Cot.

Río de la Plata.
Panamá-Brasil

El nombre *Río de la Plata* parece haber pesado sobre la imaginación popular hasta hacerle creer en la abundancia del metal apetecido. El poeta, de todos modos, no se engaña y se burla amablemente de las ingenuas:

Mujer conozeo que trata
de irse al Río de la Plata
para echarse en él de pechos...¹

Pero no todas las mujeres eran ingenuas. Las había bastante instruidas en la especial geografía del oro, y, puestas a escoger entre ríos americanos, se deciden por el Marañón, que nace en el Perú:

Sigue con aquesta ingrata
la cordobesa canción:
vénte del río Marañón,
no del Río de la Plata.²

En *La dama boba* se nos revela la incorporación de Panamá a la geografía del oro:

Volvió de Indias, Amor,
con oro y plata...
Las damas como lo vían
de esta manera le hablan:
¿De dó viene, de dó viene?
Viene de Panamá...³

Hay en este último verso una evidente alusión a la popular "letrilla traviesa"

Vengo de Panamá

difundida entre las clases sociales que se codeaban con la picardía, según se deduce del *Discurso de todos los diablos* de Quevedo.⁴

Brasil es nombre que acude con frecuencia a la pluma del poeta. "Isla famosa" se le llama, siguiendo una tradición nacida a prin-

¹ *La burgalesa de Lerma*, III, pág. 63, t. IV, Cot.
² *De cosario a cosario*, II, pág. 649, t. XI, Cot. Alude a una conocida letrilla de Góngora. Véase pág. 111.
³ III, pág. 620, t. XI, Cot.
⁴ *Prosa*, pág. 255.

cipios del siglo XVI, en *El Brasil restituído* (I, esc. XIII); en la escena XVI dice el gracioso Machado:

que nunca mejor llamaron
a estas islas, el Brasil
si ha de quedar abrasado...

Otros ejemplos:

—¿Qué se ha hecho tu galán?
señora, que no le veo.
—Fuése al Brasil; el deseo
y el alma penando están.¹

Entre ese soldado luego,
y él y cuantos en las naves
desembarcan del Brasil...²

¡Que pueda el arte
fabricar el caballo de un navío,
con que desde el Brasil el hombre parte
con tal seguridad, con tanto brío!³

En el auto sacramental *El triunfo de la Iglesia*, la Fama, que lo está pregonando, después de llamar al orbe todo, dice:

oiga América Gentil
un pregón por cuanto mira
del sol el rayo sutil
de Caribana a Quivira,
de Nueva España al Brasil.⁴

Cartagena-El Callao-
Tierra del Fuego

En tierras caribanas se levanta el famoso puerto de Cartagena de Indias, lugar de arribada forzosa de los navíos que, procedentes de España, iban en demanda de las costas de Tierra Firme y

¹ *Los milagros del desprecio*, III, pág. 23, t. XIII, Cot.
² *Hay verdades que en amor...* II, pág. 517, t. III, Cot.
³ *El testigo contra sí*, III, pág. 713, t. IX, Cot.
⁴ Pág. 79, t. III, Acad.

puerto para comerciar con Nueva Granada. Tenía fama de ser una de las ciudades más ricas y mejor fortificadas de las Indias. Lope la recuerda en su breve novela *Las fortunas de Diana*¹:

... la llevaron al navío, que... partió con buen viento y con Celio atado a una cadena en el lastre a Cartagena de las Indias... La fortuna de la mar la puso a Diana con tiempo próspero en la tierra deseada... Llegó últimamente a Cartagena...

De Cartagena partía la ruta a Santa Fe de Bogotá:

estuve un año apenas
en Santa Fe de Bogotá...²

En la comedia *Amar, servir y esperar*, se menciona El Callao como puerto de Lima (*vide supra*, pág. 93) y el reino de los Andes como patria de papagayos, catalnicas, periquitos, titíes, y micos de olor.

Mar de Magallanes

No falta la mención de la lejana Tierra del Fuego, rodeada del remoto y temeroso Mar de Magallanes:

... si el cruel
velas al viento despliega:
si al Mar del Sur, si a la Tierra
del Fuego se va a esconder,
allá le pienso hacer guerra³.

... si tuviera tanto oro
cuanto desde la China hasta Quivira,
y desde el Sandersón a la ribera
del Mar de Magallanes el sol mira...⁴

Puesto el poeta en España, centro de su mundo, Quivira es para él el confín occidental de la tierra, como China el oriental,

¹ *Rivad.*, t. XXXVIII, pág. 7.

² *De cosario a cosario*, I, pág. 637, t. XI, Cot.

³ *El amigo hasta la muerte*, II, pág. 346, t. XI, Cot.

⁴ *El ginovés liberal*, III, pág. 136, t. VI, Cot.

el Sanderson el límite hiperbóreo y el Mar de Magallanes el meridional.

Muy breve es también el repertorio de nombres geográficos de América que puede recogerse en los contemporáneos de Lope. En *La pícara Justina* se dice en dos ocasiones:

Éste es el Magallanes en que suele haber naufragio...¹

opinión que coincide con la que expresa Quevedo (*Versos*, página 256):

Aquí el estrecho famoso
de Magallanes comienza,
donde todos los navíos
que quieren pasar se anegan...

En el *Baile de los galeotes* (*Versos*, pág. 524) Quevedo menciona otros puertos:

Puerto Rico es buen puerto,
que los demás son playas;
para vanas y locas
el Morro de la Habana...

No navegues nunca
con los levantes
que ponientes de casa
son Buenos Aires...

Sancho, en el *Quijote*, durante la ascensión en Clavileño, confunde los nombres de Magallanes y Magalona y no recuerda quién de ellos le había precedido como jinete en las no muy blaldas grupas del caballo alado.

Espinel, en su *Vida del escudero Marcos de Obregón*, relata una supuesta jornada ordenada por Felipe II "para ir a descubrir el estrecho de Magallanes", que recuerda vagamente la fracasada empresa colonizadora de Sarmiento de Gamboa. La opinión popularizada de que el estrecho era peligrosísimo para la navegación tiene en el relato nuevo testimonio. Participan en la fantascada expedición el arrojado doctor Sagredo y su sentimental consorte doña Mergelina de Aybar. Después de peripecias más numerosas

¹ Edic. cit., págs. 71 y 116.

que las sufridas por Apolonio, —luchas con monstruos y sierpes espantables, tormentas y naufragios, gigantes y enanos—, llegan los expedicionarios a navegar frente a la embocadura del estrecho. En esto

vino un viento tan poderoso que nos hizo pasar el estrecho, sin poderle resistir... La presteza del viento fué tanta, y tan sin pensar, que no tuvieron los marineros trazas para defender el navío. Pasamos de la otra parte con todos estos peligros de golpes que el navío daba y duró tanto que nos rompió las velas mayores, y aunque las demás se amainaron dejaron el trinquete de proa para que la inmensa furia del aire nos llevase adonde quisiese... Al fin, anduvimos seis meses perdidos, faltando ya todo lo necesario para conservar la vida, arrojados y sacudidos de las soberbias olas por tan inmensos mares de nadie conocidos y navegados... sin saber hacia donde caminábamos, dispuestos cada día para ser manjar de monstruos espantables... con un temor horrible de imaginar la sepultura que teníamos abierta en las no habitadas cavernas del profundo mar o en las hambrientas entrañas de sus indomables bestias ¹.

Después de nuevos peligros y temores los expedicionarios toman tierra en una isla habitada por cíclopes, de entre cuyas manos escapan con vida gracias al denuedo de todos y a la superior inteligencia del doctor Sagredo.

En el largo y fantástico episodio se imbrican confusamente libros de caballerías, novelas bizantinas y lecturas de historias y viajes por tierras americanas y no puede creerse que pretenda reflejar la vida en los confines australes de América.

Cervantes, en cuya obra abundan las resonancias americanas, menciona las Charcas en *La entretenida*:

¿De qué Perú ha de venir,
de qué Méjico o qué Charcas? ²

Recordamos además que en Nueva España se desarrollan los dos últimos actos de su comedia *El rufián dichoso* y que a Méjico se dirigía, proveído por oidor, el licenciado Juan Pérez de Viedma, hermano del capitán cautivo.

Algunas referencias a la geografía de América aparecen tam-

¹ Parte III, descanso XX, edic. *La Lectura*.

² II, esc. VIII.

bién en Góngora. Bien conocidos son los versos de la *Soledad Primera* en que se alude al estrecho de Magallanes:

la bisagra aunque estrecha abrazadora
de un océano y otro siempre uno...

o aquellos en que se hacen referencias al istmo de Panamá en el mismo poema:

... rompieron los que armó de plumas ciento
lestrigones el istmo, aladas fieras;
el istmo que al océano divide
y —sierpe de cristal— juntar le impide
la cabeza, del Norte coronada,
con la que ilustra el Sur, cola escamada
de antárticas estrellas... ¹

Marañón-Paraguay

Marañón y Paraguay, nombres geográficos, tienen en Góngora significados etnográficos:

De venenosa pluma si ligera
armado lo oya el Marañón valiente... ²

... la ribera
del rey del Occidente
flechero paraguay, que de veneno
la aljaba armado, de impiedad el seno,
tu fin sintió doliente... ³

En la letrilla *Dineros son calidad* se dice:

cualquiera que pleitos trata,
aunque sean sin razón
deje el río Marañón
y entre el río de la Plata... ⁴

El mismo tipo de juego de palabras se encuentra en la letrilla, a él atribuida, que empieza:

¹ *Poemas*, págs. 122 y 123.

² *Poemas*, pág. 163.

³ *Id.*, pág. 202.

⁴ *Romances y letrillas*, pág. 229.

que pretende el mercader
en Nombre de Dios tener
lo que hurtó en Puerto Rico...

También para Villegas Magallanes es 'mar peligroso':

luego los anchos mares
de la enciclopedia
o surques Magallanes
o Nereo divididas...¹

En la segunda parte de las *Eróticas* (Elegía V) este mismo poeta menciona el reino de los Andes:

... sus cabellos, los Alpes o los Andes,
son oscuros y espesos...

Una omisión: Jauja

Es curioso que aparte de la descripción de la *Isla del Sol*, en el auto del mismo título a que ya nos hemos referido, no aparezcan en Lope otras reminiscencias de la ciudad o isla o tierra de Jauja, famosísima desde mediados del siglo XVI, como lo prueban el *Paso de la tierra de Jauja* de Lope de Rueda y la difusión del *Romance de la tierra de Jauja*, impreso muchas veces hasta entrado el siglo XVIII². ¿Sería acaso la misma vulgaridad del tema la causa del desdén de parte de los escritores prestigiosos? Parecería una confirmación de esta hipótesis el hecho de la rareza del tema en los contemporáneos de Lope, pues sólo lo encontramos mencionado por Alemán, Juan de Robles y López de Úbeda. El primero en el *Guzmán de Alfarache* hace decir a su protagonista al llegar a Sevilla:

A tierra voy de Jauja, donde todo abunda y las calles están
cubiertas de plata, donde, luego que llegue, nos vendrán a re-
cibir con palio y mandaremos la tierra³.

¹ *Eróticas*, pág. 194, edic. *La Lectura*.

² GALLARDO en su *Ensayo de una biblioteca...*, t. I, nº 800, cita un pliego suelto anónimo sobre el tema de Jauja titulado *El venturoso descubrimiento de las islas de la nueva y fértil tierra de Jauja, por otro nombre llamada Mandrona. Descubierta por el dichosísimo y bien afortunado capitán llamado Longores de Sentlom y de Gorgas*. En este año de 1616. Barcelona, 1616.

³ Parte II, lib. III, cap. VI.

En otra parte el mismo Guzmán, refiriéndose a la falta de escrúpulos con que entró a robar con su amo el cocinero (*Parte I*, lib. II, cap. VI), dice:

...parecióme la tierra de Jauja y que también había de
caminar por ahí...

El autor de *El culto sevillano*, por su parte, hace decir a uno de los interlocutores, fatigado de escuchar una soporífera descripción en versos de la casa del Sueño según el libro undécimo de las *Metamorfosis* de Ovidio:

... me ha faltado poco para quedarme dormido con la des-
cripción; porque no parece sino aquello que dicen de la tierra
de Jauja, donde corren ríos de leche, vino y miel...¹

En *La Picara Justina* el autor habla de cierta *República de Gauja*², tierra fabulosa que, a pesar de las maravillas que de ella se cuentan, no quedó libre de las dos enfermedades más fatigosas de las mujeres: la fealdad y la vejez.

¹ Edic. cit., pág. 244.

² Edic. cit. pág. 81.

CAPÍTULO V

LA VIDA EN LAS INDIAS

El clima decide del
rumbo de la conquista

Durante las primeras décadas del descubrimiento y conquista de América, los españoles sólo se establecieron en las regiones tropicales y deliberadamente descuidaron la ocupación de las tierras situadas al norte de la Florida, aún después de saber que en ellas el clima se conformaba más al que estaban acostumbrados. Esta preferencia se explica si se tiene en cuenta el favor que gozaba entonces la creencia —quizá oriental, transferida a los alquimistas árabes e incorporada luego a los prejuicios de Occidente¹— de

¹ Sobre el origen oriental de esta creencia véase el siguiente pasaje del cuento de *Las mil y una noches* titulado *Palabras bajo las noventa y nueve cabezas cortadas*:

"... Voy a exigirte —dice la princesa— que me digas al pie de la letra lo que significan estas palabras: Dá a la desposada de Occidente el hijo del rey de Oriente y nacerá de ellos un niño que será sultán de las caras hermosas.

"Y el joven sin vacilar un instante contestó: —¡Oh princesa! Esas palabras encierran todo el secreto de la piedra filosofal, y quieren decir místicamente lo que sigue: haz corromper con la humedad que viene de Occidente la tierra sana adámica que viene de Oriente, y de esta corrupción se engendrará el mercurio filosófico, que es todopoderoso en la naturaleza y que engendrará el sol, y el oro hijo del sol, y la luna, y la plata hija de la luna, y que convertirá los guijarros en diamantes."

(Traducción española sobre el texto de Mardrus, edición de México, 1942, págs. 588-589.)

Para los orientales el sol era también el generador de piedras preciosas. De ello se hace eco Juan de Mena en la dedicatoria de su *Iliada* cuando dice: "Tráenvos estos mismos [los indios] los relumbrantes píropos, los nubíferos acates, los duros diamantes, los claros rrubís, y otros diversos

que solamente las tierras tropicales, por la virtud de la potencia de los rayos solares, criaban en su seno el oro.

La certeza de que Colón no fué ajeno a ella la tenemos en el siguiente fragmento de su diario, según la edición de Navarrete:

Por este calor que allí el almirante dice que padecía arguye que en estas Indias, y por allí por donde andaba, debía de haber mucho oro...¹

¿Hasta qué punto este prejuicio no influyó sobre el derrotero de la expedición colombina?

Los ecos de su difusión perduran aún en los tiempos de Lope y Calderón como flor retórica. Así en la comedia del primero *Querer la propia desdicha* se dice:

Y cuando se parte el sol
a las playas indias
a criar el oro...²

Y en otras partes:

y hijo de buen padre [es el oro]
pues que le engendra al sol...³

Por el hijo del sol, al indio vaya
quien de tus dulces márgenes despides...⁴

... ni en las Indias cría
tantas riquezas Apolo...⁵

En *El alcalde de Zalamea* de Calderón (jornada II, esc. XV) encontramos:

...y no vale tanto el oro
que el sol engendra en el indio
suelo y que conduce el mar...

linajes de piedras, los cuales la circundanza de los solares rrayos en aquella tierra [la India] más bruñen y clarifican. (*Apud.* MENÉNDEZ Y PELATO, *Hist. de la poesía cast.*, t. II, pág. 148.)

¹ Edic. Calpe, *Viajes clásicos*, t. 18, pág. 72.

² III, pág. 465, t. XIII, Cot.

³ *La noche de San Juan*, edic. Seris, pág. 113.

⁴ *Los peligros de la ausencia*, II, pág. 184, t. XIII, Cot.

⁵ *La lealtad en la traición*, I, pág. 197, t. VII, Cot.

Pero los españoles no sólo buscaban oro. Codiciosos tanto o más que de oro lo eran de las especias, y la esperanza de encontrarlas alentaba los descubrimientos desde las primeras expediciones. También esta esperanza decidió a los primeros colonizadores a radicarse en las tierras tropicales, porque una creencia paralela a la ya mencionada, y también entonces muy en boga, atribuía a la potencia de los rayos solares la virtud de transmitir a las plantas el espíritu aromático de la tierra.

Tal creencia estaba además apoyada por los sucesos coetáneos. ¿No eran tierras de ardiente clima las que ofrecían a Portugal sus riquezas de especiería en el lejano oriente asiático? Entonces:

¿Quién duda —dice Pedro Mártir— que también en este género de los aromas, debajo de tamaña bóveda del cielo [que en América va del trópico de Cáncer al trópico de Capricornio] puedan encontrarse otras tierras que reciban esa misma virtud que ha sido concedida a las islas Malucas y sus vecinas, que parte están bajo el mismo ecuador, parte caen a uno y otro lado de él? ¹

El mismo Pedro Mártir, en el capítulo V del libro XI de la *Década Octava*, documenta la influencia que sobre el destino de la conquista tuvieron estas creencias populares, al referir los resultados de las expediciones de Esteban Gómez y del Licenciado Ayllón a la tierra de los Bacalaos. Dice en efecto este autor que el primero "encontró, sin embargo, tierras útiles conformes con nuestros paralelos y grados polares...", mientras el segundo halló "robledales, encinares y olivares, y en las selvas largas vides silvestres y además árboles de nuestros países...", pero todas esas tierras fueron descuidadas, porque —añade como reflexión propia—:

¿Qué necesidad tenemos nosotros de estas cosas vulgares entre los europeos? *Hacia el Sur han de caminar los que buscan las riquezas que guarda el equinoccio, no hacia el frío Norte.*

Clara aparece aquí la explicación de por qué, pudiendo establecerse en tierras más hospitalarias, prefirieran los conquistadores soportar el tórrido clima de las Antillas, de las tierras bajas de Panamá y Tierra Firme, de las costas ribereñas del golfo de México o de las costas atlánticas del Brasil.

¹ *Década Octava*, Cap. I, libro VIII.

Andando los años, la natural expansión de la conquista llevó a soldados y colonos a tierras de los más variados climas, pero la idea de la América tropical y su sol abrasador, difundida por los colonos que recogen en ella su primera experiencia de la vida americana, se aplicará por generalización a toda América, y desde entonces toda evocación de la vida en las Indias la llevará implícita como uno de sus más tenaces elementos.

Fernando de Herrera, ya lo hemos mencionado, alude al indio americano diciendo:

... si aquel que el alto Febo abrasa tanto...

En Lope la idea es frecuente:

Yo soy hija del conde Leonadio,
viejo y enfermo de servirte en guerras
al fuego indiano y al flamenco frío... ¹

En la comedia *La batalla del honor*, donde se dice:

... será el día
noche, el fuego nieve fría
y los indios de ella helados ².

fuego está tomado, en una segunda y barroca acepción, como sinónimo de América.

Y no faltará el uso metafórico. Las tierras de América se constituyen en símbolo de tierra ardiente, como seguía siendo Etiopía para la literatura erudita:

...sirvan de trono
a tus pies el Scita helado
en el más frígido clima,
y desde Sofala a Lima
el indio más abrasado ³.

otro ejemplo en *El valiente Céspedes*:

Y aunque en España nació,
me conocen y respetan

¹ *El molino*, I, pág. 75, t. I, *Rivad.*

² I, pág. 385, t. III, *Cot.*

³ 2ª *Comedia del Príncipe perfecto*, II, pág. 129, t. IV, *Rivad.*

en el ardiente Brasil,
y desde la Scitia helada...¹

Y esta bizarra enfatización del amante para quien su amada, por ser tan gran tesoro, son Indias, y sol por lo que con sus ojos abraza:

¡Qué presto hemos llegado
a las Indias, pues tan presto
nos abrasa tanto sol...!²

¹ I, pág. 196, t. XII, Acad.

² *Los peligros de la ausencia*, I, pág. 175, t. XIII, Cot.

CAPÍTULO VI LOS INDIOS

La figura
del indio

¿Cómo se imaginaban Lope y su público al indio americano? Los elementos para una reconstrucción de la imagen exterior del indio son escasos en el teatro de nuestro autor, pues se reducen a unas pocas explicaciones sobre cómo deben aparecer las figuras indias del *Auto sacramental de la Araucana* y de la comedia *El Brasil restituído*. En aquél las figuras son alegóricas. Rengo, que representa al demonio, sale, según las anotaciones de Lope, "de indio, con plumas, manto y flechas; Teucapel de verde y oro, plumas de la misma suerte; Polipolo, de carmesí y con plumas delante, de la misma suerte". En la comedia hay una acotación que dice:

Salen algunos indios, con arcos y flechas, y el Brasil en figura de dama india, con una rueda de plumas, y una flecha dorada como dardo.

Esta pintoresca imagen del Brasil en figura de dama, con su porte majestuoso y armoniosas proporciones, su penacho circular de plumas multicolores, su flecha dorada en la mano, es una figura puramente convencional.

Con el mismo atuendo y continente aparece América en la descripción de una fiesta en honor de Felipe III, en una de las páginas de los *Diálogos de apacible entretenimiento*, de Gaspar Lucas Hidalgo:

Seguía luego la figura cuarta que era América, vestida a lo indio y desnudo, tocado todo de plumas de papagayos, pavos

y otras plumas vistosas, y por la cintura ceñida también de grandes y vistosos plumajes...¹

Podríamos pensar que tratándose de personajes alegóricos la tradición hubiera estereotipado un canon al que con diferencias de detalle —tocado de plumas o arco y flechas doradas como en este caso— se ajustaban invariablemente todas las figuras. Pero el mismo Lope en la comedia *San Diego de Alcalá* pone en escena, en el acto II, una *bárbara* de Gran Canaria y acota:

Salga una bárbara toda coronada de plumas, y con un arco en la mano².

En la siguiente página al cambiar la escena escribe:

Salgan los bárbaros que puedan, con muchas plumas y arcos, los músicos y los que bailan de la misma suerte.

Debemos suponer naturalmente que esta *bárbara*, que es una *reyna y la dama* de la comedia, debe tener proporciones armónicas y ser de atractiva estampa, pero ya no se trata de una alegoría. ¿O es que los contemporáneos de Lope no concebían al indio sino como figura alegórica?

No nos parece difícil admitir que la imaginación española, con elementos tomados de la múltiple realidad y bajo la influencia de los modos propios del Renacimiento de representar la figura humana, fuera dibujando a lo largo del siglo XVI una efigie unitaria del indio americano, cuyos elementos esenciales son: el penacho circular y el cinturón de plumas multicolores, el arco y las flechas.

Después del breve traje de plumas, la planta del indio:

Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados de cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de nervios bien fornidos,
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo, y sufridores
de fríos mortales, hambres y calores.

¹ *Rivad.*, t. XXXVI, pág. 294.

² *Rivad.*, t. IV, pág. 522.

Tal la descripción de Ercilla en el canto I de *La Araucana*, en la que se percibe bien la idealizada armonía entre las proporciones del cuerpo en equilibrio con las virtudes del ánimo, tan grata a los caballeros educados en el *Manual* del Conde Castiglione. La diferencia entre esta figura y la dibujada por los primeros historiadores de la conquista —cuerpo mediano, ánimo encogido, dice Bernaldez¹— salta a la vista.

La concepción renacentista del guerrero y el artificio retórico han influido en el dibujo, y el indio se presenta bajo una luz favorable... ¿Y hasta qué punto el dibujo de Ercilla está libre del influjo de la idea de la bondad natural del hombre, que informó el pensamiento de Colón, Pedro Mártir y Las Casas?

El dibujo de Ercilla prevalece y se transmite a la posteridad en alas de la poesía. Nadie se atreve a retocarlo. Se ha transformado en mito y como mito lo acepta Lope y no insiste en dibujarlo de nuevo. Con sólo nombrarlo la fantasía reproduce la imagen con todos sus atributos.

Otros elementos complementarios, recordados varias veces por nuestro autor, son la desnudez y el color oscuro de la piel:

...como animal nacido en la campaña
desnudo al sol, como indio o negro etiope...²

Por mi cuenta, los indios es la gente
que vive con mayor descanso y gusto,
cubren aquello sólo que es forzoso
y lo demás como lo viste el cielo...³

...muchos van por las orillas
en mil danzas pareciendo
los mexicanos desnudos
cuando bailaban areitos...⁴

¹ ANDRÉS BERNÁLDEZ, *Historia de los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel*, en *Rivad.*, t. LXX, págs. 659 y 660.

² *La difunta pleiteada*, I, pág. 550, t. IV, Cot.

³ *La hermosura aborrecida*, I, pág. 258, t. VI, Cot.

⁴ *El loco por fuerza*, I esc. VI, t. II, Cot. Desde luego, ni los mexicanos andaban desnudos, ni bailaban areitos, que eran de las Antillas.

Góngora en la *Soledad segunda* imagina desnudo al Inca, no tanto quizá por la brevedad de sus conocimientos cuanto por la fuerza de la antítesis:

...que al preciosamente inca desnudo
y al de plumas vestido mejicano...¹

El color de la piel parece explicarse por el clima y fuerza del sol y por la desnudez:

Como a su oriente os adoro,
rejas, con mayor decoro
ue el indio tostado al sol...²

Rufina, color indiano...

se dice en *El Premio del bien hablar* de una esclavilla de oscuratez³, y en *La bella mal maridada*, cierta dama pregunta a un galán de piel de color pimienta:

—Luego ¿no eres indio?
—¡Bien mío, del rostro sí!...
indiano soy, por tu vida,
de aquí, de Carabanchel⁴.

En otra parte se llama negro al indio por contraste con el blanco alemán:

Para que la sangre
que en Canaria está
juntándose a España
pueda sujetar
al indio, al negro,
al blanco alemán...⁵

Una sola vez topamos con la mención de la fealdad del indio:

...que ni entre los indios feos
ni en Etiopía nací...⁶

¹ *Poemas*, pág. 154. Los Incas no andaban desnudos.

² *La intención castigada*, I, pág. 554, t. VI, Cot.

³ I, pág. 376, t. XIII, Cot.

⁴ I, pág. 616, t. III, Cot.

⁵ *San Diego de Alcalá*, II, pág. 51, t. V, Acad.

⁶ *Los locos de Valencia*, I, pág. 118, t. I, Rivad.

Los sentimientos: fiera

Si el teatro de Lope hubiera de servirnos de índice del interés que sus espectadores sentían por el indio la primera conclusión que sacaríamos es que el interés repara menos en su aspecto exterior para atender más a los sentimientos. No es que la humanidad del indio fuera un problema, pues así como se había reducido su figura a unos pocos y firmes rasgos, también se había logrado trazar el convencional perfil de su alma con pocas líneas y rigurosas, pero hay un interés en profundidad que quizá podríamos atribuir a que los españoles se consideraron a sí mismos como seres totalmente purificados y libres de los sentimientos de bestialidad y ferocidad que consideraban consustanciales con la naturaleza del indio.

En este perfil del alma americana, la línea más destacada, la que aparecerá de inmediato para configurarla en la imaginación del poeta y de su público a la simple mención de la palabra *indio* es la de la inhumanidad y barbarie, la de la fiera y salvajismo, palabras que metafóricamente sirven para reprochar enfáticamente la insensibilidad:

—¿O eres algún indio fiero?...
¿Eres algún monstruo horrendo?¹

¿Ha de buscarse el origen de esta imagen del indio americano en los relatos de las penosas guerras de la conquista o en la difusión de los aspectos de la vida de los indígenas que más violentamente repugnaban a las costumbres europeas, como los sacrificios humanos o la antropofagia?

Sin negar que estos hechos concurren a forjar la fisonomía primera del alma del indio, es evidente para nosotros que ella procede de *La Araucana*, cuyo justificado prestigio y difusión dió categoría de canon a la figura del indio que, aunque con datos recogidos de la realidad, diseñó la imaginación de Ercilla. En ella se destaca, sobre todas las demás líneas, la gruesa de la impassibilidad monstruosa y horrenda ante los más dolorosos suplicios, ante las más crueles mutilaciones y desgarraduras de la carne. Recuérdese por ejemplo el inhumano suplicio de Caupolicán en

¹ *La firmeza en la desdicha*, III, pág. 661, t. V, Cot.

el canto XXXIV o la despiadada mutilación de Galvarino en el canto XXII.

Pero esto, que en Ercilla es tributo de admiración a la virilidad de los araucanos, la literatura posterior lo aplica no solamente a todos los indios, sino también a todos los pueblos no cristianos, porque la impasibilidad, que se confunde con la insensibilidad, por obra de *La Araucana* va a su vez a tomarse como atributo de la barbarie:

CAMILO. — He hecho cosas por verla
que hubieran estremecido
un indio, un bárbaro, un monstruo ¹.

No tienes más piedad que un indio, un moro ².

¿Tiene mayor salvaje el indio suelo? ³

¿Qué fiera india, qué bárbara turea
no respondiera al Rey: casado estoy? ⁴

No se alaban los que fueron
poderosos a vencer
indios y bárbaros reinos ⁵.

No faltan en Lope las menciones directas de los pugnaces e insobornables araucanos:

Con sus agudos lanzones
de furia y soberbia armados
parecen indios de Chile... ⁶

HIPÓLITO. — Valdrá en Sevilla mi hacienda
cien mil ducados y más.

D. JUAN. — Pues conquistaréis con ella
a los bárbaros de Chile
y no a la casta Isabela ⁷.

¹ *La viuda valenciana*, II, pág. 80, t. I, *Rivad.*

² *La obediencia laureada*, II, pág. 175, t. I, *Rivad.*

³ *El mejor Alcalde, el Rey*, I, verso 175.

⁴ *Lo cierto por lo dudoso*, II, pág. 470, t. IX, *Acad.*

⁵ *El poder en el discreto*, II, pág. 482, t. II, *Cot.*

⁶ *Los Porceles de Murcia*, I, pág. 552, t. XI, *Acad.*

⁷ *Virtud, pobreza y mujer*, I, pág. 215, t. IV, *Rivad.*

y hasta la lírica se hace eco de la fama de su fiereza:

No son mis ojos bárbaros de Chile... ¹

Canibalismo

Los indígenas del Brasil compartían esta reputación de inhumanidad:

india de las Amazonas

llama Berruenco a su mujer en la comedia *Los novios de Hornachuelos* ² para reprocharle su condición dura e incivilizada. Se trata de un eufemismo por "india caribe" porque las riberas del Amazonas y el extenso territorio abrazado por este río y el Orinoco eran el habitat de los indios caribes; pero caribes son también todos los antropófagos, y como la antropofagia ritual se practicaba por casi todas las tribus indígenas brasileñas conocidas de los europeos en el siglo XVI, es obvio que cualquier referencia al Brasil arrastrara consigo la idea de la antropofagia.

A los indios del Brasil
llamaron antropofagos,
que entre estos montes y lagos
vivieron vida gentil,

¹ VILLEGAS, *Eróticas*, edic. *La Lectura*, pág. 97.

² III, pág. 398, t. III, *Rivad.* Don Bernardo de Vargas Machuca en su *Refutación de Las Casas* (v. ANTONIO MARÍA FARIÉ, *Vida y escritos de Fr. Bartolomé de las Casas*, t. II, Madrid, 1879) *Apología IV*, refleja bien el sentimiento de los conquistadores hacia los araucanos cuando escribe: "Comparativamente y por excelencia podemos llamar más crueles que tigres de Hircania, y que leones de Getulia y osas de Libia, y más que la misma crueldad a los indios del reino de Chile, en quien jamás se halló piadoso ánimo ni rastro de clemencia...", y añade: "...después que Dios vino al mundo no se ha visto nación que deje de encontrarse con la virtud por algunos de los caminos referidos, y en sola ésta [araucana] se ha visto, porque en ella jamás cupo agradecimiento, amor ni temor, piedad ni templanza, vergüenza ni buena voluntad, razón ni ruegos, paciencia ni perdón, fe ni esperanza, dolor ni humildad, castidad ni deseo, compasión ni obediencia, y sobre todo ningún género de honra ni acto virtuoso ni cosa que lo parezca... Sobróles a estos chilenos el atrevimiento y crueldad, como adelante se verá, el engaño, la desesperación, la ira, la ingratitud, la incredulidad, las lisonjas, las mentiras y malicias, la ociosidad y traiciones y soberbia, la sospecha y venganza, y, finalmente, todo género de vicios por allanar a esta nación indómita, herida de la influencia de estrella no conocida..."

y enseñados a comer
carne humana...

dice un personaje de *El Brasil restituído* (II, esc. V).

La voz caribe, pues, de su primitiva significación etnográfica ¹ derivó hacia significaciones metafóricas que entrañaban un mundo de representaciones de inhumanidad y barbarie que iban desde la antropofagia al desagrdecimiento.

Lope nos da de ello abundantes ejemplos:

—¿Soy bárbaro que me arrojo
a comer la carne humana?
¿Soy ciclope con un ojo?
¿Soy indio? ¿Soy troglodita? ²

¿Querránme comer a mí?
¿Son caribes por ventura? ³

ARMELINA. — Conde, diamante es mi vida...
haz cuenta que a los caribes
por huésped la vida entregas ⁴.

D. JUAN. — ¿Qué bárbaro, qué caribe,
puesto que un amigo amara,
dos ángeles degollara
más que al alma que en él vive? ⁵

GRAN TURCO. — ¿Cómo te llamas?

D. JUAN. — Caribe.

GRAN TURCO. — El nombre tienes cruel ⁶.

¹ V. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Para la historia de los indigenismos*, Anejo III de la *Bibl. de Dialectología Hispanoamericana*, Buenos Aires, 1938.

² *Amigos enojados y verdadera amistad*, I, pág. 302, t. III, Cot.

³ *El Arenal de Sevilla*, I, pág. 375, t. XI, Cot.

⁴ *Los palacios de Galiana*, I, pág. 173, t. XIII, Acad.

⁵ *2ª Comedia de D. Juan de Castro*, III, pág. 412, t. IV, Rivad.

⁶ *La pérdida honrosa*, II, pág. 61, t. XII, Acad.

¿Cómo, no ves que no hubiera
caribe ni bracamano
que a las obras de su mano
desagradecido fuera? ¹

¿Hay entre los fieros scitas
caribes o lotofagos
ni en los abarimos lagos
crueldades más inauditas? ²

Entre los contemporáneos de Lope abundan las acepciones paralelas. Así en Cervantes:

Fuera yo un Polifemo, un antropófago
un troglodita, un bárbaro Zoilo,
un caimán, un caribe, un comevivos ³.

En *El rufián dichoso* (II, esc. V) señala a la Florida como tierra de caribes:

Ni el huracán te persiga
ni toques en la derrota
Bermuda ni la Florida,
de mil cuerpos homicida,
adonde contra natura
es el cuerpo sepultura
viva del cuerpo sin vida.

En la comedia *Pedro de Urdemalas* del mismo Cervantes (III, esc. VII) dice Pedro:

Cómante malos caribes

En Quevedo:

Pues sin ser caribe
se comió dos pajes
y un lacayo sordo ⁴.

En Villegas:

Deja el latinizar, que ya no vive
sino sólo en la pluma del germano
por ser su idioma bárbaro y caribe... ⁵

¹ *Lo que hay que fiar del mundo*, III, pág. 276, t. VII, Cot.

² *Los embustes de Celauro*, III, pág. 108, t. I, Rivad.

³ *El rufián viudo*.

⁴ *Versos*, pág. 254.

⁵ *Eróticas*, pág. 341, edic. *La Lectura*.

y en otra parte:

escribe, escribe
no del duro caribe...¹

En Góngora s. v. *caribano*:

Donde la crueldad y el vicio
del bárbaro caribano,
cuerpo sacrifica humano
y se come el sacrificio².

Aunque no faltaban en su tiempo los que atribuían el canibalismo a los indios en general, como aquel Diego Galán de Consuegra, vecino de Toledo, quien en su libro *Cautiverio y trabajos* escribe:

...que por la libertad se emprenden otras mayores dificultades; dígalo aquel tan valeroso capitán que en las Indias, por librarse de los voraces caribes, dió aquel tan celebrado salto.³

Se refiere a la hazaña legendaria de Pedro de Alvarado en Nueva España, desmentida por Bernal Díaz del Castillo. Lo de *las Indias y voraces caribes* prueban que para el autor cualquier región de América era lo mismo y que en todas ellas habitaban caribes, es decir, antropófagos.

Para Góngora *caribe* es también el indio indómito que vagaba por selvas y llanuras americanas armado de las terribles flechas enherboladas:

A pesar luego de áspides volantes...
de caribes flechados...⁴

Flechas enherboladas

El ejemplo nos lleva a considerar un aspecto muy conocido de la barbarie de los aborígenes americanos y que los hacía particularmente espantables para la imaginación popular: el de que los indios enherbolaban sus flechas con venenos que acarreaban irre-

¹ *Id.*, pág. 39.

² *Las firmezas de Isabela*, II.

³ I, cap. XXXIII, edic. de la Soc. de Bibl. esp., Madrid, 1913.

⁴ *Soledad primera*, verso 426 y sgs.

misiblemente la muerte a los guerreros alcanzados, pasando antes por una agonía rabiosa y desesperada¹:

Pues ¿qué flecha de indio o moro,
puesto que en hierbas se afile,
deja más rabia y ponzoña...?²

La idea se repite en el mismo Góngora:

... la ribera
del rey del Occidente
flechero paraguay, que de veneno
la aljaba armada, de impiedad el seno,
su fin sintió doliente...³

... de venenosa pluma si ligera
armado lo oya el Marañón valiente...⁴

En la comedia *El Brasil restituído*, un coronel holandés, apenas es herido por una flecha en una emboscada que le preparan los indios, dice:

Hijo, tan mortales ansias
muestran veneno en la flecha⁵.

En la comedia de Calderón *La aurora en Copacabana* (I, esc. II), dice el Inga:

...Las flechas
que contra otros animales,
bien que no de igual fiereza,
emponzoñadas usamos
de mil venenosas yerbas...

Una lanza *chichimeca* se menciona en *El testigo contra sí*:

...por la lanza *chichimeca*
que atravesó a Durandarte...⁶

Por lo dicho en la pág. 103, nota 2, *chichimeca* quiere decir 'traidora'.

¹ En Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, *passim*, hay numerosas referencias a la costumbre de enherbolarse las flechas.

² *Los Porceles de Murcia*, I, pág. 522. t. XI, Acad.

³ *Poemas y sonetos*, pág. 202.

⁴ *Id.*, pág. 163.

⁵ Acto I, pág. 41, edic. Solenni.

⁶ III, pág. 721, t. IX, Cot.

La religión

Si las ideas de inhumanidad e insensibilidad no podían divorciarse de la imagen del indio, tampoco era posible imaginarlo sin mencionar su religión.

La curiosidad por las manifestaciones religiosas de los aborígenes se despertó en los españoles desde la iniciación de la conquista, y en todas partes creyeron reconocer que ellas consistían principalmente en la idolatría o en el culto del sol como deidad suprema. Con la conquista del Perú, donde el culto del sol se manifestaba en una liturgia minuciosa e impresionante, la creencia se arraiga definitivamente y la imaginación popular ya no concibe otra religión sino la solar como la propia de la barbarie.

En Lope de Vega la frecuencia de las alusiones delata el arraigo y difusión de tal manera de concebir la religiosidad de los indios americanos.

Pues vine a ser indio tuyo,
Sol, que me abrasas con hielo... ¹

... Por la vida
de don Juan que es español,
como el indio adora al sol
la tiene del alma asida... ²

De tu sol su pura luz
como un indio idolatrando... ³

Por que el sol aromatico
sin que los indios le adoren... ⁴

De aquel sol en quien mis locos
enamorados deseos
indios idólatras son... ⁵

Y siendo tú mi sol, indio te adoro ⁶.

¹ *Los peligros de la ausencia*, I, pág. 408, t. II, *Rivad.*

² *Los españoles en Flandes*, II, pág. 370, t. XII, *Acad.*

³ *Las flores de Don Juan*, II, pág. 193, t. XII, *Cot.*

⁴ *Amor bandolero*, I, pág. 363, t. III, *Cot.*

⁵ *El niño diablo*, II, pág. 85, t. VIII, *Cot.*

⁶ *La esclava de su galán*, II, pág. 500, t. II, *Rivad.*

La metáfora llega hasta comparar al rey con el Inca, pues el amor y la fidelidad de los españoles hacia Felipe II sólo admite comparación con la adoración idolátrica en que los indios tienen al Inca, hijo del sol:

Haz cuenta que traen aquí
los indios el estimado
hijo del sol, que ha llevado
a tantas almas tras sí ¹.

Como a su Oriente os adoro,
rejas, con mayor decoro
que el indio tostado al Sol... ²

En *El Brasil restituído*, la matrona que, como hemos visto, en figura de dama india y con una rueda de plumas y una flecha dorada como dardo representa al Brasil, después de recordar que ya estaba convertida a la fe cristiana, dice:

Con el tirano antiguo me malquisto
y niego adoración al claro Apolo,
a los fieros idólatras resisto,
que ocupan la más parte de este Polo... ³

El tirano antiguo es el demonio, el cual, según se creía, incitaba a los indígenas a la idolatría, e inspiraba a sus magos y adivinos, quienes podían convocarle con actos mágicos y palabras de encantamiento, y trataba de impedir, o de demorar, la conversión de los aborígenes al cristianismo.

No ignora Lope que el culto se tributaba en magníficos templos de complicada arquitectura:

—¿No vienen los arquitectos?
—Y entre ellos un español,
que puede hacer templo al sol
y exceder los más perfectos... ⁴

¹ *Lo que pasa en una tarde*, III, pág. 312, t. II, *Cot.*

² *La intención castigada*, I, pág. 554, t. VI, *Cot.*

³ Acto I, pág. 27, edic. Solenni.

⁴ *La octava maravilla*, I, pág. 246, t. VIII, *Cot.*

La nota simpática: los bailes

No eran las notas repulsivas de la ferocidad y de la idolatría las únicas que entraban en la composición de la figura espiritual del indio. La nota de la simpatía estaba dada por la fama, ya secular en los tiempos de Lope, de que los indios americanos eran eximios bailarines, y que expresaban, como el español del siglo XVI, sus alegrías y tristezas en el vehículo del baile. Este pensamiento generalizado se expresa por Lope en unos versos de la comedia *Los nobles como han de ser*.

Flamencos, indios y negros
y la nación española,
risueños bailando muestran
sus alegrías notorias¹.

Decisiva intervención en la formación de esta creencia hubo de tener, aparte las noticias sobre danzas indígenas divulgadas por viajeros y cronistas, la difusión de exóticos y picantes bailes de procedencia americana, como la famosa *chacóna*, "esta indiana amulatada" como la llama Cervantes, que la describe minuciosamente en *La ilustre fregona*, o el alegre *bullicuzcuz* cuya letra popularizada nos la da a conocer Quevedo:

Bullicuzcuz
de la Vera cruz,
yo me bullo y me meneo
me bailo, me zangoteo,
me refocilo y recreo...²

Estos bailes ganaron primeramente popularidad en las zonas sociales menos prestigiosas de los puertos del medio día, antes de pasar a disputar a las *alemanas* y *pies de gibao* el dominio de los saraos, según dice Lope en *La Dorotea* (I, esc. 7^a). La *chacóna* sobre todo, de descompuestas acciones gesticulares y movimientos lascivos, ofensa de la virtud y de la castidad (*Id.*, *íd.*), gozó del favor de todas las clases sociales. Góngora parece aludir a su po-

¹ I, pág. 109, t. VIII, Cot.

² *Prosa*, pág. 255.

pularidad y a la tentadora alegría de su ritmo en una de sus décimas, cuando dice:

El más rígido Catón
brujulea a una chacóna...
y Lucrecia bien perdona
al baile, pero no al són...¹

Quevedo la menciona a menudo, y en la *Genealogía de los bailes* la llama *chacóna mulata* (*Versos*, pág. 518) aludiendo a su posible origen negro, aunque viniera de las Indias.

Esta procedencia inmediata nos asegura Lope en *El amante agradecido*, escrito por 1602:

Vida bona, vida bona,
esta vieja es la chacóna.
De las Indias a Sevilla
ha venido por la posta,
en esta casa se alberga,
aquí vive y aquí mora...²

Por 1616, época en que escribe su *Auto de la Isla del sol*, ya estaba, según parece, aclimatada en Castilla:

Hay chacónas de Castilla,
de Guinea gurujá...³

Los moralistas no podían ser benevolentes con un baile lascivo que

...ha hecho más sacrilegios
e insultos que hizo Aroba.

según dice Cervantes en *La ilustre fregona*. Así, el maestro Valdivielso, en el auto *El hospital de los locos*, la fulmina como invención de la Carne:

CARNE. — La zarabanda inventé
y la chacóna saqué...⁴

lo que no obsta para querer ingenuamente convertirla a lo divino:

¡Vita, vita, la vita bona!
Alma, vámonos a chacóna...⁵

¹ *Poemas*, pág. 228.

² I, pág. 100, t. III, Cot.

³ Pag. 93, t. III, Acad.

⁴ *Rivad.* pág. 261, t. LVIII.

⁵ *Id.*, pág. 266.

Pariente de la *chacóna*¹ y de procedencia indiana debió ser también el baile del *Tambico* (de Tampico?). Hace suponerlo la mención de Lope en *El bobo del colegio*:

No se habrá visto estafeta
de los yanacónas indios
que vaya con más presteza
desde Chacóna a Tambico...²

Con la afirmación de la facilidad con que se pasaba de un baile a otro hay en estos versos la de su origen americano.

Otra mención del *tambico* hallamos en el *Auto del hijo pródigo* del maestro Valdivielso:

¡Háganme la vita bona
el zambapalo y tambico,
que pues os han hecho mona
quiero bailar como mico!...³

La creencia en una fuerte afición india a los bailes se manifiesta también en otras comedias. En *El loco por fuerza*⁴, relatando Feliciano los festejos populares que ofrece Toledo en honor de S. Pedro de Sanhelices, ocurren los siguientes versos:

...muchos van por las orillas
en mil danzas pareciendo
los mexicanos desnudos
cuando bailaban areitos.

En *El nuevo mundo descubierto por Colón* (II, esc. IV), un indio describe las alegrías de los españoles al pisar por primera vez tierra americana:

...y quieren salir a tierra
a hacer areitos y danzas.

Otra manera de manifestarse en Lope esta idea es que cuando hace aparecer indios en sus comedias es para hacerlos intervenir en

¹ Sobre la *Chacóna* cfr. RODRÍGUEZ MARÍN, *El Loaysa de "El celoso extremeño"*, Sevilla, 1901; AGUSTÍN G. DE AMEZÚA, *El casamiento engañoso y el coloquio de los perros*, Madrid 1912, nota 124, y E. COTARELO, *Colección de entremeses*, vol. XVIII de la Nueva Bibl. Aut. Esp. pág. CCXL.

² I, pág. 519, t. XI, Cot.

³ *Rivad., Autos sacramentales*, pág. 221.

⁴ I, pág. 259, t. II, Cot.

danzas. Así en *La limpieza no manchada*¹, en la que aparece una figura representando a las Indias acompañada de un coro de indios que bailan en honor de la Virgen una danza exótica, y en *Las ferias de Madrid*, en una mascarada con personajes disfrazados de pastor y botarga, sale uno disfrazado de indio que canta y danza al són de la letra que dice:

no por mí sino por vos,
tierra donde yo nací,
no por mí sino por vos...²

Explica luego el indio fingido el oscuro sentido de sus palabras, diciendo que van dirigidas indirectamente a una dama que le había suplantado con un indiano, no por él mismo, sino por ser de las Indias, es decir, por el interés del oro, que todo lo vence.



Ingenuidad del indio

Reducida la fisonomía espiritual del indio a estas tres líneas principales —inhumanidad, idolatría, afición a bailes—, muy escaso es ya el repertorio de conocimientos que acerca de la vida espiritual o material, o de costumbres e instituciones indígenas americanas nos ofrecen Lope y sus contemporáneos. En ese repertorio figura la creencia popular en la ingenuidad del indio:

Ni es bueno que me han llevado
a ver tela sin habella
y que la he visto sin vella
¡Como a un indio me han tratado!³

transmitida, desde los primeros viajes de Colón, a través de los relatos de los viajeros que habían trocado cuentas de cristales, espejillos, cascabeles y hasta fragmentos de tazas y vidrios, por

¹ III, pág. 423, t. V, Acad.

² III, pág. 620, t. V, Cot. El *Diccionario de Autoridades* atribuye origen americano al *fandango* "Baile —dice— introducido por los que han estado en los reinos de las Indias, que se hace al son de un tañido muy alegre y festivo." COTARELO, l. c., pág. CCL, da como americanos los bailes llamados *gayumba*, *retambo* y *zambapalo*.

³ *El lacayo fingido*, III, pág. 97, t. VIII, Cot.

planchas, granos o adornos de oro. Una alusión a aquellos fáciles engaños hay en *La discreta enamorada*¹:

GERARDA. — Vaya a poner esa tienda
a las indias del Perú,
todas esas niñerías
de cuentas y de espejuelos
para bobas son anzuelos...

Celos y amores

En la comedia *De cosario a cosario* se atribuyen a los indios los sentimientos de los celos:

...pero ya soy yo quien se rinde
a amor loco, a celos indios...²

Bien es verdad que en este caso *celos indios* quiere decir 'celos rabiosos', 'celos salvajes'.

Los celos llevan a Tapirazú, en *El nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón* (II, esc. 3^a), a desafiar al temible cacique Dulcanquellín. Desafío que pone de manifiesto una vez más la contribución de *La Araucana* a la formación de las ideas sobre la vida de los indígenas de América:

Pon en méritos la prenda
para que mejor se entienda
quién de los dos la merece.
Toma un tronco, alguna peña
en esos hombros, veámos
si los dos la sustentamos
cuál mayor aliento enseña...

En esta misma comedia se refleja la concepción del autor, o quizá la de su tiempo, puesto que también aparece en *La beligera española* (I, esc. II), de Ricardo del Turia, acerca de los procedimientos, en práctica entre los bárbaros, para el matrimonio. Los cuales son muy simples y se reducen al rapto de la mujer deseada y la posesión por la fuerza. La raptada, cuya voluntad no tiene

¹ I, pág. 155, t. I, Rivad.

² II, pág. 658, t. XI, Cot.

parte alguna en la ceremonia, debe someterse a su dueño. En este caso, sin embargo, Lope, siempre galante con las damas, hace nacer el amor en el corazón de la raptada, tanto por la admiración que le produce el valor y gallardía de su raptor como por la satisfacción que experimenta al sentirse tan fogosamente amada.

Hay también en esta comedia (II, esc. IV) una alusión a la difundida creencia en la facilidad con que las indias accedían a los requerimientos amorosos. En el acto tercero un español, Arana, se encuentra casualmente con la india Palca y dice:

—Desta quiero ser galán...
—Por deshonra tienen éstas
el negar la voluntad,
que del no vestir honestas
les nace la enfermedad...

Como puede verse, nuestro autor aventura aquí una explicación basada en sus propios prejuicios. Pero ella no debe extrañarnos: ¿cómo no habían de ser viciosos unos idólatras que rendían culto al demonio? Así, pues, la idea de que los indios eran viciosos estaba muy difundida y encuentra eco en un soneto de Lupercio Leonardo de Argensola que empieza:

Si entre esas blandas plumas mexicanas
que para el ocio el vicio ha inventado...

Trabajos de los indios

Sobre los trabajos que cumplían los indios, las referencias son en general escasas en la literatura¹. Lope menciona los mineros y los manuales.

De oro y plata largas venas
las piedras que saca el indio
y perlas que el negro pesca...²

Y tras de haberle labrado [el diamante]
a poder de sangre y oro
con el indio, con el moro...³

¹ "Quieres tener indios que te den el sudor de su rostro y trabajen para tí", se dice en el *Guzmán de Alfarache*, Parte II, Libro III, cap. IV.

² *El lacayo fingido*, III, pág. 102, t. VII, Cot.

³ *La honra por la mujer*, I, pág. 86, t. VI, Cot.

En la comedia *La noche de San Juan*, hay un piadoso recuerdo para los que sufrían la dura esclavitud de la minería en Potosí:

...cuyas entrañas y centro [los del cerro]
son una imagen de plata,
piadosa fuera, e ingrata
a los que rezan adentro¹.

Un entusiasta reconocimiento de la habilidad del indio para los trabajos manuales hay en *Querer más y sufrir menos*:

Paños y sedas traigo de la aurora
partos, que en forma hermosa, si diversa
teje el indio sutil, borda y colora
mejor que el sirio, babilonio y persa...²

y en *El bobo del colegio* (I, pág. 519, t. XI, Cot.) alude a la celeridad de las comunicaciones entre los indios por medio de los *chasquis*:

No se habrá visto estafeta
de los yanaconas indios,
que vaya con más presteza
desde Chacona a Tambico...

Sobre la poca estima en que los indios tenían el oro se dice 'en *El divino africano*, pág. 239, t. IV, Acad.:

pocas veces estima lo que engendra
darnos ejemplos, frutos y metales;
que el oro entre los indios no se estima...

En el *Nuevo mundo descubierto por Colón*, fiel a su costumbre de reducir a los hábitos españoles de su tiempo a los personajes de los más remotos tiempos o países, supone que un cacique indio debe viajar en litera, sólo que la litera no se llamará así, sino *hamaca*.

...de un yanacona he sabido
que me aguarda en ese bosque
con una hamaca y diez indios
en que me lleven veloces...³

¹ I, pág. 143, t. VIII, Cot.

² I, pág. 47, t. IX, Cot.

³ III, esc. 3^o.

Si eran someros, y quizá confusos, los conocimientos de Lope sobre la vida indígena, no podemos tampoco deducir de los documentos literarios una especial atención de los contemporáneos. Cervantes en *La gitanilla* dice que los gitanos

...enterraron la mula y sus aperos a uso de los indios...

y en el *Quijote* (II, cap. X), alabando la maestría de la supuesta Dulcinea para montar su jumento, dice Sancho que "puede enseñar a subir a la jineta al más diestro cordobés o mexicano".

El autor de la *Picara Justina* hace decir a su heroína en visperas de entrar en León:

Mi burra iba galana, y yo también, de modo que ella y yo parecíamos de una pieza, como lo sintieron los de Arauco de los caballos y caballeros españoles¹.

¿Recogió de la tradición oral este recuerdo de las guerras de Arauco, o son confusos recuerdos de viejas lecturas las que hacen afirmar al Licenciado López de Úbeda como sentir de los araucanos lo que Gómara cuenta de los mejicanos de Tabasco?²

Quevedo, en *El buscón* (pág. 107, edic. *La Lectura*), alude a las lenguas indias, ininteligibles para los españoles:

Preguntóme [el posadero] si era indio aquel
caballero que hablaba de aquella suerte...

Góngora, en la *Soledad segunda*, se hace eco de la fama de las riquezas del atavío de las mujeres de la familia del Inca:

...resplandeciente cuello
hace la augusta Colla peruana
a quien hilos el Sur tributó ciento
de perlas cada hora...³

y Espinel en el *Marcos de Obregón* de la fama de cortesés de que gozaban los indios mejicanos⁴.

¹ Edic. cit., pág. 140.

² LÓPEZ DE GÓMARA, *Conquista de México*, en *Risad.*, t. XXII, pág. 309.

³ *Poemas*, pág. 138.

⁴ *Descanso* XII.

La lengua de los indios

En contraste con el procedimiento, frecuentemente usado en su teatro con propósitos de comicidad, de hacer hablar a los personajes negros y moriscos una media lengua española, en la que resalta la incapacidad para articular ciertas consonantes, no ha intentado Lope en sus comedias de asunto americano hacer hablar a los indios en ninguna parla contrahecha que finja ser la lengua indígena. La razón del contraste reside probablemente en el hecho de que ni él ni su auditorio tenían ninguna experiencia ni de las lenguas indígenas ni del español balbuceado por los indios, de modo que la ficción no podría ser caricatura, y, frustrada la comicidad, se transformaría en un galimatías sin objeto. No podríamos, sin embargo, afirmar que el recurso haya sido totalmente desdeñado, pues alguna vez con propósitos realistas, o para acentuar el *color local* de algunas escenas, se ponen en boca de los indios supuestas exclamaciones o palabras aborígenes, como aquella

¡Tupalaguaya,
que viene gran multitud!

que dice el indio Ongol, en *El Brasil restituído* (I, esc. XVII), o aquellos versos iniciales de imaginadas canciones araucanas cantadas por coros indígenas:

Piraguamonte piragua
piragua genizarisagua... ¹

Guaipái, guaipái,
que el sol vive aquí,
guapayá, guapayá,
que el sol aquí está... ²

Piraguamonte, piragua
Genicarisagua
Runfalalá... ³

¹ *Arauco domado*.

² *Auto de La Araucana*.

³ *Id.*

En *Servir a señor discreto*, III, pág. 90, IV, *Rivad.* una doncella mulata canta y baila una canción *guinea ingerta en indio* con la siguiente letra:

¡Taquitán, mitana cuní,
español de aquí para allí
de aquí para allí?
Soy nuevo y soy chapetón.
Pencacuní:
que india nació...
Taquitán mitanacuní...
En las Indias nace el oro
chichicorí.
Taquitán, mitanacuní.

El mismo propósito realista ha llevado a Lope en *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón* (II, esc. 2ª) a saturar los versos del diálogo de voces americanas, algunas de las cuales serían conocidas y quizá ya hasta familiares de los oídos españoles:

[Dulcanquellín ofrece a su amada cuantas riquezas hay]
desde Guaira a Potosí.
Y todo sirve a mis pies,
y servirá a los de entrambos
sólo adornando los tambos
adonde conmigo estés.
De la tierra tendrás luego
bravos animales y aves,
el vistoso guacamayo,
la oveja que sufre carga ¹,
la liebre, el tronco del ramo
de tuna o mezquite amarga.
Y en el mar el tiburón...
Pues de frutas y maíz,
cazavi, miel, cocos, chiles
y otras cuya agua destiles
de su sabrosa raíz...

Al referirnos a las lenguas indígenas debemos hacerlo también a los nombres de los personajes indios de las comedias. Lope, como otros autores de su tiempo, al lado de nombres de proceden-

¹ La llama del Perú.

cia griega y de otros de propia invención, bautiza a sus indios con nombres araucanos tomados del nomenclator de Ercilla. En *El Nuevo Mundo descubierto*, sin embargo, junto a Dukanquellín, de apariencia araucana, aparecen nombres claramente guaraníes como Tapirazú 'gran bestia' y Tacuaná 'semitacuara'. De la misma filiación parecen ser Tecué, Auté y Mareamá. Queda por averiguar si, como los araucanos, también proceden estos nombres de fuentes literarias. De ser esto así, ¿qué libro pudo haber ofrecido a Lope tales materiales, de no ser la *Argentina* de D. Martín del Barco Centenera?

El indio, tipo universal del bárbaro

Los indios americanos no son los únicos bárbaros, ignorados de la tradición greco-latina, que los grandes descubrimientos y viajes de los siglos XV y XVI revelan a Europa. La conquista de las islas Canarias, los viajes y descubrimientos de los portugueses en Oriente, el descubrimiento del Mar del Sur, el de los innumerables archipiélagos del Pacífico, como secuela del viaje de Magallanes y El Cano, y las visitas de misioneros al Japón, revelan la existencia de un mundo bárbaro de fisonomía distinta de la legada por aquella tradición. Ante este hecho el europeo está perplejo. ¿Cómo va a conocer la barbarie nueva si no puede reconocer en ella los rasgos de la antigua? Pero he aquí que España va a forjar su propio instrumento de conocer, y así como el mundo antiguo concibió su idea de la barbarie partiendo de datos ciertos y simples e hizo entrar luego dentro de los moldes de esa idea a todos los pueblos ajenos a la tradición greco-latina, así también España, a lo largo del siglo XVI, elabora su concepción de la barbarie nueva sobre los datos que procedían de América, y va a aplicarla por igual, y con el mismo espíritu de simplificación, a todos los pueblos recién descubiertos y ajenos a la tradición cristiana. Todavía durante el siglo XVI una imagen del bárbaro legada por la tradición clásica peregrina por la literatura española, desde la *Cárcel de amor* a *Persiles y Segismunda*, a través de la *Tragedia Serafina* de Alonso de la Vega y de la *Diana* de Montemayor. Pero en el siglo XVII Góngora al evocar la barbarie va a fijarse en la figura del

flechero parahuay

o en la del *caribe* armado de los terribles *áspidas volantes* y no en las del *duro scita* o *flechero parto*. Y Lope va a dibujar con mano segura el perfil del bárbaro no americano reproduciendo, no sabemos con qué conciencia de ello, los mismos rasgos externos y espirituales con que había esbozado la figura del indio. Para él, como para su público, la categoría de la barbarie no admite otros rasgos. En la acuñación de ese perfil la línea predominante está dada por la religión solar:

Y ¡vive el Sol! de quien el ser recibo!
que no me ha de quedar cristiano vivo...

exclama el emperador del Japón en la comedia *Los primeros mártires del Japón* (I, pág. 509, t. V, *Acad.*), y un bárbaro, príncipe japonés, selvícola y desnudo como un indio americano, que vive angustiado por la necesidad de aclararse el problema de la divinidad, pregunta

—¿Quién es Dios?
—El Sol

le contesta el emperador (*Id.*, pág. 511). Insuficiente respuesta que le hace replicar:

Eso quisiera entender
por qué llamamos Dios
al Sol que miro...

Bárbaros de Canarias, idólatras, aparecen en la comedia *San Diego de Alcalá*. Coronas de plumas, cuerpos semidesnudos, arcos y flechas constituyen su atavío. Una reina bárbara persigue a un ciervo. Detrás de ella sale buscándola Tanildo, bárbaro, y dice:

Yo adoro al sol cuya vista
me enseña que es Dios el sol...¹

En la escena siguiente "salen los bárbaros que puedan, con muchas plumas y arcos, los músicos y los que bailan, de la misma suerte".

¹ II, pág. 522, t. IV, *Rivad.*

Tañen sus tamboriles y cantan:

Canaria lira, lirunfá,
viva nuestra reina
mil siglos y más,
déle el sol esposo
de hermosura igual...

En la comedia *Las Batuecas del Duque de Alba*, los bárbaros son unos españoles godos que con la invasión musulmana quedaron separados del resto de su nación, viviendo en unos altos valles inaccesibles. La prolongada interrupción de las comunicaciones con el mundo civilizado los barbarizó de nuevo hasta el punto de hacerles olvidar su antiguo cristianismo para idolatrar como bárbaros al sol. Así uno de los personajes dice:

Nosotros no conocemos
otro Dios ni rey que el sol
cada que encima le vemos...¹

¿Puede darse un índice más ilustrativo de la identificación de la barbarie con la vida de los aborígenes americanos y más cabal al mismo tiempo de la total integración de América con la vida española?

Los negros

Indios aborígenes y españoles inmigrantes no son los únicos pobladores de las tierras de América. Bien conocida era la presencia de innumerables negros esclavos:

...Que yo no soy de los negros de las Indias...²

destinados por sus amos en los primeros años de la colonización al duro oficio de pescar perlas, como aún recuerda Lope:

...las piedras que saca el indio
y perlas que el negro pesca...³

¹ II, pág. 512, t. XI, Acad.

² *Quijote apócrifo*, edic. cit., pág. 266.

³ *El lacayo fingido*, III, pág. 102, t. VIII, Cot.

Esclavos, negros y mulatos, hijos de sus esclavos de América, servían en las casas de los indianos de Sevilla:

Tiene una cierta esclavilla
mulata, y no de Sevilla,
porque ser indiana es fama...¹

De la vida de las negras esclavas en las Indias llegan hasta Lope los rumores de que algunas, huyendo de los malos tratos de sus amos, se refugian en los montes:

No me casara en mi vida,
a ser mora, y me anduviera
cimarrona por los montes,
como en las Indias las negras
cuando se van de sus amos...²

y que otras alcanzan tratos menos rigurosos:

...hombres en Indias [hay] casados
con blanquísimas mujeres
de extremados pareceres
y a sus negras inclinados...³

De la vida de la sociedad española en las Indias nada nos dicen los textos literarios, aparte de las fugaces referencias a las relaciones de los españoles con las indias y negras, o las alusiones a la relajación de los frenos morales. Podemos añadir que se sabía que a los novatos en Indias se les llamaba *chapelones*, voz que en Lope tiene siempre un matiz irónico:

¡Qué chapelón que estás en estas Indias!

dice la dama al galán en *El anzuelo de Fenisa*; "chapelón de la corte" es don Bela en *La Dorotea*. En *El valiente Céspedes* (I, esc. final) hay el diálogo que sigue:

—¿Luego chapelón venís?
—Nunca he sido perulero,
ni he pasado a ver el oro
que ha conquistado Colón...

¹ *Servir a señor discreto*, I, pág. 70, t. IV, Rivad.

² *El desprecio agradecido*, II, pág. 21, t. XII, Cot.

³ *La hermosa fea*, I, esc. 3^a.

Juicios sobre
la conquista

Rara vez aparecen en la literatura, fuera de la obra de Lope, juicios sobre la conquista y sobre el trato que los españoles daban a los indios. Aparte de los versos ya transcritos del *Auto de las Cortes de la Muerte* y de las ya recordadas palabras de Alemán en el *Guzmán de Alfarache* (v. pág. 137) no hemos recogido otros. Pero el silencio no prueba que el sentir del pueblo español fuera favorable a la conducta de sus connacionales en las Indias. Y es Lope precisamente quien deja escapar, aquí y allá, en sus obras, frases condenatorias para quienes habían convertido la empresa de servicio divino en una aventura demasiado humana.

Lo que principalmente se condena, como en el *Auto* mencionado, es la codicia de los aventureros que transformaron la conquista en una empresa de despojo:

VOLUNTAD. — ¿Dónde cae el Nuevo Mundo?
¿Es donde traen la caoba,
el campeche y el brasil?
¿Y a la gente simple y boba
por un roto guayapil
tanto oro y plata se roba?¹

En la comedia *Arauco domado*, Rebolledo afirma que

Los que las Indias hallaron
vinieron por oro y plata,
halláronla tan barata
que por vidrio la compraron...

y Fresia en la misma obra dice:

No causarán espanto
al indio que rebelas
cuya libre cerviz del cuello sacas
del español, que tanto
le oprimió con cautelas
cuya ambición de plata y oro aplacas...²

Como se ve, junto al tema del despojo aparece en estos versos el de la esclavitud del indio, que también aparece en el *Auto de la Araucana*:

¹ *Viaje del alma*, pág. 8, t. II, Acad.

² Págs. 612 y 604, t. XII, Acad.

...ingratas gentes
de extrañas provincias,
con la libertad
el tesoro os quitan,
y vivís esclavos
siendo en vuestras Indias,
sin ser dioses vuestros,
dueños de las vidas...¹

En el *Nuevo Mundo descubierto por Colón* se pone en duda el proceder cristiano de los conquistadores y se les acusa de haber torcido los fines evangelizadores de la conquista:

Estos codiciando el oro
de los indios se hacen santos,
fingen cristiano decoro,
mientras vienen otros tantos
que llevan todo el tesoro...

En otra parte un indio se dirige a los españoles diciéndoles:

Con falsa religión y falsos dioses
nos venís a robar oro y mujeres...

Y la Idolatría, discutiendo con la religión cristiana, exclama:

No permitas, Providencia,
hacerme esta injusticia,
pues los lleva la codicia
a hacer esta diligencia.
So color de religión
van a buscar plata y oro
del encubierto tesoro...²

Y algunas líneas adelante dice el Demonio:

No los lleva cristiandad,
sino el oro y la codicia.
España no ha menester
oro, que oro tiene en sí;

¹ Pág. 109, t. III, Acad.

² Pág. 351, t. XI, Acad.

sépanlo buscar allí,
que aun yo lo haré parecer.
Mis subterráneos ministros
lo mostrarán...

Estas reprobaciones, y el consiguiente juicio sobre el espíritu con que se realizó la conquista, no pueden interpretarse sino como un reflejo del sentimiento popular, nacido quizá cincuenta años antes, bajo la influencia de los anatemas del P. Las Casas, pero que aún perduraban en los tiempos de la madurez de Lope.

CAPÍTULO VII

EL INDIANO

El tipo indiano

Se ha dicho con razón que la figura del indiano fué la única importante contribución americana a la galería de tipos que aparecen en el teatro de Lope¹. Debemos aclarar, sin embargo, que los indianos de las comedias de Lope no son tipos de la manera que lo son Harpagón o Tartufo, o el gringo o el gallego en el sainete argentino. No se suman en su persona las notas consideradas como típicas. Son, pues, individuos, individuos indianos, y funcionan en las comedias como individuos. Ser indiano, pues, es una forma más de personificar y no de tipificar. Sabemos que son indianos, en unos casos, porque ellos mismos lo dicen, y en otros porque se les descubre algún rasgo especial que se suele atribuir al indiano; rasgo que tampoco suele ser decisivo, porque aparece solitario, desgajado del conjunto de elementos externos y espirituales que integran y definen el tipo.

Un ejemplo ilustrativo del procedimiento de Lope lo encontramos en la comedia *La dama boba*, donde uno de los galanes, Lisco, es un indiano. Pero tal hecho pasaría inadvertido si la propia *dama boba* Finea no lo dijera:

Hame querido casar [mi padre]
con un caballero indiano...²

¹ IRVING A. LEONARD, *Notes on Lope de Vega's works in the Spanish Indies*, en *HR*, VI, pág. 279.

² I, esc. XIV.

Ningún rasgo peculiar denuncia en su personaje la condición de indiano.

En *La esclava de su galán*, el viejo D. Fernando también es un indiano, pero sabemos que lo es porque él mismo lo dice una y otra vez, y no porque el rasgo tipificador de su indianismo —el autor lo hace rico de bienes de fortuna— sea suficiente para caracterizarlo como tal. Como tampoco bastan la vulgaridad, riqueza y tacañería del indiano que aparece en *La moza de cántaro* para hacer de él un personaje típico.

Accepciones de
la voz indiano

El tipo del indiano integró, sin embargo, la vida española y de ahí lo tomó Lope, y hoy podemos reconstruirlo recogiendo de su teatro los elementos caracterizadores dispersos en numerosos personajes. Es lo que intentaremos en seguida. Pero antes vamos a recoger las acepciones de la voz *indiano* reveladas en los textos.

Indiano —dice Gonzalo Correas— es el que ha estado en las Indias¹. Para Lope la acepción no es exactamente la misma:

...Y como llaman indiano
al que trato en Indias tiene,
quien rico de Roma viene
se ha de llamar el romano...

Indiano, es pues, en primer término, el que viene rico de Indias y continúa teniendo *tratos* 'relaciones mercantiles' con ella. En general los que hicieron su fortuna en América, al volver a España a disfrutarla, continuaban interesados en los negocios de allende el mar.

Excepcionalmente el indiano vuelto a España renunciaba a los negocios y se llevaba consigo toda su fortuna.

Va implícita, en los citados versos, la afirmación de que la fortuna de los indianos tenía su origen en el comercio. Y tal era la realidad en los años de Lope. Las fortunas logradas por rescates de Atahualpas pertenecían al mundo de los mitos y había ya un abismo infranqueable entre aquel mundo mítico y el histórico.

¹ *Arte Grande de la Lengua Castellana*, pág. 129, Madrid, 1903.

² *El caballero del milagro*, III, pág. 180, t. IV, Cot.

Como una excepción, que es al mismo tiempo una supervivencia de recuerdos de épocas pasadas, en *La victoria de la honra* aparece un rico soldado indiano, el capitán Valdivia, enriquecido en la guerra de la conquista:

Señora, si un capitán,
entre bárbaros criado,
de verter su sangre honrado
por los reyes que aquí están,
os puede servir con oro
que ayer estaba en la mina,
o con la plata más fina
del antártico tesoro,
mandadme sin que penséis
que perderéis vuestro honor...

También en la comedia *Servir a señor discreto* aparece un rico indiano, capitán de la mar después de serlo en Flandes, de quien dice la por él pretendida doña Leonor:

¿Qué capitán es éste, qué soldado,
de la guerra del tiempo más deshecho
que de la del mar...? ¹

Habría también indianos, quizá muy pocos, que habrían labrado su fortuna comerciando con las Indias sin haber residido en ella:

Yo vi en Sevilla una mujer, D. Diego,
hija de un mercader, pienso que indiano... ²

Gmós. — Ella es gallarda mujer,
su padre un indiano honrado...

D. PEDRO. — Que tengo ocho mil ducados
de renta calificados
mejor que los que ella goza
sobre tablas de navío
de su indiano mercader... ³

¹ I, esc. XIV.

² *Servir a señor discreto*, II, pág. 80, t. IV, Rivad.

³ *Id.*, I, pág. 70.

Lo normal era, sin embargo, lo contrario, o los viajes de tarde en tarde por razones mercantiles.

En *El premio del bien hablar* (I, esc. 2ª), Leonarda, hija de un mercader de Sevilla que se había enriquecido vendiendo hierro en América, dice:

Es mi padre de solar
el más noble de Viscaya;
que a las Indias venga o vaya
¿qué honor le puede quitar?

Indianos son también los nacidos en Indias, los criollos:

Dióme su luz el suelo mejicano,
que fué para nacer mi patrio nido...

dice la protagonista *indiana* de *La esclava de su galán*, donde el galán, don Juan, es también nacido en Indias.

Tiene una cierta esclavilla,
mulata y no de Sevilla,
porque ser indiana es fama...¹

Es decir que la esclavilla había nacido en las Indias, como el gracioso de la comedia *El amigo hasta la muerte*:

Su padre de mi señor,
estuvo en Indias, y allí
quieren decir que nació,
aunque de alemán color².

Indianos son también los hijos de los indianos aunque nacieran en España:

Hijo soy de un padre indiano,

dice el indiano D. Juan, galán de *El amante agradecido*, y aclara que nació en Sevilla (I, pág. 102, t. III, Cot.) a lo que la dama le contesta:

Andaluz indiano, a quien
quiso el poder celestial
que vinieras por mi mal
a parecerme tan bien.

¹ *Servir a señor discreto*, I, pág. 70, t. IV, Rivad.

² II, pág. 339, t. XI, Cot.

La dama de *El premio del bien hablar*, hija de mercader indiano que sin residir en las Indias había hecho su fortuna con el comercio americano, está clasificada también como indiana:

Salió una señora indiana
con dueña, escudero y paje...¹

Como última acepción, indiano, como adjetivo, se aplica a todo lo propio de las Indias, o a todo lo que se cree proceder de ellas: colcha indiana, tigres indianos, minas indianas, zaragüelles indianos.

Sin embargo, para la imaginación popular indianos son sobre todo los que en las Indias acumularon riquezas y caudales, ya en el comercio, ya en la tenencia de algún cargo más o menos importante en la compleja administración de la colonia. No incluye Lope, al parecer, entre los indianos a los soldados y aventureros que volvían a España desengañados después de peregrinar por las tierras de América, adonde se marcharon con la ilusión de la súbita fortuna². "Remedio particular de pocos" llamó Cervantes a las Indias en *El celoso extremeño*, y el autor de *El donado hablador* dice:

...pero echando de ver que casarse era como ir a las Indias,
que unos vuelven ricos y otros [¿los más?] sin blanca... (pág.
133, edic. cit.)

Así, pues, no son indianos todos los que regresan de las Indias. Y sobre todo, no lo son los que volvían "sin velas... desvelados".

El indiano
tipo sospechoso

Esto en cuanto a lo significado. Pero la significación no se agota en esa representación central y concreta. Embozada detrás de ella se descubre casi siempre una valoración ética o afectiva, menos concreta, menos aprehensible, siempre desfavorable:

¹ I, pág. 347, t. XIII, Cot.

² SALAS BARBADILLO, en *El sagar Estacio, marido examinado*, pág. 97, edic. *La Lectura*, dice: "a cualquier cosa se humillará un hombre que de las Indias viene pobre, si aun los que vienen ricos se valen de la mayor bajeza como sea en defensa de su dinero".

—Busca un indiano a Leonido.
 —¡Jesús! ¡Indiano!
 — ¡Ay de mí!
 —¿Indiano?
 — Tal dice que es...¹

¿Por qué este sobresalto? ¿Por qué el temor y la sospecha? ¿Por qué el recelo y el guardarse?

¡Guárdate del que es indiano!

se dice en *De cosario a cosario*². La causa de esta actitud recelosa ante el indiano quizá haya que buscarla en primer término en la arraigada idea de que los viajeros a las Indias eran en gran parte fugitivos de la justicia. Idea nacida probablemente en los días de la empresa colombina. Se sabía que Colón reclutó soldados para su primera expedición entre hombres de avería, y que algunos de los hombres y mujeres que le acompañaron en la tercera eran deportados o condenados a muerte. Los libros impresos mantenían vivo este recuerdo. Pedro Mártir en su *Década primera (Libro VII, cap. I)* dice que los soldados de Colón:

...eran todos criminales, facinerosos, rufianes, ladrones, estuproadores, raptos, vagos, gente de ningún valor ni razón, perjuros, falsos, convictos en los tribunales, o que por sus fechorías temían las amenazas de los jueces...

Como en el siglo transcurrido desde entonces las Indias continuaban siendo refugio de delincuentes, la sospecha era inevitable:

¡Plega a Dios que aquel indiano
 sea algún fino ladrón
 que robe en esta ocasión
 cuanto te dió Feliciano!³

Algunas escenas adelante en esta misma comedia se dice:

...Porque le trajo un indiano,
 que ha sido el cierto ladrón...

¹ *El testigo contra sí*, II, pág. 709, t. IX, Cot.

² I, pág. 646, t. IX, Cot.

³ *La prueba de los amigos*, III, pág. 131, t. XI, Cot.

El comercio
 ejercicio vil

Otra de las razones del acento peyorativo de la voz indiano reside en la idea, tan difundida en la España del siglo XVI, del deshonor que entrañaban las actividades mercantiles. Suárez de Figueroa, en *El pasajero*, asegura que no hay trato a propósito para enriquecer con brevedad como el comercio, pero dice:

...tengo por cierto enfrena sólo a muchos para no abalanzarse a seguirle aquella cortapisa de infamia que resulta del ejercicio vil...¹

Ejercicio vil e infamante, con el comercio se deslustraban las hidalguías menos sospechosas.

Lope, que en materia de honor no era de muy rígida ortodoxia, protesta contra la intolerancia por boca de la hija de un rico hidalgo indiano:

Es mi padre del solar
 el más noble de Vizcaya;
 que a las Indias venga o vaya
 ¿qué honor le puede quitar?²

Aquel párrafo de *El pasajero* y este fragmento son indicios, sin embargo, de que la valoración social de las actividades mercantiles está próxima a un cambio. En *La esclava de su galán* (I, esc. 1^a) no aparece la incompatibilidad entre la hidalguía y los negocios en Indias:

Yo soy hija, D. Juan, de un hombre indiano,
 hidalgo montañés muy bien nacido...

La sospecha de que las fortunas hechas en América no tuvieron orígenes enteramente lícitos contribuiría también con su parte a dar a la voz indiano sobretonos valorativos desfavorables; sospecha justificada por la brevedad del tiempo que algunos necesitaban para pasar de la aventura a la opulencia:

Partíme triste, y por sus ojos juro...
 que en tres años mi amor vivió tan puro
 como si le sirviera y le gozara;

¹ Pág. 201, edic. cit.

² *El premio del bien hablar*, I, pág. 376, t. XIII, Cot.

volví cargado de oro, y no seguro,
que por poco la vida me costara...¹

¿Qué negocios, por pingües que sean, pueden devolver a la patria cargado de oro en tan breve plazo a quien salió de ella sin recursos?

El rico indiano de la comedia *De cosario a cosario* explica el origen de su rápida fortuna:

...estuve un año apenas
en Santa Fe de Bogotá
cuando una hermosa doncella
puso los ojos en mí...
Mucho la quise y me quiso.
Dióme su padre con ella
setenta mil pesos: ¡Mira
lo que un casamiento pesa!...
...Con ella
cuatro años casado estuve...
Pues, después de envindar presto,
quedé con famosa hacienda...²

pero eso mismo hace crecer la sospecha.

Indiano: codicioso

Los indianos eran, además, mirados como seres poseídos de codicia irrefrenable. La tacha de codiciosos recaía sobre los mercaderes en general; pero ¿cuánto más no lo serían los que aventuraban la vida sobre frágiles navíos, juguetes de las furiosas ondas, expuestos a las acechanzas de los piratas, en pos de unos doblones de oro conseguidos quizá con detrimento del honor, o, lo que es peor, comprometiendo la salvación?

¡Oh temeraria codicia
que hallaste en las aguas senda,
mesones en las espumas
y techos en las estrellas...!³

¹ *Los peligros de la ausencia*, III, pág. 193, t. XIII, Cot.

² I, pág. 637, t. XI, Cot.

³ *De Cosario a cosario*, I, pág. 636, t. XI, Cot.

...cuando parten a las Indias
los navegantes modernos
que codiciosos del oro
no ven los peligros ciertos...¹

El tema horaciano del *beatus ille* se renueva con vigor, no tanto por imitar a Horacio, sino porque lo estimulaba la realidad.

Busque entre los indios oro
la fiera codicia humana
que mar y montes allana,
y embarque un grande tesoro,
que yo más quiero vivir
en mi patria con llaneza
que esta pesada riqueza
tan difícil de adquirir...²

Por el hijo del sol, al indio vaya
quien de tus dulces márgenes despides
si el mar con que del mundo le divides
su codicioso pecho no desmaya...³

Relajación de la moral

A todas estas causas de prevención contra los indianos hubo de sumarse aún la convicción de que en las Indias habían perdido su eficacia los rígidos frenos morales y sociales que en la vigilada organización peninsular impedían a los hombres mal inclinados entregarse a sus pasiones y a sus vicios. Convicción fundada en que todos o casi todos eran mal inclinados, unos por naturaleza, otros por la compañía. Todos interesados, pues, en los fueros de su albedrío, cómplices todos en impedir que las vallas de la presión social y del juicio público cumplieran su función moralizadora.

Durante cincuenta años, además, el P. Las Casas y su partido describieron a América como la tierra de la injusticia y el vicio

¹ *El desprecio agradecido*, III, pág. 26, t. XII, Cot.

² *La prisión sin culpa*, III, pág. 625, t. VIII, Cot.

³ *Los peligros de la ausencia*, II, pág. 184, t. XIII, Cot.

triunfantes. Su dantesca visión de la vida americana arraigó en la imaginación de sus contemporáneos.

Por lo mismo me ha traído
de Indias, recién venido,
que allí anda suelto el demonio¹.

Triunfante el Demonio y relajada la moral colectiva, las más honestas conciencias no tenían para los demás, y menos para sí, las mismas exigencias que en la Península.

Porque llevaba, más ancha
que una conciencia en las Indias,
un verdugado sin rayas
encima de la camisa...²

El tema de las Indias como tierra de vicios aparece hasta en libros técnicos. Así el Licenciado Gonzalo Bravo Graxera en su *Breve Discurso en que se modera la nueva Orthografía de España*, Madrid, 1634, después de enumerar las lenguas que han dado palabras a la española, entre las cuales cita la latina, la gótica, la arábica, la francesa, la italiana, la griega, la hebrea, dice:

Hasta el nuevo Orbe con los vicios nos va enviando los vocablos³.

Los vicios, pues, también emigraban y contaminaban la vida española. Por eso Bartolomé Leonardo de Argensola en la *Sátira contra los vicios de la corte* aconseja a D. Nuño que no deje a sus hijos que aprendan las canciones "que el vulgo vil frecuente",

Canción que de Indias con el oro viene
como él a afeminarnos y a perdersnos
y con lasciva cláusula entretiene...

Para la mayoría del público de los corrales la cifra de la relajación moral estaba dada sin duda por la facilidad para el desen-

¹ *La prisión sin culpa*, III, pág. 634, t. VIII, Cot.

² *Los novios de Hornachuelos*, II, pág. 394, t. II, Rivad.

³ *Apud LA VIÑAZA, Biblioteca histórica de la filología castellana*, columna 1254.

freno erótico. Hemos topado ya en Lope¹ con una alusión a la supuesta deshonra que caía sobre las mujeres indias remisas a cumplir con la voluntad de los españoles. Nada extraño, pues, que al amparo de tales prejuicios se formaran expresiones como *paraíso de Mahoma* que se aplicaron a algunas colonias americanas y lograron difusión². Pero no solamente las indias, sino también lo que se sabía de la vida de las esclavas negras, contribuía a asegurar la fama de tales paraísos:

Hombres en Indias casados
con blanquíssimas mujeres
de extremados pareceres
y a sus negras inclinados...³

Pero éstos eran los casos extremos, y por lo tanto excepcionales, como eran excepcionales los viajeros que partían a las Indias con propósitos de vida virtuosa, fundados en que en ella, como era verdad, no abundaban las mujeres españolas...

En las Indias podré ser
virtuoso, porque ya
toda la virtud está
en no tratar de mujer...⁴

¿Y lo habitual? Lo habitual para Lope en este aspecto de la vida americana parece reflejarse bien en el fragmento siguiente de *La esclava de su galán*:

Pasé a las Indias mozo y con hacienda,
casé con una dama, y aunque hermosa
cansóme, Antonio, como propia prenda,
que en conquistar mi amor no fué dichosa.
Llevando, pues, la edad suelta la rienda,
me enamoré de una criolla hermosa
y no muy linda: así en el mundo pasa...

¹ Ver pág. 137.

² Para una clara síntesis sobre este aspecto y otros problemas de la colonización americana véase el libro de ÁNGEL ROSENBLAT, *La población indígena de América*, Buenos Aires, 1945.

³ *La hermosa fea*, I, pág. 242, t. XII, Cot.

⁴ *Los peligros de la ausencia*, I, pág. 173, t. XIII, Cot.

De suerte enloqueció mi fantasía
que el depósito fué de mis cuidados.
Tuve en ella a D. Juan...¹

Hombre mozo, parece decir nuestro autor, y con hacienda, llave maestra para satisfacer caprichos, sueltas las riendas tanto por impulso de la voluntad como porque lo permitía el ambiente de relajación de los frenos morales, hastiado del amor obligatorio, ya porque hubiese llegado hasta el matrimonio más por el interés que por el amor, ya por natural reacio a la domesticidad, al sosiego, ¿cómo no había de habituarse a los amores irregulares? Es bien perceptible el tono de justificación de este fragmento, que además tiene el interés de revelarnos que para Lope, en América, aun las criollas, es decir, las de origen español, no se regían por las convenciones morales vigentes en la Península.

Con todos estos antecedentes ¿cómo extrañar la inquietud y sobresalto de las mujeres y hasta el terror ante la aparición de un pretendiente indiano?

...y esto de indiano es coco
que espanta a cualquier mujer...²

Los que pasaban
a las Indias

Entre todas las razones de la prevención contra el indiano hasta aquí apuntadas, la más eficaz y decisiva debió de ser la primera: la de que las Indias era refugio de aventureros sin oficio ni beneficio, de perdularios, hombres de turbio pasado y vida irregular desarraigados, o cuando menos de gente con razones para eludir encuentros con la justicia.

Cervantes, en *El celoso extremeño*, refleja con gran vigor este aspecto del sentir popular cuando dice de su protagonista Carriales que

viéndose tan falto de dineros y aun no con muchos amigos,
se acogió al remedio a que otros muchos perdidos de aquella
ciudad se acogen, que es pasarse a las Indias, refugio y am-
paro de los desesperados de España, iglesia de los alzados,

¹ I, esc. III.

² *La prueba de los amigos*, III, pág. 125, t. XI, Cot.

salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores a quien llaman ciertos los peritos en el arte, *añagaza general de mujeres libres*, engaño común de muchos y remedio particular de pocos.

Que esto es un fiel reflejo de la realidad lo atestiguan las novelas picarescas. Guzmán de Alfarache, después de haber expoliado a su salvo a la devota y rica mujer del indiano (Segunda parte, lib. III, cap. VII), piensa refugiarse en América.

Porque mi disinio era hacer una razonable pella y dar conmigo lejos de allí a buscar nuevo mundo. Queríame pasar a las Indias y aguardaba embarcación comoquiera que fuese: mas no lo pude lograr¹.

Don Pablos, el *buscón* de Quevedo, más afortunado porque logra embarcar antes de que la justicia se interponga, continúa en las Indias su vida facinerosa, con mayores libertades sin duda:

...determiné, consultándolo primero con la Grajales, de pasarme a Indias con ello, a ver si mudando mundo y tierra mejoraría mi suerte, y fuéme peor, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres.

A las Indias va a proseguir su vida la *sabia Flora Malsabidilla* de Salas Barbadillo, casada con un perulero adinerado, y en la *Vida de don Gregorio Guadaña*, de Antonio Enríquez Gómez, publicada en 1644, se dice de cierto personaje:

No le mataron, pero eran amigos de los matadores, a quien no pude coger por haberse pasado a Indias².

El Dr. Suárez de Figueroa, por su parte, en *El Pasajero*, ya citado, se admira de la facilidad con que pasa a las Indias la gente menuda y "algo atraidora" de Sevilla. Esos bravos, de valentía no tanto cierta cuanto de gran balumba, "de bocas torcidas", "pendiente el cuello del herruelo de la mitad de la espalda", que denotan su bravosidad quitando letras a las palabras, pícaros rufianes y borrachos de oficio, "se embarcan sin más recámara y provisión que una camisa, para tan largo viaje como es el de las

¹ Pág. 114, t. V, edic. *La Lectura*.

² En EUGENIO DE OCHOA, *Tesoro de novelistas españoles*, t. II.

Indias. Apenas se despiden de sus casas; pues con decir: Ahí me llevo... parten a Tierra Firme"¹.

Al lado de éstos pasaban también a las Indias, quizá en mayor número, personas honradas, que confiadas en su propia capacidad y disciplina para el trabajo cruzaban el océano para mejorar su posición económica, como los honrados padres de Isabela, de *La española inglesa* del mismo Cervantes, quienes dicen: "determinamos irnos a las Indias, común refugio de pobres generosos".

O como el protagonista de la novela *Los primos amantes*, de Montalbán, quien "vióse tan alcanzado, que con una licencia para las Indias desamparó su casa, pensando mejorarse donde no le conociesen"².

Pero éstos, como menos novelescos, naturalmente interesaban menos.

No pocos de los viajeros eran funcionarios de la corona como el licenciado Juan Pérez de Viedma, hermano del capitán cautivo, "que iba proveído por oidor a las Indias, en la audiencia de México"³.

Delinquentes de amor

Tampoco faltaban los despechados de amor como aquel Loaysa de *El celoso extremeño*, que "corrido se pasó a las Indias".

Es curioso que en la galería de pasajeros a las Indias que nos ofrece el teatro de Lope los delinquentes lo sean de amor o víctimas de su propia generosidad.

Pasarme quise a las Indias,
que dos heridas mortales
ya le tendrán bien seguro
que mal de mujeres hable...

dice el caballero protagonista de *El premio del bien hablar*⁴, que quiere pasarse a las Indias por temor de la justicia, aunque las cuchilladas mortales con que escarmentó al necio maldiciente estaban plenamente justificadas por aquella sociedad de los corrales,

¹ Edic. cit., pág. 279.

² En EUGENIO DE OCHOA, *Tesoro de los novelistas españoles*, t. II, pág. 25. París, 1847.

³ *Quijote*, I, cap. XLII.

⁴ I, pág. 374, t. XIII, Cot.

donde aún alentaba el viejo ideal de la caballería. El delincuente contra su voluntad se acoge al sagrado de las Indias, como Quevedo, por las mismas razones, se acogió al sagrado de Italia.

También intentan el viaje de las Indias los que temen las venganzas sangrientas del honor:

'...y quedame esta muchacha
de un traidor que se me fué
a las Indias...'¹

o como aquel Don Lope de *El Arenal de Sevilla*, que

quiso pasarse a las Indias
y el cielo, viendo mi agravio
le detuvo en esta arena
con tres heridas o cuatro...²

Los delinquentes honrados y fugitivos de amor son acompañados de los amantes desdichados que quieren poner el mar por medio para no ser espectadores de su infortunio:

Yo pasé huyendo de ti
a las Indias ha seis años,
celoso de tus engaños,
desconfiado de mí...³

y de los que nutrían amores imposibles:

Un ángel, de los hombres maravilla,
con dulces ojos cautivó mi olvido;
mi amor le dije, y respondió que amaba;
.....
Partíme triste [a las Indias]⁴.

¿Qué hombre afortunado en el juego del amor abandonaría a su amada por las Indias para exponerse a los peligros de la ausencia?

creed que con amor
no pasa a las Indias hombre...⁵

¹ *El amante agradecido*, II, pág. 116, t. III, Cot.

² II, pág. 382, t. XI, Cot.

³ *El testigo contra sí*, II, pág. 721, t. IX, Cot.

⁴ *Los peligros de la ausencia*, III, pág. 193, t. XIII, Cot.

⁵ *El Arenal de Sevilla*, I, pág. 373, t. XI, Cot.

Pero este razonamiento femenino y romántico no se ajusta siempre a la realidad. El mismo Lope testimonia, en efecto, que hay amantes que van a las Indias por una fortuna que dará nuevas y decisivas fuerzas a sus pretensiones:

Llegué a Sevilla haciendo confianza
del oro que adquirí para servilla...¹

El galán de la comedia *Querer más y sufrir menos* está dispuesto a retornar a las Indias si su dama juzgare insuficiente el esfuerzo hecho:

Que esa hermosura ha tenido
imperio y dominio en mí;
porque, si a las Indias fui
por vos, por vos he venido.
Y si fuera menester
de nuevo otra embarcación,
no le falta a mi afición
ánimo para volver...²

A lo mismo se obligaba aquel Florencio de *Sembrar en buena tierra* que no pudo conmovier con su sacrificio y riquezas la lealtad de la dama a otro amante más afortunado.

Tampoco faltan damas que alientan a sus amantes al viaje porque saben qué decisiva razón es el oro para mover la benevolencia de los padres:

Véte a las Indias, y el cielo
te lleve con más consuelo
que me dejas...

dice a su amado la damisela de *La prisión sin culpa* (I, pág. 603, t. VIII, Cot.), porque el galán puede volver contento con parte de la hacienda paterna e inclinar con este argumento la voluntad de su progenitor.

Otras razones para el paso a las Indias son: el haber logrado en ella un destino:

Yo soy un caballero de Castilla
que don Félix Manrique me apellido,

¹ *Los peligros de la ausencia*, l. c.

² II, pág. 52, t. XI, Cot.

para pasar el mar vine a Sevilla
con un gobierno que mi muerte ha sido¹

o la voluntad de los padres, deseosos de que sus hijos continúen recibiendo los pingües beneficios del *trato* de Indias:

Mi padre, Drusila mía,
a Nueva España me envía,
trata en Indias, y por prenda
de su alma y de su hacienda
una y otra me confía...²

o el tener en América parientes, con presunción de ricos, a quienes se puede heredar:

Quieren que a las Indias pase
porque tengo un deudo en Lima...³

Tristeza al partir
Alegría al volver

La partida no solía ser alegre ni esperanzada, sobre todo para los galanes forzados a la separación:

—¿De qué es la pena?
—No sé.
—¿Sientes partir?
—¿Pues no?...⁴

Yo me voy, Carlos querido,
como ves, a Nueva España;
Nueva España para mí
que dejó en el viaje el alma...⁵

En cambio, era grande la alegría al desembarcar de vuelta. Con ella terminarán zozobras y peligros, cuando no la pena de una larga separación:

Gracias a Dios que ya mi dicha misma
con tan feliz y próspera derrota,

¹ *Los peligros de la ausencia*, l. c., pág. 193.

² *La prisión sin culpa*, l. c., pág. 603.

³ *El Arenal de Sevilla*, pág. 383 l. c.

⁴ *Los peligros de la ausencia*, I, pág. 73, t. XIII, Cot.

⁵ *La prisión sin culpa*, I, pág. 606, t. VIII, Cot.

a México primero, desde Lima,
y de La Habana a Cádiz con la flota.
El buen viaje con razón se estima,
y más desde provincia tan remota,
por buen auspicio de futuros bienes...¹

¡Cuánto deseaba el verte [Sevilla]
tras esta larga jornada,
bella ciudad coronada,
llana, hermosa, rica, fuerte!
Aunque de la Nueva España
vengo, mejor hallo en ti
Nueva España para mí:
esta propia, aquella extraña.²

¡Oh, mal haya, dulce España,
quien puede y en tierra extraña
se atreve a vivir sin ti...³

Con la alegría de la vuelta renacen la fe y la ilusión de la felicidad:

—¡Ocasiones es llegar
de las Indias con más fe
que hay oro en ellas!⁴

y con el tardío terror de los pasados peligros los juramentos de no volver:

Busque entre los indios oro
la fiera codicia humana,
que mar y montes allana,
y embarque un grande tesoro;
que yo más quiero vivir
en mi patria con llaneza
que esta pesada riqueza
tan difícil de adquirir.⁵

¹ *Amar, servir y esperar*, I, pág. 221, t. III, Cot.

² *La prisión sin culpa*, III, pág. 625, t. VIII, Cot.

³ *Los peligros de la ausencia*, II, pág. 184, t. XIII, Cot.

⁴ *El testigo contra sí*, II, pág. 717, t. IX, Cot.

⁵ *La prisión sin culpa*, l. c.

—Si no juraste.
—Si obliga
el juramento, yo juro
que nunca vuelva a las Indias,
que es lo que yo deseo
desde que vine de Lima...¹

—¿Qué haré?
—Volverte a las Indias,
pues como obediente hijo
has gastado con Prudencia
tu dinero.
—Si mil siglos
vivo, no pienso volver...²

Juramentos y propósitos, empero, pueden quedar cancelados por voluntad de una hermosa:

...porque si a las Indias fui
por vos, por vos he venido,
y si fuera menester
de nuevo otra embareación
no le falta a mi afición
ánimo para volver...³

Si a España se retornaba con alegría, las Indias se abandonaban sin pena:

Pártome a España gozoso,
Fernando, trayendo a ella
un casamiento de plata,
mucho peso y poca pena...⁴

La edad de los pasajeros

Es fácil colegir que para Lope de Vega los pasajeros, como galanes y enamorados, deben ser jóvenes:

Pasé a las indias mozo y con hacienda...⁵

¹ *La esclava de su galán*, II, pág. 160, t. XII, Cot.

² *Sembrar en buena tierra*, II, pág. 416, t. IX, Cot.

³ *Querer más y sufrir menos*, II, pág. 52, t. XI, Cot.

⁴ *De cosario a cosario*, I, pág. 637, t. XI, Cot.

⁵ *La esclava de su galán*, I, pág. 138, t. XII, Cot.

¿Qué llevo a las Indias yo?
 ¿Qué terciopelos, qué sedas?
 Pero llevo pocos años
 que son la mayor riqueza¹.

Y el galán de *La octava maravilla*, que vuelve rico y aún joven después de diez años de ausencia:

Porque soy quien ha diez años
 que con su capa y espada
 pasó a Indias, mal cargada
 una nave de diez paños...²

¿Refleja mejor la realidad en esto la comedia de Lope que la novela de Cervantes, quien hace pasar a las Indias a viejos como Carrizales y los padres de *La española inglesa*?

Había, naturalmente, pasajeros de todas las edades, y lo lógico sería suponer el predominio de los jóvenes entre los que se lanzaban a la aventura confiados en su sola diligencia y voluntad.

Hacienda de los pasajeros

Si muchos jóvenes pasajeros no contaban con más riquezas que la de su edad y la de la voluntad de hacer fortuna, y los buscadores y aventureros sólo confiaban en el azar y en la ligereza de sus manos, los fragmentos transcritos nos revelan otro aspecto de la realidad menos divulgado: el de que los pasajeros a las Indias no eran en su mayoría pobres de solemnidad.

Pasé a las Indias, mozo y con hacienda

se dice en *La esclava de su galán*, afirmación congruente con los designios del rápido enriquecimiento de los futuros indianos, que podían realizarlos en el ejercicio del comercio, siempre que poseyeran algún capital.

En este aspecto de la vida americana, las comedias de Lope nos informan que a los tiempos de las aventuras guerreras habían sucedido ya los de las aventuras mercantiles, no menos fascinantes por sus resultados.

¹ *De cosario a cosario*, I, pág. 636, t. XI, Cot.

² II, pág. 260, t. VIII, Cot.

La preocupación por llevar alguna hacienda invertida en géneros bien cotizados, aun cuando no se tuviera el propósito de entregarse a las actividades mercantiles, era general entre los viajeros:

¿Qué llevo a las Indias yo?
 ¿Qué terciopelos, qué sedas?

dice nuestro galán de *La octava maravilla*, porque los ostentosos nuevos ricos de América enriquecían a su vez a los tratantes de Indias pagando los géneros de lujo a mucho mayor precio que en Europa. Todo alcanzaba en América precios compensatorios:

Llevaba yo seis vestidos,
 un trencellín, dos cadenas,
 y apenas tres mil reales:
 ¡qué caudal para esta empresa!¹

Este galán, tan pobre que él mismo se asombra de su coraje para viajar con tan exiguo caudal, lleva sin embargo seis vestidos, a no dudar lujosos, pues los lleva con el propósito de sacar de ellos buena ganancia, además de dos cadenas de oro y tres mil reales. Esto, aparte de lo que había que pagar por el pasaje, lo cual ya por sí constituía una erogación importante que no todos estaban en condiciones de hacer:

Mas ¿cómo ha de ir a las Indias
 Florencio sin plus de argento?²

No se debe, pues, admitir sin crítica la creencia de que los pasajeros a las Indias fueran en su mayoría aventureros indigentes. También Cervantes en el *Quijote* (I, cap. XXXIX), levanta un extremo del velo que cubre la realidad:

El segundo hermano del capitán cautivo... escogió el irse a las Indias llevando empleada la hacienda que le cupiese.

Esto es, lo que le permitieran llevar como equipaje en el navío en que se alistó para hacer la travesía.

Aunque todo alcanzaba en Indias precios remuneradores ¿no parece absurdo empeño el llevar allá joyas, oro o diamantes?

¹ *Id.*, acto I.

² *Sembrar en buena tierra*, II, pág. 422, t. XI, Cot.

—¿De dónde o cómo traéis las joyas?

—Pensé embarcarlas, y hasta México llevarlas de la suerte que las veis, y hallé que la flota es ida, y aguardar otra no quiero. —Seréis el hombre primero que he visto en toda mi vida que lleve diamantes y oro a las Indias...

El empeño no es absurdo sino en apariencia. Se trata en realidad de un comercio ventajoso:

—...Esta hechura, este esmalte y compostura era en la India un tesoro; que allá se labra grosero, y yo de que me valiera más que en España...¹

porque los ricos y presumidos indianos preferían cadenas y tren-celines labrados al modo europeo, a las joyas salidas de las platerías indianas.

Retrato físico de los indianos

La vida en América ponía su impronta física y espiritual en los indianos, y en el orden de las transformaciones físicas era el color tostado de la piel lo primero en aparecer:

—Como digo, soy indiano.
—De la color, ya lo creo.
—De la color y el sabor... todo soy como pimienta.
—Bien en la cara le asienta de aquesta fruta el color...²

En la misma comedia, una página adelante, se dice:

—¿En efecto, eres criollo?
—Como esas maldades crío.

¹ *La prisión sin culpa*, II, pág. 622, t. VIII, Cot.
² *La bella mal maridada*, I, pág. 616, t. III, Cot.

—¿Luego eres indio?

—¿Bien mío!

¡Del rostro sí!

—¡Vaya al rollo!

—Indiano soy, por tu vida, de aquí de Caramanchel³.

Recordemos aquí que D. García, el galán de la conocida comedia de Alarcón *La verdad sospechosa*, puede fingirse indiano ante las damas Jacinta y Lucrecia porque en el viaje de Salamanca a Madrid bajo un sol de fuego se le había tostado la piel más de lo corriente.

El prejuicio llega hasta el extremo de explicar el color moreno de los hijos de los indianos por la permanencia de los padres en América, como ocurre en la comedia *El amante agradecido*:

LUCINDA. — No sois negro, sois moreno...

JUAN. — Hijo soy de padre indiano; digo, fui, que este color me dió para ese favor que en tan rico dueño gano⁴.

Indiano blanco o rubio constituía una sorpresa inesperada:

Su padre de mi señor estuvo en Indias, y allí quieren decir que nació, aunque de alemán color...⁵

Los únicos indianos que no podían ser sino rubios eran los doblones. Suárez de Figueroa, en *El Pasajero*, habla de cierto fogoso amante que cambió dos cuartos que su dama había dado de limosna por *el rubio indiano*⁶.

Una deliciosa y completa descripción del indiano que vuelve rico a casarse después de larga estancia en América es la letra del

¹ *Id.*, pág. 617.

² I, pág. 102, t. III, Cot.

³ *El amigo hasta la muerte*, II, esc., 12.

⁴ Edic. cit., pág. 250.

són, con estribillo insistente, como muchos sonos modernos de Cuba, que se canta en la escena final de la comedia *La dama boba*:

¿De dó viene el caballero?
Viene de Panamá,
tranzelín en el sombrero,
Viene de Panamá,
cadenita de oro al cuello,
Viene de Panamá,
en los brazos el grigiesco [sic],
Viene de Panamá,
zapatos al uso nuevo,
Viene de Panamá,
sotanilla a lo turquesco,
Viene de Panamá,
¿De dó viene, de dó viene?
Viene de Panamá,
¿De dó viene el hijodalgo?
Viene de Panamá,
corto cuello y puños largos,
Viene de Panamá,
la daga en banda, colgando,
Viene de Panamá,
guante de ámbar adobado,
Viene de Panamá,
gran jugador del vocablo,
Viene de Panamá,
no de dinero y de manos,
viene de Panamá,
enfadoso y mal criado,
viene de Panamá,
es amor: llámase indiano,
viene de Panamá,
es chapetón castellano,
viene de Panamá,
es criollo disfrazado,
viene de Panamá,
¿de dó viene, de dó viene?
Viene de Panamá¹.

Zafia ostentosisidad

Con la gracia de la descripción resalta aún más la irónica sonrisa del poeta ante la zafia ostentación de riquezas que el indiano, nuevo rico, confunde con la elegancia.

¹ III, pág. 620, t. XI, Cot.

La minuciosa enumeración de las prendas de vestir, que va de los zapatos al sombrero, sin olvidar los perfumados guantes, los largos puños, la rica daga colgante, la cadena consabida, ni el vistoso trancelin guarnecido de piedras preciosas, están denunciando la intención de satirizar un tipo familiar a los espectadores.

La cadena, sobre todo, como prenda de caballeros, parece haber sido alhaja a la que el indiano no renunciaba fácilmente:

El indiano te ha de dar,
en viéndote, una cadena
que trae al cuello y es buena...²

En *Servir a señor discreto* el ya casi decrepito indiano D. Silvestre aparece "con plumas en el sombrero y con cadena de oro", según indicación del autor². ¡Cuánta similitud en este cuidado de la apariencia de los indianos con la de los soldados que después de las campañas por Italia y Flandes volvían a España a embaucar con sus galas, tantas veces de oropel, y el relato de sus hazañas fabulosas, a las mozas con algún haber que vegetaban en las silenciosas aldeas! Cervantes ha revelado este aspecto de la vida española en el cuento de Vicente de la Roca intercalado en la primera parte del *Quijote* (cap. LI).

La similitud la ha notado Lope:

Entré en mis tierras, Toledo,
lleno de plumas y galas,
que de las Indias, de Marte
suelen ser trato y ganancia...³

La ostentación no se contenía dentro de los límites de la llamativa apariencia personal, sino que se extendía también a ciertas costumbres domésticas propias de la vida americana y trasplantadas a Sevilla, donde precisamente su exotismo denunciaba la condición de indianos y hacía presumir la existencia de riquezas. Estas costumbres consistían en tener a su servicio esclavos negros o mulatos, hijos de sus esclavos negros de América:

¹ *El Caballero del milagro*, III, pág. 176, t. IV, Cot.

² I, esc. XII.

³ *La escolástica celosa*, II, pág. 458, t. V, Cot.

«Tiene una cierta esclavilla,
mulata y no de Sevilla,
porque ser indiana es fama...¹

y sobre todo la de ostentar en la casa y en lugar visible la posesión de exóticos micos y vistosos y parleros loros, que por su parecido con los papagayos recibían este último nombre.

Digo que las cargas vi,
los criados y lacayos
con más plumas que seis mayos
colores, trenzas y fajas,
y sobre tercios y cajas
mulatas y papagayos...²

No quieras más, de que ya
no el esclavo, no el lacayo,
sino el pobre papagayo
que sobre la reja está,
de oír este desatino,
por puertas y por ventanas
dice ya por las mañanas
que de cuándo acá nos vino.
No dudéis, sino que creo
que si la mona aprendiera
a hablar, lo mismo dijera...³

Una dama de Sevilla
bien prendida y de buen aire
(su ropa de levantar
testimonios o alamares,
papagayo en el balcón,
en casa mulata y paje)⁴.

Hay su mona y papagayo,
celosía y pajecillo...⁵

¹ *Servir a señor discreto*, I, pág. 70, t. IV, *Risad*.

² *Sembrar en buena tierra*, III, pág. 431, t. IX, *Cot*.

³ *De cuándo acá nos vino*, III, pág. 699, t. XI, *Cot*.

⁴ *El desprecio agradecido*, I, pág. 2, t. XII, *Cot*.

⁵ *El testigo contra sí*, I, pág. 696, t. IX, *Cot*.

Así en estrado y alfombra
te sientes, y a la ventana
tengas papagayo y mona¹.

En *La Dorotea* (acto I, esc. 1^a) se habla de ciertas "esclavas, mulatas, conserveras y laboreras que las puede tener un rey en su palacio", que servían en las casas de los indianos. Y Góngora, en un soneto ya recordado, dirigido a una dama de Cuenca que hizo agasajar al poeta por dos criadas suyas muy feas, escribe:

¿Son de Tolú o son de Puerto Rico...
la fiera mona y el disforme mico?
Gracioso está el baleón, yo os certifico...
Un papagayo os dejaré, señora...²

Conducta social

No menor importancia que la ostentosa apariencia tenía en la caracterización del indiano su conducta social. Suárez de Figueroa ha dejado en *El Pasajero* una recia página en la cual recoge, siguiendo su natural inclinación maligna, probablemente todo lo que entonces se decía de malo, y se pensaba, del indiano.

Pues los hombres (queden siempre reservados los buenos) ¡qué redundantes, qué abundosos de palabras, qué estrechos de ánimo, qué inciertos de crédito y fe; cuán rendidos al interés, al ahorro! ¡Qué mal se avienen con los de acá, observando diversas acciones, profesando diferentes costumbres; siempre sospechosos, siempre retirados y montaraces! ¡Pues la presunción es como quiera! Todos, sino ellos, ignoran, todos yerran, todos son inexpertos; fundando la verdadera sabiduría y las más finas agudezas sólo en estar siempre en la malicia, en el en-

¹ *Quien ama no haga fieros*, III, pág. 424, t. XIII, *Cot*. Alusiones a hechos de esta naturaleza hay en las comedias *Amar, servir y esperar*, *El castigo del discreto*, *Las bizarrías de Belisa*, *La octava maravilla*, *La noche de San Juan*, *Sembrar en buena tierra*, *La llave de la honra* y *El amante agradecido*.

Para otros pasajes complementarios véase el capítulo que trata de *Las Indias como lugar de origen de cosas exóticas*.

² *Poemas y sonetos*, pág. 48.

guño y doblez. No he visto hacienda adquirida en aquellas partes lograda bien en las nuestras. ¡Qué deslucidos casi todos, qué míseros, qué faltos de amistad, qué sobrados de odio, qué inútiles, qué despegados, qué malquistos! ¡Notables sabandijas crían los límites antárticos y occidentales!... Desde que nació aguardo venga de allá algún varón no menos rico que espléndido, en quien tenga albergue la virtud, amparo la ciencia, socorro la necesidad. ¿Es posible que no haya producido en más de un siglo aquella tierra algún sujeto heroico en armas, insigne en letras, o singular por cualquier camino? Mas ¿qué puede haber en parte donde tanto triunfan los vicios, donde tanto campea el interés? Todo es destruir, todo es aniquilar las vidas y haciendas de los que tienen entre manos. Tiranos crueles, no blandos mayordomos de los bienes y frutos de aquellos simples, de aquellos inocentes, que sumergidos entre las ondas del perpetuo trabajo despiden las miserables vidas que les quedan librándose con una de casi infinitas muertes; que por instantes les resulta del incesable sudor, de la insufrible fatiga. Siendo esto así y que, según se afirma generalmente, los dueños se estragan en pisando aquellos confines, ¿de qué sirve, para buscar su daño, entregarse a los tremendos peligros y a las innumerables molestias de tan larga navegación?...¹

Rezuma esta página todo un siglo acumulado de pequeños rencores, de mal disimuladas envidias; la incapacidad de su autor para la simpatía humana contrasta con la actitud irónica de Lope para los mismos vicios y taras. En sustancia, pues, Lope no niega ninguno de estos rasgos, pero al señalarlos sonriente los envuelve en simpatía y el guiño con que se dirige a su público es una señal de comprensión, principio de disculpa.

¿Cómo no disculpar, por ejemplo, al indiano su tendencia a subestimar la organización jerárquica de la sociedad basada en la nobleza de la sangre, para poder sustituirla con una organización sustentada en la riqueza? La riqueza es para el indiano la fuente natural del poder y de la consideración social. En ella se nutría su orgullo y su ambición de que se le tuviese por caballero.

¹ Edic. cit., págs. 147-148.

Las pretensiones caballerescas de los indianos

Dice la ya citada letra de la canción de *La dama boba*:

¿De dó viene el caballero?
Viene de Panamá...

La aguda flecha irónica hubo de dar en el blanco, porque si alguna ciudad había en América menos sospechosa de albergar y nutrir caballeros era precisamente Panamá, centro famoso de traficantes y revendedores sin escrúpulos.

Con sus riquezas podían los indianos parecer caballeros compitiendo con los auténticos, no sólo en las galas, sino en el desprendimiento, en la generosidad:

—Mucho ha reparado en ti este caballero indiano...

—¿Habría Elena reparado en el gasto y la grandeza de este mozo?

—Su riqueza es toda un gusto fundado en parecer caballero. Trátase bien; son testigos de su gasto, sus amigos, que hay muchos donde hay dinero...¹

y hasta podían comprar títulos de nobleza, como se trasluce en las palabras de Machado, el gracioso de *El Brasil restituido*, que ante un ofrecimiento de mil escudos exclama:

... ¡San Pedro!
¡Yo soy marqués del Brasil!

Pero tales pretensiones sin duda las nutrían solamente los funcionarios de elevada jerarquía y los soldados.

Las pretensiones de los comerciantes enriquecidos no llegaban a tanto, aunque la razón del viaje de muchos era la de alcanzar mercedes y favor real, como en el caso del amo de *La moza de cántaro*, o un hábito de caballero, como el D. Juan de *La noche*

¹ *Sembrar en buena tierra*, I, pág. 399, t. IX, Cot.

de San Juan, a quien D. Bernardo, después de saber el motivo que le lleva a la Corte, dice:

Sois bien nacido, en efeto,
merecís que el rey os haga
la merced que le pedís...¹

Más adelante se dice de él:

Que ya un hábito le han dado,
que a esto ha venido...

o el Félix de *Sembrar en buena tierra*:

Trájome la pretensión
de un hábito; el padre mío
sintió mi largo desvío
con paternal afición...

La caballería, como postiza, no siempre podía disimular el oscuro linaje o la educación imperfecta:

No es Boscán ni Garcilaso,
pero es mi amo D. Juan
indiano y rico en efeto...²

Era tan peculiar de los indianos el deseo de ser tenidos por caballeros, que lo contrario no puede concebirse. Por eso en la comedia *El testigo contra sí* se aconseja al indiano fingido que se dé aires de caballero:

—Que eres caballero indiano.
—¿Yo caballero? ¿A qué efeto?³

De otro modo el embuste no tendría color de verdad⁴.

¿Cómo explicar la repulsa a las pretensiones de los indianos cuando la sociedad española admitía la fortuna como una de las maneras de alcanzar la caballería?

¹ Edic. H. Seris, pág. 15.

² *De cosario a cosario*, I, pág. 641, t. XI, Cot.

³ II, pág. 705, t. IX, Cot.

⁴ Una escena paralela en *Sembrar en buena tierra*, l. c., pág. 397.

...la nobleza,
está en la limpia hidalguía,
que lo que es caballería
más consiste en la riqueza¹.

Pero son tan ricos [mis padres] que su riqueza y magnífico trato les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos y aun de caballeros...

dice en el *Quijote* (I, cap. XXXVIII) la hermosa Dorotea, cuya belleza y fortuna acaban por conquistar a D. Fernando, hijo de nobles duques².

¿Por qué, pues, los indianos no habrían de aspirar a ser tenidos por caballeros?

—Soy un caballero indiano,
señora, que poso cerca
de vuestra casa.

—Conozco
vuestro valor y nobleza...³

—Todo lo que has dicho of
al indiano caballero
que de tus bodas tercero
ahora se va de aquí...⁴

—Tratado me ha de casar
con un caballero indiano
sevillano o toledano...⁵

¹ *Servir a señor discreto*, I, esc. 1^a.

² La oposición dineros - calidad da lugar a debates que llegan a la literatura. Baste recordar las obras de Alarcón, Lope, y los líricos: Góngora con su letrilla:

Dineros son calidad
¡verdad!

y Quevedo con la conocidísima

Poderoso caballero.

³ *Sembrar en buena tierra*, l. c., pág. 407.

⁴ *La noche de San Juan*, I, pág. 137, t. VIII, Cot.

⁵ *La dama boba*, I, pág. 599, t. XI, Cot.

Afectación
del lenguaje

La afectada elegancia exterior se conjuga bien con la afectación del lenguaje:

Gran jugador del vocablo

dice Lope del indiano. ¿Y qué es la afectación del lenguaje sino indicio de postiza elegancia del espíritu?

Pero además los indianos denuncian la improvisación de su caballería incurriendo en el inelegante vicio de la charlatanería:

"¡Qué redundantes, qué ampulosos de palabras!" dice *El Pasajero*, y Lope:

Gran vicio de los indianos
el hablar mucho y dar poco...¹

Dos páginas arriba en esta misma comedia se dice:

—¿Qué trae de Potosí?
—Nuevas que caer se ve,
y por eso me guardé
que no diese sobre mí.
—¿Eso trae?
—Y hablar mucho.
Como los que de allá vienen,
vicio notable que tienen.

En *La Dorotea* (acto II, esc. V) Celia se hace eco de esta fama:

Siempre oí decir que los indianos hablan mucho...

Indiano: menti-
roso y grosero

La charlatanería lleva por modo natural al embuste y a la mentira:

Fué más larga que paga de tramposo,
más sorda que mentira de indiano...

Dice Quevedo (*Versos*, pág. 91):

Embustero y perulero,
atrevido e insolente...

¹ De *cosario a cosario*, I, pág. 641, t. XI, Cot.

replica D. Ambrosio a Cardenio en *La entretenida* (III, esc. VI), y Marcela reitera:

Con licencia de mi hermano
y de mi primo, yo quiero
sentenciar al escudero
y al gran embustero indiano¹.

Bien es verdad que el gran embustero indiano, Cardenio, era un indiano fingido, como el embustero D. García de *La verdad sospechosa*.

Un personaje de Lope en la comedia *El testigo contra sí* sospecha de la veracidad de un indiano:

Mira que es hombre ausente
y olvidado Feliciano,
y que por dicha este indiano
en muchas cosas te miente...²

Pero los indianos son facundos y embusteros sobre todo, porque, como todos los viajeros, quieren deslumbrar con el relato de las cosas vistas o de las hazañas realizadas. "De luengas tierras (o de luengas vías) luengas mentiras", reza el refrán.

CASTILLO [Al ver a Dacil, doncella hija del rey de los guanches de Tenerife]. —
¿Mas si es ave de estas islas?
Que los que del Nuevo Mundo
vuelven a España nos cuentan
mil embelecros como éstos...³

Como aquí, Turín, se juntan
de la Corte y de Sevilla
Andalucía y Castilla,
unos a otros preguntan,
unos de las Indias cuentan...⁴

¹ *Id.*, III, esc. última.

² III, pág. 715, t. IX, Cot.

³ *Los guanches de Tenerife*, I, pág. 309, t. XI, Acad.

⁴ *La dama boba*, I, pág. 587, t. XI, Cot.

En *La noche de San Juan*, edic. cit., pág. 46, Tello promete llevar a Inés a las Indias y le describe grandezas de Lima y Potosí. Ella, entre crédula y dudosa, le pregunta:

INÉS. — ¡Cierto?
TELLO. — Puedeslo creer.
INÉS. — ¡Qué mentiras tan discretas!

La fama de mentirosos se la merecían los indianos desde antigua data, y ya en *El viaje de Turquía*, recibe confirmación literaria:

...no queremos oír mentiras, que harto nos cuentan todos esos soldados que vienen del campo de Su Majestad y los indianos...¹

Son también los indianos groseros en su lenguaje:

Que no hay carreta de bueyes
soldado, indiano o barbero
que así ofenda los oídos...²

Pero el estar enseñado
a oír vocablos groseros
de un indiano miserable...³

Enfadoso y malcriado,

llama Lope a su indiano de *La dama boba*, con lo que viene a decir que es tosco de modales, bárbaro:

¹ Edic. cit., pág. 204. Cfr. ARIOSTO, *Orlando furioso*, canto VII, octava 1:

Chi va lontan dalla sua patria vede
cose da quel che già credea lontane;
che, narrandole poi, non gli si credea.
Estimato bugiardo ne rimane:
che el sciocco vulgo non gli val dar fede
sì non le vede e tocca chiare e plane...

La fama de embusteros de que gozan los indianos se trasmite al siglo XVIII. De principios de él es el entremés del *Indiano embustero*, refundido de otro del siglo anterior; cfr. E. COTARELO y MORA, *Colección de entremeses*, en *Nueva Bib. Aut. Esp.*, t. XVII, pág. LXXXVII y CLI.

² *El desdén vengado*, v. 2063.

³ *La moza de cántaro*, II, pág. 661, t. XIII, Cot.

En lo sutil, el flamenco,
en lo bárbaro, el indiano...¹

—Yo he venido a este lugar
desde Lima, ya lo sabes,
—Plega a Dios que en él te acabes
de limar y de enseñar...²

También las damas indianas son toscas:

A Celia dió nacimiento
la India de Portugal,
el bárbaro natural
imprimió su pensamiento...³

Aunque aquí Lope se refiere a las Indias orientales portuguesas, el ejemplo vale para conocer su pensamiento.

Chapetones en castellano

Tanto se barbarizan que hasta se hacen *chapetones* en castellano, entremezclando su lenguaje de voces indias que nadie entiende.

Un diálogo de la comedia *El amante agradecido* nos muestra lo que debió de ser el lenguaje de los indianos, aunque el personaje que habla indiano en ella es un criollo:

En aquel vasillo de oro,
que aunque valiera un tesoro
es digno de tal mujer
tiene conchichi corí,
que es polvo de oro, otras cosas
en extremo provechosas
porque hay jacintos allí
y algo de puca mullí,
que aquí se llama coral.
—¡Habla indiano, pesía tal!

¹ *Mirad a quién alabáis*, III, pág. 50, t. XIII, Cot.

² *Sembrar en buena tierra*, I, pág. 396, t. IX, Cot.

³ *La portuguesa y dicha del forastero*, I, pág. 338, t. XIII, Cot.

Un poco adelante el diálogo continúa:

—Trae treinta uritus.
—¿Qué son,
que no entiendo?
—Papagayos...
...—Traed aquí
aquel zambo.
—¿Qué es, señor?
—Un mono.
—¿Mono?...
—Aun parece que se alegra
—Denle un vestido de llipic
—No he entendido.
—Llipic, raso.
—¿Linda cosa!...¹

Una curiosa revelación surge además de la descripción de Lope que venimos glosando: que el indiano

es criollo disfrazado.

¿Es esto decir que el español vuelto de Indias quiere aparecer como nacido en ellas? ¿Con qué objeto? ¿O es que los criollos eran mejor acogidos en la península que los españoles indianos?

O quizá Lope quiere reirse de la afición del indiano a hablar como los criollos, acogiendo innecesariamente en su lengua voces indígenas americanas. Sin descartar la hipótesis de que los criollos gozaran de ciertos privilegios, nos inclinamos a ésta por lo siguiente: la sociedad española —ya lo hemos dicho— a lo largo del siglo XVII fué corrigiendo su antigua apreciación desfavorable para las actividades mercantiles. El indiano, con su fortuna, contribuyó al cambio y fué su beneficiario inmediato, puesto que, si bien con recelos, fué acogido con interés y en algunas capas sociales hasta con aplauso. Esto le lleva naturalmente, en su afán de conquistar posiciones sociales, a ostentar sin escrúpulos, y aun a exagerar, lo que le caracteriza como indiano. De ahí el alarde de riquezas, el papagayo y el mono en el balcón de su casa, las mulatas indianas de servicio, etc. Al mismo orden de os-

¹ III, pág. 130, t. III, Cot.

tentaciones responde el cuajar su parla de indigenismos, algunos tan afortunados —canao, loro, piragua, huracán— que logran hacer olvidar las antiguas palabras sinónimas o equivalentes¹.

Lo que en Lope es burla amable es en otros protesta cierta; como aquel ya citado licenciado Bravo Graxera, quien por 1634 escribía:

Hasta el nuevo Orbe con los vicios nos va cambiando los vocablos.

El verso citado, así como el diálogo anterior, nos denuncian además un hecho interesante: que el habla de los criollos no era la misma que la de los españoles indianos y que para los peninsulares era fácilmente perceptible el matiz indiano. ¿Estaba dado ese matiz por peculiaridades fonéticas o solamente se asentaba en discrepancias léxicas?

Fortuna de
los indianos

Todos estos atributos negativos estaban contrapesados por la fama de sus riquezas, con las cuales alcanzaban, aunque entre ironías y sonrisas, la ansiada consideración social a que se creían acreedores:

—Yo traigo treinta mil pesos²

Felisardo es un indiano
que treinta mil de antemano
haré que del dote os cuente...³

—¿Es rico?
—Más que un indiano⁴.

¹ Por otra parte, es común el hecho de que los viajeros incultos al volver a su tierra suelen mechar su habla de voces de las tierras visitadas, y si los soldados de Italia al volver a España ponían en circulación vocablos italianos, como nos lo denuncia la literatura, no es de extrañar que los indianos hicieran lo mismo con los vocablos aprendidos en las Indias.

² *Los peligros de la ausencia*, II, pág. 192, t. XIII, Cot.

³ *El amigo hasta la muerte*, I, pág. 324, t. XI, Cot.

⁴ *Los amantes sin amor*, I, pág. 153, t. III, Cot.

—Es un indiano mi amigo
muy rico y muy caballero...¹

El uno es un rico indiano
y el otro un aragonés...²

—Y mercaderes que son
gente noble y principal
indianos en el caudal,
reyes en la condición...³

Yo voy también a Madrid:
traigo jornada más larga,
porque vengo de las Indias,
que pocas veces descansa
el ánimo de los hombres
aunque sobre el oro y plata...⁴

Sirve a un indiano que viene
a la corte a pretender.
No sé qué puede querer
quien tanta riqueza tiene...⁵

Cuando César ha venido
tan rico, y tu padre trata
de que compre con su plata
título de tu marido
¿te extrañas y te retiras?...⁶

En esta misma comedia (III, pág. 63) se dice:

—...¿No te pidió
César? ¿No dimos el sí?
¿No se embarcó? ¿No ha traído
más riqueza que esperaba?
¿Sentías que se tardaba
y lloras ya que ha venido?...
¿Qué es lo que te desagrada?

- ¹ *La prueba de los amigos*, III, pág. 126, t. XI, Cot.
- ² *El caballero del milagro*, III, pág. 176, t. IV, Cot.
- ³ *El Homete de Toledo*, II, pág. 192, t. VI, Cot.
- ⁴ *La moza de cántaro*, II, pág. 656, t. XIII, Cot.
- ⁵ *Id.*, pág. 659.
- ⁶ *Querer más y sufrir menos*, II, pág. 51, t. IX, Cot.

César, por su parte, no desmiente su condición al hacer ostentación de su riqueza:

Cinuenta y seis mil pesos traigo en barras,
sin cien marcos de plata bien labrados,
dos zarcillos de perlas, por bizarras
estimadas en mucho, no apreciadas.
No de menos estima son las arras:
en tejos de oro cuatro mil ducados,
y una cadena de diamantes bella
que al zodiaco emula en tanta estrella.
Pafios y sedas traigo, de la aurora
partos, que en forma hermosa, si diversa,
teje el indio sutil, borda y colora,
mejor que el sirio, babilonio y persa...¹

Por supuesto, ningún indiano auténtico ni falso desperdiciaba la ocasión de ponderar sus riquezas verdaderas o fingidas:

que aunque esto digo, traemos
más diamantes que en la china
ha visto el más lince Febo,
doce perlas de Cubagua,
que fueran del Fénix huevos
si hubiera casta de Fénix,
que oro y plata es lo de menos.
Y yo te daré un collar
de esmeraldas y berruecos,
que llamar puedes marfil
lo que hasta agora pescuezo.²

—Querrá por dicha, señor,
alcanzar parte también
del oro indiano que traes:
pero en la invención no caes
de los celos y el desdén...³

—Este, hermana, es un indiano
venido de allende el mar;
nació en el reino del dar.
—¿Del dar? ¡Reino soberano!
De ahí era natural
el hijo pródigo...⁴

- ¹ *Id.*, I, pág. 47.
- ² *Amar, servir y esperar*, II, pág. 231, t. III, Cot.
- ³ *De cosario a cosario*, II, pág. 648, t. XI, Cot.
- ⁴ *El testigo contra sí*, I, pág. 690, t. IX, Cot.

Si son tenidos por Cresos los indianos, un encuentro afortunado con la hija de un indiano puede muy bien dispensar de un viaje a las Indias, como sugiere Martín a su amo don Juan, galán de *El premio del bien hablar*, quien ha logrado interesar a la bella dama indiana Leonarda:

Quedémonos aquí, pues has topado
las Indias sin la mar...
Porque si aquí se encierran treinta flotas,
¿qué es menester buscar mayor tesoro?¹

Innecesario es sumar nuevas alusiones a las riquezas de los indianos, numerosísimas como en el teatro de Lope, en todo el teatro y la novela de su época. En *Rinconete y Cortadillo*, por ejemplo, para no citar más que un caso, uno de los viejos avispones cofrades de Monipodio se anoticia de que en una de las posadas frecuentadas por ellos en la calle de los Tintoreros vienen dos peruleros. Inmediatamente el ladrón apodado "el judío" va a hospedarse en ella para

ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad; que de allí podría venir a mucha².

Ni queda libre de resonancias la lírica:

...Sangró una ingrata
cierto jayán de plata,
enano Potosí, cofre de acero
de un bobo perulero...³

...cuantos haberes
tiene un indiano próspero y guardado...⁴

No omitiremos sin embargo, dos fórmulas de encarecimiento de notable fuerza enfática que ocurren en la comedia *El amante agradecido* ponderando la fortuna de un indiano:

¹ I, esc. X.

² Pág. 226, edic. cit.

³ GÓNGORA, *Poemas*, pág. 207.

⁴ VILLEGAS, *Eróticas*, pág. 338, edic. *La Lectura*.

—Este indiano ¿es gran señor?
—Es suya media Turquía,
digo, medio Potosí...

y unos renglones abajo:

¡Que es nieto de Atabaliba
y de los Incas desciende...¹

Algunos indianos e hijos de indianos viven en España. De las rentas de sus bienes y negocios americanos los primeros, de las remesas de sus padres los otros. Cuando éstas no llegaban oportunamente, por la irregularidad e inseguridad de las comunicaciones — naufragios, piratería— ¡cuántas angustias y desasosiegos y hasta humillaciones!

Esperando cada día
que le viniere el dinero
vendió el pobre caballero
Florencio cuanto tenía.
Las Indias se han acabado;
ni aun carta habemos tenido².

Doloroso, sobre todo, era el riesgo de pasar por embustero a los ojos de la dama:

Y perdonadme, os suplico,
que hasta que me vengan cartas
y algunos doblones indios
no pueda ser más galán...
Ya de las Indias espero,
y que vienen imagino,
diez mil pesos ensayados
que para volverme pido
a mi padre...³

¡Y qué alivio al recibo de las esperadas cartas de pago o la remesa de los doblones!

—¿Carta de Lima? Perderé el sentido.
¡Gran ventura, Galindo!

¹ III, pág. 130, t. III, Cot.

² *Sembrar en buena tierra*, II, pág. 408, t. IX, Cot.

³ *Id.*, págs. 415-416.

—Tal se estima,
que no es posible ya comer sin Lima.
—¡Cómo güelen, por Dios, a mareadas!
—Mejor güelen al oro que deseas¹.

Pero las angustias, más que a escasez paterna, se deben a la vida a lo caballero, con toda su cohorte de juegos, presentes y convites:

Famosamente le pescan
cuanto viene de las Indias
pero es tanta la riqueza
de su padre, que no importa...²

Fasto de los hijos

Al hablar de la fortuna de los indianos, cabe señalar la holgura y hasta el fasto con que mantienen a sus hijos, rodeados de esclavos y servidores, alternando sin menoscabo con hijos de grandes y de caballeros. Las comedias *El amigo hasta la muerte*, *Servir a señor discreto*, *El premio del bien hablar*, *El amante agradecido* y *La esclava de su galán* dan suficiente testimonio de ello. No faltan, desde luego, las quejas paternales por el derroche y el lujo, las preocupaciones por el futuro, el deseo de que se abandone la vida frívola, la aparente inclinación y afecto especial por los hijos que aprendieron del padre la lección de trabajo y parsimonia, la cautela contra los galanes o damas que en el matrimonio quieren pescar una fortuna. Pero como quejas, preocupaciones y cautelas son siempre inocuas, hay que pensar que en el fondo se sienten complacidos y halagados, y hasta orgullosos, con tales hijos que cumplen por ellos la vida que quizá soñaron para sí.

En algunos casos la sustentación del fasto exige el sacrificio de la separación doblemente dolorosa en la ancianidad, como en el caso del viejo padre de la dama en *El amante agradecido*:

CLORIDANO. — Tu padre escribe que desea verte
y que vendrá con la primera flota.
Véte a esperalle y de que vas le advierte...

LUCINDA. — ¡Yo a Sevilla, señor?

¹ *Id.*, pág. 419.

² *Id.*, I, pág. 407.

Y la dama debe partir de Zaragoza a Sevilla a esperarle y calmar su ansiedad y hacerle con su presencia y afecto más feliz el desembarco.

En otros casos las separaciones, si bien breves, son frecuentes. El padre de la hermosa Leonarda, en *El premio del bien hablar*, va y viene aún a las Indias por sus negocios. Basta pensar en los peligros que en cada travesía corren la vida y la fortuna para medir la magnitud del dolor que cada una de estas separaciones supone.

En este mismo orden de ideas debemos mencionar la esperanza que todo indiano nutría de casar a sus hijos con jóvenes de la nobleza, para realizar, uniendo la sangre a la fortuna, la perenne aspiración de honrar su casa y su linaje. Un caso ilustrativo de los sacrificios que los indianos estaban dispuestos a hacer para cumplir con este anhelo nos lo da Lope en *Servir a señor discreto*, donde el viejo indiano don Fernando no escatima gastos ni sacrificios para trasladarse a Madrid en busca del galán de su hija, porque le aseguran que éste había partido a la corte en pos del hábito prometido por Su Majestad:

...ya sospecho
que buscarle es remedio conveniente.
Un hombre con un hábito en el pecho
honraré mi linaje...¹

En *El amigo hasta la muerte* hay una escena paralela. El rico indiano Felisardo, padre de la dama, no aprueba los amores de su hija doña Ángela con don Sancho, porque el galán, aunque noble, es tan pobre y sin apoyo, que está dispuesto a olvidar su calidad, pero Felisardo se entera luego de que el duque de Medina-Sidonia, pariente del mancebo, le otorga una pensión de seis mil ducados, y sobre todo de que le promete conseguirle del rey un hábito, y entonces su actitud cambia radicalmente y dice a su hijo Federico:

Estoy arrepentido, Federico,
de no le haber casado con doña Ángela².

¹ II, esc. XIII.

² III, esc. VI.

Naturalmente, desde entonces se empeñará y conseguirá casar a su hija con el afortunado galán, aunque para ello hubo de faltar a la palabra empeñada a un rico cofrade que él mismo había hecho venir desde las Indias para casarlo con ella.

Tacañería de
los indianos

Estrechamente ligado al tema de la riqueza aparece en la literatura el de la avaricia de los indianos. La tacañería era para la imaginación popular uno de los rasgos de carácter típicos del indiano, tan típico como el de la pretensión caballeresca.

...—¿Y sois tan guardoso
como la fama los hace?

pregunta entre ingenua y temerosa Jacinta en "*La verdad sospechosa*":

Porque los recién venidos
de Indias tienen aquí
opinión de miserables¹.

Y quizá el aspecto ridículo de la pretensión caballeresca resultara precisamente por el contraste con aquella tacha, incongruente con la idea que se tenía de las cualidades del caballero castizo, entre las cuales las de la liberalidad y desprendimiento eran ostensibles.

Estoyte diciendo aquí
que me fingí caballero,
que, aun fingiendo, no hay dinero
para arrojar por ahí;
¡y quieres que lo guardase!
Eso hace la vil gente;
que un señor ha de ser puente
por donde el dinero pase...²

Tal dice el hidalgo D. Pedro, caballero fingido por su pobreza, no por su ánimo liberal.

Gran jugador del vocablo

¹ *La villana de Getafe*, II, pág. 379, t. X, Cot.

² *Servir a señor discreto*, II, esc. 2ª.

dice del indiano la ya conocida letra de *La dama boba*, pero no de dinero y de manos...

El juego, vértice que consumía fortunas y honras caballerescas, no tentaba a los indianos; no condecía, por grandes que fueran los empeños en parecer caballeros, con el cauto espíritu mercantil nunca abolido.

En *La moza de cántaro* la belleza de la protagonista no halla gracia en la tacañería de su amo:

Sirve a un caballero indiano
tan cuitado que consiente
que vaya y venga a la fuente¹.

¿Qué caballero, de no ser indiano, esto es, roído por la ruín tacañería, no se hubiera procurado otro servidor para evitar ajuaduras a su belleza?

La fama de la tacañería tiene forma de proverbio en la comedia *Pobreza no es vileza*:

PANDURO. — ...guarde tus años
más que un hombre indiano su dinero...²

Por ello causaba asombro un indiano liberal, como se finge D. García en *La verdad sospechosa*, o como lo es D. Bela en *La Dorotea*, a quien Gerarda loa con facundia irrestañable, aunque más por interés que por gratitud:

GER. — El cielo te dé la vida que tus liberales manos merecen.
No sé qué se dice de los indianos, o tú eres una excepción de la generalidad con que se habla de ellos, o por algún miserable quedaron con mal nombre... (Acto II, esc. 1ª).

En la escena Vª, Celia duda de su liberalidad y Laurencio la ataja:

Mi señor es liberalísimo,

aduciendo como prueba el regalo de unas sortijas. Pero una golondrina no hace verano, ni ponían empeño los más en que se

¹ II, pág. 663, t. XIII, Cot.

² III, pág. 248, t. IV, Rivad.

modificara la fama¹. Ni aún el simpático D. Juan, en *De cosario a cosario* (I, esc. XIII).

D. JUAN. — ¡Mas que me quieren pescar los pesos?

GALINDO. — Eso es lo cierto, ya sabéis lo que os advierto.

D. JUAN. — ¡Pesos, no me déis pesar...!

En esta misma comedia (esc. IV) dice el mismo indiano forastero:

—Si yo diere un solo peso, mientras no perdiera el seso...

—Aquí os le sabrán quitar.

—¿Dan hechizos? ¿Hay enredos?

¿Hay conjuros? ¿Causan miedo?

Pues veis cuanto puede haber;

no me han de sacar un peso,

porque avisado, os confieso

que me sabré defender...

Justificación de la tacañería

Lope, siempre henchido de humanidad, optimista y sonriente, incapaz de rigor con las ajenas debilidades, encontró una explicación para la escasa liberalidad de los indianos:

Dígolo porque tenéis fama de ser miserables, por los trabajos notables que en tierra y mar padecéis...²

¹ Dorotea no puede creer en la generosidad de su pretendiente indiano D. Bela, sobre todo al descubrir en poder de Gerarda cierto *Arancel con que ha de andar un caballero indiano en la corte*, que empieza:

"Primeramente se acomodará en posada limpia y tendrá cuidado de que nadie la sepa. Dirá en todas las conversaciones que para en casa de un amigo. No convidará a nadie por ningún caso..." etc. (*Id.*, acto II escena IV).

Para otros textos sobre este tema, entresacados de Gracián, Barbadillo, Antonio Hurtado de Mendoza, Quiñones de Benavente, Castillo Solórzano, Juan de la Hoz y Mota, y Fr. Benito de Peñalosa, ver MIGUEL HERRERO GARCÍA, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, I, Madrid, 1928.

² *El premio del bien hablar*, II, pág. 384, t. XIII, Cot.

Aunque no es Lope el único en proponer tal explicación, Castillo Solórzano en *La niña de los embustes* dice de un indiano:

Era hombre muy miserable, de la data de muchos que vinieron de las Indias; pero éste no tenía la causa por que serlo, porque las haciendas de los indianos, ganadas con trabajo, obligan a ser bien guardadas, y esto les hace ser miserables...

Cien páginas adelante vuelve sobre el tema:

En cuanto a galas y joyas gastó liberalmente; con no lo ser, porque era la misma miseria; plaga que traen todos los que pasan de España a ganar hacienda en las Indias; que como allá cuesta trabajo el adquirirla, así la guardan¹.

Coincidentemente Fr. Benito de Peñalosa en *Cinco Excelencias* escribe:

Los indianos cuando vuelven a España, por más riquezas que traigan, son tan atentados y parcos; temen no perderse otra vez en tal golfo y obligarse a muchos peligros y trabajos de tantos mares y tierras².

Pero además este mismo teatro justifica en cierta medida la cautela y la mezquindad de los indianos, que apenas llegados se veían envueltos por las acechanzas de los parásitos o la industria de damas livianas e interesadas, puesta en juego para despojarlos de los bienes conseguidos con tantos peligros y abstinencias:

¡Oh, cuál os han de poner luego que en la corte os sientan esos pesos que decís que tanto trabajo os cuestan!³

Estafar o robar indianos era en Sevilla profesión lucrativa de algunos mal entretenidos sacres, como aquel ya recordado *judío de Rinconete y Cortadillo*, uno de los perros ventores de Monipodio.

En esta misma novela, Monipodio nos revela que los *avispones* servían de andar de día por toda la ciudad, avisando en qué casas se podía dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban

¹ Pág. 238, edic. Madrid, 1906.

² Citado por M. HERRERO GARCÍA, *op. cit.*, cap. VII.

³ *De cosario a cosario*, I, c., pág. 639.

dinero de la Contratación o casa de la Moneda, para ver dónde lo llevaban y aun dónde lo ponían, y en sabiéndolo tanteaban la grosseza del muro de la tal casa y diseñaban el lugar más conveniente para hacer los guzpataros (que son agujeros) para facilitar la entrada.

También se dedicaban a robar indianos algunas mozas alegres y avispadas, como la Rufina de *La Garduña de Sevilla*, según veremos luego, o la Dorotea en la comedia de Lope *La prueba de los amigos*

—Gatazo le quiere dar
al indiano Dorotea...
pedirá al que trata en oro
oro. El indiano es notable...¹

Liberales con
su gusto

Por lo visto los indianos no pecaban de continentales en lo tocante a su gusto:

—¿Indiano y mísero?
—Sí,
que es liberal con su gusto.²

Sin dejar de ser crédulos y enamoradizos:

Que es una bestia el indiano
y adora en cualquier mujer.³

y por lo tanto fáciles víctimas de los enredos femeninos:

indianos como picones
bobos, vienen a la red...⁴

Nada raro, pues, que nuestro indiano de la comedia *De cosario a cosario* sucumbiera a pesar de sus propósitos, tantas veces reiterados, de no soltar sus pesos:

¹ III, pág. 129, t. XI, Cot.

² *El testigo contra sí*, I, pág. 690, t. IX, Cot.

³ *La prueba de los amigos*, III, pág. 126, t. XI, Cot.

⁴ *El amante agradecido*, II, pág. 115, t. III, Cot.

[Don Juan] adora a Celia, y sus pesos
ya deben de andar por alto,
más que pesados, ligeros...¹

La pretensión caballeresca, punto vulnerable de los indianos, solía ser también un filón de oro para los aprovechadores. Halagándolos con el nombre de caballeros sus accidentales y falsos amigos ejecutaban fácilmente los gatazos o las traiciones, que siempre apuntaban a sus bolsas:

Es un indiano mi amigo
muy rico y muy caballero...²

dice un aprovechado parásito presentándole a su coima un indiano a quien se proponen estafar. El caballero ¿había de parecer guardoso ante los ojos de una dama en que está interesado?

En la novela *La tía fingida* se nos revela que, en las turbias esferas sociales frecuentadas por la vieja y su pupila, los indianos peruleros gozaban fama de liberales:

¿Hay un príncipe en la tierra como éste, ni papa, ni emperador, ni Fúcar, ni embajador, ni cajero de mercader, ni perulero, ni aun canónigo, que haga tal generosidad y largueza?

Así dice la tía al recibir la dádiva de una cadena de oro del caballero que quiere doblegar la rigidez de su vigilancia.

Pero, en estos negocios en que está interesada la sensualidad, aun los más empedernidos avaros suelen dejarse ablandar al calor de unos ojos fingidamente bondadosos y caer en la ingenuidad de creer que interesan por otra cosa que por su dinero.

Al que más avaro nace
hace el amor dadivoso...

dice D. García en *La verdad sospechosa*, y buen ejemplo es aquel inhumano Marquina de la novela *La Garduña de Sevilla*, de Alonso del Castillo Solórzano:

Era Marquina, que así se llamaba el perulero, hombre de más de cincuenta años, ya cano, el hombre más miserable que

¹ *L. c.*, III, pág. 667.

² *La prueba de los amigos*, *l. c.*, pág. 126.

crió naturaleza, porque aun el sustento de su cuerpo se le daba con tanta limitación que ayunaba por ahorrar...¹

El cual, a pesar de mil cautelas, cae en las redes de la astuta Rufina y se deja robar gran porción de la fortuna penosamente reunida en las Indias.

Expuestos a estos peligros, tan reales como los de los mares y más dolorosos cuando se sucumbe en ellos, porque queda herido el amor propio, ¿no habían de ser guardosos y tacaños los indianos?

La lírica no queda completamente ajena al sentir popular. De "cuantos haberes tiene un indiano próspero y guardado" (*guardado* en la acepción de *guardoso*) habla Villegas². Quevedo, por su parte, en una de sus letrillas extiende también a los criollos la tacha de la mezquindad:

Deseado he desde niño,
y antes, si puede ser antes,
ver un médico sin guantes
y un abogado lampiño;
un poeta con aliño,
un romance sin orillas,
un sayón con pantorrillas,
un criollo liberal,
y no lo digo por mal...³

No siempre los indianos eran víctimas de falsos amigos ni les faltaban siempre amistades firmes y desinteresadas que los ponían en guardia contra los peligros de las sirtes ciudadanas:

—Yo he venido a este lugar
desde Lima, ya lo sabes.
—Plega a Dios que en él te acabes
de limar y de enseñar.
—De limar di solamente,
que limas sordas de coro
les sabrán limar el oro
de las Indias de Occidente...⁴

¹ Edic. *La Lectura*, págs. 54-71.

² *Eróticos*, pág. 338, edic. cit.

³ *Versos*, pág. 80. Llama la atención que en los *Sueños* de Quevedo no aparezca el indiano entre los tipos que desfilan en sus páginas.

⁴ *Sembrar en buena tierra*, I, pág. 396, t. IX, Cot.

Indiano: buen partid...

Ni eran solamente damas de lance las que se exponían a soportar su malacrianza. Damiselas había dispuestas a correr tales riesgos con tal de compartir con ellos la carga de guardar su fortuna:

Vive un caballero indiano
enfrente de nuestra casa,
en aquellas rejas verdes,
cuando está en ellas, doradas...¹

dice la dama que se siente atraída tanto por la gallardía de su pretendiente cuanto por lo que prometía la fama y ostentación de su riqueza.

Y el indiano D. Juan, en *De cosario a cosario*, avisado de esta debilidad femenil, al saber que la insensible Celia confesó estar enamorada de él, pregunta alarmado a su criado:

¿Dirías que yo era indiano?...²

En otra comedia un amante despechado murmura contra su amor, esquivo desde que un indiano apareció en su horizonte:

La casa y calle
deste indiano de buen talle
ocupa un rico tesoro,
y la codicia del oro,
juntándose a su desprecio,
hacen que le tenga en precio...
Ya, en fin, del indiano es prenda².

Perulero se finge D. Garcia en *La verdad sospechosa* (I, esc. VIII), confiado en el especial atractivo que la fama de riquezas ejerce sobre las damas:

—Cosa es cierta,
Tristán, que los forasteros
tienen más dicha con ellas [con las damas],
y más, si son de las Indias,
información de riqueza.

¹ *La noche de S. Juan*, I, pág. 133, t. VII, Cot.

² *Sembrar en buena tierra*, III, pág. 433, t. IX, Cot.

Los indianos, que saben cuánto estima la sociedad a los afortunados y qué poderoso argumento es la riqueza para rendir la esquividad más firme, confían también en el oro que traen para conquistar el amor:

decidle que soy indiano¹.

Llegué a Sevilla haciendo confianza
del oro que adquirí para servilla;
hallé que era casada y mi esperanza
muerta en los brazos de la misma orilla;
pero desta tormenta fué bonanza
su marido, que, fuera de Sevilla,
dió lugar a mi nuevo pensamiento
y el oro a mi valor merecimiento².

Cincuenta mil ducados me hacen mozo...

dice el viejo capitán indiano D. Silvestre de *Servir a señor discreto*: confía en salir airoso con este argumento en la competencia con el bizarro D. Pedro.

Con el deseo de obligarlos a una decisión se pone en juego la eterna, y siempre eficaz, farsa del desdén y de los celos:

—Para picar este indiano,
te has de fingir mi galán...³

y en otra parte de esta misma comedia:

Por agora, Teodoro, sólo gusto
vengarme de este indiano y darle celos⁴.

Pero sobre todo son los padres y los hermanos⁵ con mujeres casaderas en casa los que consideran buenos partidos a los in-

¹ *La bella mal maridada*, I, pág. 623, t. III, Cot.

² *Los peligros de la ausencia*, III, pág. 193, t. XIII, Cot.

³ *De cosario a cosario*, II, pág. 649, t. XI, Cot.

⁴ *Id.*, III, pág. 665.

⁵ que una hermana a un hombre mozo es un insufrible peso, se dice en *La noche de San Juan*, I.

dianos con fortuna como Carrizales, en *El celoso extremeño*, o el indiano de la comedia *El testigo contra sí*:

—Este, hermana, es un indiano
venido de allende el mar,
nació en el reino del dar.
—¿Del dar? ¡Reino soberano!¹

o el galán de la comedia *Querer más y sufrir menos*:

Cuando César ha venido
tan rico y tu padre trata
de que compre con su plata
título de tu marido...²

En esta misma comedia, el padre de la dama, al conocer la riqueza del indiano pretendiente de su hija, exclama:

Yo de tu hacienda y caudal
voy al momento a informarla.
¡Qué bien hice en no casarla!
¡Ah, buen corazón leal!
¡No es nada; cien mil ducados!
¡Mas qué hará de no querer!
Carroza y coche ha de haber
y más de treinta criados...
No habrá cosa que no mande
y aún no me tendrá contento;
¡bueno es eso! Es casamiento
para una hija de un grande...³

A veces se concertaban bodas con indianos desconocidos o con criollos ricos que viajaban a España en busca de esposa. Tirso ha explotado el tema en la famosa comedia de enredo *La villana de Vallecas* y Cervantes en *La entretenida*. Lope de Vega lo ha recordado en *La dama boba*: apenas recordado, porque no puede decirse que sea el tema de la comedia. Si lo es, en cambio, en *Amar, servir y esperar*.

Tuvieron amistad él y su hermano
un tiempo con D. Pedro de Medina,

¹ I, pág. 690, t. IX, Cot.

² II, pág. 51, t. IX, Cot.

³ II, pág. 47, t. IX, Cot.

que a las Indias después pasó mancebo,
a la codicia del dorado cebo.
Casóse en Lima, y deste casamiento
nació D. Juan, que se crió conmigo...
Tratan por cartas que marido sea
D. Juan de la divina Dorotea,
nació D. Juan, que se crió conmigo...
nos embarcamos él y yo¹.

D. Juan muere en la travesía, y D. Diego, el que habla, decide suplantarlo al difunto y casarse con la dama, la cual viaja desde la corte de Sevilla para conocer a su esposo:

Yo me venía a casar
en Sevilla, Feliciano,
con un caballero indiano
que ya está en Cádiz...²

No siempre tales esposos indianos eran aceptados con gusto:

Y que por fuerza se casa [Dorotea]
con este indiano D. Juan...
él con gusto, ella forzada...³

Las bodas también se concertaban por intermedio de representantes o procuradores:

Ya el oficio habemos dicho:
un indiano nos envía
para que solicitemos
esta mujer...⁴

Pocas veces las novias que no encontraban de su gusto a sus indianos prometidos desafiaban el escándalo para preservar su derecho de casarse a voluntad:

—...¿no te pidió
César? ¿No dimos el sí?
¿No se embarcó? ¿No ha traído
más riqueza que esperaba?

¹ I, pág. 221, t. III, Cot.

² *Id.*, II, pág. 229.

³ *Id.*, III, pág. 243.

⁴ *El desposorio encubierto*, II, pág. 522, t. IV, Cot.

Sentías que se tardaba
y lloras ya que ha venido.
¿Qué es lo que te desagrada?¹

No son para omitidas las quejas del novio rehusado:

No os espantéis, señor, que así me aflija,
ni condeneis mi justo sentimiento,
si cansado de ausencia tan prolija
me esperaba más áspero tormento;
yo me intenté casar con vuestra hija,
aceptasteis los dos mi casamiento,
con lo que me embarqué...
surqué espumas...
ni me ofendió el concierto, aunque aspirando
fué menos al amor que a la ganancia,
porque, como de amor estaba loco,
darle quisiera un mundo y fuera poco.

Relata luego los peligros del mar y hace mérito de sus enormes riquezas, de los regalos que trae a la desposada para tratar de forzar su inclinación o para decidir al padre a interponer su autoridad y termina:

Dueño fueras de todo ello, señora,
si no me fuera la fortuna adversa,
y de una voluntad y amor constantes
más que oro, aljófar, perlas y diamantes...²

Flaqueza femenina por el oro indiano

Pero la atracción que las fortunas de los indianos ejercían sobre las mujeres se manifiesta mejor en los celos que despiertan en los amantes:

Indiano y forastero,
no os hagáis inocentes.
¡Ay del honor de los que están ausentes!³

¹ *Querer más y sufrir menos*, III, pág. 63, t. IX, Cot.

² *Id.*, I, pág. 47.

³ *Los peligros de la ausencia*, l. c., pág. 197.

Tu fácil hermosura ¿a qué ha llegado?
 ¡A venderse por precio
 del oro indiano a un forastero necio!...¹

...¿Es mejor caballero
 que yo don Félix? ¿Esto puede el oro?²

El oro indiano, en efecto, puede tanto que por él se desconocen los más antiguos servicios:

Es atrevida [la letra]; pero pase, vaya,
 oíd la mía, que en el traje indiano
 imito aquel galán de mi señora
 que atropelló mis años de servicio
 por el oro divino y poderoso...³

La flaqueza femenina por el oro indiano, ya se ve, es una variante con materia coetánea del tema de la debilidad femenina por las riquezas, ilustre desde el mito de Atalanta y tan del gusto de los moralistas medievales. En este nuevo aspecto ya lo hemos visto aparecer en la obra de Castillejo. Pero pronto se generaliza. El autor de *La Páxara Justina*⁴ dice que "Amor es indiano que come metal acuñado".

En Lope de Vega el tema tiene dos caras. En la comedia *La burgalesa de Lerma* se ilumina una de ellas, la más simple. Se afirma, al final de una larga relación, que la codicia de las mujeres es superior a la admiración que pueden sentir por la belleza masculina y que para cautivarlas los medios más eficaces son los regalos valiosos y las ricas galas:

Fuentes y cristales hechos
 de agua son vanos provechos.
 Mujer conozeo que trata
 de irse al río de la Plata,
 por echarse en él de pechos.⁵

Lo mismo en otras comedias:

—Si Blanca me aborreció
 ¿de qué quieres que me alegre?

¹ *Id.*

² *Id.*, pág. 196.

³ *Las ferias de Madrid*, III, pág. 619, t. V, Cot.

⁴ *Edic. cit.*, pág. 308.

⁵ III, pág. 63, t. IV, Cot.

—¡Qué poco entiendes, señor,
 esto de venir de Lima!¹

Que es navío la mujer
 con quien en Indias se trata,
 que oro, piedras, perlas, plata
 suele cargar y traer.²

En otras comedias el tema se complica con el de la emigración del Amor a las Indias:

Amor, cansado de ver
 tanto interés en las damas,
 y que por desnudo y pobre
 ninguna favor le daba,
 pasóse a las Indias,
 vendió la aljaba,
 que más quiere doblones
 que vidas y almas.
 Trató en las Indias Amor
 no en joyas, sedas, holandas
 sino en ser sutil tercero
 de billetes y de cartas.
 Volvió de las Indias
 con oro y plata
 que el amor bien vestido
 rinde a las damas.
 Paseó la corte Amor
 con mil cadenas y bandas;
 las damas como le vían
 desta manera le hablan:
 ¿De dó viene, de dó viene?
 Viene de Panamá.³

Hay en las Indias amor,
 mucho más que por acá,
 que hay mucha verdad allá
 y no hace poco calor,
 que como es niño y desnudo
 y amigo de oro, he pensado
 que a las Indias se ha pasado.⁴

¹ *Los peligros de la ausencia*, II, pág. 414, t. II, Rivad.

² *El ausente en el lugar*, I, pág. 401, t. XI, Cot.

³ *La dama boba*, III, pág. 620, t. XI, Cot.

⁴ *La prueba de los amigos*, III, pág. 130, t. XI, Cot.

En los contemporáneos de Lope se encuentran similares manifestaciones. Así Quevedo:

Doncellas que en un instante
hilarán a su candil
con su huso y su costumbre
el cerro de Potosí...¹

En Góngora:

Sangró una ingrata
cierto jayán de plata,
enano Potosí, cofre de acero,
de un bobo perulero
a quien le dejó apenas
sangre real en las lucientes venas².

Mientras Corinto, en lágrimas deshecho
la sangre de su pecho vierte en vano,
vende Lice a un decrépito indiano
por cien escudos la mitad del lecho³.

Pero no todo es codicia en las damas; las hay también desinteresadas, dispuestas a sacrificar el oro de las Indias:

Florencio a las Indias fué,
pero cuando junto esté
el tesoro que ha traído,
sin mar, sin Indias, yo he sido
para don Félix tesoro,
que no hay como abrazos oro
para amar después de olvido⁴.

Las hijas de
los indianos

Tanto como los indianos, las hijas de los indianos eran también partidos matrimoniales ventajosos y no solían ser mal miradas por la juventud hidalga:

¹ Versos, pág. 359. Otras alusiones en págs. 275, 420, 428.

² Poemas y sonetos, pág. 207.

³ *Id.*, pág. 44.

⁴ *Sembrar en buena tierra*, III, pág. 432, t. IX, Cot.

Padre en las Indias y aquí
unas Indias de hermosura
de virtud, de compostura
y de obligación en mí...¹

Mi hermano, y padre suyo, vive en Lima...
tiene esta hija que en el alma estima,
de cuyo amor decís que vivís presos,
como a casarla ya la edad le anima,
señala el dote en más de once mil pesos...
Los dos sois caballeros hijosdalgos,
conocidos los dos en Zaragoza...²

Estos dos caballeros hijosdalgos, Clenardo y Doristeo, riñen al cabo por la posesión de la indiana, pero ella no se engaña: sabe que el objeto del amor de los jóvenes no es su persona sino su dote:

—¿Pues de qué quieres tú que yo me asombre?
Sobre el dinero de mi dote riñen...
Hombres son, manos tienen, armas ciñen,
como los mueve la ambición del oro,
las que piensan dorar de sangre tiñen...³

La misma decepcionada amargura que se pone en los labios de esta joven aparece también en los de la bella indiana de *El premio del bien hablar*:

Dineros son calidad...
Porque esto de padre indiano
nueve más la juventud,
que a la nobleza y virtud
pocos extienden la mano⁴.

En otra comedia, la seguridad de que los bienes de la dama no son pura fantasía influye en la decisión del galán:

¹ *El amante agradecido*, III, pág. 139, t. III, Cot.

² *El amante agradecido*, I, pág. 106, t. III, Cot.

³ *Id.*, pág. 111.

⁴ I, pág. 373, t. XIII, Cot.

Ayer tuve una carta; en estafeta
pasada envió a Sevilla dos mil pesos.
No es pobre la muchacha...¹

Jóvenes hidalgos hay, con todo, orgullosos y pagados de su
sangre, que repugnan estos entronques con sangre de mercaderes:

—...¡Que trate
mi hermano, por interés,
con esta indiana casarse!
Que ¡vive Dios! que me han dicho
que vendió en Indias su padre
carbón o hierro, que agora
se han convertido en diamantes.
Que, puesto que es vizcaíno,
para el toldo que ésta trae
son muy bajos sus principios.
¡Mal hayan Indias y mares!²

En estas comedias de Lope los hidalgos engreídos resultan
contrariados y burlados los interesados ambiciosos; en otras —*De
cosario a cosario*, por ejemplo— los personajes indianos, aunque
con tachas, están tratados con simpatía, se les disculpa o se les
justifica, cuando no se les absuelve, de sus pecados. Todo esto,
así como el hecho de no aparecer el indiano en el repertorio de
Lope, ni en el del teatro español de su tiempo, en papeles sinies-
tros, ni aun malignos, sino como figuras pintorescas, nos lleva
a la conclusión de que los indianos, a pesar de lo que de ellos
se murmuraba, no solamente no eran personajes antipáticos, sino
que el sentimiento popular no les era desfavorable.

Indianos fingidos

Una prueba del favor o por lo menos de la interesada benevo-
lencia con que se les acogía, creemos ver en el hecho de la aparición
del indiano fingido en el teatro. Alarcón, Tirso de Molina y Cervan-
tes le han hecho eje de deliciosas y enredadas comedias donde con
humor y malicia se apunta a la credulidad fácil que la codicia con-
cedía a cualquier patraña urdida por tales sedicentes indianos.

¹ *Los amantes sin amor*, II, pág. 163, t. III, Cot.

² *El premio del bien hablar*, l. c., pág. 374.

No podía faltar en el repertorio de Lope tema de tal teatrali-
dad y actualidad. Así en la comedia *La prueba de los amigos*.

Fingióse Marbutto indiano
desde Sevilla a Madrid...¹

ciudad a la que llegó con el supuesto nombre de

...Don Tello, o don Tuerto,
indiano, aunque de esta villa...²

Un indiano fingido hay en *La burgalesa de Lerma* y otro
aparece en *El testigo contra sí*. En ésta los tracistas disfrazan de
indiano al gracioso:

—Que eres caballero indiano.
—¿Yo caballero? ¿A qué efeto?
—Octavia tiene secreto
galán.
— ¿Quién fué?
— Feliciano,
que a las Indias se le fué;
tú dirás que eres su amigo...³

Naturalmente, el indiano hace alarde de sus bienes en Indias,
de los cuales no asoman las esperadas muestras:

...fuera de eso, no han venido
esas joyas... ni vendrán...⁴

En torno a la suplantación de un caballero indiano muerto en
el mar, gira el interés de la comedia *Amar, servir y esperar*, así
como el de la comedia *La prisión sin culpa*, aunque los sustitutos,
más que fingidos indianos, son amigos desleales y verdaderos
enamorado. Deslealtad, que, como nacida del amor apasionado,
recibe de Lope disculpa y justificación.

Terminaremos este capítulo con nuestra afirmación inicial:
Lope no nos presenta en su teatro indianos típicos. En el cuadro
total de la vida española que nos ofrece su teatro, el indiano es

¹ III, pág. 134, t. XI, Cot.

² *Id.*, pág. 128.

³ II, pág. 705, t. IX, Cot.

⁴ *Id.*, III, pág. 715.

una persona real, no una abstracción como son los tipos. Personas reales y por lo tanto individuos, con tachas y virtudes. De ahí la extrema variedad —y aparente contradicción— que va desde el tosco y brutal amo de *La moza de cántaro*, hasta el caballeresco y virtuoso protagonista de *La noche de San Juan*.

Los criollos

Poco es lo que podemos saber sobre la estima que gozaban los criollos por el teatro de Lope, y casi todo va involucrado en lo dicho sobre el indiano. Así nos hemos referido a las características de su habla mechada de indigenismos, a la reputación de tacañería, que, quizá por asimilación a los indianos, les atribuye Quevedo, y al color tostado de la piel. Que esto último se destacaba en su aspecto se colige de los fragmentos siguientes:

—Pícaras, ¿no me conocen
por criollo de Madrid?

Se advierte aquí la alusión al color de la piel, pero simultáneamente se niega que ello sea indicio suficiente para tenerle por criollo. ¿Será acaso el habla lo que puede descubrir su madrileñismo?

En *La bella mal maridada* junto a la mención del color de la tez creemos ver el indicio de que también los criollos aparecían como sospechosos:

—¿En efecto, eres criollo?
—Como esas maldades crío.
—Luego ¿no es indio?
¡Bien mío,
del rostro, sí!
¡Vaya al rollo!
—Indiano soy ¡por tu vida!
de aquí, de Caramanchel¹.

Quizá esto no sea sino un eco debilitado de la mala voluntad que peninsulares y criollos recíprocamente se tenían, nacida de las rivalidades que tempranamente sostuvieron en América por los

¹ I, pág. 617, t. III, Cot.

cargos de la administración colonial de los que los últimos se sintieron injustamente desplazados¹. La literatura peninsular, con excepción de los ataques a D. Juan Ruiz de Alarcón, no recogió en sus páginas los ecos de la distante y enconada guerra, mientras que en las de la colonial, tanto en la escrita por criollos como por españoles, se los encuentra con frecuencia².

¿Se destacaba también el criollo por su gallardía? En *La Esclava de su galán* se dice de un criollo mexicano:

No hay en toda Sevilla
no lo digo como padre
más gallardo...³

Pero no podemos generalizar, puesto que ello se dice de un solo criollo y es además el propio padre quien lo dice.

Mencionaremos, por último, la opinión favorable que Lope tenía de la capacidad e ingenio de los criollos, si alguna verdad encierran las hiperbólicas alabanzas de los poetas americanos de *El Laurel de Apolo*. En *La Dorotea* además se dice (Acto II) que "aquel clima [el de América] produce raros y sutiles ingenios".

¹ Cuando la decisión estaba en manos de los criollos, solían ellos aprovecharla. El virrey Conde de Monterrey, hacia 1598, informa que en México los estudiantes de la Universidad favorecían con sus votos a los criollos "más con fuerza y afición de nación y tierra que de razón y justicia, de suerte que el que no fuere nacido en ella no tiene para qué pretender". (*Boletín de la Academia de la Historia*, t. XCV.)

² Véase sobre esta cuestión RFE, III, pág. 319-321, nota firmada por [Américo] C[astro] y [Alfonso] R[eyes] sobre el *D. Juan Ruiz de Alarcón* (México, 1913) de Pedro Henríquez Ureña; ALFONSO REYES, *Sobre Mateo Rosas de Oquendo*, en RFE, t. IV, págs. 341 a 369 y M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de la poesía hispanoamericana*, t. I, pág. 46.

³ II, pág. 151, t. XII, Cot.

CAPÍTULO VIII

EL NUEVO ESTADO DE ESPAÑA

Sevilla como
puerto de América

De los documentos literarios aducidos surge la evidencia de que, en la época que estudiamos, la vida española, tanto en lo material como en lo espiritual, había sufrido hondas transformaciones como consecuencia del descubrimiento, conquista y colonización de América.

El teatro de Lope ha colocado en primer plano, entre esas transformaciones, algunos aspectos superficiales, pero teatralmente eficaces por pintorescos, como la conducta de los indios, la presencia de micos y loros en los balcones de sus casas a manera de blasones de la nueva caballería, la de esclavas mulatas bien plantadas y dicharacheras, como sirvientas o como doncellas de sus hijas, la difusión de bailes de origen americano, etc. Añadamos aquí que también se popularizaron canciones de tema americano, como la graciosa:

De dó viene,
de dó viene,
viene de Panamá,

según testimonio de Quevedo. Lope la incluye como baile en la escena final de *La dama boba*, quizá porque estaba en boga cuando escribía su comedia. En *De cosario a cosario*¹ transcribe dos versos de otra canción difundida al parecer desde Córdoba, cuya letra y música debieron ser también familiar a su auditorio:

¹ II, pág. 649, t. XI, Cot.

Sigue con aquesta ingrata
la cordobesa canción;
"Vénte del río Marañón,
no del río de la Plata".

y con toda seguridad que no debieron ser estas las únicas.

En lo que respecta Lope de Vega, anotamos como una curiosidad que siempre es Sevilla el escenario de las comedias en que se refleja la vida familiar de los indios, como ocurre en *La victoria de la honra*, *Virtud, pobreza y mujer*, *La esclava de su galán*, *El premio del bien hablar*, *El amigo hasta la muerte*, *Servir a señor discreto*, *Sembrar en buena tierra*, *Amar, servir y esperar* y *El arenal de Sevilla*. Se trata evidentemente de una simplificación explicable por la constante adhesión de nuestro autor a las ideas y sentimientos populares. No es imposible que Cádiz, Sanlúcar y otras ciudades andaluzas fueran también teatro de esas escenas que Lope pone en Sevilla. Pero para su público, Sevilla, como puerto de América, como centro de las transacciones comerciales en las que gran parte de los indios seguían interesados, como asiento de la Casa de Contratación, como ciudad donde la caballería sustentada en la riqueza no recibía contradicción, y hasta por razones sentimentales —añoranzas de viajes, continuas memorias de la vida colonial—, era el natural y único asiento de los indios.

Las alusiones a Sevilla como puerto del Nuevo Mundo y puerto de arribada para los indios, y de partida para los que aspiraban a serlo, se encuentran con frecuencia:

Ni naves como en Sevilla
[puerto] del indiano Mundo Nuevo...¹

...Vine de Lima a Sevilla...²

Llegué a Sevilla haciendo confianza
del oro que adquirí para servilla...³

¹ *La burgalesa de Lerma*, II, pág. 52, t. IV, Cot.

² *El testigo contra sí*, II, pág. 710, t. II, Cot.

³ *Los peligros de la ausencia*, III, pág. 193, t. XIII, Cot.

¡Cuánto deseaba el verte
tras esta larga jornada
bella ciudad coronada,
llana, hermosa, rica y fuerte!

dice en *La prisión sin culpa* (III, pág. 625, t. VIII, Cot.) un indiano al pisar su puerto. Otro, para explicar el origen de su fortuna, relata los episodios de su vida desde su llegada a Sevilla en busca de navío que le llevase a las Indias.

Llegué Fernando a Sevilla,
ciudad cuyas plantas besan
con labios de plata y oro
las antárticas riberas...¹

Y es en Sevilla, buscando navío para embarcarse, donde el generoso galán de *El premio del bien hablar* encuentra la fortuna en forma de una bella indiana:

Fortuna, que a Sevilla me trajiste
huyendo del rigor en que me hallaste,
¿en qué mar a las Indias me embarcaste
que con tal brevedad me enriqueciste?²

Alguna vez, con todo, Lope recuerda que los pasajeros a Indias se embarcan también en Sanlúcar:

Desde allí pasé a Sanlúcar;
troqué por la mar la tierra,
pasé la barra, por quien
tantas de las Indias entran...³

La comedia *El arenal de Sevilla* es toda ella un extenso retablo de fuertes colores con el tema del abigarramiento y animación de la vida del puerto en vísperas de la partida de la flota. Este retablo tiene su paralelo en *La prisión sin culpa* donde la atmósfera que se respira es la del trajín portuario en el momento en que las naves van a soltar las amarras. Corridas de marineros, disputas de pilotos, despedidas, promesas, risas, lágrimas, gritos,

¹ *De cosario a cosario*, I, pág. 636, t. XI, Cot.

² II, pág. 389, t. XIII, Cot.

³ *De cosario a cosario*, I, pág. 636, t. XI, Cot.

son los materiales con que el poeta pinta su cuadro con mano maestra.

Pero Sevilla es además la tesorera de las Indias, depósito de todas las riquezas que envía a España:

Yo soy mujer española
nacida en el lugar magno...
donde las Indias de España
dan a bautizar sus partos
en fin, de la gran Sevilla...¹

Pues aguardad una flota
y veréis toda esta arena
de carros de plata llena
que imaginarlo alborota...²

Este es un puerto indiano
que pare tantos millones,
puerto de varias naciones,
puerta para todos llana.³

Y si a ver te persuades
ciudades, vete a Sevilla,
que en ella por maravilla
verás todas las ciudades.
Y aun otro mundo está en ella
y esto no es cuento ni engaño,
que dos veces en un año
se entran las Indias por ella.⁴

Mírala por cosa extraña,
que sin ser el Potosí
recibe y sustenta en sí
toda la plata de España.⁵

y el emporio donde América trueca sus barras de plata y tejos de oro por las mercancías que necesita:

¹ *La pérdida honrosa*, II, pág. 67, t. XII, Acad.

² *El arenal de Sevilla*, I, pág. 370, t. XI, Cot.

³ *Idem*.

⁴ *El amante agradecido*, I, pág. 101, t. III, Cot.

⁵ *Id.*, II, pág. 117, l. c.

Mejor será que lleguemos
hasta la Torre del Oro,
y todo ese gran tesoro
que va a las Indias veremos¹.

De la literatura coetánea recogemos en Góngora los siguientes fragmentos, coincidentes en lo esencial con los que acabamos de reproducir:

trae cuanto de Indias
guardan en sus senos
Lisboa y Sevilla;
tráeles de las huertas
regalos de Lima...²

El mismo Góngora en la Canción que empieza *Hoy es el sacro...* dice refiriéndose al Betis:

ni por que ahora escalen su corriente
velas del Occidente,
que más de joyas que de viento llenas
hacen montes de plata sus arenas.

Y en el *Quijote* (I, cap. XXIX):

Ibamos a Sevilla a cobrar ciertos dineros que un pariente mío que ha mucho que pasó a las Indias me había enviado...

"Estómago de España y del mundo", la llama Vélez de Guevara en *El diablo cojuelo*, "que reparte a todas las provincias dél la sustancia de lo que traga a las Indias en plata y oro..." y Espinel en la *Vida del escudero Marcos de Obregón*, dice:

Estuve gozando de la grandeza de aquella ciudad, Sevilla, llena de mil excelencias, tesorera y repartidora de la inmensa riqueza que envía el mar oceano...³

De la novela *Alonso, mozo de muchos amos*, o *El donado hablador*, es el siguiente pasaje, que revela la costumbre y forma de festejar la llegada de las flotas de Indias:

¹ *El arenal de Sevilla*, I, pág. 365, t. XI, Cot.

² Romance *Hanme dicho, hermanas*.

³ Edic. cit., pág. 210, t. I.

Llegamos, como dije, a la gran ciudad de Sevilla... donde acababa de llegar la flota, y entretúveme aquella noche en ver las luminarias y alegría universal de todos los ciudadanos...¹

La Casa de Contratación

Al hablar de Sevilla, no olvida Lope que es asiento de la famosa Casa de Contratación, casa de moneda y banco de los indianos, depósito y mercado de sus barras de plata y oro:

¿Tencís algunas barras de las Indias
en la Contratación?...²

Yo he fingido que aún se guarda
la Contratación mis pesos.
¿Daráme este dinerillo?...³

¿Qué tienes tú que enviar
a las Indias con sus deudos?
Pues en la contratación
de Sevilla, mucho menos,
tienes negocios, Lisarda...⁴

Para alabar a Sevilla,
deja su Contratación
y cuanto en tierra, Girón,
de Guadalquivir la orilla.
Deja la Torre del Oro
y aquellos barcos de plata
en que el indio mar desata
su más precioso tesoro...⁵

Estos versos recuerdan los de la conocida canción popular de la época:

Vienen de Sanlúcar
rompiendo el agua,
a la Torre del Oro
barcos de plata.

¹ Edic. cit., pág. 52.

² *El testigo contra sí*, I, pág. 696, t. IX, Cot.

³ *De cosario a cosario*, III, pág. 666, t. XI, Cot.

⁴ *El desprecio agradecido*, III, pág. 26, t. XII, Cot.

⁵ *Servir a señor discreto*, I, pág. 69, t. IV, Rivad.

que Lope recoge en *El amante agradecido*, en *Amar, servir y esperar*, en *La noche de San Juan* y en *La Dorotea*, (II, esc. II).

Por su parte, Cervantes en *Rinconete y Cortadillo* dice que Monipodio tenía a algunos cofrades de oficio ocupados "en seguir los que sacaban dineros de la Contratación", y *Guzmán de Alfarache* refiriéndose a sus futuros negocios dice:

cuando allá [Sevilla] llegamos, con el deseo de aquellos perule-
ros y ver nuestra casa hecha otra casa de contratación de las
Indias, barras van, barras vienen que pudiera todo fabricarla de
plata y solarla con oro...¹

España Indias de Europa

Un factor decisivo en el orden de las transformaciones que sufre España como consecuencia de la colonización de América es el de su paulatino empobrecimiento. A pesar del oro que aflúa de las Indias, las arcas fiscales estaban cada vez más exhaustas. El tema constituye desde principios del siglo XVII una preocupación de economistas, escritores y políticos. Ya hacia fines del reinado de Felipe II el Estado sufría angustias económicas y financieras que reconocían como causas principales las guerras constantes en ambos continentes, y el creciente lujo y ociosidad de los cortesanos. Lujo y ocio que no se podían mantener con los impuestos, que cada vez rendían menos, porque la Nación iba perdiendo la riqueza del trabajo. Añádase a esto la paulatina desaparición de las industrias, por falta de brazos que las guerras sustraían. El oro de las Indias, que llegaba aún en cantidades importantes en tiempos de Felipe III, huía al extranjero para enriquecer a los industriales de la enemiga Inglaterra, de Francia, de Holanda. Pero el oro de América huía también al exterior para satisfacer a los prestamistas y usureros genoveses que apremiaban al rey. Este estado de cosas se agrava bajo Felipe IV, quien en 1632 ordenó la requisa, por no decir el despojo, de un importante cargamento de oro que para los particulares llevó la escuadra de galeones que arribó a Sevilla en dicho año. Con ese dinero se satisficieron las obligaciones más apremiantes del rey. Europa

¹ Parte II, libro III, Cap. VI.

entera se enriquecía con los despojos de las Indias y con la pobreza de España.

La literatura se hace eco de la inquietud de los economistas y del clamor de los particulares, y en el pueblo se difunde la idea simplista de que la pobreza española nacía de la envidia de Europa, y de una confabulación para arruinarla.

El sordo rencor nacional contra Europa se singulariza con los genoveses, porque por manos de genoveses principalmente, que aparecen en todos los mercados de España, se realiza el comercio con el resto del continente¹.

Tirso de Molina, interpretando el sentir popular, escribe:

Aunque vengan del Perú
virginales intereses
hallarlos es maravilla.
Pues después que hay en Castilla
boquirrubios genoveses...²

Y Góngora, en su *Égloga piscatoria*, de 1615, pone de manifiesto el contraste entre la antigua riqueza de España debida a un marino genovés y su actual pobreza debida a los usureros genoveses.

La grande América es, oro sus venas,
sus huesos plata, que dichosamente
si ligurina dió marinería
a España en uno y otro alado pino,
interés ligurino
en rubia sangre hoy día
su médula chupando esta luciente...

Son bien conocidos los versos de la letrilla de Quevedo sobre el oro:

Nace en las Indias honrado
donde el mundo le acompaña,

¹ Hasta escritores políticos como Quevedo parecen participar de la opinión popular. Así, en *La hora de todos y la fortuna con seso*, cap. XVII, escribe: "Para esto [enriquecer con los despojos de las Indias] les ha sido aplauso [a los holandeses], confederación y socorro la envidia que todos los reyes de Europa tienen a la suprema grandeza de la Monarquía de España..."

Todo el capítulo, por lo demás, podría servir de ilustración a lo que vamos diciendo. Véase también *El alguacil alguacilado* del mismo Quevedo en *Prosa*, pág. 170.

² En *Madrid y en casa*, I.

viene a morir en España
y es en Génova enterrado...

En *El sueño de la muerte*, fechado en 1622 (*Prosa*, pág. 216), reaparece el cargo contra los genoveses al referirse a la falta de dinero que padecía España:

No han descaecido las flotas de las Indias, aunque Génova ha echado unas sanguijuelas desde España al cerro de Potosí, con que se van restañando las venas, y a chupones se empiezan a secar las minas...

Las señales del malestar colectivo debieron de ser bien perceptibles cuando a veces llegan hasta Lope, habitualmente optimista respecto de la grandeza y poderío de España, e incapaz, quizá por razones de edad y formación, para percibir los síntomas de la declinación nacional. En efecto, en varias comedias alude a la pobreza creciente de España:

Que no corren blancas ya
después que está rica España...

dice en *Lo que pasa en una tarde*¹ y en *La octava maravilla*, alude al enriquecimiento de otras naciones gracias al trabajo de los españoles:

¡Ah, españoles, no sabéis
del grande bien que gozáis!
Por el oro trabajáis,
sangre dáis, mares correís
y no le sabéis guardar,
pues están tantas naciones
ricas de vuestros doblones,
vosotros pobres de dar².

Los siguientes versos de *El anzuelo de Fenisa* apuntan a lo mismo:

Es toda España montaña
bárbara en ingenio y trato.
¡Mira tú que policía,
pues de plata que le ofrece
la India, a Italia enriquece,
a Francia y a Berbería!³

¹ III, pág. 318, t. II, Cot.

² II, pág. 263, t. VIII, Cot.

³ III, pág. 385, t. III, Rivad.

CAPÍTULO IX

LOS HÉROES DEL DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA

En una obra tan popular y nacionalista como la de Lope, en donde tanta parte tienen las empresas guerreras españolas remotas o contemporáneas, así como las hazañas individuales de los héroes populares, no podía estar ausente el recuerdo de la gran empresa del descubrimiento y conquista de América, ni podían omitirse totalmente los nombres de sus héroes más representativos.

Nos hemos referido en otra parte a las causas probables de la opaca resonancia popular que los hechos de la conquista alcanzaron. Esas mismas razones nos parecen válidas para explicar el general silencio de la literatura acerca de los soldados de la conquista y sus hazañas. Y no podemos decir que en este orden de hechos el teatro de Lope sea una excepción porque de los descubridores y conquistadores de América sólo Colón, Hernán Cortés, y García Hurtado de Mendoza gozaron del privilegio de aparecer en su teatro como protagonistas de comedias heroicas.

Colón

No sólo la prioridad cronológica de la empresa colombina, sino además la probabilidad de haber sido *El Nuevo Mundo descubierto por Colón* la más antigua comedia de tema americano del teatro español¹ y por consiguiente del teatro de Lope, nos hace ocuparnos de ella en primer término.

¹ V. AURELIO MIRÓ QUESADA, *América en el teatro de Lope de Vega*, pág. 11, Lima, 1935. Morley y Bruerton la sitúan entre 1596 y 1603.

Colón es el héroe americano cuyo nombre aparece con mayor frecuencia bajo la pluma de nuestro autor. En *El Nuevo Mundo*, cuyas primeras escenas reducen a retazos escénicos la historia de los antecedentes y preparativos del primer viaje, tal como lo ofrece la *Historia de las Indias* de López de Gómara, aparece el almirante en la corte portuguesa proponiendo al rey de Portugal el patronato de la empresa. Después de escucharle el rey responde:

No sé cómo te he escuchado,
Colón, sin haber reído,
hasta el fin, lo que has hablado;
el hombre más loco has sido
que el cielo ha visto criado...
Véte en buena hora, procura
cura para tu locura...

Desconcertado por las palabras inconsideradas del rey, Colón pone su esperanza en Castilla y allá se dirige con el propósito de interesar en su empresa a los poderosos duques de Medinaceli y de Medina Sidonia.

La entrevista de los duques con el almirante (I, esc. V) está concebida en paralelo tono de aparente desconsideración para el héroe:

SIDONIA. — ¿Vos Nuevo Mundo? ¿Vos la gente opuesta?...
¿Luego antípodas hay, y hombres opuestos
a nuestros pies como yo estoy ahora?
CEL. — ¿Nuevo Mundo decís? Si le hay, tomadle...

A continuación son los pajes los que le hacen objeto de burlas bufonescas.

Estas escenas sin decoro, que se interpretan como una concesión al indelicado paladar mosqueteril, dieron lugar a la afirmación de que Lope había tratado el tema colombino con cierta ligereza y frivolidad. Menéndez y Pelayo trata de disculpar a Lope de tal acusación con el argumento de que "la sublime realidad de la historia oprime y anonada la invención poética"¹. Sin negar que la comedia acusa, como otras tantas de Lope, una elaboración preci-

¹ *Obras de Lope de Vega*, edic. Acad., t. XI, prólogo. Vossler, en *Lope de Vega y su tiempo*, capítulo XIX, pág. 319, Madrid, 1933, la elogia y cita además el elogio de Grillparzer. Miró Quesada en su libro *América en el teatro de Lope de Vega*, Lima, 1935, pág. 24 y sigs., coincide,

pitada, ¿no se ha reparado en que se está exigiendo de Lope que trate a sus héroes con la dignidad con que trataba a los suyos la tragedia clásica?

Sin duda, lo que saltaba a la vista del público de Lope era la crítica a la ceguera de los reyes y de los duques, que no tuvieron fe en Colón. El contraste entre la luz de su verdad, que le hace desentenderse de todas las humillaciones y la ceguera soberbia y desdenosa de los que no sospechaban que la fortuna había ido a arrancarle de su humildad es lo que dramatiza el poeta, así como el glorioso destino de los Reyes Católicos de estar señalados por Dios para patrocinar la empresa. Y esta intención aparece con claridad si se comparan las entrevistas mencionadas con la que luego tiene Colón con el rey D. Fernando, quien le llama "amigo" y por intercesión de la reina Isabel apoya sus planes y dispone que se le den las carabelas, armas, soldados y dineros que necesita para realizar el primer viaje.

Las primeras escenas del segundo acto transcurren a bordo de una de las naves en alta mar. Se repiten aquí, aunque en otro plano, las situaciones de comienzos del primer acto. Sus compañeros Arana, Terrazas y el mismo Pinzón, perdida la fe en Colón y dando por fracasada la empresa después de tantos días de infructuosas correrías por el mar, le llaman embustero y ambicioso, y enloquecidos en su desesperanza deciden arrojarlo al mar. Los consejos del P. Buyl, la intercesión de Bartolomé Colón y los ruegos y promesas del mismo almirante, logran la tregua de los tres días que, al salvar la vida de Colón, aseguraron la fortuna de la empresa. Entre tanto, la escena se llena de unos indios que están festejando las bodas del cacique Dulcanquellin con la raptada Tacuana. Aparece en medio de ella un indio azorado, con la noticia del arribo de las naves a tiempo que a los gritos de ¡tierra! ¡tierra! y al estampido de cañones y arcabuces salen varios soldados acompañando al P. Buyl, quien lleva una cruz verde en señal de paz. Detrás de ellos llega Colón y ordena plantar la cruz para adorarla y dar gracias a Dios por el éxito del viaje. Entre las matas, y en actitud de recelo y curiosidad ante los extraños huéspedes de la isla, acecha una india. Colón la ve y trata de atraerla excitando su

con algunas salvedades, en la opinión de Menéndez y Pelayo. Por su parte, J. F. MONTESINOS, *Teatro Antiguo Español*, t. VIII, 206, nota, la llama "comedia excelente".

curiosidad e interés con cascabeles y espejillos. Transformada la india en embajadora ante su tribu, se hace posible una junta de españoles y aborígenes. Se averigua el nombre de la isla y si hay oro en ella o en otras circunvecinas.

Seguro de haber descubierto tierras que harán

[salir a] España de pobre y [que] habrá tiempo
que no se tenga en tanto el oro y plata,
y que las piedras hasta aquí preciosas
se vengan a vender a humilde precio...

Colón resuelve volver a España y dejar en la tierra a su hermano Bartolomé¹.

El acto tercero empieza con los preparativos para la celebración de la primera misa en tierra americana. Preparativos entremezclados de amoríos de Terrazas y Arana con indias y de infidelidades de Tacuana a su esposo. Hay una explicación del credo católico a los indios, hecha por el gracioso. El demonio, entre tanto, induce a varios indios a matar a los españoles y a arrancar la cruz, pero el intento falla porque el madero ha echado profundas raíces, y su tronco reverdece y le brotan ramas, de donde los indios infieren que la religión representada por la cruz es la verdadera.

Las escenas finales son todas fieles a los relatos históricos. Aparecen los Reyes Católicos en Barcelona dispuestos a recibir a Colón, quien vuelve de su viaje con lucido séquito de indios empenachados y desnudos, portadores de papagayos y halcones y de barras de oro y plata.

El rey complacido le premia con los títulos de Duque de Veragua² y Almirante de la mar y le concede escudo de armas. La reina dispone que con el oro se fabrique una custodia para la catedral de Toledo y que los indios sean bautizados bajo su real padrino. Concluye la obra con las siguientes palabras dichas por el rey:

¹ Como se sabe, Bartolomé no acompañó al almirante en su primer viaje.

² No fué el almirante sino su nieto D. Luis Colón el arrastrado con el ducado de Veragua. Cfr. OVIEDO, Hist. t. I, Lib. IV, esp. VII pág. 116.

Hoy queda gloriosa España
de aquesta heroica victoria,
siendo de Cristo la gloria
y de un genovés la hazaña,
y de otro mundo segundo
Castilla y León se alaba.

Estas escenas finales de glorificación del héroe, quien recibe las mayores recompensas que un vasallo puede pretender de su rey, en contraste violento con las befas iniciales, arrojan mucha luz sobre las intenciones del autor y sobre la consideración que a él y su público le merecían el héroe y sus hazañas. No sale, pues, de esta comedia la figura de Colón empequeñecida ni desdorada, ni aun compadecida por haber sufrido injusticias. ¿Qué mayor justicia para sus méritos que el que apoyen su aventura los reyes más poderosos de la tierra? Para aquel público, que estimaba la honra más que la vida y la fortuna, ¿qué mayor exaltación que el ser honrado con un hábito de caballero y con un escudo de armas?

La objeción justificada que puede hacerse a la comedia es quizá la de su doble pensamiento central, pues paralelo al de la glorificación de Colón marcha el de la glorificación de la cruz, con su claro simbolismo de que va a echar raíces en la tierra recién descubierta y de que bajo sus ramas verdes de esperanza encontrarán refugio y amparo los habitantes del Nuevo Mundo. Este segundo aspecto de la comedia nos mueve a vincularla a alguna conmemoración de la exaltación de la cruz, y a preguntarnos si Lope no escribió de encargo la obra.

Otra vez aparece Colón bajo la pluma de Lope, aunque fugazmente, como personaje de la primera comedia de *El príncipe perfecto*, destinada a loar las virtudes del rey de Portugal D. Juan II, a quien, entre otras, se le atribuía el profesar en grado eminente las de humanidad y justicia.

En la comedia de Lope esas virtudes se ejercitan en favor de Colón en una ocasión en que prohombres portugueses, sabedores de que el gran almirante había desembarcado en Portugal después de haber descubierto tierras riquísimas en oro, piden venia al rey para dar muerte a Colón y ocultar la noticia del descubrimiento de América en provecho de Portugal. El rey no puede oponerse al proyecto de sus consejeros, por los inmensos beneficios que de realizarlo es derivarian para su corona, pero su recta conciencia

no puede aprobar el crimen y el despojo, y comunica a Colón el peligro a que se expone permaneciendo en Portugal. Las escenas son breves, los nobles aparecen conversando con el monarca sobre el éxito de la empresa colombina:

- D. JUAN. — ¿Cómo se han de repartir
los mares que abrió Colón?
REY. — Yo perdí buena ocasión,
pues pudiéndome servir
de Colón en esta empresa
perdimos por no admitirla
un mundo que dió a Castilla.

En la escena siguiente Colón aparece inesperadamente en palacio:

- LEONEL. — ¿No sabe Vuestra Alteza cómo vino
Colón del Nuevo Mundo conquistado
que en Portugal se tuvo a desatino?
REY. — Por infinitas causas me ha pesado,
por no haber admitido aquesta empresa,
pues de Colón mil veces fui rogado.
LEONEL. — A verte viene, y que verdad profesa
se conoce en el oro que ha traído.
PRIOR. — Pues no os pese, Señor, si habéis sentido
que ha de dañar a la conquista vuestra,
pues muerto quedará en eterno olvido.
REY. — Hacer podemos que la gente nuestra
se junte con la suya, y desta suerte
podrán matalle, y la fortuna diestra
cesará de las Indias con su muerte...
COLÓN. — No quise, gran Señor, pasar sin verte.
REY. — ¡Colón amigo!
COLÓN. — El nombre que me pones
fuera con más razón si tú aceptaras
la empresa de estas bárbaras regiones.
Yo llevo al rey Fernando cosas raras,
oro, indios, aves, plata, y sobre todo
de imperios grandes esperanzas claras.
REY. — Dios lo guardaba al castellano godo:
él lo goce, Colón, mas oye aparte...
COLÓN. — Ya de servirte es imposible el modo.
REY. — Oye, que en Portugal quieren matarte;
véte, y gocen los reyes de Castilla
este mundo que halló tu ingenio y arte.

- COLÓN. — No en balde tu grandeza maravilla
a España, a Italia, al mundo: con licencia
tuya me parto desde aquí a Sevilla...
PRIOR. — ¿Cómo, se fué Colón?...¹

Éstas son las dos ocasiones en que Colón aparece en escena. En otras comedias se le menciona como descubridor del Nuevo Mundo. En la segunda del *Príncipe perfecto* la mención aparece de nuevo vinculada a la idea de que los portugueses nutrían un sentimiento de envidia a España por la posesión de las Indias.

Con ello Lope se hacía eco, probablemente, de un sentir popular ya tradicional:

Sé que tenéis razón,
aunque el Rey no sé qué intenta,
si ya no es que envidia sienta
de las Indias de Colón.²

Jasón de Génova le llama en *La octava maravilla*:

Miseros navegantes, codiciosos
del oro de las Indias, conquistadas
de aquel Jasón de Génova solícito
que trajo a España estas manzanas de oro.³

En *La limpieza no manchada*, España, descubriendo sus tierras, venturosas porque rinden culto a la Virgen María, dice:

... Allí [están] los reinos
de Jaén y de Granada
con el andaluz imperio,
hasta donde abrió Colón
las puertas del Nuevo Mundo...⁴

En *Las Batuecas del Duque de Alba*, el salvaje Triso pregunta si además de España hay otras tierras en el mundo y se le contesta:

BRIANDA. — Y aún otro mundo segundo
que va a descubrir Colón.

¹ III, esc., XX y XXI, Rivad., IV.

² II, pág. 131, t. IV, Rivad.

³ I, pág. 257, t. VIII, Cot.

⁴ III, pág. 415, t. V, Acad.

TRISO. — ¿Quién es Colón?

BRIANDA. — Un varón
que otro mundo piensa hallar...¹

La acción de esta comedia se supone contemporánea del sitio de Granada, mientras se hacían los aprestos para el primer viaje.

En *Las cuentas del Gran Capitán*, el Almirante de Castilla se dirige al Rey D. Fernando y hablándole de las rentas que perdía con su casamiento con Germana de Foix le dice:

...pues lo habéis perdido,
diez cuentas que mandó daros de renta,
y la del Nuevo Mundo conquistado
por Colón...²

En *El blasón de los Chaves de Villalba* unos soldados en Italia se quejan del escaso dinero que les llegaba de España, pero recuerdan luego que el rey gastó mucho en la conquista de Granada y que quizá pronto pasará la angustia con los dineros que vendrán de las Indias:

D. DIEGO. — ¿De las Indias?

CAPITÁN. — ...Serán sospecho de provecho,
que agora son poco o nada.
Trujo a Granada Colón
cinco mil escudos de oro
con nuevas de un gran tesoro
y tierras de promisión;
diólos la reina Isabel
a Toledo, con que han hecho
la custodia...

D. DIEGO. — ...Era el provecho grande
y dan primicias dél.³

En el *Auto Sacramental del viaje del alma* pregunta la Voluntad.

—¿Dónde es el Nuevo Mundo?
¿Es la clima ardiente o fría?
¿Es el que ganó Colón,
aquel sabio ginovés
por Castilla y por León,

¹ II, pág. 518, t. XI, Acad.

² II, pág. 397, t. XI, Acad.

³ II, pág. 439, t. XI, Acad.

o donde puso Cortés
de España el rojo pendón?¹

En la comedia *La noche de San Juan*, un galán desesperado por que cree muerta por su culpa a su amada, que es para él un tesoro. unas Indias, dice:

Quéjate, España, de mí,
que a Colón he sido opuesto,
que él trujo a España las Indias
y yo sin Indias la dejo...²

Colón no es solamente el descubridor del Nuevo Mundo, sino el descubridor por antonomasia, e inversamente todo descubridor es Colón:

—¿De qué le sirves?...
—De carta de marear,
de Colón de su rocín,
que por mí descubre, en fin,
la tierra que ha de pasar...³

y en otra parte un galán, después de descubrir que su dama tiene dientes de perlas, mejillas de rubí, etc., dice:

Es cuanto para el deseo
nuevo Colón descubrí.⁴

Quevedo (*Versos*, pág. 256) aprovecha estos juegos de significaciones:

Tienes a Colón por risa
porque descubre tu boca
la Margarita y las Indias
perlas, rubíes y aljófár.

También Margarita está tomada en el doble significado de isla descubierta por Colón y de perlas en la boca de la dama. En otra parte el mismo Quevedo escribe:

¹ *Bib. Aut. Esp., Autos sacramentales*, pág. 159.

² II, pág. 150, t. VIII, Cot.

³ *El amigo hasta la muerte*, II, pág. 339, t. XI, Cot.

⁴ *La despreciada querida*, II, pág. 339, t. II, Ricod.

Descubriendo maravillas
y otro Nuevo Mundo en ellas,
hechos Colones mis ojos,
tendió la vista sus velos.

No es rara en los grandes escritores contemporáneos de Lope la mención de Colón. Quevedo le dedicó un retórico soneto publicado con el título de *Túmulo a Colón* (*Versos*, pág. 472), y Cervantes en *El licenciado Vidriera* hace de Venecia una rara alabanza diciéndole de ella que

a no haber nacido Colón en el mundo, no tuviera en él semejante...

Alemán, en su *Guzmán de Alfarache*, dice:

Este día, cansado de andar solas dos leguas pequeñas, ... ya me pareció haber llegado a los antípodas y, como el famoso Colón, descubierto un Nuevo Mundo¹.

Cortés

Después de Colón fué Hernán Cortés el héroe de la conquista por quien Lope mostró cierta devoción. Aunque actualmente no poseemos ninguna comedia de Lope con Cortés por protagonista, se conoce el título de una, *La conquista de Cortés*², donde el conquistador de México debió ser la figura principal. Esta comedia debe de ser la misma que con el título de *El marqués del Valle* aparece en el catálogo de Medel del Castillo. ¿Se puede conjeturar por el título que esta comedia es "indudablemente de asunto mexicano" como lo hace W. L. Fichter, en *Hispanic Review*, III, pág. 165? La frecuencia de contrastes entre títulos y asuntos en Lope debe ponernos en guardia. Conviene, además, recordar las competencias que los autores del siglo XVIII entablaban en el tratamiento de algunos temas dramáticos. Por todo ello nos parece tan probable como lo que Fichter cree indudable que Lope tomara de nuevo en esta comedia el tema de la conquista por Cortés del amor de doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar y nieto del

¹ Parte I, libro I, Cap. III.

² Este título aparece en la 2ª edic. de *El peregrino*. "En el catálogo de los herederos de Medel del Castillo consta que esta pieza se hallaba en venta en 1735." (RENNERT Y CASTRO, *Vida de Lope de Vega*, pág. 471.)

duque de Béjar, y su exaltación al marquesado del Valle por Carlos V, tema de las comedias de D. Gaspar de Ávila, *El valeroso español y primero de su casa*, en la cual los lances de amor, e intrigas de palacio, apenas dejan sitio para el recuerdo de que el protagonista es un héroe de la conquista de América. El tema condice además con la especial inclinación de Lope, y de su público, por la vida sentimental de los personajes históricos. No es imposible, pues, que para la psicología primaria del público de los corrales más que la conquista del imperio mexicano, el gran triunfo de Cortés, simple hidalgo campesino, consistió en la conquista del amor de una gran dama y su exaltación a un título nobiliario que le daba el derecho de alternar con la más encumbrada y orgullosa nobleza y de frecuentar la intimidad del más poderoso monarca del mundo.

Otra vez aparece Cortés como personaje de Lope en la comedia *La mayor desgracia de Carlos V y hechicerías de Argel*¹ crónica dramatizada, no siempre fiel a la verdad histórica, de la frustrada empresa del emperador en Argel.

Aparece en ella Cortés como marqués del Valle, ya viejo, ofreciendo al emperador, para la empresa, sus servicios y los de sus hijos. Carlos V, fiel a una leyenda tradicional, popularizada por el romancero, no parece tenerle en gran estima y le rechaza, no sin decirle con cierta crueldad que ya está viejo:

Verdades son marqués, ciertas y llanas;
dígalos Moctezuma en las prisiones,
las fuerzas de Taxcalla y mejicanas.
Viejo estáis ya, Fernando...²

¹ La paternidad de esta obra, tradicionalmente atribuida a Lope, está ahora en discusión. Schevill y Spencer, en su erudita obra *The dramatic works of Luis Vélez de Guevara* (University of California Press, 1937), la atribuyen al autor de *El diablo cojuelo*. Arguyen en favor de su tesis la existencia de una edición suelta del siglo XVII en que se atribuye a Vélez y que el hecho de estar atribuida a Lope en la parte XXIV llamada *extravagante* de sus comedias nada decide. Dicen además que "el estilo y la manera denuncian a Vélez como autor". No contribuyen a aclarar el problema Motley y Bruerton en su monumental *Chronology of Lope de Vega's comedias* (New York, 1940), donde dicen que Schevill la atribuye a Vélez, pero no parecen convencidos de tal paternidad y la estudian como de Lope, con lo que parecen aceptar la atribución tradicional. Menéndez y Pelayo no duda de que sea de Lope (cfr. *Obras de Lope de Vega*, edic. Acad., t. XII).

² Acto I, pág. 156, t. XII, Acad.

En el acto II el Duque de Alba menosprecia orgulloso las hazañas de Cortés, poniendo de resalto la diferencia entre las luchas con los desnudos mexicanos, destituidos de valor y ciencia militar, y las aguerridas huestes argelinas:

Señor, como Hernán Cortés
aunque son tantos sus hechos,
tuvo con gente desnuda
sus batallas y reencuentros,
gente en fin que se espantaba
de un caballo y de los ecos
de un arcabuz, imagina
que ha de ser aquí lo mismo.
Esta guerra es diferente;
los contrarios son tan diestros
como nosotros; no saben
tener a las balas miedo...

Cortés, dolorido y quejoso por la dirección de la guerra, que él estimaba funesta, replica:

¿Cómo puedo yo negar
lo que se sabe tan cierto?
Tropas de desnudos hombres
a mi espada, Señor, dieron,
pero no añade el vestido
bizarro valor al pecho,
ni el acero de las armas
dará al corazón aliento...¹

En el mismo acto, viendo Cortés cumplidos sus vaticinios y perdida la batalla, exclama:

... ¡Ay, cielo! ¡Quién tuviera
los quinientos soldados a su lado
con que en las Indias fuí tan respetado!²

Homenaje que el autor ofrece al popular y preterido héroe, y reconocimiento, de los pocos que la literatura española concede, al valor de los soldados que conquistaron el Nuevo Mundo.

¹ II, pág. 173, l. c.

² *Id.*, pág. 174.

Otras veces más aparece Cortés, mencionado accidentalmente por Lope. Una de ellas, en el *Auto sacramental del Viaje del alma*;

El gran Cortés fué Josué Católico...¹
y luego:

¿Dónde cay el Nuevo Mundo...
o donde puso Cortés
de España el rojo pendón?²

En la comedia *Las pérdidas del que juega*:

Y acuérdomme de un favor
que hizo el Emperador
a Cortés y a vuestro padre.
Después ya de haber pasado
aquella borrasca fiera,
por fin, el sol en su esfera
dijo, vuelto al mar impío:
"Si es que escapado se han
Fernán Cortés y don Juan,
el mundo vendrá a ser mío..."³

Que Cortés fué el más popular y famoso de los capitanes de la conquista, podemos medirlo además porque es quien recoge más sufragios entre los escritores.

Lo menciona Cervantes en *El licenciado Vidriera* al recordar que la ciudad de México por él conquistada está, como *Venecia*, edificada sobre las aguas, y en el *Quijote* cuando dice que el deseo de adquirir fama incita a los hombres a realizar acciones heroicas:

¿Quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo?⁴

Quevedo en la *Vida de Marco Bruto* cita a Cortés entre los vasallos que, después de conquistar reinos para sus monarcas, son víctimas de la envidia de los cortesanos y de la desconfianza de sus señores:

¹ *Autos sacramentales*, pág. 149, *Rivad.*

² *Id.*, pág. 153.

³ I, pág. 457, t. VIII, *Cot.*

⁴ II, cap. VIII.

Los vasallos que conquistaron reinos... desde Belisario a Hernán Cortés, pasando por Gonzalo Fernández, siempre adolecieron de sus propias victorias¹.

Alemán en el *Guzmán de Alfarache*, refiriéndose a los actos heroicos nacidos de la necesidad, dice:

Cante sus alabanzas [las de la necesidad] el valeroso Cortés, verdadero esposo suyo².

Suárez de Figueroa, en *El Pasajero*, mordaz crítico siempre de las costumbres de su tiempo, al reprobar la soberbia y altiva condición de la nobleza (edic. cit., pág. 326), que llegaba hasta a menoscabar la dignidad de los ministros del altar, propone el espejo de

...la ejemplar y cristiana costumbre de aquel valeroso español Hernando Cortés, milagroso conquistador de México. Arrojábase del caballo en encontrando algún sacerdote, y postrado a sus pies besaba sus vestidos. Dejaba con la frecuencia desta sumisión y humildad atónitos a los indios, y sobremanera obedientes y devotos de tales hombres, a quien tenían por deidades.

Algunas páginas adelante, al censurar la costumbre cortesana de murmurar de los capitanes afortunados, murmuración que no es otra cosa que envidiosa malquerencia, dice:

No se vieron libres Belisario y el Cid deste áspid venenoso y en siglo más reciente, el Gran Capitán y el invencible Cortés ¿qué disgustos no padecieron en la ancianidad con pleitos y emulaciones?

¿Se inspiró Quevedo en este fragmento de *El pasajero*, escrito por 1617, al redactar sus comentarios a la *Vida de Marco Bruto*?

Hurtado de Mendoza

El tercer soldado de la conquista favorecido por la pluma de Lope fué D. García Hurtado de Mendoza, protagonista de *El Arauco domado*. Esta extraña comedia, inspirada en el poema del mismo

¹ *Prosa*, pág. 759.

² *Libro III*, cap. II de la parte 1ª.

título de Pedro de Oña¹, es toda ella un interesado panegírico de D. García, y está dedicada a su hijo don Juan Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, magnate poderoso de quien Lope se llama capellán. José Toribio Medina y Menéndez y Pelayo coinciden en suponer que el autor fué movido a escribirla para competir con los autores de las comedias *El Gobernador prudente*² y *Algunas de las muchas hazañas de D. García Hurtado de Mendoza*³, las cuales también tienen tono panegírico. Probablemente todas tres fueron alentadas por el Marqués de Cañete, empeñado en una campaña de reivindicación de los prestigios de su padre empañados por la postergación y desdén de que fué objeto por el rey Felipe III.

Otra explicación de este repentino fervor admirativo por un capitán de la conquista, cuyas modestas hazañas no pueden parangonarse con las de los Pizarros o Valdivias, no aparece congruente con lo que vamos conociendo de la repercusión que las guerras de la conquista tuvieron en la literatura peninsular.

Resumiendo, el argumento del *Arauco domado* es el siguiente:

Un sacerdote lleva el Santísimo Sacramento a la iglesia de La Serena, y el héroe, queriendo dar un ejemplo de religiosidad a los indios, se tiende en el suelo para que el portador de la sagrada forma

Por cima dél hiciese paso y vía
tratando con el pie su cuerpo humano
pues el de Dios trataba con la mano⁴.

Al mismo tiempo quiere dar ejemplo de carácter y ordena que vuelvan presos a Lima los dos capitanes que se disputaban el mando de Chile. Una escena de amor sucede entre Caupolicán y Fresia y a ésta un diálogo entre un indio agorero y el demonio Pillán, donde se pronostica la sumisión de los indios a los reyes de España por la mano de D. García. En seguida una escena en Talcahuano, fuerte que los indios van a atacar. Aparecen D. García,

¹ Cf. MENÉNDEZ PELAYO, *Obras de Lope de Vega*, t. XII, edic. Acad., Prólogo. MEDINA, *Anales de la Univ. de Chile*, 1917, pág. 793, sostiene que la comedia está inspirada en la obra de SUÁREZ DE FIGUEROA *Hechos de D. García de Mendoza*, Madrid, 1613.

² De D. Gaspar de Ávila. (V. *Bib. Aut. Esp.* t. XLIII.)

³ La escribieron nueve autores encabezados por Juan Ruiz de Alarcón y Luis Belmonte Bermúdez. Cf. MENÉNDEZ PELAYO, l. c., en nota 1.

⁴ Oña, *Arauco domado*, Canto I.

su hermano D. Felipe y D. Alonso de Ercilla, quienes se exhortan mutuamente a sostener con denuedo el ataque de los veinte mil araucanos. Luego la batalla: flechas, sullidos, combates singulares y los indios penetrando en el fuerte. El peligro cesa por fin, los indios son rechazados. Cambia la escena, campamento de indios, amores, preparativos de otra batalla. Entre tanto los españoles se aprestan para celebrar la fiesta de San Andrés, en homenaje al Virrey del Perú y padre de D. García. Nueva batalla con los indios. Galvarino es tomado prisionero y a poco Ercilla relata el suplicio del jefe indio a quien acaban de cortar las manos. Refiere además a D. García que ha llegado un yanacona de paz, anunciando que en Cayocupil los araucanos iban a celebrar una gran fiesta y borrachera con música salvaje, cántaros de chicha y víctimas humanas:

Esta noche es la primera:
hay instrumentos chilenos
y españoles para asarse,
soldados y aun de los buenos;
tienen para emborracharse
de chicha cántaros llenos.
¡Estorba este desatino!

Después de algunas disposiciones para evitar el terrible sacrificio, D. García anuncia haber recibido de España la noticia de la abdicación de Carlos V y el advenimiento de Felipe II al trono. Vuelve Ercilla a comunicarle que:

Caupolicán ha juntado
en Purén todo el senado
de sus caciques que quiere...
salir en campo formado.
Están agora en la fiesta
donde el casco de Valdivia
sirve de copa, en que puesta
sangre humana fresca y tibia
quieren beber sobre apuesta.

Le insta a correr para impedir que los indios cumplan sus inhumanas intenciones.

Concluye el acto, y la obra, con la prisión de Caupolicán, quien aparece en las escenas finales atado a un palo y confiesa haberse

convertido al cristianismo. En esto se ve en la escena una estatua de Felipe II. Todos los actores se vuelven y le rinden homenaje.

Magallanes

Aparte de los héroes del descubrimiento y conquista que aparecen como protagonistas de comedias, otros hay cuyos nombres aparecen mencionados en la obra de Lope vinculados al recuerdo de sus hazañas. En el capítulo sobre la *Geografía del oro* nos hemos ocupado del nombre de Magallanes como expresión geográfica. Mención que atañen a su profesión de piloto y descubridor hay en el *auto sacramental del Viaje del alma*, donde el Demonio dice:

Soy un piloto profundo
Magallanes del estrecho
de los deleites del mundo,
y en las Indias del provecho
un Draques, dragón segundo...¹

En *Las bizarrías de Belisa*, se dice:

—¡Al Prado, cochero, al Prado!
Da la vuelta.
A la Victoria
Magallanes de los coches².

Magallanes de los coches se llama al cochero por piloto de ellos, pero la imagen aparece asociada a las palabras *vuelta*, y *Victoria* con las que se alude a la nave *Victoria* de la flota de Magallanes, que fué la primera en dar la vuelta al mundo.

Los Pizarros

No hemos topado en el teatro de Lope recuerdo alguno de los Pizarros, aunque se les cita en *La Dragontea* y en el *Laurel de Apolo*. De no estar tan ausentes de la literatura peninsular las resonancias de las guerras de la conquista y de las hazañas de sus

¹ *Rivad. Autos sacramentales*, pág. 153.

² II, pág. 459, t. XI, Cot.

grandes soldados, con las poquísimas excepciones conocidas, hubiéramos podido interpretar el silencio alrededor de los Pizarros como una consigna que nadie se atrevería a denunciar. Consigna que podríamos estimar nacida de la repulsa popular contra los conquistadores del Perú, sobre quienes pesaba la infamante acusación de rebeldía contra la autoridad real. Mateo Alemán denuncia la poca simpatía nacional hacia los Pizarros y afirma la vigencia de la acusación, cuando dice en el *Guzmán de Alfarache*:

Alzaseos a mayores como Pizarro con las Indias...¹

Pero la hipótesis de la consigna es insostenible considerando que la famosa trilogía americana de Tirso tiende a restaurar en el sentimiento popular la estimación de la memoria de los conquistadores del Perú, y que Vélez de Guevara escribió una comedia, desgraciadamente hoy perdida, dirigida seguramente al mismo fin intitulada *La gloria de los Pizarros y palabras de los reyes*.

Por su parte, Cervantes tiene también un curioso recuerdo para Pizarro y Orellana en *Persiles y Segismunda*. Cuando los protagonistas de la novela, con sus acompañantes, salen de Badajoz para proseguir su peregrinación a Roma, se les acerca un caballero y les ruega que lleven una criatura recién nacida a la ciudad de Trujillo para entregarla a uno "de dos caballeros que en ella y en todo el mundo son bien conocidos: llámase el uno don Francisco Pizarro y el otro D. Juan de Orellana, ambos mozos, ambos libres, ambos ricos y ambos en todo extremo". ¿Qué razones indujeron a Cervantes a dar estos nombres a los dos fugaces personajes de su novela? ¿Solamente el recuerdo de que los Pizarros fueron naturales de Trujillo, al tener que hacer marchar a sus héroes por esa vía? El decir que ambos caballeros *en todo el mundo son bien conocidos*

¹ Parte II, Libro II, Cap. IV. ¿Fue Alemán el inventor de la frase que adquirió pronto categoría de refrán, o la recogió ya acuñada de la boca del pueblo? La pregunta se explica si se tiene en cuenta que Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, compilado en los últimos años de su vida (m. en 1631) registra la frase "Alzarse como Pizarro con las Indias", que explica diciendo: "El otro día comentó este refrán y ya es muy notorio y su historia muy sabida, conque me excuso de alargarme en él, si bien, habrá ocasión de dolernos del valor tan mal logrado de aquellos conquistadores y su mala fortuna" (2ª edic., Madrid, 1924, pág. 39).

nos parece intencionado. Este párrafo y la comedia de Vélez ¿estarán vinculados al mismo impulso que hizo nacer la trilogía de Tirso?

Otros conquistadores

En estas comedias, por naturales exigencias de la verdadera historia a que se refieren, aparecen también en la escena otros conocidos marinos y soldados de la conquista. Así, en el *Nuevo Mundo descubierto por Colón*, al lado del almirante figuran como personajes Bartolomé Colón, Vicente Yáñez Pinzón, el P. Buyl y los soldados Arana y Terrazas. En el *Arauco domado*, en el séquito del protagonista, figuran su hermano D. Felipe de Mendoza y D. Alonso de Ercilla, y al referirse a las disputas de los españoles en Chile se mencionan los nombres de Valdivia, Aguirre y Villagrán.

Pero ni la intervención ni la cita suponen otra cosa que la enmarcación histórica, los puntos de referencias necesarios para comprender el desarrollo de la fábula dramática.

Los héroes indios

Esto último es válido también para los héroes indios que aparecen en *El Arauco domado*, como Caupolicán, Tucapel, Rengo, Galvarino, Talgueno, Ormpello, Ongol y Lautaro, nombres antes que personas, de los que Lope no podía prescindir al proponerse como tema las guerras del Arauco, tan identificados estaban con ellas por obra de Ercilla.

Los emperadores indios Atahualpa y Moctezuma son también una que otra vez mencionados en la literatura. En la comedia *Las ferias de Madrid* aparece uno de los galanes y dice a otro vestido a lo indio con gran aparato de plumas de colores:

Y vos de indio [parecéis] el mismo Atabaliba
¡Galán salís, a fe de caballero!¹

¹ III, pág. 619, t. V, Cot.

Algo había oído, pues, Lope sobre el lujoso vestir de los Incas, y sobre la riqueza, porque para ponderar la de un pretendiente escribe en otra parte:

Que es nieto de Atabaliba,
y de los Ingas desciende¹.

También para Quevedo decir Atabaliba o Moctezuma valía tanto como decir Fúcar o Crespo. Así en las *Cartas del caballero de la Tenaza* se dice:

¡Cien ducados! No lo tuvo Atabalipa ni Motezuma.

y en otra parte (*Versos*, pág. 351):

¡Atabaliba es su suegro...!

Para Villegas, Moctezuma es emperador indio. En una composición dedicada a una joven esposa cuyo marido pasa a Nueva España dice:

Lloras al tierno esposo que la espuma
dejó del Oceano
y agora pisa quieto el país llano
que se acuerda de tanto Motezuma...²

Reconquistadores de Bahía

Incompleto quedaría este capítulo si no incluyéramos en él las menciones que hace Lope de los soldados y marineros que se distinguieron en las guerras contra los corsarios ingleses y holandeses que tuvieron por escenario, ya el mar, ya las tierras de América.

En la comedia *El Brasil restituído* son glorificados los dos capitanes de mar y tierra que intervinieron en la reconquista de la ciudad de Bahía de manos de los holandeses en la semana santa de 1625.

Ellos fueron D. Fadrique de Toledo, de quien se dice que el rey Felipe de España

¹ *El amante agradecido*, III, pág. 130, t. III, Cot.

² *Eróticas*, pág. 102, edic. cit.

nombró para general
de mar y tierra las armas
de un generoso manzebo
que lo es de esta misma armada,
nuevo Pirro, nuevo Aquiles,
de ilustrísima prosapia
de los Toledos y Osorios,
a quien don Fadrique llaman,
hijo de aquel gran don Pedro
que en Berbería, en Italia
y en Francia, tantas coronas
ciñen las ilustres canas...¹

De este afortunado capitán, hijo del duque de Alba, recordado también como diestro marino en *La moza de cántaro* (II, esc. XII), se dice en el acto III:

La fama de César calla
con D. Fadrique...

Don Enrique de Alagón recibe el calificativo de

...Nuevo César
de los nobles Alagones².

La hipérbole sube de punto al referirse a D. Juan de Orellana:

MENESES. — La fama de vuestros hechos
confiesan Italia y Flandes

FADRIQUE. — A vuestros merecimientos,
D. Juan, son pocos laureles
quantos crían Delfo y Delos³.

Oscuros soldados como Diego de Espinosa, son llamados

...De Madrid gloria,
capitán de arcabuceros

Pedro de Santisteban y Diego Ramírez reciben también su parte de alabanzas.

En la comedia *El arenal de Sevilla* (III, esc. II), se recuerda a

¹ II, pág. 48, edic. cit.

² *L. c.*, pág. 58.

³ II, *l. c.*, pág. 66.

...el gran Don Bernardino
de Avellaneda, por quien
tiembla el mar indio, y también
teme el inglés su camino...

Y en *Amar, servir y esperar* se relata el ataque holandés y la
defensa del Callao por el marqués de Guadalcázar en 1624.

CAPÍTULO X

LAS INDIAS COMO PARTE DEL IMPERIO ESPAÑOL

Reinos y tierras

Es frecuente en las comedias de Lope, especialmente en las heroicas, la orgullosa mención de los reinos y tierras regidos por la mano del monarca castellano. El arraigado sentimiento nacional del poeta y de su público pareciera complacerse con este ingenuo alarde del poderío español, que llevaba además implícito, por razones circunstanciales, un matiz de desafío y amenaza para las potencias que, individualmente o coaligadas, acechaban al gigante para acometerle en sus momentos de debilidad.

Un ejemplo ilustrativo es el siguiente, tomado de *El cerco de Viena por Carlos V*. El emperador es desafiado por Solimán, y sus soldados representantes de las regiones de su imperio, quieren impedirle que acepte el desafío. Carlos V les contesta:

Flandes, España, Castilla,
Bohemia, Alemania, Hungría,
la gran Nápoles ya mía,
y desde Cuenca a Sevilla,
y cuantos reinos de nuevo
algún tributo me dan
contradecirlo podrán,
pero yo solo lo apruebo.
Yo le acepto el desafío...¹

¹ II, pág. 103, t. XII, Acad.

Omissiones y mencio-
nes de América

En este fragmento no se mencionan las Indias entre los dominios del César. En el acto tercero hay también una relación de las tierras regidas por la corona española en que tampoco se la menciona. En la comedia *La mayor desgracia de Carlos V y hechicerías de Argel* (I, pág. 154, t. XII, Acad.) se vuelve a nombrar las tierras del dominio del emperador sin que aparezcan las Indias entre ellas. El olvido se repite en otras comedias en ocasiones similares.

Las menciones, sin embargo, son tanto o más numerosas que los silencios:

Bisnieto soy, Señor, de aquél Fernando
que dió a lo Indios fe, y al laterano
rompió la voz, la Inquisición fundando¹.

Invictísimo César, Sol, monarca
de América y Europa, pues que vienes...²

En esta misma comedia el turco Dragut llama a Carlos V

Señor de América y Asia
y dueño de media Europa...³

En *El mejor mozo de España*, Rodrigo, dirigiéndose a doña Isabel de Castilla en el momento en que concierta su boda con D. Fernando, le dice:

...mereces
que te vengan a ofrecer
parias los indios remotos...⁴

De *Los comendadores de Córdoba* (II, pág. 283, t. XI, Acad.) es la profecía siguiente:

Que un Carlo dicen que le espera a España
y otro Filipo que con nuevos mundos
verán los que la aurora en perlas baña
tocando los antípodas profundos...

¹ *La Santa Liga*, III, pág. 343, t. XII, Acad.

² *La mayor desgracia de Carlos V*, III, pág. 183, t. XII, Acad.

³ I, pág. 162, l. c.

⁴ III, pág. 630, t. III, Rivad.

En la comedia *Carlos V en Francia*, Leonor, dirigiéndose al Emperador le dice:

El mundo antártico es vuestro,
hasta el indio os viene a ver¹.

"Monarca y Señor de dos mundos"² se llama a Felipe III en las comedias *La octava maravilla* (II, pág. 259 y III, pág. 279, t. VII, Cot.), *De cosario a cosario* (I, pág. 636, t. XI, Cot.) y *El amigo hasta la muerte* (III, pág. 353, t. XI, Cot.) y se hinche las medidas del orgullo nacional cuando se relatan los festejos que se hicieron con motivo del nacimiento de Felipe IV, diciendo que las Indias participan de la alegría de España y también en ella se celebra el feliz acontecimiento con fastuosas fiestas:

En las Indias orientales
y antárticas las habrá [fiestas]
pero no es mucho, si allá
son vasallos naturales³

o cuando se recuerda que con la posesión de las tierras de la corona de Portugal

...se puede andar por tierra de Felipe

del uno al otro cabo del mundo, puesto que

...hasta él ninguno tuvo
su cetro de playa a playa⁴.

Las diferentes tierras nutren razas distintas

desde el indio negro
al blanco alemán...⁵

¹ II, pág. 138, t. XII, Acad.

² Esto es de Europa y América. Aunque esta expresión no tiene aquí otro alcance que el de ver a América como parte integrante del dominio geográfico y político del monarca español, para los españoles cultos de la época de Lope no era ajeno el sentimiento de que la unidad *Europa y América* era también la "expresión geográfica del ámbito ocupado por la cultura moderna". (Cfr. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Lope de Vega, el arte nuevo y la nueva biografía*, en *Revista de Filología Española*, 1935, XXII, págs. 337-398.)

³ *La noche toledana*, I, pág. 103, t. XIII, Cot.

⁴ *La octava maravilla*, I, pág. 248 y 251, t. VIII, Cot.

⁵ *San Diego de Alcalá*, II, pág. 51, t. V, Acad.

todas sometidas al dominio del monarca español¹. Una visión concreta de este inmenso poder asalta de pronto la imaginación del poeta, quien ve a España como un gigante poderoso que tiene asentado

en Castilla el pie derecho,
y a las más remotas Indias
aleanee con el izquierdo...²

Gracias a esta inmensa extensión de sus dominios la Fama se acogerá a su patrocinio para pregonar una verdad que todo católico quiere difundir:

FAMA. — [Después de llamar a Europa, Italia, Asta y Africa]
América, que un tiempo te añadiste
por la opinión antigua, fabulosa,
pues de blasones de Hércules distinto
te dió nuevas columnas Carlos quinto,
oye el pregón que la piedad cristiana
me manda pregonar por todo el orbe:
[la virgen María nació sin pecado]³.

No pueden interpretarse, pues, las omisiones como desdén. Las menciones nos aseguran que, para el poeta, América confundida con España integraba el imperio que sustentaba el poderío sin par de los monarcas castellanos.

¹ Cfr. la canción de JÁUREGUI, *La monarquía de España en la muerte de la reina Margarita* que dice:

tu muerte llorarán los pardos chinos
los indios negros y alemanes rubios...

² *Amar, servir y esperar*, II, pág. 233, t. III, Cot.

³ *La limpieza no manchada*, II, pág. 417, t. V, Acad.

CAPÍTULO XI

EL NUEVO INSTRUMENTAL RETÓRICO

Las fórmulas
retóricas

Un hecho capital desde el punto de vista literario, que refleja la profundidad del cambio que la vida española experimenta con la conquista de América y la conciencia de que con ella, y con la integración de las Indias en el ámbito de los intereses vitales de España, se instaura una nueva época histórica, es el de la aparición de un nuevo instrumental retórico forjado con los elementos ofrecidos por la vida del Nuevo Mundo, que compite con éxito con los prestigiosos lugares comunes tradicionales.

Las fórmulas retóricas heredadas de la literatura greco-latina, con la frecuencia del uso, habían desgastado su expresividad¹. Pero además de eso su simbolismo nunca pudo tener significados plenos para la imaginación de la mayoría, por las limitaciones propias de su carácter erudito. Los nuevos símbolos, por contraste, eran más eficaces, no sólo por lo novedosos, sino especialmente por la riqueza de resonancias afectivas y sentimentales de todo orden que despertaban, por estar referidos a una experiencia de la que la nación entera participaba. Así mediaba toda la distancia que hay entre el lugar común y la expresión poética entre decir *Scila* y *Caribdis* y decir *Bahamas* y *Bermudas* para evocar los pe-

¹ Lope tenía conciencia de que los símbolos de la retórica humanística no eran más que lugares comunes totalmente desposeídos de sugerencias de tipo poético. Sirva de ejemplo el siguiente pasaje de *La burgalesa de Lerma*, I, esc. I:

— ... Juan Rubio
— ¿Qué Rubio?
— El sol,
que eso de Apolo es muy viejo...

ligros de la navegación. Y el choque emocional que se podía lograr lanzando de pronto la palabra *caribe* no se alcanzaría jamás con el pedante *antropófago*. Las voces procedentes del Nuevo Mundo, pues, en las cargas semánticas afectivas, o en las significaciones concomitantes e imprecisas, encerraban virtudes poéticas inespereadas, que fueron pronto advertidas y puestas a contribución por los poetas.

Hemos transcrito en páginas anteriores un fragmento de Fernando de Herrera en el que junto al Ganges y al "fértil bando del Nilo" se cita "el Darién, la sona" y otro en el que se contrapone el "lapón frío", no al etiope, sino al habitante del "Amazonio río" a quien "el alto Febo abrasa tanto". Con Herrera se aplican a la tarea renovadora los líricos (Góngora, Medrano, Quevedo, Villegas) y en mayor grado Lope en el teatro. Para todos *Indias* es cifra de riquezas, lucro y clima tórrido, como *Potosí* es símbolo de la plata y el *Perú* el del oro, como antes lo fué Arabia o Tíbar. El nombre de *Atabaliba* dice más a la imaginación como expresión simbólica de la riqueza que el de Cresos o Midas.

La geografía fantástica y las lejanas tierras inaccesibles, con su cohorte de peligros y misterios, se evocan ahora con *Indias*, *Mar de Magallanes* o *Tierra del fuego*. *Quivira* o *Polo Antártico* disputan a Catay o Sofalan la representación de los extremos límites del mundo. Góngora prefiere expresar la barbarie, la fiereza y la salvaje obstinación con el *Flechero parahuay* y el *bárbaro caribano* antes que recurrir al *flechero parto* o al *fiero scita*. Para Villegas *Mar de Magallanes* es 'mar peligroso' lo mismo que para Quevedo y Espinel. Para Lope, *Brasil* significa 'tierra ardiente' y lo contrapone a Noruega o a la Scitia helada. *Indio* es para todos la concreción de la barbarie, como *caribe* la de la inhumanidad y la antropofagia. Sería inútil seguir repitiendo los ejemplos que se encuentran ya transcritos en las páginas que preceden. En cambio, cabe aquí la mención de las denominaciones retóricas que nuestro autor da a las Indias como *Polo antártico*, *indio suelo*, *antípodas*, *mar antártico*, *Indias de Occidente*, etc. que se explican por la concepción de la poesía entonces predominante y que se transforman también y muy pronto, a fuerza de mecánicas repeticiones, en lugares comunes sin ningún contenido emocional.

Apolo padre del oro

Otro tipo de lugar común tradicional, el que atribuía a Apolo o al sol la paternidad del oro, adquiere renovada vitalidad, como lógica consecuencia de la fama de las minas de América. Para Calderón el sol sigue engendrando el oro, pero no en cualquier parte sino sólo en el suelo de América:

y no vale tanto el oro
que el sol engendra en el indio
suelo y que conduce el mar...¹

En Lope de Vega la figura aparece varias veces:

Y cuando se parte [el sol]
a las playas indias
a criar el oro...²

En *Amar sin saber a quién* (II, pág. 304, t. XI, Cot.) se dice:

El sol trae de las Indias su tesoro

En el primero de los dos ejemplos, el mito de la paternidad del oro aparece estrechamente ligado a otro lugar común de la retórica de Lope: el de la llegada de la noche por la marcha del sol a las Indias:

Pero recogéos, cristianos,
que se va el sol a las Indias...³

Agora que el sol se ausenta
para dar luz a los indios...⁴

Mas cansado [el sol] de aguardar
a estos necios, y enfadado,
se va sin comer bocado
a las Indias a cenar...⁵

Vino la noche callada
con sus temerosos hijos,

¹ *El Alcalde de Zalamea*, II, esc. XV.

² *Querer la propia desdicha*, III, pág. 465, t. XIII, Cot. Otros ejemplos en pág. 115.

³ *Los palacios de Galiana*, II, pág. 195, t. XIII, Acad.

⁴ *Tanto hagas cuanto pagues*, I, pág. 662, t. IX, Cot.

⁵ *Querer más y sufrir menos*, I, pág. 44, t. IX, Cot.

la sombra, el hurto y el sueño,
y fuése el sol a las Indias¹.

...que antes que el sol a las Indias
alumbre segunda vez
le tengo de empalar vivo...²

En *El valiente Juan de Heredia* (II, pág. 640, t. II, Cot.) escribe:

No bien, pues, el claro hijo
de Latona veinte veces
pasó a dar luz a las Indias
por la eclíptica celeste...

otra manera de expresar la misma idea se da en el siguiente fragmento de *Del monte sale* (III, pág. 87, t. V, Cot.):

Y cuando el sol declinaba
al polo por donde dicen
que al mar de otro mundo pasa...

La figura se aplica también a las personas. En *El poder en el discreto* se compara el amor del rey a la luz del sol que ilumina alternativamente los dos hemisferios:

Dará sus rayos primeros
en mí, si es Sol de las dos,
y seréis sus Indias vos,
que vendrá de noche a veros...³

La misma comparación aparece en la comedia *Servir a buenos*, con la pequeña variante de implicarse además en ella la idea de la contraposición geográfica de las dos Indias:

...respondiera
que a tal Sol es corta esfera,
cosa que queráis hacer
Indias, aunque occidentales,
pues aquí de noche estáis:
pero cuando amanecáis
las volveréis orientales⁴.

¹ *Los muertos vivos*, II, pág. 653, t. VII, Cot.

² *El esclavo de Venecia*, II, pág. 343, t. V, Cot.

³ III, pág. 474, t. II, Cot.

⁴ I, pág. 428, t. II, Rivad.

Si el sol pasa sus noches en las Indias occidentales, la noche nace en las orientales:

¡Oh noche, que por sendas mal formadas
huyendo vienes del ligero día,
que desde el indio, por incierta vía,
te sigue, las espaldas enlutadas...¹

...cuando olvido y sueño,
caballos de la noche,
saquen del indio mar su negro coche...²

...cuando la vecina noche
que de los indios despierta...³

Otras veces, la noche huye furtivamente a las Indias occidentales temerosa del sol:

Cuando la vecina noche
tuvo la noche inclemente
y a las Indias de occidente
huya [la noche] con plantas desnudas...⁴

Llegamos con esto al fin de nuestro trabajo. Creemos haber alcanzado a reconstruir, en parte, la idea que Lope y su público tenían de las Indias, de sus pobladores y costumbres, de la variedad de sus productos naturales y de la vida de los españoles en ella. Idea formada a través de la distancia, de los conocimientos incompletos de la geografía americana, de los relatos deformadores y confusos de los viajeros, o interesados de los historiadores.

Asimismo creemos haber logrado un atisbo del nuevo estado de España, de las modificaciones que experimentó la vida española en lo material, social y espiritual como consecuencia de la colonización de América, a través de la obra dramática de un poeta que nunca vió el espectáculo de la vida española de manera distinta de la de su público, y que por ello supo, mejor que nadie, reflejar en su obra las preocupaciones y esperanzas de su pueblo y de su tiempo.

¹ *Los peligros de la ausencia*, II, pág. 191, t. XIII, Cot.

² *El Hamete de Toledo*, II, pág. 188, t. VI, Cot.

³ *Querer la propia desdicha*, I, pág. 437, t. XIII, Cot.

⁴ *Amar sin saber a quién*, II, pág. 305, t. XI, Cot.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE LOPE DE VEGA

- Obras de Lope de Vega*, edición de la Real Academia Española, editor Marcelino Menéndez Pelayo, 15 tomos. Madrid, 1890-1913. Va citada *Acad.* Los números romanos I, II, III, indican el acto o jornada de la comedia, cuando indican tomo de la edición van precedidos de t.
- Obras de Lope de Vega Carpio*, edición de la Real Academia Española, editor Emilio Cotarelo y Mori, 13 tomos, Madrid, 1916-1930. Los tomos IX, X y XI salieron al cuidado de Angel González Palencia, Federico Ruiz Morcuende y J. García Soriano respectivamente. Citada *Cot.*
- Comedias escogidas de Lope de Vega*, edición de Juan Eusebio de Hartzem-busch, 4 tomos, en *Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra*. Cita-da *Rivad.*
- El Cuervo Loco*, edición de J. F. Montesinos en col. *Teatro antiguo espa-ñol*. Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1922.
- La noche de San Juan*, edición de Homero Seris, colección *Universal*, Ma-drid, 1935.
- El remedio en la desdicha y El mejor alcalde, el Rey*, edic. de J. Gómez Ocerin y R. M. Tenreiro. Madrid, *Clásicos castellanos de La Lec-tura*, 1931.
- El cordobés valeroso Pedro Carbonero*, edic. de J. F. Montesinos en col. *Teatro antiguo español*. Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1929.
- Barlaán y Josafat*, edic. de J. F. Montesinos en col. *Teatro antiguo español*. Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1935.
- La corona merecida*, edic. de J. F. Montesinos, en col. *Teatro antiguo espa-ñol*. Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1933.
- El Marqués de las Navas*, edic. de J. F. Montesinos en col. *Teatro antiguo español*. Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1925.
- El Brasil restituído*, edic. Gino de Solenni. New York, Instituto de las Españas, 1929.
- El Nuevo Mundo descubierto por Colón*, en col. *Tesoro del teatro antiguo español*, tomo II, editado por Eugenio de Ochoa, París, 1838.
- La Dorotea*, edic. de Américo Castro. Madrid, *Biblioteca Renacimiento*, 1913.
- Poesías Líricas de Lope de Vega*, edic. de J. F. Montesinos, Madrid, *Clási-cos castellanos de La Lectura*, 1925-26.
- Obras no dramáticas de Lope de Vega*, en *Biblioteca de Autores españoles de Rivadeneyra*, tomo XXXVIII.
- Colección de Obras sueltas, así en prosa como en verso de Fray Lope de Vega y Carpio*, Madrid, 1776-1779 (21 vols.).

- Del monte sale...*, edic. paleográfica con estudio y notas de Emilio Le Fort Peña. Buenos Aires, Librería La Facultad, 1939.
El sembrar en buena tierra, A critical and annotated edition of the Autograph Manuscript by William L. Fichter. New York, 1944.

SOBRE LOPE DE VEGA

- RICARDO DEL ARCO Y GARAY: *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*, Madrid, 1942.
 CAYETANO ALBERTO DE LA BARRERA Y LEIRADO, *Nueva Biografía de Lope de Vega*, (en *Acad.*, t. I).
 COURTNEY BRUERTON, *On the Chronology of some plays by Lope de Vega* (en *Hispanic Review*, III, 1935).
 MARCEL CARAYON, *Lope de Vega*. París, Rieder, 1929.
 AMÉRICO CASTRO, *Alusiones a Micaela de Luján en las obras de Lope de Vega* (en *RFE*, V, 1918).
 Véase también Hugo A. Rennert y Américo Castro.
 JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS, *Vida de Lope de Vega*. Madrid, 1936.
 W. L. FICHTER, *La conquista de Cortés and El Marqués del Valle* (en *Hispanic Review*, III, 1935).
 FIDELINO DE FIGUEROA, *Lope de Vega y algunos elementos portugueses en su obra* (en *Últimas aventuras*, Río de Janeiro, 1940).
 T. GARCÍA FIGUERAS, *Lo africano en las comedias de Lope de Vega*, Ceuta, Impr. África, 1935.
 IRVING A. LEONARD, *Notes on Lope de Vega's works in the Spanish Indies* (en *Hispanic Review*, t. VI, 1938).
 JOAQUÍN HAZAÑA Y LA RÚA, *Colón en el teatro de Lope de Vega* (en *Revista Contemporánea*, Madrid, 1898. Citado por Menéndez y Pelayo en *Acad.*, XII, prólogo).
 JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Escritores hispanoamericanos celebrados por Lope de Vega en El Laurel de Apolo*, Santiago de Chile.
 MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, Madrid, 1919-1927, 6 vol. (reimpresión de los *Estudios preliminares* que preceden a los tomos de la edic. Acad.).
 RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *Lope de Vega, el Arte nuevo y la Nueva biografía* (en *RFE*, XXII, 1935).
 AURELIO MIRÓ QUESADA S., *América en el teatro de Lope de Vega*, Lima, 1935.
 J. F. MONTESEÑOS sobre: Milton A. Buchanan, *The Chronology of Lope de Vega*, Toronto, 1922 (en *RFE*, X, 1925).
 — *Contribución al estudio del teatro de Lope de Vega*, (en *RFE*, VIII, 1921).
 JEROME AARON MOORE: *The romancero in the Chronicle-legend plays of Lope de Vega*, Philadelphia, University of Pennsylvania, 1940.
 S. GRISWOLD MORLEY AND COURTNEY BRUERTON: *The Chronology of Lope de Vega's comedias*, New York, The Modern Language Association of America, 1940.
 HUGO A. RENNERT: *Bibliography of the dramatic works of Lope de Vega* (en *Revue Hispanique*, XXXIII, 1915).
 HUGO A. RENNERT Y AMÉRICO CASTRO: *Vida de Lope de Vega*, Madrid, 1919.

- VICENTE RODRÍGUEZ CASADO: *Lope de Vega en Indias* (en la rev. *Escorial*, n.º 34, agosto de 1943).
 FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN: *Lope de Vega y Camila Lucinda*, en *Boletín de la Real Academia Española*, I, 1914).
 ISMAEL SÁNCHEZ ESTEBAN: *Lope de Vega*, Barcelona 1931.
 A. F. DE SCHACK: *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, Madrid, 1885-87. 5 vols.
 R. SCHKIVILL: *The dramatic art of Lope de Vega*, Berkeley, 1918.
 KARL VOSSLER: *Lope de Vega y su tiempo*, Madrid, *Rev. de Occ.*, 1933.

GENERAL

- P. JOSÉ DE ACOSTA: *Historia natural y moral de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.
 MIGUEL ARTIGAS: *Don Luis de Góngora, biografía y estudio crítico*, Madrid, 1925.
 CAYETANO ALBERTO DE LA BARRERA: *Catálogo bibliográfico y biográfico de teatro antiguo español desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*, Madrid, 1860.
 MARCEL BATAILLON: *Erasme et l'Espagne*. París, 1937.
 ANDRÉS BERNÁLDEZ: *Historia de los reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel* (en *Bib. Aut. Esp.*, t. LXX).
 FR. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (en *Bib. argentina de libros raros americanos*, t. III, Buenos Aires, 1924).
 AMÉRICO CASTRO: *El pensamiento de Cervantes*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1925.
 CRISTÓBAL COLÓN: *Viajes de Cristóbal Colón*, edic. de M. F. de Navarrete. Madrid, Calpe, 1922.
 HERNÁN CORTÉS: *Cartas de relación sobre la conquista de México*. Madrid, Calpe, 1923.
 GONZALO CORREAS: *Arte grande de la lengua castellana*, Madrid, 1903.
 WICKERSHAM CRAWFORD: *Spanish drama before Lope de Vega*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1937.
 GILBERT CHINART: *L'Amérique et le rêve exotique dans la littérature française*. París, Belles Lettres.
 BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO: *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. México, Fondo de Cultura Económica, 1939.
 WILHELM DILTHEY: *Hombre y mundo en los siglos XVI y XVII*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
 ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA: *La Araucana*. Edic. del centenario al cuidado de José Toribio Medina. Santiago de Chile, 1917-1920. 3 vols.
 GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO: *Sumario de la natural historia de las Indias* (en *Bib. Aut. Esp.*, t. XXII).
 — *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, 1851-1855, 4 vols.
 BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO: *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, Madrid, 1863-1889. 4 vols.
 ANTONELLO GERBI: *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo*. Lima, Banco de Crédito del Perú, 1944.

- LUIS DE GÓNGORA: *Romances y Itrillas*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1939.
- *Poemas y sonetos*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1939. Se cita: Góngora, *Poemas*. El número indica la página.
- FERNÁN GONZÁLEZ DE ESLAVA: *Coloquios espirituales y sacramentales y poesías sagradas*. Edic. de Joaquín García Icazbalceta. México, 1877.
- LEWIS HANKE: *Las teorías políticas de Bartolomé de las Casas*. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas, 1935.
- *La controversia entre Sepúlveda y Las Casas en Valladolid*, (en *Rev. de la Univ. Católica Bolivariana*, t. VIII). Medellín, Colombia, 1942.
- CLARENCE H. HARING: *Comercio y navegación entre España e Indias*. México, Fondo de Cultura Económica, 1939.
- WILLIAM SAMUEL HENDRIX: *Some native comic Types in the early Spanish drama*. Columbus, Ohio, 1925.
- PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: *Para la historia de los indigenismos*. Buenos Aires, Instituto de Filología, 1938.
- *Literary Currents in Hispanic America*, Harvard University Press, 1945. Cambridge, Mass. U.S.A.
- M. HERRERO GARCÍA: *Ideas de los españoles del siglo XVII*, t. I. Madrid, 1928.
- HAYWARD KENISTON: *List of works for the study of Hispanic American History*. New York, 1920.
- FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA: *Hispania Victrix, Primera y segunda parte de la Historia general de las Indias* (en *Bib. Aut. Esp.* t. XXII).
- *Conquista de México, Segunda parte de la Crónica general de las Indias*, (en *Id.*).
- P. JUAN DE MARIANA: *Historia general de España*, (en *Bib. de Aut. Esp.*, t. XXX).
- PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA: *Décadas del Nuevo Mundo*. Editorial Bajel, Buenos Aires, 1944.
- FR. MEDEL DEL CASTILLO: *Índice general alfabético de todos los títulos de comedias que se han escrito por varios autores antiguos y modernos* (reimpresión de J. M. Hill en *Revue Hispanique*, t. LXXV, 1929).
- JOSÉ TORIBIO MEDINA: *Biblioteca Hispano-americana*, t. I y II. Santiago de Chile, 1898-1900.
- *El primer poema que trata del descubrimiento del Nuevo Mundo* (en *Bol. de la Acad. Chilena*, Santiago, 1915).
- *Das comedias famosas y un autosacramental*, basadas principalmente en *La Araucana* de Ercilla, anotadas y precedidas de un prólogo sobre *La historia de América como fuente del teatro español* por José TORIBIO MEDINA. Santiago, Imprenta y litografía barcelonesa, 1917.
- MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de la poesía Hispano-americana*. Madrid, 1911-1913, 2 vols.
- ROGER BIGELOW MERRIMAN: *Carlos V, emperador*. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1940.
- EUGENIO DE OCHOA: *Tesoro de novelistas españoles*. París, Baudry, 1847. 3 vols.
- LEONARDO OLSCHKI: *Storia letteraria delle scoperte geografiche*, Firenze. Olschki, 1937.
- *Hernán Pérez de Oliva's Ystoria de Colón* (en *The Hispanic American Historical Review*, vol. XXIII, mayo de 1943).

- CARLOS PEREIRA: *Hernán Cortés*. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1941.
- FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS: *Obras completas*, edición de Luis Astrana Marín. Madrid, Aguilar, 1932-1941, 2 vols. Se cita: Quevedo, *Versos*, o *Quevedo, Prosa*, respectivamente. El número que sigue indica la página.
- HUGO A. RENNERT: *The Spanish Stage in the time of Lope de Vega*, New York, 1908.
- JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO: *Discurso sobre las alusiones a América en varias obras de Lope de Vega*, (apud. AURELIO MIRÓ QUESADA, *op. cit.*).
- PEDRO SARMIENTO DE GAMBOA: *Narratives of the voyages to the Straits of Magellan*. London, Hakluyt Society, 1895.
- CRISTÓBAL SUÁREZ DE FIGUEROA: *El Pasajero*. Edic. de F. Rodríguez Marín, *Bibl. Renacimiento*, Madrid, 1913.
- F. E. SPENCER AND R. SCHEVILL: *The dramatic works of Luis Vélez de Guevara*. Berkeley, California, 1937.
- JOSÉ TORRE REVELLO: *El libro, la imprenta y el periodismo en América*. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas, 1940.
- GEORGE TICKNOR: *Historia de la literatura española*, Madrid, 1851-1856.
- JUAN LÓPEZ DE VELAZCO: *Geografía y descripción universal de las Indias*. Madrid, 1893.
- CONDE DE LA VIÑAZA: *Biblioteca histórica de la Filología Castellana*, Madrid, 1893.
- SILVIO ZAVALA: *Servidumbre natural y libertad cristiana según los tratadistas españoles de los siglos XVI y XVII*. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas, 1944.

NOTA. — Con excepción de las obras de Góngora y Quevedo, se excluyen de la presente bibliografía los textos literarios que apoyan nuestras afirmaciones y deducciones, o que coinciden o confirman los puntos de vista de nuestro autor, pues cuando dichos textos aparecen citados por primera vez damos todos los datos bibliográficos necesarios. En muchos casos nos hemos visto obligados a utilizar ediciones poco autorizadas por ser las únicas accesibles en Tucumán.

Las abreviaturas son las usuales en esta clase de trabajos.

ÍNDICE

	Pág
<i>Prejacio</i>	7
<i>Introducción</i>	
I América en España en el siglo XVI	11
II América en la literatura de Imaginación del siglo XVI	26
CAPÍTULO I.—La idea predominante	55
CAPÍTULO II.—Las Indias como lugar de origen de cosas exóticas	64
CAPÍTULO III.—Indias apartadas	83
CAPÍTULO IV.—La geografía del oro	95
CAPÍTULO V.—La vida en las Indias	114
CAPÍTULO VI.—Los indios	119
CAPÍTULO VII.—El indiano	149
CAPÍTULO VIII.—El nuevo estado de España	212
CAPÍTULO IX.—Los héroes del descubrimiento y la conquista	221
CAPÍTULO X.—Las Indias como parte del Imperio español	243
CAPÍTULO XI.—El nuevo instrumental retórico	247
<i>Bibliografía</i>	253

15 70 86

III

ESTE LIBRO SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EL DÍA 13
DE SEPTIEMBRE DEL AÑO
MIL NOVECIENTOS CUA-
RENTA Y SEIS, EN
LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REPÚBLICA ARGENTINA.